



Amor  
a fuego  
lento

«Endúlzame»

CAROLINA ORTIGOSA



Amor a fuego

lento

Carolina Ortigosa

Imagen de portada: Pixabay

Diseño portada: Carolina Ortigosa

Todos los derechos reservados

©Carolina Ortigosa – abril 2017

ISBN-13: 978-1545527276

ISBN-10: 154552727X

*Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra, son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

*Dedico este libro a una compañera a la que aprecio mucho, con la que cuento en todo momento, y con quien comparto mi devoción por la escritura: Paula Rivers.*

*Gracias por ser una fabulosa amiga y consejera.*

*Y a Pastor Gutiérrez, por ser la persona que evita que me derrumbe en los momentos difíciles. Jamás podré agradecerte lo suficiente todo lo que haces por mí, por nuestra familia. Te quiero.*

## **ÍNDICE**

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

## [Epílogo](#)

### [Sobre la autora](#)

## **Prólogo**

Era muy consciente de los cambios que llegarían cuando supo la noticia. Ashley Stevens era una persona muy previsoras en todos los aspectos de su vida, pero en realidad, nadie la pudo haber preparado para todos los acontecimientos que revolverían su ordenado mundo de una manera tan contundente.

Trabajaba como repostera en un negocio familiar de Miami, Florida, y gracias a ello, alcanzó gran fama en todo el país y también fuera de él. Empezó como una sencilla camarera, fue escalando puestos poco a poco y con trabajo duro y, al final, los dueños del local lo renovaron por completo solo para crear un espacio para que ella pudiera desarrollar su gran potencial en la cocina. Todos habían salido ganando.

Ashley pudo centrarse en lo que más adoraba en este mundo, y sus jefes ahora poseían un restaurante con pastelería incluida.

Tenían clientes que iban solo a probar lo que ella preparaba, y eso les enorgullecía. Ashley incluso ganó varios premios como reconocimiento por su talento, claro que eso no condicionó su trabajo en adelante. Le gustaba lo que hacía y cada día intentaba superarse.

A pesar de que sus padres, Seth y Elena, le enseñaron todo lo que sabían, todo lo que amaban de la cocina, solo ella se había dedicado a ello de manera profesional. Había ido a cantidad de cursos durante su adolescencia, y al final acudió a uno de los institutos de cocina más importantes de Nueva York; pero muy a su pesar, lo único en lo que realmente era buena, era en la rama más dulce. Si bien pocas personas conocían uno de sus secretos mejores guardados, aunque lo llevaba bien, le había acarreado algún que otro inconveniente en las cocinas.

Pero ni siquiera eso que guardaba en su interior con celo, le impidió lograr su única meta: ser una repostera profesional.

Tuvo la gran suerte de encontrar con rapidez un puesto de trabajo estupendo cerca de donde vivía apenas acabados sus estudios, y pudo ver cómo poco a poco el restaurante se convertía en uno de los lugares más emblemáticos del Estado. Se sentía muy orgullosa de haber contribuido a ello, aunque fuera en una pequeña medida, porque no era tan vanidosa como para atribuirse todo el mérito. Adoraba a sus jefes, la familia Kelley, quienes daban el nombre al negocio, aunque en todos esos años, sí hubo un inconveniente insalvable relacionado con ellos: su hija no había congeniado demasiado con Ashley. Cosa que no cambió con el paso de los años.

Era la que se quedaría con el local cuando sus padres, Norah y Owen, se jubilaran, y en el mes de enero de 2017 llegó ese momento. Para Ashley fue muy duro. Les conocía desde que era pequeña, porque no vivían lejos de su casa, y eran casi como una segunda familia para ella. Y a pesar de sus diferencias con Leslie, la que sería su nueva jefa a partir de entonces, lo cierto era que quería continuar haciendo lo que más le gustaba.

No entendía esa enemistad y fría cortesía desde que se conocieron, porque ambas con sus veintiocho años, tenían algunas cosas en común.

Cuando Ashley cumplió los veintiuno y empezó a trabajar en el Kelley's Restaurant & Bar, Leslie ya era jefa de camareros. Llevaba el negocio en la sangre, decían sus padres. Eran profesionales entre ellas y les iba bien aunque no intimaran demasiado. A pesar de la cercanía, no habían ido al mismo colegio y, mientras Ashley estudiaba para ser chef, al menos al principio, Leslie se preparaba para llevar algún día, el negocio familiar. Era admirable la dedicación que mostraba; era respetuosa con todo el mundo y justa con sus peticiones y los repartos de tareas, pero por algún motivo, cuando Ashley fue ascendiendo hasta

llegar a cocina, y pasado el tiempo sus padres abrieron la pastelería solo por ella, Leslie empezó a ser cada vez más fría en su trato.

Nada volvió a ser igual en esos tres años posteriores.

Ashley también modificó el modo de dirigirse a ella. La trataba como siempre, pero no soportaba su frialdad y la poca delicadeza con la que le decía según qué cosas. Nunca la había considerado una amiga, porque en realidad eran

compañeras de trabajo y poco más, pero esa misma correcta relación laboral se fue deteriorando hasta convertirse en una especie de guerra silenciosa.

Por supuesto, Ashley jamás les dijo nada a sus jefes, porque no quería más problemas con Leslie; y esta se limitaba a dejar ver su lado más despreciable cuando no había nadie cerca. Parecía que tuviera doble personalidad. Incluso llegó a pensar que tal vez le gustaba Donovan Harper, el marido postizo con el que Ashley estuvo casada apenas seis meses para luego separarse.

No llegó a preguntarle sobre ello, porque no quería entrometerse en sus cosas privadas, y tampoco que nadie supiera que ya no estaban oficialmente unidos, pero su comportamiento era muy extraño y le molestaba no saber a qué se debía. No tenían ni idea.

Es decir, al menos hasta ahora.

Después de la increíble fiesta de despedida por la jubilación de Norah y Owen, la cosa fue a peor.

Ellos se habían marchado a Europa para viajar durante unos meses, y Leslie por fin tenía el cargo que tanto deseaba. Ashley había temido en silencio la llegada de ese día, y no se equivocó en cuanto a sus negras expectativas. Leslie no solo la menospreciaba en cada cosa que hacía, y ahora de manera abierta delante de otros empleados e incluso clientes, sino que había cambiado por su cuenta a varias de sus ayudantes por otras que eran, además de amigas suyas, unas auténticas incompetentes.

Ella adoraba enseñar lo que sabía, y conseguir que otros amantes de la cocina se enamoraran también de la repostería, pero no lo disfrutaba cuando sus alumnas se negaban a obedecer unas simples y sencillas directrices. Era agotador, desesperante, y algo que empezaba a hacer mella en su autoestima.

Muy a su pesar y contra todo lo que había deseado, a principios de febrero, colgó su uniforme y dijo adiós al mejor trabajo que había tenido jamás.

Lo sentía por los clientes que disfrutaban de sus postres, por sus jefes que habían hecho tanto por ella, y por sí misma, porque eso solo fue el inicio de una pesadilla que no vio venir.

Leslie no parecía contenta con haberse librado de ella en el restaurante, y empezó a contar mentiras sobre su poca profesionalidad, su declive en el trabajo y su falta de compromiso con el negocio.

Algunos de sus clientes habituales, así como otros reposteros, no parecían creerlo, pero otros se cebaron con ello y aprovecharon el momento para hacerse publicidad.

La competencia era brutal, y Ashley lo sabía, pero nunca había imaginado que lamentaría su decisión de ayudar a Donovan a avanzar con su carrera televisiva y de paso, hacerse conocida mundialmente. Ahora era carne de cañón en las redes sociales y la televisión sensacionalista, y los mensajes de la gente la estaban poniendo de los nervios. Hacía lo imposible por ignorarlos, pero a veces era complicado.

Él sin embargo, se ganaba la vida delante de los focos, había trabajado durante años como modelo, actor, publicista y presentador en algunos programas. Cuando se conocieron en el restaurante, Donovan solo era un cliente intrigado por las críticas que Ashley recibía, y lo que empezó como una simple relación de empleado y cliente, se fue convirtiendo en amistad y más tarde, en un matrimonio por conveniencia.

Donovan la había ayudado a progresar en su carrera, la animó a crear su propia página web para mostrar su talento a todo el mundo y gracias a ello alcanzó la fama que tenía en el país. Los premios de reconocimiento por su trabajo eran, en parte, gracias a él, a su apoyo y a su amistad. Y cuando le pidió que le hiciera un favor para que su carrera, que estaba estancada, se volviera a levantar, ella aceptó de

inmediato. Muy pocas personas sabían que esa improvisada boda en Las Vegas fue solo un medio para un fin. La imagen de chico loco de Donovan, mejoró al dejarse ver con su dulce “esposa”. Ella no era muy amante de actuar delante de nadie, pero no le importó hacerlo por él, ya que en realidad, su éxito también era gracias a sus consejos y su apoyo incondicional durante mucho tiempo. Había sido un intercambio de favores justo. Si bien Ashley no soportaba ser la comidilla de los cotilleos, tampoco se prestaba a ser portada de los programas de prensa rosa y el interés de su boda desapareció al poco tiempo, con lo cual, ambos lograron lo que deseaban.



Ashley estaba contenta con su acuerdo. No tenía muchas ganas de tener pareja formal, y el estar casada le dejaba cierta tranquilidad con los pesados de turno; y él había logrado lo que necesitaba en su vida laboral, que le tomaran en serio como alguien serio, y no el típico soltero con una vida llena de juergas y relaciones sin sentido. Ambos tenían sus vidas por separado, aunque intentaban mantener una fachada frente a los medios de comunicación más insistentes. Esa era la parte que menos le gustaba a ella, que los *paparazzi* les siguieran a todas partes, pero cuando la novedad inicial terminó, también acabó el acoso por parte de esa gente.

El acuerdo pudo haber acarreado algunos problemas cuando un día, tras una gran fiesta en casa, acabaron acostados en la misma cama. Culparon al tequila, pero lo cierto era que la atracción estaba ahí.

Era innegable.

Sin sentimientos más profundos de por medio, Donovan, al menos por un tiempo, sintió miedo de que Ashley pudiera enamorarse, y a pesar de que la adoraba, no sentía más que atracción física por su falsa mujer. Claro que pronto supo que ella pensaba lo mismo con respecto a su relación. Podían acostarse tantas veces como quisieran y, mientras no confundieran los términos de ese acuerdo y ninguno se inmiscuyera en los asuntos del otro, todo iría bien. Más que bien, ya que los dos tenían la vida que deseaban.

Ashley era muy consciente de sus breves encuentros con chicas monas pero superficiales, así como de las breves relaciones que apenas superaban las dos semanas de duración, pero lo único que le preocupaba de todo eso, era que Donovan no encontrara a nadie que le mereciera de verdad. Las relaciones no eran lo suyo tampoco, y lo cierto era que en ningún momento le dijo nada al respecto, pero a veces pensaba que tal vez ese matrimonio de pega no era más que un escudo para no sentir nada por nadie que le importara de verdad, con el que quizás pudiera formar una familia en el futuro.

Ninguno de los dos se lo planteaba en ese punto de sus vidas, pero claro, su arreglo no iba a aportarles más que la mentira que mostraban al resto del mundo. Su matrimonio no fue más que un medio para un fin.

Se tenían el uno al otro y la amistad era suficiente por el momento pero, ¿lo

sería para toda la vida?

Ashley se lo preguntaba algunas veces.

## Capítulo 1

A las cuatro de la madrugada, Ashley seguía despierta, dándole vueltas a la cabeza y sintiéndose culpable por no estar haciendo lo que quería de verdad.

Era como darse la espalda a sí misma.

Antes de dejar su trabajo, fue muy consciente de que tenía varios encargos para San Valentín, y ahora... en lugar de estar horneando deliciosos pasteles con forma de corazón para sus antiguos y exigente clientes, se encontraba comiendo galletas con chocolate mientras miraba la televisión.

Además, lo que daban era un asco.

Debía llamar a sus padres, y también a su hermano menor, para contarles lo sucedido, pero no quería decepcionarles; y tenía que entrar en su web para responder a los miles de correos que recibía con preguntas sobre sus recetas, pero ni siquiera los mensajes de ánimo de sus seguidores conseguían que lo superara. Temía lo que pudieran estar pensando de ella, y esperaba que no todo el mundo creyera las mentiras que iban circulando por todas partes. Casi era la peor parte de todo el asunto, y lo detestaba de un modo que le dolía.

Nadie podría culparla, ya que muchos de los mensajes no eran de ánimo precisamente. Algunas personas se cebaban con ella, y no podía entenderlo; jamás había hecho daño a nadie, no pisó la carrera de nadie para avanzar en la suya, al menos que supiera, y nunca hizo nada en contra de otra persona, porque ella no era así. Supuso que habría otros cocineros y reposteros a los que no les gustó que recibiera tanta atención, premios y halagos, pero ante eso no podía hacer nada.

Ahora que estaba sin trabajo, se había planteado abrir su propio negocio, pero no estaba resultando fácil ponerse a ello; todo resultaba demasiado complejo y sus ánimos tampoco estaban como de costumbre. Ni siquiera había respondido a las ofertas de trabajo de algunos restaurantes y pastelerías.

Parecía que en algunas partes del Estado aún valoraban su trabajo, y quizás no habían creído las mentiras que Leslie iba contando sobre ella después de que dejara su puesto libre para que su amiguita lo ocupara, pero se sentía paralizada. Llevaba dos semanas así, y no sabía si conseguiría reponerse y salir de casa y ser la entusiasta y trabajadora Ashley Stevens que todo el mundo conocía.

No sabía ni cómo empezar.

Tal vez podría confesar a sus padres lo que pasaba y trabajar con ellos en la tienda. No podría cocinar dulces ni deliciosas tartas, pero podría vender todos los utensilios de cocina habidos y por haber.

Al menos no se alejaba demasiado de la repostería, meditó.

Escuchó ruido en la entrada, pero supuso que sería alguien del servicio y no prestó mucha atención.

Continuó mirando la televisión y devorando el plato de galletas que había sacado del horno hacía solo unos pocos minutos. Estaban deliciosas, y no la avergonzaba admitir que eran su perdición.

—¿Ashley? ¿Qué estás haciendo?

Se giró y se encontró con la mirada reprobadora de Donovan.

—Viendo una *pelí*, ¿te apuntas? —propuso.

—No.

—¿No? —inquirió con el ceño fruncido.

—No Ashley —repitió sin dejar de escrutarla—, porque no estás viendo una *pelí* mientras comes sin parar —apuntó, haciendo que ella se sintiera contrariada—. Estás auto-compadeciéndote, y no voy a ayudarte a que sigas por este camino.

Dejó el plato sobre la mesa y Donovan aprovechó para sentarse a su lado y mirarla con genuina preocupación.

—¿Qué tal tu cita de esta noche? —preguntó Ashley para sortear su inquisidora mirada.

Su expresión cambió. Sonrió y desvió la mirada.

—Muy caliente... pero... —se detuvo al darse cuenta de lo que pretendía— no me cambies de tema.

Tienes que salir por ahí con tus amigas, y no dejarte estancar como si tu vida se hubiera acabado. No es así —añadió con suavidad.

Ashley resopló.

—No tengo que salir. Esta casa es muy grande, y puedo cocinar, ir al gimnasio o a la piscina, darme un masaje, o lo que quiera sin moverme de aquí —expuso con una media sonrisa.

—Te prometo que si no sigues viviendo como una persona normal —advirtió amenazador—, vendo

esta casa... con tu permiso o sin él, y te obligo a salir de estas cuatro paredes —dijo con voz determinante.

—Hay más de cuatro paredes —apuntó con ironía—, es una enorme mansión junto a la playa, y me

encanta pasar tiempo aquí. No tiene nada de malo —expuso como defensa.

Donovan la observó como quien miraba a la cara a un niño cabezota que es consciente de que lo es, pero que también se niega a ceder. Ella también se daba cuenta de su propia actitud, sin embargo, le resultaba muy duro levantarse, literal y metafóricamente hablando.

Se sentía una completa fracasada.

Se le saltaron las lágrimas cuando él la miró con ternura y acarició con suavidad su largo pelo rubio para enmarcar su rostro con sus manos.

—Me duele verte así, cariño. No puedes dejar que todo eso te arrastre. Planta

cara y vuelve a la cima, que es donde tienes que estar —concluyó con seguridad.

—Eso es muy melodramático —dijo sonriente.

—¿Y bien, me harás caso? —inquirió tras una breve pausa.

—Serás mi secretaria y me ayudarás a poner al día la web. Si lo haces, entonces, trato hecho.

Donovan hizo como que lo pensaba muy en serio y al cabo de unos segundos, miró a Ashley con resolución.

—Bien. Hecho. Dame un vestido corto, unos tacones y algo de maquillaje, y seré la secretaria perfecta. No querrás despedirme nunca —bromeó.

Ashley empezó a reír a carcajadas al tener esa inquietante imagen mental. Donovan estaba muy bueno con lo que se pusiera encima, pero con ropa de mujer, simplemente no lo veía.

—Si algún día apareces como un travesti, no te dejo entrar en casa —soltó, y empezó a carcajearse de nuevo.

Bromearon sobre el tema, cachondeándose el uno del otro, y al final, cuando Ashley pudo respirar de nuevo y las risas acabaron, le miró con seriedad.

—Prometo que me pondré las pilas —aceptó al final.

—Bien.

Le veía tan contento, que tuvo la necesidad de abrazarle. Daba igual en qué punto extraño estuviera su relación, o su falta de ella en realidad, al fin y al cabo eran amigos, y su apoyo y sus ánimos siempre la sacaban de sus momentos más duros. Su vida nunca había sido difícil, pero con él, era definitivamente mucho mejor. Igual que peleaban a menudo, también compartían risas y cariño.

Ya era parte de su vida, y no quería que eso cambiara nunca.

Esa noche, pudo dormir con una sonrisa.



Al final, el sábado consiguió que Donovan le ayudara a poner al día la web y, en unas horas, entre los dos respondieron a todos los mensajes que había recibido. No fue un trabajo sencillo, y menos aún cuando leyeron las críticas más punzantes que jamás hubiera imaginado.

Ashley se sentía extenuada a media tarde aunque apenas se había levantado del sofá en casi todo el día.

Cuando Donovan apareció con dos tazas de café, ella le dedicó una gran sonrisa de agradecimiento.

Hizo un gran esfuerzo por no beberlo de un trago.

—Lo necesitaba. Eres un encanto.

Se sentó a su lado y la observó.

—¿Estás bien?

Al principio le sorprendió la pregunta, pero enseguida se dio cuenta de que tal vez se refería al hecho de haberse enfrentado a los comentarios de la gente en las redes sociales.

—Estoy bien, no te preocupes. No ocurre nada por enfrentarse a la verdad. Tenía que dejar de vivir sobre nubecitas de algodón.

—¿De algodón? —inquirió con sorna.

—Sí —dijo con una sonrisa—. Son deliciosas, y tengo ganas de seguir haciéndolas —dijo en voz

baja, pensativa—. Quiero seguir trabajando. Espero que no deba esperar mucho más, porque estoy harta de que ningún proyecto de los que he intentado

llevar a cabo, haya salido bien al final. Siempre surge algo —dijo malhumorada.

Donovan la observó con preocupación. Creía que era el momento de comentarle la idea que había tenido, aunque más bien fue la de una amiga suya que era productora de televisión en España. Estaba seguro de que el proyecto no le iba a gustar demasiado al principio, pero creía que era una oportunidad increíble de verdad, y quizás, incluso para él.

No podía posponerlo más, porque de lo contrario, Ashley seguiría visitando locales y estudiando la posibilidad de abrir una pastelería por su cuenta, y era demasiado arriesgado, teniendo en cuenta que su reputación había sufrido un revés por culpa de Leslie.

Ese también era un tema que debía solucionar, y lo haría, pero lo primero era limpiar su nombre, darle otra imagen a su impecable trayectoria. Sabía que cambiar de aires sería bueno para ella, y pasar tiempo en España con sus amistades y la familia materna, tampoco le vendría mal. Estaba seguro.

—Oye, llevo unos días barajando una idea que me comentó una amiga — empezó hablando Donovan

con voz pausada. Ashley le observó con interés—. Sería un curso de cocina, repostería —apuntó de inmediato al ver la cara que ponía—. Tranquila Ashley, no te lo mencionaría si no tuviera que ver con lo que te gusta.

—Bien, ya sabes lo que opino sobre manejar cosas crudas y muertas en mi cocina.

Sintió escalofríos solo de pensarlo. Sin duda era su punto débil, lo que le impidió ser chef y le complicó su aprendizaje en la escuela de cocina; no podía con la carne animal de ningún tipo, incluido el pescado. Otra cosa era comerlo, porque ser vegetariana también era difícil, sin embargo, tocar carne cruda, cortarla y demás, la superaba. Era lo único que odiaba de su profesión, y la principal razón para trabajar con postres y dulces.

—Técnicamente las langostas no se cocinan muertas —dijo para pincharla.

Ashley entrecerró los ojos. Sabía que lo decía solo para molestarla, pero le daba igual, no iba a caer en esa discusión tan tonta.

—Mi cocina nunca ha sido, y nunca será, un matadero de crustáceos... así que venga, cuéntame más sobre esa amiga tuya. Ya sabes que los cursos me gustan bastante, pero por la cara que me pones —dijo escrutándole—, creo que hay algo que puede que no me agrade.

—Bueno —suspiró para darse unos segundos—, para empezar, es en España.

—Hum. —Lo pensó unos segundos y aunque le parecía una locura marcharse un largo período de tiempo tan lejos de su hogar y su familia, la idea de tomarse unos meses para despejarse, no le resultaba poco tentadora—. Sería divertido.

—¿En serio?

—Sí. No te sorprendas tanto —dijo al verle tan asombrado por su pronta aceptación—. Estoy deseando alejarme un poco de todo esto, y ver a mis amigas estará genial. Unas vacaciones antes de verano.

—Solo que es un trabajo, no un descanso —apuntó él.

—Oh venga, un curso de repostería es como el paraíso para mí. Ya estoy deseando empezar.

¿Cuándo sería? —inquirió con rapidez.

—Supongo que si estás de acuerdo con todos los términos, podríamos empezar a trabajar en primavera.

—¿Quiénes? ¿Tú también vendrías?

Donovan se aclaró la garganta. Sabía que Ashley no estaba interesada en saber si le acompañaría a España, porque no era la primera vez que iba con ella de vacaciones en verano, sino más bien, había captado el sentido de sus palabras. No se le escapaba ningún detalle, y el hecho de haberse incluido en el trabajo, habían hecho saltar sus alarmas.



—Sí —dijo con calma—. Paloma Salas me pidió que participara en el proyecto porque cree que haríamos una buena pareja. Obviamente le dije que antes debía hablar contigo, pero creo que sería una buena idea. ¿Qué te parece? —inquirió con suavidad.

—Paloma Salas —repitió ella para hacerse una idea de lo que Donovan le decía—. Te estás refiriendo a la directora de la mayor productora de televisión de España —dijo en voz baja, meditando todas las implicaciones—. ¿Quieres que haga un programa de cocina, con cámaras por todas partes y todo eso?

Su voz fue en aumento, al igual que la ansiedad y las ganas de gritarle que estaba loco.

—En realidad estamos hablando de un *Reality Show*. Están muy de moda aquí en América, y las productoras españolas empiezan a ver que serán muy populares allí también.

—Eso es aún peor —se quejó ella. Se levantó y empezó a pasear de un lado a otro del salón—. No soporto estar bajo los focos, no sé cómo has podido plantearte que yo aceptaría algo así. No lo haré ni loca.

—No son periodistas haciendo entrevistas, sería algo diferente —señaló con su mejor voz comprensiva. Se acercó a ella y la sujetó con suavidad por los brazos—. Y creo que a tu carrera le vendría muy bien este empujón. Podrías enseñar, y tu audiencia vería de primera mano cómo lo haces, cómo demuestras lo que vales en realidad. Dejarías a toda la mala prensa en las cloacas, donde deben estar, y lo más importante, puedes seguir con la web, y también compartir tus recetas por un medio que ahora mismo tiene mucho tirón. Lo he pensado durante varios días, y estoy seguro de que sería un éxito rotundo.

Ashley se relajó, al menos en parte.

—Tengo que pensarlo, porque ya sabes que estar frente a un montón de cámaras no es lo mío.

—Tranquila, podemos hablar todo esto mañana, y te comentaré todo lo que me

dijo Paloma. Luego podrás tomar una decisión. Ya sabes que no te plantearía esta posibilidad si no creyera que sería bueno para ti. Quiero verte triunfar porque te lo mereces. No me gustaría que desaprovecharas tu tiempo y tu talento —declaró con ternura.

—Lo sé.

Ashley se sintió conmovida por sus palabras, porque sabía que lo decía de verdad, pero aun con todo, no tenía nada claro el asunto. Debía pensarlo muy bien porque si se comprometía, no podría dar marcha atrás. Eso no iba con ella, y quería estar segura, porque igual que respetaba su palabra una vez la daba, también odiaba arrepentirse de algo. Eso era cosa de perdedores.

—¿Mañana entonces?

Donovan sonrió. El hecho de que no le dijera que no de inmediato o de forma tajante, le daba esperanzas. Tal vez le haría caso y se lanzaría a esta nueva aventura. Quería lo mejor para ella y estaba seguro de que iría muy bien. Él mismo podría sacar partido, pero eso era otra cosa. Jamás la presionaría si no fuera a servirle para avanzar en su carrera, eso lo tenía claro.

—Sí, porque esta noche tenemos otros planes —dijo con aire misterioso.

—Vaya, qué intriga.

El timbre sonó varias veces y Donovan le hizo un gesto para que ella se acercara al interfono para averiguar quién era.

La imagen de sus dos mejores amigas, Erika Bradley y Jenna Grant, la sorprendió. Con una enorme sonrisa, las recibió con efusivos abrazos a los pocos segundos. Llevaba sin verlas más de una semana y las echaba de menos.

—¡Qué alegría veros!

—Y nosotras a ti. Llevas días sin dar señales de vida —se quejó Erika.

—Ya. Siento haber estado tan distante, pero ya sabréis lo que está pasando después de que dejara a los Kelley. Leslie ha aprovechado para alguna especie de venganza contra mí y...

—Lo sabemos Ashley —interrumpió Jenna en voz baja—. Por eso estábamos preocupadas por ti, y

por eso hemos venido.

—Para llevarte de marcha y hacer que te olvides de todo ese mal rollo. Esa bruja se llevará su merecido, es cuestión de tiempo. Y mientras tanto... nosotras vamos a beber y a conocer a chicos guapos

—propuso Erika.

Ashley miró a Donovan, que sonreía a cierta distancia de ellas tres. Apoyado contra la pared, tan atractivo y sexy, y a la vez, cercano y divertido. Su mejor amigo.

—¿Querías posponer esa conversación porque sabías que estas locas me arrastrarían de fiesta, no?

—bromeó.

—Este tío no sabría divertirse ni en la mejor fiesta del siglo —intervino Erika con sorna. Siempre se divertía cachondeándose de él.

—Mi idea de diversión consiste más bien, en dos personas desnudas, tal vez tres, en una cama —

espetó él con aire pensativo y una rebelde mirada. Sus ojos azules brillaban con picardía.

Erika y Jenna se rieron por lo bajo y Ashley puso los ojos en blanco. Siempre con sus salidas de tono, pensó. Menos mal que era discreto fuera de su íntimo círculo de personas que sabían la verdad sobre su relación, de lo contrario, con ese carácter tan abierto y despreocupado, se habría llevado más de una sorpresa desagradable, por no hablar de que ella sería la cornuda del país. Con sus ocasionales ligues también era muy cuidadoso, menos mal, pensó Ashley, porque solo le hacía falta ahora que hablaran también sobre las infidelidades de su “marido”. Si alguien poco conveniente llegara a enterarse,



no quería ni imaginar los golpes que sufriría su imagen pública. No le importaría nada de todo eso, si las habladurías no afectaran a su trabajo, pero claro, al ser una persona tan conocida, no podría evitar que todo el mundo, incluidos compañeros de trabajo y clientes, hablaran o la miraran mal.

Fue testigo de la expectación que generó su falsa boda, y cómo todo su mundo cambió a partir de entonces. Claro que Donovan parecía ser la clase de persona que revuelve todo a su alrededor, como un huracán, pero uno que estaba de su lado, que la apoyaba, la comprendía, y sobre todo, siempre había hecho lo mejor para ella.

Empezaba a pesar que tal vez debería aceptar el trabajo en España. Él estaría trabajando también, y sabía que solucionaría cualquier problema que pudiera existir, aunque lo de la televisión no lo tenía tan claro.

¿Estaba preparada para que todo el mundo la conociera de verdad?

No era un programa de cotilleo en el que ella se sentaría a hablar sobre tonterías personales e invasivas para su vida, pero en un *reality*, debería estar frente a la cámara durante horas y horas, mostrándose tal como era. Eso era lo que no tenía tan claro.

Aún tenía tiempo de pensarlo. Por el momento, lo único que necesitaba era un poco de fiesta. Y qué mejor que con la compañía de sus amigas, las que la animaban y la aconsejaban para tomar buenas decisiones. Eran algo alocadas, igual que ella misma, pero sabía que en el fondo, para las cosas importantes, siempre podía contar con su apoyo.

Las adoraba, así de simple.

Subieron a su habitación y sacaron un montón de zapatos y vestidos. Hacía varias semanas que Ashley no salía a ningún sitio, a menos que fuera al trabajo durante los últimos días en el restaurante, y eso de arreglarse para dar la imagen de alguien que se comería el mundo, había acabado relegado a un baúl

cerrado con siete llaves.

No le gustaba la sensación de haber dejado de ser quien era, de modo que se puso en sus expertas manos y tras darse una rápida ducha que le sentó de maravilla, dejó que Erika la peinara. Ella misma llevaba su castaño pelo largo recogido en un moño casual muy favorecedor, con algunos pechones sueltos, y le pidió que hiciera algo parecido con su rubia melena.

—Estoy de acuerdo, y creo que no hará falta ni que te pase la plancha, tienes un pelo increíble —

convino Erika.

Ashley estaba sentada frente a un gran espejo en el cuarto de baño y sonrió a su amiga.

—Deberías hacer anuncios para la televisión. Dejarías sin trabajo a esas súper modelos, te lo aseguro —añadió con sinceridad.

Sabía que sus amigas se lo decían porque así lo sentían, a pesar de que lo normal sería que lo hicieran solo para animarla o como un simple cumplido. Una de las cosas que más le gustaba de las dos, era que no se callaban nunca sus sentimientos. Se dedicaban a asesorar como *Personal Shopper* y lo hacían muy bien, aunque sus comentarios a veces eran tajantes y, a menudo, poco halagadores, no se andaban con sutilezas a la hora de decir lo que les quedaba bien o no a sus clientas. No estaban hechas para las verdades a medias, y sin embargo, a pesar de que eso no gustaba a todo el mundo, las personas que contrataban sus servicios, lo hacían precisamente porque podían confiar en que no maquillaban lo

que pensaban, y era un motivo más para depositar su confianza en las dos.

Se conocían de toda la vida, y al cumplir los dieciocho, Erika y Jenna montaron su propia empresa.

Ashley las admiraba por ello, eran trabajadoras como las que más, y siempre sacaban tiempo para salir y ver a sus amistades. Al igual que se centraban en sus trabajos con una dedicación del cien por cien, también les gustaba salir a

pasárselo bien.

—Os quiero chicas, sois justo lo que siempre necesito para animarme —dijo Ashley con la voz quebrada.

Erika le sonrió desde el espejo y Jenna la miró con ternura mientras sujetaba su mano para empezar a hacerle la manicura.

—No te pongas a llorar, que te conocemos —bromeó Jenna—, y también sabes que todas acabaremos igual —empezó a reír para evitar que ocurriera justo eso y escogió un color rojo intenso para que resaltara en sus delicadas manos.

—Excelente elección —alabó Erika.

—Es mi color favorito —dijo Ashley—, y creo que con el vestido negro ajustado y con cuello barco, me irá muy bien.

—Dudo que esta noche vuelvas sola a casa, así que avisa a Donovan... —insinuó Erika con un exagerado arqueado de cejas.

Sonrió ampliamente a Jenna y sus ojos azules le devolvieron una mirada divertida. Negó con la cabeza y se puso a su tarea, porque a pesar de que el esmalte era de secado rápido, quería que Ashley estuviera lista lo antes posible, y así poder salir de fiesta y aprovechar la noche al máximo.

—Por cierto, me encanta tu corte de pelo, se ve mejor incluso que en las fotos que me enviaste —

apreció Ashley—. ¿Crees que me quedaría bien a mí también?

—Cualquier peinado te sentaría de maravilla, pero no te aconsejo que lo cortes, porque tienes una melena larga preciosa y muy sedosa, en serio, después de todos los cuidados que le dedicas, si me dices que te lo vas a cortar por la mejilla, te mato —declaró Erika muy seria.

—Casi me mata a mí cuando le dije que lo haría, y yo nunca lo he dejado crecer mucho en realidad

—expuso Jenna sonriendo a las dos.

—Te habría convencido para que no lo hicieras —dijo a Jenna—, pero la muy perra me avisó cuando ya estaba en la peluquería —masculló mirando a Ashley.

Rieron y bromearon durante un rato mientras Ashley se vestía, y cuando terminaron, se la veía completamente distinta.

Su recogido informal, dejaba algunos mechones sueltos, al igual que Erika lo había hecho con su pelo, pero como el de Ashley era más liso, al final le puso un poco de espuma para moldearlo con suavidad y que quedara ondulado. El maquillaje era sutil; el pintalabios y las uñas no tanto, ya que el rojo era el predominante. Su vestido y zapatos negros la hacían parecer una estrella de cine. A las tres les encantaba ir de compras, vestirse elegantes y sexys, y sobre todo, salir de fiesta para mostrar sus encantos y divertirse.

Ashley estaba deseando pasárselo bien. Se daba cuenta de que había estado encerrada demasiado tiempo, y no podía permanecer más en su mundo, alejada de la realidad. Tenía que enfrentarla, plantar cara y demostrar que ella valía mucho, y que no iba a dejar que las malas lenguas acabaran con todo aquello que significaba tanto para ella.

Después de esa noche de juerga, en la que sintió que volvía a vivir de nuevo, sabía que debía tomar algunas decisiones.

Algunas le daban miedo pero, aunque trató de evitarlo, mientras iban a algunas discotecas de moda y bebían cócteles, bailaban y charlaban con chicos guapos, meditó sobre la posibilidad de aceptar la

propuesta de Donovan. Su aversión a las cámaras no podía acabar con la oportunidad que se presentaba ante ella. Podía ser un salto hacia algo mejor, hacia la buena dirección que parecía haberse desviado en las últimas semanas. Necesitaba un cambio, estaba claro, de modo que tal vez podría empezar por ahí.

Si bien la decisión parecía tenerla clara, dejar a sus padres y su hermano Frank en Florida no la convencía mucho. Se dijo que solo sería durante un

tiempo, pero aún debía pensarlo muy bien.

## Capítulo 2

Ashley se despertó con una resaca de campeonato a la mañana siguiente. Le dolía casi todo el cuerpo, pero sobre todo la cabeza. Notó que había demasiada luz cuando intentó abrir los ojos, y lo único que pudo hacer fue darse la vuelta y taparse la cabeza con la almohada.

Cuando se movió, notó que no estaba sola en la cama, y aún con la duda de que pudiera ser Donovan, desvió su mirada y echó un rápido vistazo. Era un hombre rubio, así que no era su ex. Respiró aliviada, aunque no tanto al pensar que tendría que echarle pronto de su habitación.

Se levantó, fue al cuarto de baño y cuando salió, se puso un camisón negro que tapaba lo imprescindible y se recogió el pelo en una coleta alta. Le zarandó un poco en el hombro para intentar despertarle. Al moverse, se dio cuenta de que era el musculitos con el que había estado bailando durante toda la noche. Estaba muy bueno, eso estaba claro, pero no era el típico tío que llevaría a su casa, y a su cama. Viendo lo depilado que estaba y los músculos que marcaba, al menos en la parte que no tapaba la sábana, estaba claro que dedicaba más tiempo a cuidarse que ella misma. Podía haberse ligado a alguien mejor, aunque no tenía intenciones de ir más allá de un rápido revolcón, así que poco importaba.

Quería echarle para poder hablar con Donovan, el cual debía estar durmiendo todavía, o al menos esperaba que no se hubiera quedado en casa de cualquier mujer a la que hubiera seducido con esos innegables encantos suyos.

Volvió a zarandear al hombre desnudo que ni siquiera sabía cómo se llamaba, y cogió su teléfono para llamar a Donovan.

Colgó al escuchar la melodía en algún rincón de la casa. Se acercó al musculitos y, con las dos manos, intentó moverle para ver si de esa manera se despertaba. Dormía profundamente, y lo peor fue que empezó a roncar como un cerdo. Se le ocurrió que Donovan podría ayudarle para sacarle de la cama.

También de casa.



Salió al pasillo y vio la puerta de su habitación semi abierta. Tocó con suavidad porque no sabía si tendría compañía.

—Entra.

—¿Hay alguien más contigo?

—No tranquila, estoy solo —respondió con una sonrisa cuando la vio asomar

—. ¿Me llamabas al

móvil?

—Sí, necesitaba saber si estabas en casa. Quiero deshacerme de mi ligue de anoche —dijo, notando que sus mejillas se encendían. Donovan no le dio mayor importancia, solo la miró con curiosidad—. No consigo despertarle, y he pensado que podrías hacer de marido celoso para ahuyentarlo.

Donovan empezó a reír por lo bajo. Ashley puso los ojos en blanco y se plantó frente a él.

—Por favor —rogó con desesperación.

—Oh, venga, ¿no te apetece convertir esa noche de perversión en algo más? Ya sabes... conoceros y empezar una relación.

Ashley cruzo sus brazos, negó con la cabeza y le miró con impaciencia.

—Eres el rey de las relaciones de una sola noche —apuntó con obviedad—. No digas bobadas, solo me hace falta que le digas que se largue.

Su voz adquirió un tono chillón que no pudo reprimir.

—¿Está en tu cuarto o te lo has montado en otra parte de la casa, como por ejemplo... en la cocina?

—inquirió con burla.

—La cocina es sagrada; nada de sexo entre los fogones y el horno, ¿recuerdas?

—inquirió con un asomo de sonrisa.

Donovan le lanzó una mirada descarada y recorrió su cuerpo con una mirada perezosa. No se había dado cuenta de lo que llevaba puesto al entrar, y le dieron ganas de arrimarse para quitárselo de un tirón.

Sin embargo, antes debía encargarse del suertudo que dormía en la habitación de su preciosa ex.

Se preguntó por qué la veía tan alterada, ya que no era la primera vez que llevaba a un ligue a casa.

El alcohol sacaba su lado más salvaje, estaba claro.

Se puso una camiseta de manga corta en color gris, acabó de calzarse las zapatillas deportivas para ir a correr, se amasó el pelo para peinárselo después y miró a Ashley antes de salir hacia su habitación.

Ella no había perdido detalle de su musculoso pecho que trabajaba duro con ejercicio, pero que no era tan marcado como el de su ligue de esa noche. Le gustaban los hombres que iban al gimnasio, pero no los que parecían que vivían allí y no paraban de entrenarse. Un término medio siempre resultaba más sexy, sin duda.

—¿Qué te ocurre con ese tipo para que no puedas echarle tú misma?

—Nada.

Donovan se había acercado mucho a ella y esta no pudo hacer otra cosa más que mirar sus profundos ojos azules y pícaros. El bulto en sus pantalones azules deportivos le indicaba que podía estar atraído por ella en ese preciso momento, pero también estaba preocupado sinceramente por su pequeño

“problema”. Lo conocía.

Se había colocado bloqueando la puerta, de modo que su medio para escapar estaba bajo su custodia, y algo le decía que no iba a poder salir sin hablarle claro al hombre con el que compartía su casa, y prácticamente su vida.

—Es el típico plasta al que no daría ni la hora... no sé ni cómo se me ocurrió traerle aquí —confesó avergonzada.

Donovan trató de no reír ante su dilema.

—Si estabas tan borracha, deberías haber escuchado los consejos de tus amigas. Ellas te habrían disuadido, ¿no?

Ashley hizo una mueca de disgusto.

—¿Qué? —inquirió ella con aire distraído.

Este compuso su famosa mirada de infinita paciencia para que se diera cuenta de que no iba a ceder y olvidarlo.

—Ellas ligaron también —confesó al final.

—Ya. ¿Congregación de pesados en la *disco*?

—Más o menos —farfulló malhumorada.

Con una pequeña sonrisa, Donovan se apartó para dejar que saliera la primera. Entraron en su habitación y se dieron cuenta de que el hombre estaba incorporado a medias en la cama. Le sonrió con lascivia cuando la vio, pero enseguida su expresión cambió al ver que no estaba sola.

—Eh, oye, ¿quién es ese tipo?

—No quieras saberlo, pero tienes que irte ya —dijo Ashley muy seria.

El tipo se mostró algo nervioso, pero no con muchas ganas de largarse.

—Venga mujer... no digas eso. Anoche conectamos, y podríamos repetirlo pronto —propuso mientras la repasaba de arriba abajo.

—La respuesta es no —espetó con los dientes apretados. Resopló.

—Sé que me costó un poco ponerme a tono anoche, pero es que el alcohol...

—Cállate —le cortó de inmediato—, no es por eso. No quiero repetir, y no quiero nada contigo.

Vístete y márchate, por favor —pidió de nuevo y más tajante.

—¿Qué tal otro día?

—Olvídate —dijo cada vez más molesta.

Miró a Donovan, que parecía divertido con la situación, tal vez hasta demasiado, y al final este tomó parte en la conversación.

—Oye, cuando una mujer te dice que te vayas, lo mejor que puedes hacer es seguir su consejo —

dijo con un tono de voz brusco que no admitía réplica.

El tipo miró a Donovan con mala cara, se levantó de la cama, completamente desnudo, y le encaró.

Ashley se sonrojó por la escena que el tipo le estaba montando, y además, desnudo. Ese hombre no tenía la más mínima vergüenza. Menudo idiota pegajoso.

—Esta mujer me gusta. No pienso irme sin saber si quiere volver a verme otro día. No voy a consentir que hables por ella —replicó indignado.

Donovan hacía un esfuerzo para no reír, pero Ashley supo que también se contenía para no darle un puñetazo. El tío se estaba portando como un lunático, y se arrepintió mucho por haber aceptado su propuesta en la discoteca. No volvería a cometer el mismo error.

—Ni siquiera sabes mi nombre —atacó Ashley.

—Pues claro que sí, esto... creo que me acuerdo...

Se rascó la cabeza mientras buscaba en su mente sin resultado.

—Se llama, « ella es mi mujer » , así que olvídate de que la conoces y, como te vuelva a ver por aquí, llamaré a la policía, ¿te queda claro, o te lo tatúo en el culo? —inquirió con voz amenazante.

El tipo se puso blanco como el papel. Miró a Ashley contrariado y luego a Donovan. Debió de ver algo en su mirada y, aunque se le veía confundido, y tal vez no se lo terminaba de creer, estaba claro que no quería enfrentarse a él. Donovan imponía mucho cuando así lo deseaba.

—Mejor me largo —dijo con rapidez.

—Buena idea —convino él con una sonrisa siniestra.

El tipo desapareció por el pasillo con toda su ropa en la mano y Ashley esperó alguna broma por parte de su ex.

—Mejor paso de comentar nada sobre tu ligue y su gatillazo. Solo prométeme que pasarás de los idiotas de turno. Mereces algo más —musitó sin dejar de mirarla con una tierna expresión.

—Hecho.

Le sonrió y Donovan hizo lo mismo.

—Voy a vestirme. Cuando vuelvas de correr quiero hablar contigo.

Se detuvo a medio camino hacia la puerta y la miró con interés.

—¿Has considerado lo que te dije?

—Lo he pensado y, Erika y Jenna me han dado su opinión también.

Ashley vio cómo pasó de la ilusión al descontento más absoluto. Estaba claro que él pensaba que la habrían disuadido de ir a España, pero estaba muy equivocado. Sus amigas la habían apoyado mucho, y hasta pensaron en ir con ella, ya que podrían tomarse unas semi vacaciones y asesorar a sus clientas vía online sin problemas.

La idea empezaba a seducirlas a las tres. Sin su apoyo, la verdad es que se habría seguido negando a aceptar.

—Ellas me animan, así que creo que estoy dispuesta a hacerlo. No quiero pasar fuera más de un mes o dos, aunque estoy dispuesta a negociar un poco —

admitió con una sonrisa.

Donovan se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Estaba claro que le hacía mucha ilusión.

Le dio un rápido beso en los labios y enmarcó su rostro con sus manos.

—Es un proyecto muy interesante, y estoy deseando contarte todos los detalles —dijo con entusiasmo—. Coge una libreta y me esperas media hora. No tardaré en volver de correr y lo hablamos todo, ¿vale?

Ashley asintió nerviosa.

¿Estaría haciendo lo correcto? Tal vez debería pensárselo un poco mejor, buscar un local para una pastelería, como en realidad quería, y dejarse de viajes a lo desconocido. España, y más concretamente Madrid, era como un segundo hogar para Ashley, pero el tema del programa le resultaba difícil de asimilar. No tenía ni idea de trabajar en platós de televisión bajo la dirección de un montón de personas.

Menudo marrón se le venía encima. Donovan tenía mucha experiencia, y estaba claro que su colaboración sería esencial para ella también, pero no estaba nada segura de que todo eso fuera a salir bien.

Si los medios y sus peores críticos se ensañaban como tanto les gustaba, ahora tendrían más municiones, más cosas que podrían usar en su contra. No sabía si podría reponerse de algo así y, a pesar de saber que estaba adelantando acontecimientos, no podía evitar pensar en todo lo que podría ir mal.

Donovan se marchó y la hizo esperar apenas veinte minutos. Él también estaba ansioso por comentar todos los pormenores del proyecto, como pronto le confesó.

Se dio una ducha muy rápida mientras ella paseaba impaciente por el salón, y al final apareció con una carpeta enorme que le dio para que echara un vistazo.

Había tanta información que apenas sabía por dónde empezar. Casi tenía ganas de decir sí, y que todo fluyera sin más. Sabía que se pondría nerviosa durante

todo el proceso, de modo que, ¿para qué martirizarse al saberlo todo de antemano? Desde luego, lo hacía para poder negarse si algo le parecía absurdo, pero por otro lado, ella no sabía nada sobre *realities*, de modo que poco podía ella aportar. Si aceptaba, tendría que hacer lo que le dijeran, lo que los productores creyeran que sería mejor para el programa. Podía entender eso.

—¿Y todas estas fechas? Creía que eso de la primavera sería una aproximación, no que todo estuviera ya cerrado —dijo Ashley con una mezcla de asombro y molestia.

—No se trata de eso, tranquila —se defendió Donovan—. Cuando hablé con Paloma y me comentó

que estaba buscando algo nuevo para la temporada de primavera-verano, enseguida pensé en ti.

Hablamos durante horas y a los dos días me envió este dossier. Está muy ilusionada. Creo que por eso lo hizo enseguida.

—Ya lo veo —comentó en voz baja mientras ojeaba por encima toda la información. Cada vez estaba más nerviosa, pero algo a su vez, le hacía desear conocer todos los detalles.

Donovan aguardaba con fingida paciencia, ya que se sentía ansioso por saber qué pensaba de todo eso. Cabía la posibilidad de que dijera que no, pero ahora mismo sabía que su amiga Paloma quería hacer el programa de igual modo. Si Ashley decía que no, tal vez se buscara a otra para llevarlo a cabo porque, en su última conversación, le dijo que había empezado a buscar el sitio perfecto para el plató.

Sabía que si una buena idea se cruzaba en su camino, nada la detendría. Y Donovan quería que la protagonista de ese programa fuera Ashley; sabía que era justo lo que necesitaba para salir de Florida un tiempo, para renovar su imagen y para hacer algo distinto, algo que le abriría nuevas puertas si era lo que deseaba. Debía ser ella, y esperaba poder convencerla.

—Un mes no es mucho tiempo, pero... —Donovan tembló al notar que llegaba

a una parte del dossier que sí podría ser problemática— ¿pretendes que vivamos todos juntos en una especie de mansión, como un hotel? ¿Estás loco?

—Oye, eso se le ocurrió a Paloma para hacerlo más interesante —explicó con rapidez—. Al final del curso, el que consiga una mejor valoración de los jueces, recibirá un premio en metálico, así que ella

piensa que es buena idea controlar a los participantes. No quiere que se les ocurra pedir ayuda fuera. Sus trabajos deben realizarse sin interferencias, y creo que puede ser un experimento muy divertido, ¿no crees?

—Si intentas venderme la idea de un gran hermano, la respuesta es un no rotundo —sentenció—. Me encanta la idea del curso de cocina, pero convivir con un montón de personas desconocidas en un lugar lleno de cámaras, me parece demasiado. No quiero que anden grabando cada movimiento que haga. Me niego.

Donovan la miró comprensivo.

—No es esa la idea, descuida. Paloma me explicó que el programa se grabaría solo por la mañana, de ese modo la gente podría disponer de tiempo libre para hacer lo que quisiera. Si encuentra el lugar perfecto, tendrá todas las instalaciones necesarias para que la experiencia sea como unas vacaciones, no simplemente un curso en el que compiten ocho personas.

Ashley se sintió algo más tranquila; desde luego el tener privacidad era mejor que vivir treinta días bajo la estricta supervisión de los responsables del programa a cada momento.

—¿Ocho?

—Sí —dijo Donovan con inseguridad. Casi le costaba respirar con tanta espera.

—Me parece un número razonable —indicó para el alivio de su ex marido.

Vio cómo soltaba el aire que había retenido y sonrió. Sabía que estaba poniendo muchas trabas, pero no podía evitarlo; la ponía muy nerviosa todo el



proyecto en general. Por si fuera poco, era más complejo de lo que pensó en un principio. Tenía mucho que sopesar.

Siguió mirando los papeles con cuidado y temiendo encontrarse con más sorpresas similares, pero solo especificaba algunas condiciones para los posibles alumnos, los horarios, el número de recetas, y la forma en que se realizaría el curso. Los quince primeros días, los integrantes contarían con las indicaciones para la elaboración de los platos, que ella tendría que aprobar de antemano, y los últimos cinco, los alumnos los realizarían con un tiempo límite y sin que los ingredientes y pasos aparecieran en una pantalla.

Si hacía bien su trabajo con ellos, podrían ser capaces después de ese tiempo, y esperaba poder lograrlo, o sería un fracaso total.

No era la primera vez que enseñaba a alguien, pero hacerlo frente a las cámaras, y sin que esas personas tuvieran nociones previas de cocina o repostería, sería muy distinto, y ella lo sabía muy bien.

Tendría que ser organizada como nunca antes lo había sido, y esperaba que todo el equipo de detrás, no la limitara en ese sentido o en otros; lo importante era que aprendieran, porque para eso se apuntarían los alumnos.

El tema del premio en metálico y el realizar las grabaciones para que el programa fuera más comercial, era lo que más temía en realidad. Mucha presión.

—¿Publicarán un libro con las recetas del programa? —preguntó con entusiasmo.

—Eh... sí...

Ashley le miró confusa por su titubeo. Casi sintió pánico por preguntar.

—¿Qué ocurre?

—Oh, nada, es que pensé que tal vez no te gustaría la idea. Han pensado que sería una buena manera de obtener ingresos extra cuando haya finalizado el curso, y, si va bien el proyecto en general, puede que quieran repetirlo en el

futuro —explicó con una mirada inquisitiva.

—Ya veo.

Era mucho suponer el que todo saliera bien si tan siquiera haber empezado, y no conocía a los responsables de llevar a cabo el proyecto, de modo que no tenía ni idea de si trabajar con ellos sería

fácil, o por el contrario, le ocurriría como con Leslie, y sería un completo fracaso.

Cada vez le parecía más interesante. Le gustaba saber que no estaría sola, sino que Donovan estaría a su lado en todo momento, pero tenía claro que si trabajar con una productora se llegaba a convertir en una odisea, le daba igual que el programa tuviera todo el éxito del mundo, no repetiría. Ahora bien, aceptar implicaba ir hasta el final y dar lo mejor de sí misma, por eso quería estar segura al cien por cien de su decisión. O al menos, lo máximo que pudiera estarlo.

—Creo que te puede gustar, o de lo contrario, ni te lo mencionaría. Es una gran oportunidad, y pienso que ha surgido en el mejor momento posible —dijo Donovan con total sinceridad.

Sabía que podía confiar en él, que jamás le ofrecería algo que la pudiera perjudicar, sino al contrario. Le debía todo su éxito, y más de lo que se imaginó nunca.

No quería ser impulsiva en esto, porque con el trabajo siempre había sido concienzuda, meticulosa y muy profesional pero, en el fondo, le daba buenas vibraciones. No creía que hubiera nada de malo en dar un salto de fe hacia algo desconocido. Desde luego, un cambio de aires le vendría bien, eso seguro.

Suspiró.

—Bien, creo que puede salir bien —concluyó algo nerviosa—. ¿Cuándo empezamos?

Vio cómo Donovan abría mucho los ojos por la inicial sorpresa y la miró sin dar crédito a lo que oía.

—¿Estás segura? ¿No te lo vas a pensar más tiempo?

Contuvo la respiración, sintiendo que su pulso se aceleraba. No quería pensarlo mucho en realidad, si era un error, casi prefería no saberlo.

Le gustaba la aventura, viajar y hacer cosas nuevas. ¿Por qué no esto? Al final sería una experiencia más.

—Estoy segura —soltó—, si estoy cometiendo un error, no quiero saberlo, así que... adelante.

Donovan empezó a dar saltos de alegría y la animó para unirse a la celebración.

Felices, comenzaron a hacer cantidad de planes. Ashley casi se mareó al oírle hablar sin parar sobre todo lo que debían ir haciendo desde ya, pero a su vez, notaba cómo su entusiasmo se le contagiaba.

No podía ser de otro modo. Se mostraba tan seguro de que la experiencia sería algo maravilloso, que lo creyó de verdad.

A pesar de sus nervios y dudas, algo en su interior le decía que valdría la pena el riesgo.

### **Capítulo 3**

Había pasado casi un mes. Ese día de principios de marzo, Ashley y Donovan estaban a punto de coger un vuelo hacia Madrid.

Fueron unas semanas de locos.

Ashley pudo conocer a Paloma y a algunos miembros más del equipo por video conferencia, y le parecieron muy simpáticos. Contaron con su opinión para escoger a los futuros alumnos, de los cientos de participantes que se apuntaron a la iniciativa, y les fueron contando a los dos cómo iban los preparativos.

Habían alquilado la vivienda de una productora de cine en Las Lomas, en Boadilla del Monte, y la estaban preparando para adaptarla a lo que necesitaban. A ella no le gustaba que se viera tan aislada del resto de la urbanización, pero sabía que era mejor contar con cierta privacidad. Poseía un jardín muy grande con piscina climatizada, un ala donde estaban las ocho habitaciones, suficientes para todos los que se alojarían allí ese mes, y una enorme sala con vistas a un pequeño parque que había en el terreno colindante, donde ahora se encontraban instalando las cocinas y todo el equipo de grabación. El lugar era inmenso.

Lo estaban haciendo todo a lo grande.

A pesar de que la convivencia con extraños no era su parte favorita, desde luego no se podía decir que no estuvieran preocupados por el bienestar general. La vivienda era enorme, y tenía todo cuanto pudiera desear.

Había dado indicaciones para que no faltaran sus herramientas de trabajo y hasta el momento no habían puesto pegas para nada. Estaban gastando una pequeña fortuna en equipamiento, y a veces le parecía que era demasiado, sin embargo, no quería meterse en los asuntos económicos del proyecto. No era su labor, y si ellos estaban conformes con sus peticiones, ella solo intentaba no sobrepasarse, pero a su vez, poder obtener todo cuanto creyera que iba a necesitar para que el curso tuviera éxito.

Cada uno tenía su cometido, y Ashley estaba contenta con cómo se estaba desarrollando todo.

Sabía que en cuanto llegaran, empezaría el trabajo más duro, la parte que no le agradaba tanto.

Debían empezar a grabar un spot publicitario. Ya le habían explicado que podría usarse como cabecera del programa cuando empezara a emitirse una vez acabada la duración del curso y, lo más probable, durante el verano.

Le parecía una idea estupenda, porque aunque no estuviera en España para entonces, le habían asegurado que encontrarían el modo de que contara antes con las grabaciones. Si todo iba bien, le pedirían que volviera a hacerlo, y de lo contrario, ya le explicaron que quizás probarían en Estados Unidos; tal vez

llevando el programa doblado al inglés o directamente empezando de cero allí.

Era pronto para pensar a largo plazo; aún tenían muchas cosas por hacer. De momento al día siguiente ya habían quedado en la casa para comenzar con las pruebas de vestuario y maquillaje. Se sintió agradecida por tener a Erika y Jenna para ayudarla con todo eso, porque aún no sabía en qué habían pensado los productores para ese anuncio, y tenía miedo que no se pusieran de acuerdo en algo. No era lo que se dice, conformista.

Llegaron a un hotel del centro a media tarde, y cada uno se fue directamente a su habitación tras registrarse.

Ashley había estado tan nerviosa esos días, que lo único que hizo fue enviar un mensaje a sus padres y otro a su hermano, y caer en la cama con la ropa que llevaba del viaje. Al fin estaba allí, y parte de su



nerviosismo se transformó en cansancio. Solo quería dormir para poder afrontar el día siguiente, y el mes que lo precedía.

Cuando escuchó el despertador a la mañana siguiente, Ashley se puso las pilas enseguida. Volvieron los nervios, aunque más que eso, ahora que todo estaba a punto de empezar, tenía unas ganas intensas por ponerse manos a la obra.

Sabía que aún les quedaban algunos puntos por concretar, como por ejemplo, lo que vestirían en las cocinas mientras grababan, ya que las ideas de Paloma hasta ahora no acababan por convencerla, y eso dicho de manera suave.

La ropa que le había mostrado, le parecía un asco.

Solo un par de días antes, le mandó un correo electrónico con fotografías de los “uniformes”, y se quedó horrorizada. Jamás se pondría una chaquetilla de chef ancha, con un pantalón sin forma alguna y unos de esos zuecos o sandalias de plástico de colores chillones que parecían estar tan de moda. No quería

tener problemas con ella, pero le dijo, y lo hizo de la forma más diplomática que pudo, que no podía llevar eso en ningún sitio, y menos sabiendo que mucha gente la podría ver de esa guisa.

Paloma estuvo de acuerdo con ella en algo: en que vía electrónica no era la mejor manera de discutir el asunto, así que lo harían cuando estuvieran en la casa. Y ese fue también el motivo de que Ashley quisiera tener una noche solo para sí misma, la última. Prefirió quedarse en el hotel al llegar, y no ir directamente a Boadilla.

En la casa también tendría su espacio, su propia habitación donde relajarse y desconectar cuando lo necesitara, pero no sería lo mismo sabiendo que al salir de allí, se acabaría por completo su intimidad.

Si bien era cierto que gran parte del equipo de grabación se marcharía a la hora de comer y no volvería hasta la mañana siguiente, y en principio esta sería la rutina diaria, habría en la casa un montón de gente además de ella y Donovan.

Les habían dicho que solo ellos podrían abandonar las instalaciones por las tardes, así que no dudaría en aprovechar su libertad para dar algún paseo por la ciudad con Erika y Jenna, ir de compras, o lo que sea que se le ocurriera para evitar sentirse encerrada.

Cuando lo pensaba se sentía mal por los demás, pero allí tendrían muchos entretenimientos: la piscina, una sala de cine y otra con juegos, mesa de billar y otros pasatiempos, y además, para los fines de semana les habían preparado una barra de bar y un equipo de música y karaoke muy modernos. Esos días los dedicarían al descanso, y a pesar de tener sus dudas en cuanto a intimar en un espacio limitado con tantos extraños, Ashley no dudaba que sería divertido.

También dispondrían de una biblioteca bastante abastecida y, como los aparatos electrónicos no estaban prohibidos, tampoco se sentiría enjaulada.

Al principio no le gustó nada el que los participantes no pudieran tener contacto alguno con el exterior por un motivo de confidencialidad con respecto a los detalles del programa, y también para evitar que hicieran trampas para ganar el premio final en metálico, pero tampoco estarían aislados

de un modo abusivo; todos eran adultos que habían aceptado los términos del programa y desde luego, estuvieron de acuerdo a la hora de presentar sus solicitudes. Serían cuatro semanas de convivencia y aprendizaje.

Ashley comprendía que al final, el programa y todo lo demás serían una gran experiencia, y lo que tenía claro era que no dudaría en prestar su ayuda para que sus alumnos aprendieran a hacer unos buenos postres. Esa era su meta principal.

No descartó incluso el repetir las clases por las tardes, en fin, si es que se lo permitían. Empezaba a ver que había un montón de reglas y normas para llevar un control exhaustivo de cada detalle, y solo conseguía mantener su ansiedad bajo control, pensando en que no duraría mucho. Los días pasarían rápido, de modo que haría las cosas lo mejor posible y se lo pasaría bien. Pondría todo su empeño en ello, eso seguro.

Para hacerlo de otro modo, mejor ni molestarse.

Se duchó y se vistió de manera informal con unos vaqueros ajustados, una blusa holgada de un tono crema y unos botines marrones con tacón alto. Dejó su pelo suelto cayendo por su espalda con suaves ondas.

Vio su imagen reflejada en el espejo de la sencilla y elegante habitación del hotel, y volvió a enamorarse de sus recién estrenados reflejos rubio platino. Sin embargo, no estaba segura en cuanto a la ropa.

¿Debería vestirse más elegante y formal para esa primera cita con Paloma?

Lo meditó apenas un instante antes de oír la puerta. Donovan la esperaba fuera; tenía que darse prisa, echar un último vistazo a la habitación, coger su bolso y su enorme maleta.

—Habíamos quedado hace quince minutos —la reprendió Donovan cuando ella abrió la puerta.

—No hemos quedado hasta dentro de una hora, ¿a qué viene tanta prisa? —replicó ella.

Su ex no respondió; le quitó la maleta de un tirón y cuando ella salió de la habitación y cerró la puerta, la llevó con rapidez hasta la zona de los ascensores.

Llegaron a recepción, Ashley dejó la llave, pagó su estancia y cuando Donovan recogió sus pertenencias, que las habían guardado allí mismo bajo estricta vigilancia, fueron directos a esperar a un coche que los llevaría a la casa. Para su asombro, se trataba de una limusina preciosa de color negro. El chófer se hizo cargo del equipaje y ellos subieron en el lujoso vehículo.

Ashley estaba encantada con el trato, ya que habría esperado tener que coger un taxi hasta allí. Esto era mucho mejor, desde luego, pero pronto pudo comprobar que Donovan no parecía muy contento.

—¿Qué es lo que te pasa? Parece que te fueras a enfrentar a un pelotón de fusilamiento —expuso con su mirada fija en su expresión de asombro.

Gruñó algo por lo bajo y ella le ignoró para mirar sus mensajes. Si él no estaba de humor, no quería que la contagiara, ya estaba bastante nerviosa por sí misma.

Erika le había escrito y enviado algunas fotos de ella y Jenna en el avión. Iban a encontrarse casi todos a la vez, pero ellas irían a la casa directamente.

Por un segundo pensó si debería pensar en esa vivienda y referirse a ella como un plató de televisión, ya que era justo eso, pero no sabía muy bien cómo definir algo con tantas funciones. «Casa» le parecía un término simple y correcto. Le dijo a su amiga que ella y Donovan también estarían pronto allí, y se sintió más animada al saber que contaría con refuerzos emocionales que tanta falta le hacían. No quería hacer esas dichosas grabaciones ella sola, y puesto que su ex no parecía desear colaborar mucho esa mañana, al menos se sentía mejor con sus dos acompañantes.

No tardaron en llegar a un barrio acomodado de la zona oeste de Madrid. Había casas enormes en amplios terrenos; estaba lo bastante cerca del centro de la capital como para tener todos los servicios que necesitaran, y a su vez, lo suficientemente lejos como para tener la privacidad que deseaban. Era un lugar precioso, perfecto.



Llegaron a una zona llena de árboles y Ashley se sorprendió por detenerse allí. Pronto se dio cuenta

de que la zona estaba tan impoluta, que no podía ser otro lugar que su destino. Se daba cuenta de que la vegetación exterior de la casa había sido plantada recientemente. Habían hecho un excelente trabajo para que no pareciera encerrada, sino que más bien se viera como situada entre dos frondosos parques. Había plantas verdes y flores de muchos colores, y también instalaron bancos de hierro forjado y pequeñas farolas para alumbrar la zona por la noche.

Imaginaba que todo eso habría requerido muchos permisos al ayuntamiento, y Ashley se preguntó si no estaban exagerando muchísimo.

Desde luego el exterior era precioso, pero a veces le daba por pensar que si los productores no recuperaban la inversión que estaban desembolsando con tanta ligereza según su opinión, de alguna manera la culpa la consumiría. Si el programa no tenía éxito, tal vez su carrera tocaría más fondo aún. El subsuelo. No quería ni imaginar cómo se sentiría entonces.

Dejó de pensar en todo eso cuando cruzaron el portón automático a poca distancia de la carretera y entraron en el jardín delantero. Había una glorieta con una fuente de gran tamaño en el centro, justo frente a la entrada de la vivienda, y un apartado para los vehículos. Había cuatro coches de alquiler aparcados, pero no parecía abarrotado, porque el espacio era enorme.

La limusina se detuvo frente a la puerta principal y Ashley pudo apreciar su majestuosidad a través de los cristales tintados.

Aquella casa era enorme, con una fachada de piedra, grandes balcones y plantas sobresaliendo de estos, parecía una gigantesca mansión de estilo de montaña por su tejado de pizarra, pero muy elegante.

Era una maravilla arquitectónica, y estaba claro que los dueños le tenían un gran cariño al lugar. Todo estaba impecable.

Bajaron del vehículo y alguien salió a recibirles.

Ashley se dio cuenta enseguida de que se trataba de Paloma, que habría estado esperando tras alguno de los ventanales.

Vestía un elegante traje de chaqueta de color azul marino, unos zapatos en un tono anaranjado claro a juego con sus uñas, y su pelo negro con un recogido sencillo. Era una mujer muy guapa, imponente.

Llevaba muy poco maquillaje tras sus gafas de montura oscura, y se notaba que era una persona con carácter, segura de sí misma.

A ella le gustaba, pero también sabía que podrían chocar a menudo. Desde luego las dos eran mujeres controladoras a las que les gustaba llevar todo con orden y precisión en muchos aspectos, pero Donovan le había dicho que Paloma era una adicta al trabajo que no era muy propensa a las fiestas y a las actividades ociosas, de modo que la previno para que tratara de llevar su ritmo lo mejor posible.

Al principio se enfadó porque pensaba que Donovan la estaba llamando juerguista indomable, pero él le explicó, de manera muy críptica, que no se refería a eso. Cuando empezó todo, Ashley pudo darse cuenta de que la advirtió por un buen motivo. Cualquier hora resultaba buena para Paloma si se le ocurría algo nuevo para el programa, y se dedicó a escribirles correos electrónicos cada pocas horas para compartirlo y discutirlo.

Era tremenda.

Podía estar hablando por video conferencia durante horas mientras hacía mil cosas a la vez. Ashley creía haberse curado de espantos, pero cuando Paloma se acercó a ella en ese momento, se dio cuenta de que eso no hacía más que empezar.

La saludó con efusividad y dejó su dulce perfume flotando entre las dos. Ahora sí que se sentía mal por no haberse arreglado un poco mejor, pensó. Ella también usaba perfume, pero estaba claro que su concepto de “arreglarse” casi era un chiste al lado de esa mujer.

—¿Qué tal el viaje?

—Oh, muy bien, gracias.

Casi no la dejó ni terminar cuando siguió hablando.

—Me alegro mucho de conocerte en persona al fin —expresó con sinceridad y desbordante entusiasmo—. He oído hablar muchísimo de ti, por supuesto, y a pesar de no haber podido viajar fuera estos años, te he seguido en la distancia.

—¿Para mí no hay saludos y alabanzas? —bromeó Donovan tras ella.

Ashley se hizo a un lado para que pudieran saludarse y cuando se abrazaron, le dio la impresión de que se estaban pasando un poquito.

Paloma tenía sus brazos en torno a su cuello, y a su parecer, había demasiado poco espacio para respirar entre sus cuerpos. No era algo que le importara en realidad, pero empezaba a sentirse muy incómoda con ese interminable saludo que la excluía por completo. Incluso le pareció que ella hacía un ruidito de estremecimiento, lo que la hizo sospechar y poner mala cara.

Carraspeó de manera intencionada, lo que sirvió para que ahora fueran ellos los que se sintieran incómodos. Se apartaron y la observaron con expresiones avergonzadas. Donovan incluso se sonrojó.

Todos los instintos de Ashley se alertaron al máximo. Allí pasaba algo, porque ella conocía a muchos amigos, y también amigas de su ex, y pocas veces le salían los colores a menos que hubiera algo entre ellos.

Y ni siquiera entonces, meditó, porque él no era de los que sentían vergüenza por nada... Pero sí que podría experimentarla por ocultarle cosas, como estaba claro que era el caso.

Se cruzó de brazos e ignoró al chófer de la limusina que dejó las maletas y se subió al vehículo para ir a aparcarlo junto a los otros.

—Donovan —advirtió Ashley con un tono de voz amenazante. Empezaba a hervir por dentro—,

¿quieres explicarme qué demonios pasa aquí?

Paloma fue a hablar al cabo de unos interminables segundos en un incómodo silencio, pero él la detuvo.

—Oye, Ashley... nada cambia el que Paloma y yo seamos amigos...

—¿Con beneficios? —acabó ella al ver que era incapaz de decirlo.

Se frotó los ojos con las manos y trató de serenarse, aunque le estaba costando horrores. Ellos se mantuvieron en silencio, dejándole espacio para que se tranquilizara. Donovan sabía que no iba a montar ninguna escena, porque ella no era así, claro que normalmente él era bastante sincero con respecto a todo lo que ocurría en su vida, y tal vez ahora se había pasado al ocultarle algo tan importante.

Mil pensamientos pasaron por la cabeza de Ashley. El primero fue llamar a un taxi y largarse. El segundo, que no podía hacerlo. Se había comprometido para hacer el programa, y lo más importante, sus futuros alumnos no tenían la culpa de lo que estaba ocurriendo, de modo que no podía dejar a toda esa gente colgada. Seguro que podrían encontrar a otra repostera profesional dispuesta a llevar a cabo el trabajo; estaba bien pagado y el reconocimiento nunca estaba de más, pero claro, la cláusula del contrato que decía que en caso de renunciar tendría que abonar una considerable cantidad de dinero, también la hacía pensárselo dos veces y no actuar de manera impulsiva.

Reflexionó un instante sobre cómo había llegado hasta allí. Le parecía que había pasado muy poco tiempo desde que Donovan sugirió esa alocada idea, y ahora ahí se encontraba, frente a una situación que en cualquier otra circunstancia, habría rehuído como la peste. Desde el principio había temido la idea de aparecer en televisión, porque adoraba su intimidad casi tanto como los dulces, pero también había experimentado una ilusión que hacía tiempo que no sentía por un trabajo. Ya que no podía volver al restaurante que la había llevado al éxito gracias a los Kelley, tenía frente a sí misma una oportunidad de oro. Quizás Donovan lo había hecho por sí mismo, y por una evidente implicación emocional o lo que

fuera que tenía con Paloma, pero también era cierto que siempre había estado a su lado para que consiguiera llegar a lo más alto a nivel profesional. Le debía mucho, y a pesar de haberle devuelto el favor cuando se casó con él

para mejorar su imagen frente a su público, lo cierto era que esto también era beneficioso para ella. Meditó mucho sobre ello en las últimas semanas.

Ahora no podía simplemente rajarse y dejar tirado a todo el mundo. Ella mantenía su palabra.

Suspiró.

—Deduzco que ella conoce nuestra situación —dijo hablando de manera pausada. Donovan asintió

avergonzado—, así que no hay necesidad de andarse con secretos y tonterías entre los tres —advirtió de forma intencionada—. Bien pues, ya que estamos aquí, lo mejor será trabajar, pero... si vuelves a engañarme y a meterme en una situación semejante por tus intereses, dejaré a un lado mis principios y acabaré contigo, ¿me has entendido?

Donovan abrió mucho los ojos por la sorpresa. Paloma se había quedado pálida.

Su ex sabía que ella no era una persona vengativa y que no le haría daño de manera intencionada, pero estaba tan enfadada, que en ese momento, Ashley se creía capaz de todo.

—Lo que pudiera haber entre nosotros cuando te hablé del programa, no afecta a lo que te dije, porque de verdad pienso que es una gran oportunidad para ti —dijo con suavidad.

—No niegues que también lo es para ti, y que encima, lo haces por una cuestión de sexo —replicó furibunda.

—No, no lo negaré —admitió cabizbajo.

Ashley miró a Donovan y a Paloma, y decidió que no quería seguir con el tema, porque estaba demasiado furiosa, y no deseaba decir algo que lamentaría en el momento en que las palabras salieran de su boca.

—Mis amigas Erika y Jenna llegarán enseguida, y como ellas no hablan español, te agradecería que me avisaras para ayudarlas a instalarse —le pidió

a Paloma—. Ahora, si me dices cuál es mi habitación, me quedaré allí hasta entonces.

Se notaba que no estaba muy de acuerdo, porque en realidad tenían mucho que hacer esa mañana y ella también lo sabía, pero algo en su cara hizo pensar a Paloma que era mejor no contradecirla.

No se encontraba con ánimos de hacer un tour por la casa y conocer al resto del equipo, sonriendo y haciendo como si nada, de modo que prefirió esperar a ver a sus amigas, porque ellas conseguirían que se animara y salvarían su primer día. Ellas también formarían parte del equipo, así que empezarían el trabajo todas juntas.

Paloma asintió sin entusiasmo y la condujo al interior. Donovan se encargó de entrar las maletas al enorme recibidor.

Frente a ellos, una escalera curva enorme les dio la bienvenida. Su madera oscura, contrastaba con la blanca del lugar. A izquierda y derecha pudo ver dos pequeñas salas abiertas, reconvertidas en despachos sin puertas, solo separadas por biombos que las separaban de un salón principal con enormes sofás de tonos grises oscuros. Pudo apreciar a la derecha una mesa alargada de cristal con muchas sillas de oficina, y una chimenea eléctrica en un extremo. En el lado opuesto, había algunos sillones delante de un fondo rosa claro con dibujos de *cupcakes* y varias cámaras y pantallas preparadas justo enfrente.

La casa se encontraba vacía, pero se oían voces en el exterior. Ashley dedujo que los alumnos del curso estarían trabajando con el equipo de grabación. Más tarde se reunirían todos para ir conociéndose antes de que comenzara el programa al cabo de solo dos días.

—Las habitaciones están arriba. El dueño nos dejó hacer algunas reformas y cada una tiene espacio suficiente para todas tus cosas, un cuarto de baño completo, televisión y espacio para mobiliario extra si es que necesitaras algo más —explicó Paloma mientras subían las escaleras.

Ashley la estaba escuchando pero no le prestaba mucha atención. Cuando llegaron arriba, comprobó que había una espaciosa sala común con más sofás,

iguales que los de abajo, una televisión enorme en la pared, y una mesa de café en el centro. Bajo las ventanas había un mueble bajo de color blanco. El lugar le resultaba un poco frío e impersonal, pero pensó que cuando llegara todo el mundo, aquello sería muy diferente.

Había dos pasillos en cada extremo de la sala y cuatro puertas en cada uno. Se dio cuenta de que las habitaciones ya estaban asignadas, porque pudo leer los nombres en unos carteles fijados en las puertas.

Donovan las seguía de cerca, cargado con las maletas y cuando Paloma vio que estaba a su lado, les indicó que ellos se alojarían en el lado norte.

—La primera es la tuya, Ashley, y Donovan, la tuya es la de enfrente.

Hizo un gesto para que pasaran, pero Ashley se detuvo. Algo la preocupaba.

—¿No crees que sería difícil descansar si hubiera gente en esta sala viendo la televisión? Somos un poco mayores para tener un toque de queda —declaró insegura.

Lo último que deseaba era empezar la convivencia con más restricciones. Eso solo podía llevar al fracaso.

—No te preocupes, la casa está insonorizada desde que se construyó —explicó Paloma con una pequeña sonrisa. Estaba claro que se sentía orgullosa por su trabajo, por haber encontrado un lugar fantástico para su proyecto y su eficiente gestión sin aparentes fallos—. Hay calefacción y aire acondicionado en cada dormitorio, y hemos puesto suelo radiante en los cuartos de baño. Aunque estamos casi en primavera, nos pareció buena idea. Serán las únicas partes de la casa que no desarmaremos cuando acabe el programa, y al dueño le pareció una idea excelente.

—Bien, gracias. Si no os importa, creo que me quedaré en mi habitación unos minutos para organizarme —dijo, para evitar tocar otra vez el tema de antes. Ya hablaría muy seriamente con Donovan.

—Claro, por supuesto —musitó Paloma.

Le lanzó una breve mirada a Donovan cargada de significado y agarró con fuerza su maleta. Pesaba una tonelada, sin embargo, él no parecía haber hecho el menor esfuerzo para subirla junto a la suya. No es que hubiera esperado que sudara su impoluta camisa blanca, pero en ese momento, tampoco estaría triste por ello.

Él la miró con cara de cachorrito apaleado, pero ella no le hizo el menor caso. Se dio la vuelta y caminó unos pasos hasta su cuarto.

Necesitaba un momento de intimidad. Necesitaba estar a solas un rato y reflexionar, hacerse a la idea de que no había vuelta atrás, y que hacía esto porque quería, porque le apetecía realmente.

Eso era lo importante.

## Capítulo 4

Quedó encantada con su dormitorio. Al contrario que la parte de la casa que ya había visto, aquello era precioso. Sencillo, pero acogedor.

Debía tener en cuenta que la vivienda estaba adaptada a todo lo que necesitarían para hacer un *Reality Show*, pero aún con todo, había esperado no encontrarse con todo ese equipo electrónico nada más entrar.

Esto sin embargo, era otra cosa.

La cama de matrimonio era enorme y estaba enmarcada con unos estantes blancos con algunos adornos verdes. El cabecero acolchado le parecía un detalle maravilloso, y el papel de pared de dibujos asimétricos de tonos grises y verdes, le daban un toque muy moderno. Al pie de la cama había un baúl que hacía las veces de asiento con un par de cojines a juego con el tono predominante del espacio. Una de las pareces estaba ocupada con un escritorio y una cómoda silla giratoria, y en la otra había un armario enorme de tres puertas hasta el techo. Dentro había mantas, sábanas y algunas toallas. Aquello parecía un hotel.

Dejó la maleta en medio de la estancia para asomarse a la ventana. Tenía un pequeño balcón donde apenas entraban dos personas de pie, pero tampoco



necesitaba más espacio extra allí. Abrió la puerta acristalada y salió para ver el exterior. La casa hacía forma de una U torcida. Podía ver unas pequeñas jardineras y algunos muebles de exterior desde allí; a su derecha estaba la fachada que supuso que servía como conexión con la parte trasera de la casa, ya que desde una de las ventanas se percibía lo que debía ser una escalera para la segunda planta de esa parte de la vivienda. Supuso que la parte de la construcción, en la zona que tenía justo enfrente, estarían la cocina y otras instalaciones, y lo que serviría como plató para las grabaciones: las cuatro cocinas totalmente equipadas que habían instalado tras realizar una reforma de mayor envergadura. Paloma les había hablado hacía semanas sobre las reformas y les había enseñado fotos y vídeos, por eso recordaba que en esa parte de la vivienda, y más concretamente en la planta superior, estaría la sala de cine y la de entretenimiento. Justo detrás, en la amplia parcela trasera que colindaba con la casa, se encontraría la piscina climatizada. Ashley no podía verla desde allí, pero las fotos mostraban la majestuosidad del lugar. Tenía muchas ganas de disfrutar de su tiempo libre en las tumbonas que sabía que se ocultaban bajo las enormes sombrillas que tampoco vislumbraba desde su habitación.

Paloma había hablado también sobre la posibilidad de poner una barbacoa para que pudieran pasar tiempo fuera los fines de semana, pero no estaba segura de que lo hubieran hecho.

Luego visitaría el resto de la casa, supuso.

Entró en la habitación de nuevo y cerró la puerta del balcón. Echó un rápido vistazo al cuarto de baño, y se sorprendió por lo bonito que había quedado. Las paredes eran de azulejos de cristal verdes, pero no en un tono que le dieran ganas de salir corriendo, sino de uno suave y relajante, el mismo del papel pintado y de los cojines. Todo hacía juego, y ese añadido quedó como un spa. Increíble. La bañera de patas estaba situada al fondo, con una cortina blanca sujeta con una barra transparente que parecía de cristal. Ashley supuso que el material sería algo más parecido al plástico, porque de lo contrario, podría ser peligroso si tiraba demasiado.

Había pequeños estantes en la pared para los jabones y esponjas. En la parte derecha estaba el retrete y varios accesorios de baño y en la parte derecha había un lavabo doble con un gran espejo con un

marco gris muy bonito y elaborado. El mueble colgante era muy espacioso. Desde luego allí no tendría problemas de almacenamiento.

Escuchó unos golpes fuera y fue a ver de quién se trataba.

Apenas salía del baño cuando la puerta se abrió de golpe y entraron sus amigas. Dio gracias al cielo porque se tratara de ellas y no de otras personas. Ahora mismo no se encontraba con ánimos de hablar con nadie más, a pesar de que sabía muy bien que no le quedaba otra.

Tenían trabajo por delante, y aunque quisiera, no podía esconderse allí para siempre.

—¡Ashley! ¡Esto es precioso! —gritó Erika con cara de asombro mientras lo observaba todo.

Jenna fue a abrazarla con efusividad y luego se les unió Erika. Estaban felices y emocionadas por estar juntas allí. De lo contrario, nada sería igual, y Ashley lo sabía mejor que nadie.

—Bien, ¿cuándo empezamos con el maquillaje y el vestuario? —preguntó Erika. Estaba deseando empezar.

—Oh pues, no lo sé —dijo Ashley un poco perdida.

Ni siquiera había preguntado. Su llegada, que debiera haber sido de otro modo, había quedado eclipsada por la mentira de Donovan. Solo recordarlo la hizo poner mala cara. Querría dar un paso atrás, ir al aeropuerto y largarse a casa con su familia y resguardarse en personas que no la juzgaban, pero en Miami todo iba cuesta abajo, y sabía que era un error pensar en marcharse y, además, por muchos motivos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jenna con ternura. La observaba con interés, y supo que no podría eludir el tema por mucho tiempo.

Les contó lo sucedido y ellas escucharon atentas, mostrando su descontento y su apoyo incondicional. Al soltarlo todo, Ashley se sintió un poco mejor, y también pensó en que era un tanto absurdo que se enfadara por eso. Sabía que

lo que más le molestaba era el sentirse manipulada, pero lo cierto era que al final, pensándolo como una adulta, y no como una niña con una rabieta, sabía que habría terminado por aceptar el trabajo igualmente, sin tener en cuenta otras implicaciones que empezaban a pesarle.

Escapar de su pasado, tanto en el trabajo como en su vida personal, se convirtió en una necesidad.

Más tarde o más temprano, arreglaría las cosas con Donovan para separar sus vidas para siempre, porque estaba claro que se sentía demasiado atada a esa relación ficticia. Que fueran amigos no significaba que ella tuviera que seguir con la farsa del matrimonio por más tiempo. Ahora encima, tendría que desempeñar el papel ante las cámaras para un numeroso público.

Estaba convencida de que desvelar la verdad causaría un gran efecto, y más ahora que su imagen también iba a tomar un rumbo más notorio, pero ya estaba harta de mentiras. Donovan tendría que hacer las cosas de otro modo si deseaba que continuaran tomándole por un hombre serio y formal, y no por un juerguista sin remedio.

Dependía de él.

Ashley oyó el timbre de su teléfono y lo sacó del bolsillo trasero de su vaquero. Era Donovan.

—Están abajo, nos piden que nos reunamos con el equipo cuando estemos listas —dijo a sus amigas, que la miraban expectantes.

—Bien, vayamos, y ya pensaremos en una venganza por lo que te ha hecho —espetó Erika con voz

amenazante.

Ashley y Jenna soltaron una risita nerviosa, porque sabían que su amiga lo decía muy en serio; era una mujer fiel a sus principios, y si le hacían daño a un ser querido, no perdonaba fácilmente. Estaba claro que ya estaba ideando un modo de hacer pagar a Donovan lo que le había hecho. Ashley tembló por dentro. Cuando quería, Erika podía ser muy creativa. Casi demasiado.

Le dieron ánimos entre las dos, y le aseguraron que todo iría bien porque estaban juntas. A los pocos minutos, bajaron la escalera para reunirse con todos en la entrada de la casa.

Había bastante gente allí.

Ashley presentó a Paloma y a las chicas, y como la directora de la productora estaba haciendo su papel de anfitriona, empezó a nombrar a gran parte del equipo de grabación. Había dos cámaras y sus dos ayudantes de sonido e iluminación, varias personas que se dedicaban a organizar el decorado, uno de los guionistas principales, el director de la cadena de televisión donde se emitiría el programa y su secretaria, los dos redactores, y algunos inversores y patrocinadores.

Casi se sentía mareada al ver a tanta gente allí, cada uno contándole su papel en todo el proyecto y haciéndole mil preguntas.

Ella procuró ser amable con todos, pero empezaba a agobiarse. Al cabo de una media hora más o menos, el grupo empezó a disolverse poco a poco. Tenían que empezar a trabajar cuanto antes.

Le entregaron un cuadernillo con la escaleta del programa y lo que tenían previsto para ese día y Ashley le echó un rápido vistazo mientras caminaban por la casa. Al parecer no era la única que solo había visto fotos de las reformas que habían estado haciendo esos meses. Todos estaban deseando ver hasta el último rincón.

Tal como recordaba, la cocina principal era enorme, bien equipada, y una verdadera preciosidad.

Se moría de ganas por empezar a usarla, aunque sabía que ese día solo harían unas grabaciones por las instalaciones, de unos quince minutos en total. Harían fotografías en el decorado una vez solucionado el problema del vestuario y del maquillaje, por la tarde, conocería a los alumnos del curso.

Aunque creyó que ya estarían por allí, supo que estarían ausentes mientras Ashley y Donovan trabajaban en el spot publicitario.

Durante el fin de semana, todos juntos se prepararían para empezar el curso. Normalmente ella no necesitaría un tiempo previo para dar comienzo, pero claro, allí tenían que contar con las cámaras, con los tiempos de puesta en marcha del equipo y con el necesario para enseñarles a usar todo el equipamiento.

No podrían hacerlo todo ese fin de semana, porque si no, para cuando tocara utilizar algunos aparatos de cocina para las recetas, ya se habrían olvidado. Los repasos se harían diaria o semanalmente.

Cada día por la tarde, tendrían un par de horas para la revisión de lo grabado, y era ahí cuando se harían nuevas tomas y secuencias para el *reality* con los comentarios y opiniones de los alumnos y también de Ashley, ya que añadirían todo eso al montar la producción diaria del programa; serviría como narrador para las actividades que se fueran llevando a cabo cada mañana, y cuando se emitiera el programa, quedaría perfecto al intercalar imágenes de la preparación de los platos, con las impresiones de cada grupo en los momentos clave.

Mientras Ashley, Erika, Jenna y Paloma fueron a una zona habilitada para vestuario, Donovan y los demás se marcharon al jardín. La mayoría se quedaría para observar cómo se les daba el primer día, ya que estaban interesados en conocer de primera mano, algunos detalles que solo unos pocos afortunados podrían saber.

Se alegró de que Donovan se marchara, porque la tensión entre ellos era palpable desde que se vieron un rato antes; y tener que fingir con una enorme sonrisa todo el rato, le estaba produciendo dolor de cabeza y de mandíbula.

Ahora por lo menos, con Paloma no tenía que mostrarse simpática si no le apetecía.

Sabía que era infantil, pero no se sentía caritativa con ella, y menos cuando vio la cantidad de percheros que había allí.

No podía creer cuánto espacio había al lado de las cocinas. Había varios sofás con unas taquillas

amplias y blancas, dos espejos de cuerpo entero, una zona donde estaba la ropa que se tendría que probar ahora, y dos espacios para que Erika y Jenna pudieran trabajar. Se parecían mucho a los tocadores que se veían en las peluquerías, y además, tenían unos estantes con cantidad de productos de belleza. En cuanto lo vieron, fueron directas para cotillearlo todo.

—Bueno, Ashley —empezó Paloma con cautela—, sé que el conjunto que te mostré en las fotos no

fue de tu agrado, así que podremos trabajar con estos treinta conjuntos que nos han cedido las diferentes marcas de ropa que hay en España. Algunas prendas deberás mostrarlas en las grabaciones posteriores de la tarde, porque se trata de nuestros patrocinadores, de modo que hay que hacer publicidad.

Ashley no entendía muy bien el funcionamiento de la televisión, pero escuchó sus explicaciones, y le parecieron razonables. Estuvo mostrándole la ropa y le dijo que debería probarse cada prenda para asegurarse que era de su talla. Escogerían algo con lo que se sintiera cómoda para grabar los primeros cinco minutos, y luego cambiarían para los siguientes.

Empezó a desnudarse y a hacer lo que le había pedido durante un buen rato, y al final optó por un vaquero sencillo de un color oscuro, unas zapatillas de Boutique Moschino con un estampado muy colorido y una camiseta de manga corta verde de H&M. Erika le dio un delantal de color crema con un estampado de hojas verde que le iba muy bien.

Se recogió el pelo en una cola de caballo y dejó que Erika la maquillara y Jenna le pintara las uñas en tonos verdes, algunas más oscuras que otras. Iba conjuntada desde los pies a la cabeza; se sentía cómoda para enfrentarse al proceso que venía a continuación.

Llamaron a la puerta y se escuchó la voz de Paloma.

—¿Cómo va todo por ahí dentro? —inquirió con una pizca de inquietud e impaciencia que no pudo ocultar del todo.

Ashley puso los ojos en blanco y las tres se miraron de soslayo.

—Estoy lista. Salgo en un minuto —dijo en voz alta—. Y veremos cómo acaba todo esto —musitó

en voz baja.

Sus amigas soltaron risitas ahogadas y revolotearon a su alrededor cuando se puso de pie.

—Estás genial. Pareces una auténtica profesional, seria pero juvenil al mismo tiempo —aseguró Erika con orgullo fraternal.

Jenna asentía con una mirada resplandeciente.

—Perfecta —declaró dando saltitos de alegría.

Abrazó a sus amigas con cariño y con cuidado de no arruinar su obra de arte, y se sintió con fuerzas para enfrentarse a lo que fuera. Ellas eran diferentes entre sí, aunque igual de alocadas y divertidas.

Siempre conseguían animarla. Mientras Erika era puro fuego en cada aspecto de su vida, se comportaba como una auténtica come-hombres con el sexo opuesto; Jenna por el contrario tiraba a ser casi una romántica. Casi. Igual que podía encariñarse con rapidez, olvidaba con la misma facilidad. Tal vez por esa razón se entendían las tres tan bien; se conocían desde hacía ya muchos años, y no había secretos entre ellas, sino una amistad sincera y sin reservas. Eran inseparables.

—¿Vamos? —inquirió Ashley.

—Pues claro, nena. Juntas podemos con ella —bromeó Erika entre risas.

Se encontraron con Paloma y esta tuvo que hacer un gran esfuerzo para ocultar su frustración cuando vio a Ashley saliendo del vestuario.

—Bien, empecemos ya —animó con los dientes apretados.

No parecía muy contenta, pero Ashley apreció la cortesía de que hablara en inglés para que Erika y Jenna participaran de algún modo en la conversación. Un punto a su favor.

Donovan apareció con un traje muy elegante de color azul marino y raya diplomática, zapatos negros

y corbata de seda de un tono gris marengo que contrastaba muy bien con la camisa blanca que llevaba bajo la chaqueta. Estaba guapísimo. Todas le admiraron en silencio y él disimuló como pudo el regocijo que sentía en su interior.

—Grabaremos tu parte enseguida —anunció Paloma dirigiéndose a él— porque no queremos que eclipses a Ashley —bromeó con una sonrisa encantadora y coqueta—. Haremos unas fotos por separado y otras con los dos juntos, y así probaremos la iluminación y el mejor escenario posible para que aparezca de fondo en la cabecera principal. Probablemente luego los técnicos montarán algunos efectos visuales para que sea llamativa y comercial, pero por eso no os preocupéis. Iremos tomando archivos de las grabaciones diarias y será al final cuando los realizadores y editores lo examinen todo y lo puedan acabar.

—¿Podremos verlo antes de que el programa se emita? Quiero asegurarme de que van a sacar mi mejor perfil —bromeó Donovan con su mejor sonrisa seductora.

—Claro que sí, aunque tú no tengas sesión de “detrás de las cámaras”, podrás participar desde fuera en un segundo plano, ya que se hará en una habitación abierta que ya casi está preparada. Algunas veces usaremos también una sección que han habilitado en la parte principal de la casa, para variar un poco.

—¿Será una especie de confesionario? —preguntó Erika.

—Algo así. Cuando se emiten los *realities*, quedan intercaladas las imágenes en directo, y estas otras grabaciones posteriores. El espectador está al tanto de todo lo que ocurre, de todo lo que piensan los integrantes de una forma dinámica —explicó Paloma.

Su ayudante apareció para informarles de que el equipo estaba listo, y al fin llegó el momento de empezar.



Hicieron las primeras grabaciones en el exterior, con la casa tras ellos. Ashley tuvo que hacer algunas poses sola, y luego fue el turno de Donovan.

Ashley se preocupó de no aparecer tan natural tras las cámaras como él, ya que estaba acostumbrado a todo ese tinglado; sin embargo, debía hacer lo que le pedían, y se desenvolvió lo mejor que supo.

Cuando empezó a hacer viento, continuaron la sesión en el interior. La cocina principal se convirtió en el escenario para el resto de la mañana. Ashley estaba contenta por haberse salido con la suya con respecto a la ropa. Se había puesto otros dos conjuntos similares, y uno de ellos, con un delantal en tonos rojos y con una coqueta blusa que dejaba entrever el inicio de sus pechos.

Fue idea de Jenna, que al igual que ella, se había enamorado del color violeta como contraste, y de la forma en la que se entallaba a su delgado torso.

Al finalizar, Paloma se acercó a ella para evitar que las personas que había allí observando todo el proceso escucharan su conversación. Acabaron en la sala de maquillaje y vestuario. Donovan no dudó en acercarse a ellas cuando vio que ninguna parecía muy contenta con la otra.

—¿De qué habláis, chicas?

Ashley puso los brazos en jarras y suspiró con cansancio.

—No pienso ponerme esas chaquetas holgadas, ni un gorro enorme de cocinero. Me vería ridícula

—explotó de pura frustración.

—Te verías muy profesional. Ahora solo pareces una amante de la moda que está posando. No pareces una maestra repostera —replicó Paloma sin dejar hablar a Donovan.

Este miraba a una y otra con evidente impotencia.

—A todo el mundo le gustó como hice las grabaciones —apuntó ella—. Y no tengo que parecer nada, porque soy repostera —recalcó con furia—, y mi imagen no va a cambiar eso —se defendió.

—No quiero que los espectadores solo se fijen en que eres joven y guapa. Ese no es el objetivo del programa —repitió por segunda vez.

Ashley empezaba a cansarse de ese estúpido lema tan suyo. No podía creer que pensara eso de verdad. Paloma se enfrentaba a ella porque no coincidían en el tema del vestuario, pero ahora se estaba pasando, según su opinión.

Donovan, en medio de las dos, se sentía perdido mientras las escuchaba y pensaba en algo que decir que no acabara por empeorar las cosas.

—¿Por qué no lo pensáis un poco y mañana lo habláis con más tranquilidad?  
—propuso con suavidad.

Ashley miró al techo desesperada. Eso no era una opción para ella. Le parecía que Paloma buscaba ridiculizarla, y aunque no fuera cierto del todo, tampoco entendía esa insistencia. Cuando salió con el primer conjunto, a todo el mundo le gustó. Recibió muchos elogios de personas que también estaban implicadas en el programa, así que merecían cierta consideración. No creía que hubieran mentido para hacerla sentir bien en su primer día, al fin y al cabo, todos buscaban que el proyecto tuviera éxito, y no aumentar la autoestima de Ashley, cosa que en realidad no le hacía falta.

Trató de serenarse antes de hablar, porque no deseaba pelear más, y necesitaba que Paloma entendiera que no pensaba ceder ni un milímetro.

—Hay que zanjar este tema. Mañana tenemos reuniones todo el día: con los grupos de alumnos, con los guionistas y... no podemos perder más tiempo en esto —se quejó Paloma.

Todo el proceso había sido muy intenso, y Paloma deseaba terminar con los detalles para centrarse en el inicio del programa, en el comienzo del curso. No quería ceder, pero se le agotaba el tiempo y necesitaba acabar con ello ya. Últimamente había llevado un ritmo de trabajo frenético y agotador con las reformas a toda prisa, la búsqueda de los alumnos que mejor se adecuaban al proyecto, y todo debía salir perfecto.

Reducir todo ese tiempo a la mitad, podría no haber sido su mejor idea hasta

el momento, pero deseaba llevarlo a cabo. Estaba muy ilusionada en realidad.

—Si no puedo ponerme lo que yo quiera —empezó Ashley con deliberada parsimonia—, entonces

iré desnuda. Y es mi única oferta —añadió cansada.

Dejar a Paloma y a Donovan con la boca abierta y los ojos como platos fue motivo de regocijo para ella. Al fin parecía que captaba su atención. No había vuelta atrás después de soltar aquello. En ningún documento se le exigía el que llevara determinada ropa, y no entendía su cabezonería, pero ya había llegado al límite de su limitada paciencia.

Estaba harta.

No era más que un curso de repostería, y a pesar de que sería en televisión por primera vez en su carrera, lo realmente importante no era el color de su delantal, sino que sus alumnos se marcharan al cabo de cuatro semanas con algunos conocimientos y con una buena experiencia.

Lo demás era secundario. Estaba dispuesta a hacer su trabajo lo mejor posible, a colaborar en todo lo que se le pidiera, pero según ella, la ropa era otra cosa, y no iba a dejar de ser quien era. Ni que otro lo intentara siquiera.

Donovan permaneció en silencio mientras ellas mantenían una lucha de miradas.

Paloma carraspeó y, no sin esfuerzo, compuso una pequeña sonrisa cortés.

—Me da miedo preguntar si eso va en serio —aludió al comentario anterior. Ashley sintió el rubor de sus mejillas, pero no se le ocurrió ceder avergonzada —, así que... está bien. Podrás vestir como quieras, siempre que sean prendas que haya en esta habitación. Al menos para grabar —añadió de manera innecesaria.

Negando con la cabeza de forma casi imperceptible, Paloma aguardó a que Ashley dijera algo.

—Gracias —soltó aliviada—. Si no estuviera cómoda ya desde el principio,

no quisiera

imaginarme cómo de tensa aparecería en televisión. Sabes que todo esto es nuevo para mí.

—Bien, ahora que esto se ha resuelto —intervino Donovan para aliviar la tensión que se respiraba en el ambiente—, podemos tomar un descanso, comer, y continuar con lo previsto en la agenda de esta tarde.

Estuvieron de acuerdo y, como el catering ya había llegado, se reunieron con el resto en la enorme sala de reuniones que desde ahora tenía todo tipo de usos según las necesidades del equipo en la casa. La primera planta era enorme, con gran cantidad de habitaciones espaciosas en las cuales podrían haber instalado un comedor para un numeroso grupo de personas, pero la parte trasera de la vivienda estaba dedicada solo al espacio para las que se alojarían allí, y la principal, se encontraba ocupada por los equipos, las cámaras, y oficinas improvisadas que tanto necesitaban.

La sala de reuniones se convertiría ahora en un amplio comedor durante algunas horas a la semana, y el personal del catering obtendría un extra para organizarlo y recogerlo todo cuando hubieran acabado de usarlo.

Ashley comprobó que era una empresa maravillosa. Cuando se cambió de ropa y fue en busca de Erika y Jenna, se dirigieron allí y ya estaban casi todos los presentes en la mesa. Algunos se despidieron antes de comer, por lo que ahora solo se encontraban allí Paloma y su asistente, llamada Deborah, Donovan, los técnicos, y los ayudantes de cámara que estarían trabajando cada día con ellos.

Esa tarde aún tenían detalles que ultimar.

La sala fue transformada por completo desde esa mañana. La mesa vestía ahora un mantel suave de un blanco brillante, y había platos de porcelana, cubiertos de plata preciosos, y copas de cristal junto con un centro de mesa con flores frescas. Una decoración de revista.

Fue un momento muy distinto al resto desde que llegaron, y del que todos disfrutaron. Ashley se relajó y pudo observar detalles que pasaron

desapercibidos al entrar por primera vez en la casa.

Las paredes aportaban toques de color con los cuadros abstractos que tenían colgados, y habían colocado algunas plantas de gran tamaño, lo que también aportaba cierta frescura y alegría al lugar.

Supuso que las trajeron a lo largo de la mañana, porque al llegar unas horas antes, solo había experimentado la frialdad y sobriedad de la casa. Desde luego la planta principal no parecía un hogar con todas esas pantallas y equipos electrónicos con cables por doquier, pero al menos ahora, la atención se desviaba un poco hacia los nuevos toques de color. Se alegraba de que hubieran cuidado mejor los dormitorios, que eran amplios espacios donde apetecía estar, sin duda.

—La comida es una delicia —comentó Jenna cuando acabó su plato de salmón con verduras.

Erika, sentada a la izquierda de esta, estuvo de acuerdo, pero se acercó un poco a ella para que Ashley, sentada a la derecha de Jenna, oyera lo que iba a decir.

—Lo que sí es una delicia es el bomboncito que está sentado a mi lado —cuchicheó con descaro, y con una sonrisa lasciva.

De manera disimulada, las chicas fingieron que charlaban de algo intrascendente y echaron un rápido vistazo al chico en cuestión. Era muy guapo, y si Ashley no se equivocaba, se trataba de uno de los cámaras.

—Se llama Cristian, y tiene veintidós años —explicó Erika.

—¿Habla inglés? —preguntó Jenna con interés.

—Sí —dijo con alegría—. Él y su amigo Leo hablan muy bien inglés. El que está sentado a su lado

—explicó para que supieran de quién hablaba—. Es muy atractivo también —añadió con un leve arqueado de cejas.

—Qué poco tardas en ligar —bromeó Ashley.

—Ya bueno, es un yogurín bastante lanzado —soltó coqueta.

—Menos mal que hablan inglés —intervino Jenna—, porque nuestro español es horrible. Y al menos ahora, tenemos con quién pasar el rato libre —aludió al comprobar que el compañero de Cristian era realmente mono.

Las chicas rieron por lo bajo y no tardaron en encontrarse hablando con los dos jovencitos. Leo, que tenía veinticuatro años, estaba claramente interesado en Jenna, por lo que Ashley, cuando acabaron de comer y salieron a tomar el aire al jardín, la animó a acercarse a él.

Ella no tenía el menor interés en implicarse con nadie del programa, más teniendo en cuenta que todos pensaban que estaba casada con Donovan, así que debía tener cuidado con lo que hacía, y cómo se comportaba con los del sexo opuesto para no ser un tema de conversación.

Sus amigas lo entendían, claro, aunque también se sintieron un poco mal por ella.

En realidad, Ashley en cierto sentido, no le debía lealtad ni explicaciones a Donovan porque lo suyo no era real, pero ambos sabían que de momento no estaban listos para que el mundo lo supiera.



## Capítulo 5

Esa tarde fue increíble y agotadora. Tuvieron largas charlas sobre el guión a seguir cada día, y al fin comenzaron a ver las recetas que se incluirían. Eran sencillas, y otras algo más elaboradas; debía tener en cuenta que no podía empezar enseñando a los grupos a hacer tartas de boda de diferentes sabores y pisos. Todos eran aprendices, y tan solo uno de ellos era cocinero profesional, aunque aseguraron que no tenía idea de postres, por lo que se trataba de elaborar quince platos sencillos que los espectadores podrían hacer en casa fácilmente.

Eso le gustaba mucho.

Después de repasar muchos detalles del programa, y cansada hasta casi la extenuación, Ashley se fue a su habitación al igual que los demás. El equipo se marchó, y por lo que pudo comprobar por varios correos que recibió, solo Paloma se quedó un rato en su despacho. No parecía una persona que pudiera dejar el trabajo a un lado, y Ashley estaba empezando a sufrirlo también. Cuando se despidió de sus amigas, que ocupaban las habitaciones que había al lado y frente a la suya, se llevó su portátil a la cama y miró su web, contestó mensajes y charló con algunos fans por chat. Fue un rato muy agradable, ya que le dedicaron muchos cumplidos que en este momento la animaban más de lo que imaginaban.

Se quedó dormida casi a las tres de la madrugada. Menos mal que no tenía que levantarse muy temprano ese domingo, y que había puesto la alarma para tener tiempo de arreglarse y tomar café antes de que la casa se llenara de gente. No deseaba crear una mala primera impresión a un grupo de personas que iba principalmente porque deseaban aprender, y porque ella impartía las clases. Necesitaba estar a la altura, al cien por cien. No se merecían menos y ella no tenía intención de dar menos.

Se despertó a las diez, fue a darse una ducha rápida y se puso un pantalón azul marino, una camisa celeste semi transparente con un top de encaje oscuro debajo, y unos botines de un tono marrón claro.

Sujetó su pelo con una goma elástica sin preocuparse demasiado por cómo quedaba. Lo cierto era que estaba horrible, ni seco ni mojado, y hecho un desastre, pero sabía que a Jenna no le importaría arreglárselo y así estaría perfecta para cuando llegaran todos.

Fue hasta la habitación de Erika, la contigua a la suya, porque escuchó voces en el interior y cuando esta abrió, las encontró a las dos allí. Las saludó con una sonrisa desde la puerta.

—Pasa —la invitó—. Hemos ido a por unas cosas a la sala de vestuario, y nos estamos arreglando.

Jenna observó su pelo y puso cara de espanto.

—Necesitas arreglar ese pelo cuanto antes. No saldrás de aquí de esa guisa —sentenció.

—De hecho venía a buscaros. Dentro de una hora llega todo el mundo, y necesito solucionar el tema de mi peinado y tomarme un café muy cargado.

Erika dejó la plancha de pelo por un momento y fue hasta una mesilla cerca de la puerta. Había traído un café para ella en una de esos termos con tapa. Era una preciosidad, gris con pequeños *cupcakes* rosas.

—Oh, gracias —dijo Ashley con la mirada iluminada.

—Sé que te iba a gustar, y por eso esta mañana he mandado a Cristian a comprar tres. Uno para cada una —expuso con una expresión satisfecha en su hermoso rostro.

Ashley la contempló sin atisbo de sorpresa con la mención del cámara.

—¿Ha llegado temprano esta mañana, o es que os intercambiasteis los números para emergencias como esta? —inquirió con sorna al señalar su delicioso café.

—Ambas cosas. Hace más de una hora que le mandé un mensaje para pedirle el favor y no tardó ni quince minutos en llegar —dijo con suficiencia y una permanente sonrisa.

—Le tienes coladito, pero... ten cuidado con lo que hacéis. Si la cosa se complica, tendrás que verle un mes entero aquí —previno Ashley.

La tenía preocupada desde la noche anterior, porque sabía que su amiga no era muy propensa a las relaciones duraderas, y una pequeña aventura estaba genial siempre y cuando no interfiriera en un trabajo.

Ninguna de las dos tendría que echar una jornada larga, sino solo unas pocas horas por la mañana, y luego podrían hacer cuanto quisieran dentro y fuera de la vivienda, pero de todos modos, estar un mes entero cruzándose con un ligue con el que las cosas no acabaran bien, sería incómodo como poco.

Querría evitarle todo eso a su amiga, aunque sabía que ella era una mujer



adulta que tomaba sus decisiones. Alocadas, sí, pero eso ya era otro asunto.

Solo podía aconsejarla, luego tocaba que Erika eligiera bien.

—Dudo que él vaya buscando nada serio, por cómo se puso a ligar conmigo ayer, pero descuida, no dejaré que nada pueda interferir en el trabajo — aseguró con un guiño.

Cotillearon sobre los chicos mientras se arreglaban, y en media hora, Ashley lucía un peinado sencillo y ondulado que caía con suavidad sobre su espalda. Lo llevaba ya bastante largo, pero a ella le gustaba así.

Erika llevaba un vestido marrón oscuro por la rodilla, medias negras y botines de un tono caramelo.

Se había aplicado las tenacillas, y su pelo castaño quedó rizado, brillante y muy bonito. Jenna se había vestido de un modo más sencillo hoy, con unos vaqueros negros ajustados y una camiseta blanca de manga tres cuartos con dibujos asimétricos de varios colores. Sus deportivas de marca le hacían parecer mucho más joven. Y su peinado corto, rubio y liso, aún más.

Al final las tres quedaron muy guapas, y después de admirarse y repartir cumplidos, salieron para encontrarse con los demás en la sala de reuniones multiusos.

No pasaron ni diez minutos, cuando empezaron a llegar los coches que traían a los grupos de alumnos. Ashley había estado mirando sus fichas el día anterior, y esperaba acordarse de todos los nombres, porque no quería meter la pata en medio de una grabación en directo. Dudaba que pudiera pedir una repetición, y suponía que esas imágenes quedarían reservadas para las tomas falsas o para Youtube.

Qué vergüenza, pensó.

Paloma les saludó conforme iban entrando y empezó con las presentaciones, primero el equipo, seguido de Erika y Jenna, que solo dijeron un escueto « hola » en inglés, y luego Donovan y ella. La reacción cambió de manera drástica. Se les veía notablemente más nerviosos, y les miraban a uno y otro

como si no se creyeran que fueran personas reales.

El primer equipo era un matrimonio, Lucas Cantero de treinta y ocho años, y su mujer Noemí Olmo, un año más joven que su marido. Eran los más mayores. El segundo grupo era una pareja algo más joven, Gérard Lyon de treinta y tres, y Olivia Peñalver; con veintisiete, era un año menor que ella. Ashley tenía entendido que los dos vivían y trabajaban en Madrid. Sabía que él era el único cocinero profesional, y también el único de origen francés. Sería interesante ver cómo se desenvolvía en la cocina cuando comenzaran, meditó.

El tercer grupo lo formaban dos amigas, Miriam Figueroa de veintitrés años, y Thais Saavedra de

veinticuatro. Las más jóvenes. Y el cuarto grupo también era exclusivamente femenino, Camila Galiano y Karen Leiva, ambas de veintiséis años. Estas parecían muy simpáticas, y todos en general.

—Estoy encantada de conoceros a todos, y deseando que mañana empiecen las clases. Espero que

vosotros también —bromeó Ashley.

—Pues claro, preciosa —intervino Noemí—, con nosotros deberás tener paciencia —dijo dándole

un cariñoso codazo a su marido—, pero nos morimos de ganas de ponernos manos a la obra.

El resto se quedó un poco más cohibido, aunque no dejaban de hablar con sus respectivos compañeros por lo bajo y les observaban con disimulo, como si de un fenómeno se trataran.

Donovan a su lado, le pasó un brazo por la cintura y le dio un ligero apretón para infundirle ánimos.

Durante el día seguro que todos irían conociéndose y perdiendo ese nerviosismo general.

Dejaron que se instalaran en sus habitaciones, y al cabo de un rato, se reunieron en la sala de reuniones para comenzar. Todo el mundo conocía ya a estas alturas el funcionamiento de la escaleta, pero antes del lunes querían dar un repaso general, e incluso hacer algunas tomas de prueba en las cocinas ahora que estaban juntos.

Era emocionante; al fin comenzaba. Ashley estaba nerviosa pero a su vez entusiasmada.

Tener a sus amigas a su lado era un alivio, y aunque ahora mismo su relación con Donovan era algo tirante, también agradecía su apoyo. Su carácter extrovertido y simpático se ganó a todo el mundo, y pronto empezaron a tomar confianza con los alumnos. Las chicas más jóvenes, y todas en realidad, estaban embelesadas con él, como era natural.

Ashley solo deseaba que su carácter mujeriego y juerguista no le metiera en ningún lío, porque en un espacio tan reducido, las cosas podrían ponerse feas, y en lugar de un *reality* sobre un curso de repostería, tendrían un cutre y dramático gran hermano. Ella no quería eso. Y mucho menos que la verdad les estallara en la cara. Algo que la preocupaba mucho. Aunque no sabía qué la preocupaba más, si el que se enteraran de que ya no estaban casados, o tener que fingir que lo estaban.

Ni siquiera había pensado en eso. Parecía que él sí, ya que durante todo el día, no se apartó de su lado. No se mostró cariñoso en exceso, pero sí estuvo pendiente de no dejarla sola demasiado rato.

Tuvo que admitir que fue un consuelo al principio, aunque la gente era muy amable y atenta con ella.

Parecían querer conocerlo todo de su vida, porque en cada descanso que tenían, se agolpaban a su alrededor para interesarse por todo. Se sacaron fotos y lo pasaron muy bien. El tiempo no era muy cálido para estar ya en marzo, de modo que estuvieron todo el día en la espaciosa sala común que había entre los dormitorios en la planta principal superior cuando no tenían que reunirse para prepararse para el día siguiente. Fue muy entretenido estar con ellos, aunque apenas tuvieron un instante de tranquilidad. Tenían mucho que hacer.

A la hora de la cena, se habían acabado los nervios iniciales y ya eran como una piña. Solo las chicas más jóvenes, Miriam y Thais parecían más distantes con ella, aunque era evidente que eso no les ocurría con Donovan, ya que cuando él andaba cerca, no hacían más que sonreír y cuchichear. Menos mal que Ashley contaba con Jenna y Erika en todo momento.

La casa era como un gran hotel, y sola no habría estado tan tranquila ni a gusto.

—¿Sabes que Cristian y Leo nos han invitado a salir por ahí mañana? —susurró Erika para que nadie más la oyera.

—¿Vais a ir de copas? —inquirió Ashley.

—No mujer, iremos a tomar unas cervezas al centro, pero estaremos aquí pronto —soltó insinuante.

Jenna estaba entusiasmada con salir por Madrid con un chico tan guapo como Leo. Este era rubio y con unos increíbles ojos azules. Cristian también era muy atractivo, alto y tan en forma como su amigo, con su pelo castaño y esos expresivos ojos verdes, no le extrañaba que su amiga estuviera deseando meterle mano de una forma muy literal y obscena.

—Tengo que agradecer a Paloma que buscara una casa con las paredes insonorizadas —se burló Ashley.

Sus amigas empezaron a reír, pero justo entonces, la mano de Donovan, sentado a su otro lado, se posó en su pierna y las tres se quedaron sorprendidas. No había sido un toque casual; tampoco lujurioso, pero estaba claro que era demasiado para Ashley.

—Cariño, ¿te apetece salir a tomar el aire un rato? —le preguntó con una sonrisa muy significativa.

Estaba incómodo por algo, se le notaba, y no pudo decirle que no. Ashley se despidió de sus amigas y siguió a Donovan hasta el jardín.

Hacía fresco, así que le apremió para que hablara deprisa mientras caminaban hasta alejarse a la zona de la piscina. Se detuvo allí delante, que era donde

había una mejor iluminación, la de las pequeñas farolas de la zona de césped y las luces del interior del agua.

Donovan suspiró y la miró a los ojos.

—Creo que esas chicas han estado intentando ligar conmigo, así que tenemos que fingir mejor.

Ashley resopló. Menuda papeleta le había tocado.

—Empiezo a pensar que tal vez debimos contar la verdad hace años — comentó cansada de toda esa historia.

No le gustaba mentir, y Donovan lo sabía bien, pero aquello era más que un cuento; era algo que necesitó hacer para ayudarlo con su carrera. Ahora no parecía el mejor momento para desvelar la verdad, porque no sabía ni cómo empezar a explicarse con la gente a su alrededor.

—¿Crees que es una buena idea ahora? Con todo lo que pasó en Miami... — comentó inseguro.

—Ya lo sé, pero es horrible tener que mirar a toda esa gente a la cara y mentir como villanos.

Se cruzó de brazos y le dedicó una media sonrisa al ver que se le veía realmente afectado por lo que estaba pasando. Tampoco debía ser agradable para él, y menos ahora que, rodeados de gente desconocida, su vida también estaría condicionada a guardar unas apariencias que nada tenían que ver con la realidad.

—Esto se va pareciendo más a un culebrón —dijo con una mueca de disgusto.

—¿Y eso?

—Hay un par de chicos que trabajan con las cámaras, que van tras Erika y Jenna —le contó meditabunda—, tú tienes algo con Paloma y ahora tu número de admiradoras aumenta... Solo espero que nada de esto nos explote en las narices —soltó con genuina preocupación.

—Chicos —dijo Paloma a su espalda—. Necesito hablar con vosotros.

Los dos se volvieron hacia ella y se quedaron pasmados con lo que esta tenía que decirles.

Permanecieron mudos cuando acabó.

—No quiero compartir mi cuarto —se quejó Ashley al final.

Era obvio el hecho de que debieran dormir juntos si querían mantener la farsa, pero era demasiado para su tranquilidad mental. Ni siquiera en la casa que compartían en Miami habían dormido juntos más que un par de veces, y hacerlo durante un mes, le resultaba imposible de concebir. No quería volver a caer en eso cuando de hecho lo que más deseaba era poder hacer su vida sin esa mentira de por medio.

Paloma no parecía muy contenta tampoco, pero Ashley estaba tan alterada que no estaba por la labor de ser comprensiva.

—Tú asignaste las habitaciones, y no preguntaré la razón por la que nos diste una a cada uno —

espetó, molesta una vez más por lo que le ocultaron sobre su amistad, o lo que fuera ahora. Tener que preocuparse por lo que los demás pudieran ver o no ver, o pensar sobre su matrimonio irreal... Todo eso la agobiaba. Suspiró—. Pongamos que cada uno tiene su espacio para dormir y trabajar, y no

compliquemos más las cosas.

A estas alturas le daba igual lo que opinaran los demás. Ella realmente necesitaba su espacio, así que al menos se sentiría mejor por no mentir más a la gente. Daba igual lo que dijeran, sabía que las personas pensaban lo que querían. Ya tenía experiencia con eso.

No tenían que complicar más las cosas.

Los dos le preguntaron precisamente eso, primero fue Donovan y ahora ella, y dijo lo que pensaba: estaba harta de la mentira, era algo que deseaba eliminar de su vida cuanto antes, y esa conversación no tardarían en tenerla, se dijo.

Paloma no quiso insistir, y Donovan respetó su opinión al respecto. Era evidente que podía percibir lo que sentía, y no deseaba ser pesado.

Su ex le dio un rápido abrazo y un beso en la mejilla, y los dos entraron en la casa, dejándola sola como había pedido.

Ashley necesitaba un momento para reponerse.

Por un segundo, sintió que se derrumbaba, que la presión la sobrepasaba. Se sentó en el césped y se tapó la cara con las manos. No quería llorar, pero notaba que no podía evitarlo, y se dejó llevar por un momento de debilidad.

Intentó serenarse, y cuando creyó que lo había logrado, escuchó una voz desconocida a su espalda.

Alguien hablaba por teléfono, y no había reparado en que ella estaba allí debido a la tenue iluminación.

—Mañana comenzamos... sí, claro que tengo ganas...

Ashley se giró y comprobó que era Gérard. No quería cotillear, y pensó en un modo de escabullirse sin que la viera y se pudiera sentir violento.

—Es muy guapa, sí... no sé, mamá, supongo que podrías conocerla al final del curso. No creo que sea buena idea aparecer aquí solo para decirle hola a Ashley —comentó dubitativo—. Sí, es más guapa en persona, deja de preguntar —se quejó con una risita nerviosa.

Ashley quería morir de la vergüenza. No sabía cómo escapar de allí sin que la viera, porque cada vez estaba más cerca, y era inevitable que ocurriera justo eso.

Y entonces él miró al frente y se encontró con su asombrada e incómoda mirada. Sus palabras resonaban entre los dos como un eco. Un momento de lo más violento. Ashley se puso de pie despacio.

Gérard carraspeó.

—Luego te llamo, mamá. Te quiero.

Colgó el teléfono y se quedó quieto, con las manos en los bolsillos y visiblemente incómodo. A pesar de que no podía asegurarlo por las sombras que se proyectaban en su rostro, Ashley casi podía notar que estaba rojo como un tomate. Desde el primer momento vio que era tímido, y supo que tenía que decir algo para que no se sintiera más nervioso, o no podrían hablar con normalidad el resto del tiempo que iba a durar el curso.

—Lo que has oído... perdona... es una tontería... —balbuceó alterado por completo.

Se amasó su pelo castaño y le quedó una cresta hacia arriba. Ashley trató de no reír.

Caminó unos pasos para acercarse, y notó que se ponía en tensión. Le dedicó una sonrisa amistosa y aunque le pareció un tanto atrevido, levantó una mano y peinó los mechones que habían quedado de punta.

Él se sobresaltó al principio, ya que no esperaba que ella se fuera a poner a tocarle el pelo. Era tan suave que Ashley sintió un hormigueo en las yemas de sus dedos.

—Procura no hacer eso mañana ante las cámaras, o quedarás inmortalizado con todo el pelo revuelto —bromeó.

Gérard soltó una risita nerviosa y dio un paso hacia atrás para alejarse de Ashley. Esta podría haberse ofendido por un gesto aparentemente frío o descortés, pero había algo en él que la conmovía. Tal

vez se pasó al traspasar su espacio personal cuando no hacía ni un día que se conocían, y más al ser obvio que no parecía la clase de hombre que es lanzado o con un carácter abierto, pero había sido un gesto impulsivo. Tendría más cuidado la próxima vez que estuvieran tan cerca.

Pensó en algo que decir para aligerar el ambiente.

—Así que, ¿tu madre te añora?



—Sí, bastante —asintió con la cabeza con aire pensativo—. Hace meses que no voy a Francia, ni por una visita rápida, y pasará otro más sin que pueda hacerlo, pero bueno.

—Mi familia también está lejos, en Miami, y no hace ni una semana que no les veo, pero ya estoy deseando tenerles cerca —añadió con la voz entrecortada.

Quería hablar con su madre, abrazarla y contarle lo que ocurría, porque junto a su padre y su hermano, eran las personas que jamás la juzgaban, y siempre podía sentir su apoyo y su cariño en los momentos difíciles.

Una lágrima solitaria se derramó por su mejilla y la limpió con rapidez, pero Gérard se había dado cuenta. La miró con preocupación.

—¿Estás bien? —inquirió sin dejar de mirarla fijamente con esos preciosos ojos azules—. Un mes se pasa con rapidez. Te reunirás con ellos antes de que te des cuenta.

—Sí, yo... si te soy sincera, ahora mismo me preocupaba otra cosa, y creo que por eso les he hecho más de menos —declaró con los sentimientos a flor de piel.

Asintió sin saber muy bien qué decir para animarla. Era obvio que estaba alterada por un tema personal, pero no quería invadir su intimidad haciendo preguntas inapropiadas.

Gérard no era propenso a hablar porque sí, y menos con desconocidos, pero sentía que debía hacer un esfuerzo, superar su timidez e intentar que Ashley se sintiera mejor. Su tristeza le estaba haciendo sentir algo extraño por dentro.

—Yo me llevo bien con mi familia, al menos a veces, pero mis hermanos son insoportables, y por eso llevo casi tres años aquí en Madrid. Prefiero acordarme de ellos desde la distancia —bromeó.

Lo cierto era que les quería a todos mucho, a sus padres y a sus dos hermanos mayores, pero vivir y trabajar bajo su sombra, resultó ser una carga toda su juventud, sobre todo por la dureza constante de su padre, y ahora se sentía libre. Podía ir de visita cada mes, pero adoraba su soledad, su espacio.

Ashley se rió. Notó que hablaba de ellos con cariño a pesar de admitir que prefería distanciarse un poco.

—Bueno, espero que tu novia y tú lo paséis muy bien estas semanas.

Gérard la miró extrañado.

—¿Novia?

—Oh, yo pensé que Olivia...

Él se echó a reír.

—Qué va, ella es mi compañera de trabajo, es camarera en el restaurante en el que yo soy cocinero.

Somos buenos amigos desde que me mudé, y ella... te aseguro que jamás saldría con un hombre —musitó en voz baja.

Ashley lo escuchó y llegó a la conclusión evidente.

—Ah, entiendo —dijo con una sonrisa comprensiva.

Gérard la contempló unos segundos. Hacía algún tiempo que conocía el secreto de Olivia, y lamentaba que se le hubiera escapado. Su mejor amiga en el mundo había sufrido mucho por su inclinación sexual, y hablar sobre ello con alguien extraño, era un error que ya no podía enmendar. Al menos no parecía que Ashley pensara que era un bicho raro. Desde luego no se la veía asombrada ni nada por el estilo.

La familia des esta, era bien distinta con ese tema.

—¿Puedo preguntar de quién fue la idea de apuntarse a este curso? —inquirió con aire conspirador.

—Ya, eso... Olivia es muy admiradora tuya. Lo cierto es que seguimos tu web desde hace más de un año, aunque eso no me ha convertido en un experto, ni mucho menos —se burló de sí mismo—. En cuanto se enteró de que venías para hacer un programa de televisión, me dijo que teníamos que apuntarnos.

Hasta consiguió que nos dieran permiso en el trabajo y todo.

—Te insistió hasta que no te quedó otra, ¿no? —expuso con una sonrisa.

—Es un buen resumen —admitió alegremente.

—Bueno, espero poder enseñarte mejor ahora que estás aquí. A los dos, claro —se corrigió.

Asintió algo cohibido.

Ashley no pudo evitar fijarse en que era muy guapo. Mediría un metro ochenta, ya que le sacaba unos quince centímetros más o menos, y bajo el vaquero y el jersey, podía apreciarse un cuerpo atlético.

A sus treinta y tres años, parecía mucho más joven.

Cuando se dio cuenta de que le observaba fijamente, soltó una risa ahogada y se frotó los brazos con ímpetu. Empezaba a congelarse, ya que su cuerpo temblaba cada vez más, y no creía que fuera por la excitación que empezaba a recorrerla de arriba abajo en un momento tan inadecuado.

Debía borrar de su cabeza esos pensamientos. Ya.

—Me muero de frío, así que voy a entrar —indicó con cierta urgencia.

—Bien yo, si no hay nada más que hacer por hoy, creo que me quedaré un instante aquí fuera, y luego me iré a descansar.

—Ahora nos toca un pequeño respiro, pero mañana a las nueve tenemos que estar en la sala de reuniones —explicó mientras daba pequeños pasos en dirección a la casa.

—Te veré entonces.

—Por supuesto.

Le dedicó una pequeña sonrisa y entró. La casa estaba tranquila, en el despacho de la derecha estaba Paloma repasando unos papeles junto a

Donovan. Se les veía ocupados, así que solo les saludó con la mano y estos respondieron con el mismo gesto. Subió directamente a su habitación, pero allí en la sala común se encontró con un montón de gente. Los únicos que faltaban eran Olivia, y Gérard, que estaba fuera. Erika y Jenna estaban sentadas en unos cojines en el suelo junto con Cristian y Leo.

No tenía pensamientos de quedarse allí sin hacer nada, de hecho, solo deseaba conectarse a la web un rato, hacer su tarea diaria y luego irse a dormir, pero todos insistieron en que les acompañara. Estaban deseosos de saber cosas de su vida, y aunque al principio temió el interrogatorio, fueron muy simpáticos y no preguntaron nada comprometido. Al menos no hasta que vieron subir a Donovan y Pamela.

Charlaban animadamente y todos se callaron cuando estos llegaron a la sala. Fue incómodo para Ashley, que hizo como si nada y les dijo que se quedaran. Esta dijo que no podía, que debía irse a casa a seguir trabajando un rato, y Donovan dijo casi lo mismo, y se fue a su habitación al cabo de unos minutos.

Gérard, que llegó poco después y se acercó al grupo para no parecer un antisocial, escuchó la pregunta impertinente de una de las más jóvenes: Thais.

—¿No crees que puede ser un rollo trabajar con tu marido, y estar con él las veinticuatro horas?

Todo el mundo aguardó con morbosa curiosidad a que Ashley dijera algo. Sabía que cosas así podrían ocurrir, claro, y lamentó que no hubieran aguantado ni un día entero sin ponerla en una situación semejante. Compuso una sonrisa compungida, la habitual en esos casos.

—Por suerte, tenemos dos habitaciones para poder trabajar, así que si necesito espacio, solo tengo que decirle que se vaya a su despacho a dormir —bromeó. Para su alivio, todos se rieron con su ocurrencia, pero claro, no sabían que en realidad ella no tenía intención de dormir con alguien que ya no

era su marido. Incluso su amistad andaba en la cuerda floja desde que llegaron.

Estaba convencida de que ese bache se solucionaría, y cuando hicieran las

cosas bien, por fin podría vivir sola, como quisiera, y podría hacer cuanto se le antojara.

Miraba hacia el lejano horizonte, aguardando con impaciencia e ilusión ese instante. Ya se estaba haciendo de rogar demasiado.

## Capítulo 6

A causa del nerviosismo colectivo por el comienzo del programa a la mañana siguiente, al final, la gran mayoría se fue a dormir tarde.

Por la mañana temprano, sintió un cansancio mortal.

Ashley se aseó y se vistió antes de bajar. Se encontró con una máquina de café a un lado de la chimenea y fue hasta ahí como una autómatas. Poco antes de las nueve, ya estaban casi todos allí, algunos sentados a la mesa tomando café y otros de pie charlando en voz baja. Se notaba que el agotamiento flotaba en el ambiente aún.

Saludó a todos y tecleó en la máquina para sacar uno doble. Lo necesitaba. Sin la cafeína recorriendo sus venas, no se sentía del todo despierta aunque tuviera los ojos abiertos. Y debía espabilar pronto.

Paloma llegó como un tornado, junto con su ayudante. Toda energía y actividad frenética. Repartió la escaleta y todos la miraron en silencio.

—Bien, hoy es un gran día, y como es el primero, haremos las cosas con un poquito más de calma,

¿vale? Eso no quiere decir que ignoremos toda la preparación, todo lo que debéis hacer frente a las cámaras, pero solo hoy, permitiremos repetir algunas tomas si es necesario —explicó con una expresión seria que decía claramente que eso no la haría muy feliz—. Ashley y Donovan irán enseguida a vestuario a prepararse, luego maquillaje y peluquería. Comenzaremos con la presentación del programa y, como sé que aún no habíamos decidido el nombre oficial, os anuncio que se tratará de “Endúlzame”, con Ashley Stevens y Donovan Harper —leyó en la hoja que tenía delante, haciendo un gesto con la mano para indicar que no había más que decir—. Conforme estéis todos

vestidos con el delantal que se os entregará en vestuario, iremos tomando fotos y grabando nuevas secuencias para el gran comienzo del programa, así que ya sabéis, os quiero ver animados, sonrientes, y con muchas ganas de aprender de esta repostera de fama mundial. No perdáis detalle de todos sus consejos.

Al final, después de todo el discurso, acabaron por animarse de verdad. Aplaudieron a Ashley, que no se sentía muy cómoda por no llevar maquillaje ni el pelo arreglado, pero que en el fondo se sentía feliz de ver que sus chicos, como los llamaría en adelante, estaban deseosos de aprender y conocer sus consejos de repostería.

Se encaminó hacia el vestuario con Erika y Jenna. Habían instalado algo nuevo allí también. Tenía la sensación de que cada vez que miraba a alguna parte, había un cacharro nuevo, un cuadro, una planta, algo.

Una mujer muy guapa vestida con vaqueros, camiseta negra de manga corta y una coleta alta y rubia, les sonreía y las saludaba con la mano. Paloma les dijo que se trataba de Rocío Zamora, la peluquera.

Por las mañanas habría bastante actividad, así que necesitaban toda la ayuda posible para salir a tiempo y evitar retrasos para grabar.

—Buenos días —saludó cuando Ashley se sentó en la silla con el lavabo encastrado como el de las peluquerías—. Como tienes el pelo fabuloso, solo lo humedeceremos un poco para peinarlo como prefieras, ¿de acuerdo?

—Sí, claro.

A ella le encantaba ir a la peluquería y dejarse mimar, así que en cuanto tuviera tiempo, le pediría que le hiciera algún corte bonito. Hacía semanas que no lo hacía, y aunque sus puntas siempre iban



perfectas, no estaba de más repasarlas para asegurarse de que eso no cambiara.

Se preguntó si no estaría siendo un pelín superficial pero, ¿a qué mujer no le gusta ir perfecta?

Pensó. Y más aún si iba a salir en televisión. No quería que esto se convirtiera en un fiasco que, las personas que habían dejado de verla con buenos ojos, pudieran usar en su contra.

El peinado que decidieron las cuatro juntas, constaba de un recogido a un lado, que dejara algunos mechones de pelo sueltos. No querían que el pelo fuera un problema en la cocina, de modo que lo sujetaron parcialmente con un pañuelo fino de color turquesa claro, igual que el delantal. Rocío lo anudó bajo la coleta que caía sobre su hombro derecho. Era un peinado juvenil que la favorecía mucho.

Sobre el pantalón negro y la camiseta gris claro, Ashley se puso el delantal azul con los bordes blancos y un letrero en el que aparecía un “Yo”, un corazón, y unos dibujos de unos *muffins* con glaseado de colores. Sus zapatillas, tan cómodas como alegres, eran del mismo tono turquesa brillante que el resto del conjunto.

Ashley sabía que Paloma querría morirse en cuanto la viera, pero ahora mismo estaba tan feliz, que todo eso le daba igual.

No tenía ni treinta años, por el amor de Dios; quería parecer una chica alegre y simpática en los vídeos, y no una repostera aburrida. La profesionalidad no la daba un atuendo austero, y pronto se lo demostraría.

Una hora y media más tarde, al fin acabaron con las grabaciones previas. Ya estaban todos en sus puestos, y Ashley tras la cocina principal, con el micrófono colgado en la cintura de su pantalón, y con muchas personas y varias cámaras pendientes de todo lo que hacía.

Donovan quedaba ahora en un segundo plano tras hacer la presentación inicial, y llegó el gran momento de Ashley.

—Buenos días a todos, y a vosotros espectadores, que nos veis desde casa y podréis ir aprendiendo las bases para hacer unas sencillas recetas dulces, junto a nuestros ocho alumnos.

Hizo una pausa y se giró para mirar a la cámara que la enfocaba directamente ahora. Aún tardaría en acostumbrarse, pero al menos esos últimos días había adquirido un poco de soltura.

—Hoy nos toca hacer una receta muy fácil y muy rica. En esta pantalla — señaló a su izquierda—

aparecerán los ingredientes para hacer galletas con chips de chocolate. Algunos podréis pensar que es demasiado simple, pero tienen más trabajo del que parece —aclaró—. Sin embargo, estoy aquí para que resulte fácil y el resultado sea el perfecto.

La pantalla se encendió y los alumnos empezaron a tomar nota. Algunos apuntaron todo en sus cuadernos, y otros solo esperaron. Ashley elaboraría la receta y el horneado mientras ellos observaban, y luego podrían contar con su ayuda mientras los grupos trabajaban en las cocinas.

Solo la última semana tendrían que hacerlo sin contar con la ventaja de poder mirar la pantalla en todo momento; sería entonces cuando llegarían los jueces para valorar el trabajo de cada grupo.

El temido y esperado concurso final.

Dispondrían de tres semanas completas de lunes a viernes para aprender a recordar cada paso que Ashley explicara con anterioridad, y luego cada pareja tendría dos horas para realizar el mejor trabajo posible con un tutorial paso a paso.

Ashley temía el momento final del curso, ya que solo eran aprendices, no eran reposteros profesionales que hubieran ido a una escuela de cocina, y por lo tanto, no sabía si tres semanas con ella serían suficientes. Al menos no estarían desamparados del todo, ya que cada grupo contaba con dos personas para llevar a cabo la tarea, y tenían el equipamiento necesario para hacer las recetas sin que resultara imposible, o demasiado complicado.

Aunque sabía que en el programa televisado habría una voz narradora que enumeraría los ingredientes y explicaría otras partes de las grabaciones, ahora estaban en clase, y empezó a decir los ingredientes en voz alta, como si las



cámaras no estuvieran allí. En este instante realmente podía evadirse; era el mejor momento de todos.

—Bien, tenemos lo siguiente: 500 gramos de harina, una cucharadita de levadura, una cucharadita de bicarbonato, 170 gramos de mantequilla, 225 gramos de azúcar blanco, 250 gramos de azúcar moreno, dos huevos medianos, una cucharada sopera de extracto de vainilla, 190 gramos de chips de chocolate con leche, y la misma cantidad de chocolate blanco.

Señaló todo lo que ya tenía en la mesa, en diferentes cuencos de porcelana blanca y miró al frente.

Las cámaras se movían para captarlo todo, tanto las que se encontraban instaladas e inmóviles, como las que llevaban los técnicos de una forma más dinámica.

—Empezaremos enseguida, y no os preocupéis por si olvidáis tomar nota de algo, porque luego me pasaré por vuestras las cocinas, ¿de acuerdo?

En cada una de las encimeras, tenían instalada una pequeña pantalla donde luego podrían ver la repetición de esa grabación, y así no pasar nada por alto. La perfección solo se consigue con la práctica y era un buen comienzo.

Para que no resultara un lío, con preguntas y dudas mientras trabajara, primero haría ella las recetas y luego, los demás podrían ponerse manos a la obra.

—Es importante que las medidas sean las correctas, para ello usaremos cucharillas específicas y un peso electrónico, o el que tengáis en casa —añadió para los espectadores—, y que no se usen harinas con levadura incorporada a menos que se especifique en la receta, porque de lo contrario, la consistencia puede variar mucho. Debéis seguir los pasos que se indican al pie de la letra.

Ashley pudo ver que el grupo más joven, el de Miriam y Thais, empezaba a impacientarse en la zona más alejada. Podía oírlas cuchichear, pero no deseaba tener que llamar su atención e interrumpir la grabación, de modo que hizo como si nada y continuó a lo suyo, aunque algo molesta para sus adentros.

Más tarde podría hablar con Pamela, se dijo. No le gustaría que en televisión se viera cómo la ignoraban esas dos.

—El primer paso es precalentar el horno a 175 grados, con calor arriba y abajo —fue hasta el suyo y lo programó. Los electrodomésticos eran muy modernos, con cantidad de pantallas y opciones, y eso le encantaba, sabrían que la temperatura era la adecuada, y no una aproximación—. Cogemos un bol grande y mezclamos la harina, la levadura y el bicarbonato. Aunque para algunas recetas no es necesario, tamizar siempre es una buena idea para que no queden feos grumos grandes en la masa —explicó a la cámara—, y finalmente lo reservaremos. Ahora usaremos la mezcladora para amasar la mantequilla a temperatura ambiente, para que sea más fácil lograr el resultado que buscamos, y echaremos el azúcar normal y el azúcar moreno. Cuando queden incorporados del todo, paramos, así no nos pasaremos mezclando.

Sabía la receta de memoria, así que se concentró en ello, olvidando las cámaras, y fue en busca del resto de los ingredientes.

—Añadimos los huevos de uno en uno, con cuidado para que no caigan las cáscaras dentro, y luego ponemos la vainilla —lo hizo despacio—. Ahora echamos la harina y mezclamos unos segundos para que

quede más o menos una masa uniforme.

Sacó el cuenco metálico de la mezcladora y con ayuda de una espátula, sacó la mezcla y lo amasó con las manos un instante.

—Es mejor no batir en exceso. La masa quedará mucho más suave de este modo —expuso mientras

lo hacía a mano—. Y ahora ponemos los deliciosos chips de chocolate, y amasaremos un poco más para lograr que se repartan bien.

Miró al frente y sonrió al ver a todos observando sin perder detalle.

—Nosotros usaremos unas bandejas antiadherentes, y si no tuviéramos de este tipo, pondríamos papel de horno, que hace la misma función para que no se nos pegue la masa o se nos pueda quemar incluso. Si en ese momento no

tuvierais tampoco esto, otra opción es espolvorear un poquito de harina, pero hacedlo de manera uniforme sobre toda la bandeja de horno, porque si no, las galletas acabarán con una base con un sabor poco apetecible, ¿vale?

Colocó la bandeja a su lado y continuó describiendo el siguiente paso.

—Haremos pequeñas bolas con la masa, del tamaño de una pelota de golf, o algo menor, y las iremos colocando en la bandeja con espacio entre una y otra. No hay que aplanar las bolas, las dejaremos tal cual, y las hornearemos unos diez o doce minutos.

Metió la bandeja al horno y cerró la puerta.

—En cuanto veamos los bordes dorados, ya podremos sacarlas. Y si notáis que el interior está un poco blandito, no os preocupéis, porque eso es normal. Al enfriar se endurece con la consistencia de una galleta normal.

Cogió una rejilla de uno de los armarios y la colocó en la encimera de la isla de la cocina para que estuviera a la vista de todos.

—También podéis añadir unos chips de chocolate con leche por encima antes de hornear, si es que os gusta que se queden más visibles —matizó—, pero el sabor es impresionante aunque no lo hagáis, ya lo veréis.

Esperaron unos minutos a que estuvieran listas. En ese momento, las cámaras tomaron un pequeño descanso, por lo que los alumnos aprovecharon para hacer algunas preguntas que Ashley respondió entusiasmada. Se veía que tenían ganas de hacer un buen trabajo.

El timbre del horno sonó y las cámaras de nuevo se pusieron en marcha. Sabía que algunos momentos no aparecerían en televisión una vez que se revisaran las cintas, tal como Paloma le explicó, pero procuraba parecer profesional en todo momento y continuó con su explicación.

—Bueno, podéis ver que están doradas, y huelen de maravilla, así que dejaremos la bandeja fuera para que las galletas comiencen a enfriar, y en un momento, las dejaremos sobre la rejilla para que estén listas para comer.

No pudo evitar sentir ganas de devorarlas, porque el olor ya inundaba la cocina y se expandía por todo el amplio espacio. Aguardaron unos minutos mientras uno de los cámaras, Cristian, se acercaba y hacía unos primeros planos de las galletas.

Ashley las colocó en un bonito plato con los bordes ondulados como una gran flor, para que la presentación quedara más bonita en pantalla. Acompañó la decoración con algunos frutos rojos, y Paloma intervino para que hicieran otras tomas en la encimera con un café humeante.

Ashley aprovechó para hacer una segunda hornada y usar el resto de la masa. Las fue reservando a un lado de la cocina mientras tanto.

Era algo aburrido esperar a que quedara todo perfecto, porque Paloma era muy exigente y movió el vaso y el plato como unas cincuenta veces hasta que quedó satisfecha con el trabajo.

Todos estaban impacientes por continuar, pero aguardaron en silencio unos minutos hasta que

activaron las grabaciones del trabajo de Ashley en las pequeñas pantallas de cada cocina. Las imágenes no tenían sonido, pero creyeron que sería suficiente con tener los ingredientes y con poder detener el vídeo mientras seguían los pasos, si es que lo necesitaban.

—Bien, tenéis los ingredientes en la pantalla, así que podéis comenzar, y si tenéis dudas, me llamáis.

El ruido y la charla amenizaron el lugar y los ánimos.

Ashley se lavó las manos, limpió un poco su espacio de trabajo y enseguida se fue acercando a las cocinas para ver cómo trabajaban todos los grupos. Iban despacio, pero se notaba que esa receta sencilla les gustaba.

Algunos reclamaron su ayuda en cada paso, pero otros, como el grupo número dos, con Olivia y Gérard, estaban cogiendo un buen ritmo de trabajo. El grupo uno, el de Lucas y Noemí, era el más ruidoso. Discutían y se corregían el uno al otro, pero se notaba que lo hacían con cariño; eran un matrimonio

entrañable y divertido. El número tres, con Miriam y Thais, parecía el más competitivo, y el último, con Camina y Karen, aunque se veían algo perdidas, ponían mucho empeño y pedían su ayuda para hacerlo lo mejor posible.

Era difícil que Ashley no se encariñara con ellas, porque eran tan simpáticas, que sabía que podría pasar las mañanas enteras enseñándolas a hacer mil cosas, y que se esforzarían al máximo. No había más que ver las sonrisas con las que trabajaban. Divertirse era un punto extra muy importante para estar a gusto con cualquier tarea; a pesar de que eran las más inexpertas en la materia, Ashley no tenía dudas sobre las ganas que tenían de hacerlo bien.

Al cabo de un rato, Ashley se detuvo un momento en la cocina de Olivia y Gérard, porque ella parecía algo asustada.

—¿Cómo vais por aquí?

Dudosa, al final esta la miró con una sonrisa preocupada.

—Acabo de añadir uno de los huevos y se ha descascarillado dentro, aunque he sacado lo que he podido con una cuchara, temo que quede algún resto dentro.

Echó un rápido vistazo a la mezcladora, y pudo comprobar que en efecto, había algunos pequeños trozos esparcidos. Si empezaba a quitarlos con la cuchara, llevándose parte de la masa, al final la receta no iba a quedar del todo bien.

Debería ser un poco más drástica.

—Tranquila, es algo muy común —dijo para animarla—. Lo mejor será empezar de nuevo.

Sacó el cuenco de la máquina y se lo dio.

—Deja esto en el fregadero y coge un bol normal y unas varillas. —Miró a Gérard cuando Olivia fue a hacer lo que le pedía—. Por favor, tráeme la mantequilla, y pesa de nuevo el azúcar. Batiremos los huevos aparte, para que sea más fácil comprobar que no caigan las cáscaras, y lo mezclaremos todo de

nuevo.

Olivia asintió y cogió lo que necesitaban antes de que Ashley tuviera que decírselo. A esta le gustó su buena disposición. Ya tenían todos los ingredientes delante.

—La mantequilla debía estar a temperatura ambiente —expuso Gérard.

—Bueno, por hoy haremos una excepción. Yo mezclaré la mantequilla con los dos tipos de azúcar, pero antes de nada, usaré una espátula de goma flexible.

Buscó en uno de los cajones y encontró lo que quería. Se colocó en medio de los dos, para que pudieran ver cómo lo hacía. La cámara principal también la enfocaba directamente.

—Si algún día os ocurriera esto y no pudierais esperar, esta es una opción para ablandar la mantequilla, aunque no sea lo ideal. Pero lo que nunca debéis hacer es calentarla en el microondas,

porque no sale igual —explicó mientras se concentraba en su tarea.

Acabó en un tiempo récord sin que nadie perdiera detalle; era lo que tenía el llevar años haciendo postres y utilizando los mismos ingredientes. Ahora conocía infinidad de trucos para sus recetas.

Dejó el bol a un lado cuando mezcló el azúcar y se giró hacia Olivia.

—Bien, no te preocupes por este paso, con la práctica seguro que lo harás de maravilla —la alentó.

Se veía insegura, de modo que Ashley decidió empezar para que lo viera—. Podemos romper el huevo con los dedos, contra la encimera, o el cuenco, lo importante es hacerlo de forma que si cae un trozo de cáscara, lo haga hacia fuera.

—Está bien —dijo Olivia más animada al ver con qué soltura lo hacía Ashley.

No tenía miedo de cocinar para ella, pero hacerlo en casa era diferente a estar ahí delante de otras personas y cámaras. Olivia no era muy buena en la cocina,

pero hasta ahora no le importó demasiado.

Gérard solía encargarse de eso cuando quedaban para comer o cenar en su casa; y si no tenía ganas de complicarse la vida cuando estaba sola, se conformaba con algo preparado o un sándwich.

Ahora era diferente por otro motivo; tenía una relación especial y quería cambiar sus viejas costumbres.

Esta era una oportunidad increíble para hacer las cosas bien, y por eso estaba nerviosa. Iba a dar lo mejor de sí misma. No acabaría siendo repostera profesional, pero este curso le vendría bien para conectar mejor con su pareja, que sí adoraba esta parte de la cocina. También vio una ocasión increíble para que Gérard lograra avanzar un poco con el trabajo, ya que era algo que los jefes de ambos ya habían hablado un tiempo atrás.

Aunque tuvo que insistirle, porque su mejor amigo en el mundo no era la persona más abierta que conocía, sabía que en el fondo estaba contento de estar allí. Olivia sabía que la madre de él, que era una figura imprescindible también en su propia vida, admiraba mucho a Ashley. Entre las dos le convencieron y le animaron para hacerlo, y ahora, allí estaban. Casi no podía creerlo.

Era momento para continuar con el trabajo.

—Con cuidado, pero con confianza —alentó Ashley con una sonrisa.

Olivia lo hizo de ese modo y esta vez le salió bien. A pesar de ser algo tan simple, ella se sintió orgullosa.

Ashley le dio las varillas y le indicó cómo batirlos; esta vez, todo fue bien. Pusieron los ingredientes en la mezcladora con un nuevo bol, y Ashley le dijo a Gérard que la pusiera en marcha como unos diez segundos antes de poner la harina para luego amasar a mano como explicó. Olivia se había quedado a unos pasos de distancia, observando y esperando a que acabaran con eso e incorporar los chips de chocolate.

Se libró de una buena, ya que había ido a por los cuencos que contenían los

chocolates.

Ashley soltó un grito de sorpresa cuando la masa salió volando por todas partes. No se había asegurado de que la velocidad de la mezcladora fuera la correcta, y al estar al máximo, Gérard y ella acabaron con la cara y el pelo cubiertos de huevo y azúcar principalmente. Agradeció en su interior que no hubiera sido harina también, pero claro, en este momento solo podía pensar en que era difícil abrir los ojos.

Oyó maldecir a Gérard en español y luego en francés, suponía que cada vez con más contundencia y se rió por lo bajo. También oía voces y risitas a lo lejos.

Alguien limpió su cara con un trapo húmedo y cuando pudo abrir los ojos, se encontró con la azulada mirada de Gérard. Estaba preocupado, y su rostro era más bien sombrío. Ella se echó a reír sin poder contenerse.

Él pareció tranquilizarse al ver que ella no se enfadaba, pero tampoco podía quedarse quieto, y



cogió otro trapo de cocina para limpiarse la cara al menos.

—Ojalá pudiera decir que es la primera vez que me ocurre esto —dijo a la cámara cuando se acercaron. Sonrió—. Debemos comprobar que esté en la velocidad mínima e ir aumentando poco a poco.

Un despiste que puede acarrearos algún problemilla.

Estaba claro que no iban a dejar pasar ese cómico momento, pero en el fondo eso le importaba poco. No mentía cuando decía que ya le había pasado eso en más de una ocasión.

Hicieron una pausa para que pudieran limpiarse mejor y cambiarse al menos las camisetas, y Paloma les apremió para evitar que el resto tuviera que esperar mucho rato. Su ayudante les llevó ropa de inmediato y entraron en la



sala contigua a arreglarse por turnos y lo más rápido posible. Algunos ya estaban metiendo la masa de las galletas en el horno, y Ashley debía estar pendiente de que todo fuera bien. Se recogió el pelo de nuevo, una vez que se quitó la pringosa mezcla, y salió del vestuario con la cara lavada y de nuevo presentable. Gérard entró unos minutos cuando ella acabó.

Se acercó a cada una de las cocinas para comprobar que todo fuera bien, y estaba orgullosa de que sus alumnos estuvieran haciendo tan buen trabajo. Olivia y Gérard llevaban un ritmo más lento por lo que había ocurrido, así que cuando todos sacaron sus bandejas del horno, les pidió que tuvieran mucho cuidado de no quemarse al poner las galletas en la rejilla y se centró en ayudar al grupo número dos.

Olivia parecía estar conteniéndose para no reír, y en cambio su compañero, seguía con una expresión muy seria. Ashley se acercó a él y le dio un ligero apretón en el brazo. Cuando este la miró, ella le guiñó un ojo de forma amistosa para infundirle confianza y que no pensara que el mundo se iba a acabar, y su respuesta fue sonrojarse.

No deseaba que se sintiera violento por el gesto, que tal vez había sido demasiado otra vez, pensó, de modo que siguieron trabajando y al final el resultado fue perfecto.

La tensión que experimentó Gérard después de lo ocurrido fue disminuyendo, pero por dentro se sentía como un idiota. Él era cocinero, y ya debería saber que los aparatos hay que revisarlos antes de ponerlos en marcha, pero claro, con lo que no contaba era con que Ashley le ponía muy nervioso. Su gesto después ya fue demasiado, y no porque pensara que se tomaba muchas libertades, sino por una inesperada atracción hacia ella. No tan asombrosa, se dijo, ya que era una mujer preciosa y dulce, pero sí algo violenta por su forma de ser algo retraída. Sobre todo con las mujeres.

Con ella además, parecía que no podía dejar de meter la pata, primero con la conversación que tuvo con su madre, y ahora con esto. No se la veía afectada, ni enfadada en lo más mínimo, pero debía dejar de fastidiarla de esa manera, o pensaría que era un inútil total.

El resto de la mañana fue tranquilo. No les llevó demasiado rato hacer unas

tomas extras, y pudieron irse a descansar unos minutos antes de comer.

Ashley fue a ducharse y salió de su habitación con el pelo medio húmedo, un pantalón vaquero y una camiseta de manga corta. Hacía mucho calor esos días, por lo que se dejó puestas unas sandalias negras con una plataforma no muy alta. No se puso maquillaje, solo se echó unas gotas de su perfume de canela.

Si seguía haciendo ese día de sol, más tarde se pondría el bikini e iría a bañarse a la piscina.

Erika y Jenna la abordaron al llegar al comedor. Ellas no habían estado presentes cuando pasó todo y quisieron que les contara lo sucedido. Bromearon con ella hasta la saciedad.

—Ojalá hubiéramos sacado fotos —soltó Erika entre risas cuando empezaron a comer.

—Estoy segura de que Paloma podrá pasarnos algunas, porque va a ser el primer capítulo del programa más divertido de la historia —dijo Ashley mirando al frente. Olivia y Gérard se sentaron allí y participaron del cachondeo de todo el mundo.

—Yo me escapé por los pelos —se carcajeó Olivia.

—Eso podemos arreglarlo otro día si quieres —expuso Gérard con tranquilidad y una pequeña sonrisa.

—¿Qué? ¡Ni hablar!

—Bueno, es que pareces triste por no haber acabado llena de batido de huevo como nosotros —

argumentó con una mirada de soslayo hacia Ashley.

—Claro que no, estoy bien así —declaró Olivia con contundencia.

—Si cambias de opinión, avísame —se burló Ashley.

Al otro lado de la mesa, lejos de las risas, Donovan y Paloma les observaban

mientras hablaban por lo bajo.

—No veo el problema de que haya complicidad entre ellos —declaró Donovan.

—No sé, es que me da la impresión de que Gérard la observa de un modo...  
—susurró, dejando la

frase a medias y creando un dramatismo más exagerado a sus palabras.

Donovan entendió lo que pretendía insinuar, pero dudaba que Ashley pudiera ser tan impulsiva como para mezclarse de forma íntima con alguien del curso. No compartía la preocupación de Paloma, porque él la conocía bien. Sabía que era una profesional, y aunque sintiera atracción por alguien, estando en el trabajo, jamás haría nada para ponerlo en peligro. Ella era muy profesional en ese sentido, y hacía años que no tenía ninguna relación especial con nadie, así que dudaba que estuviera pensando en ello.

—No creo que tengas que preocuparte por eso.

—Bien, no lo haré. De momento —añadió.

Donovan vio que hablaba en serio, y como no deseaba que Paloma se sobrepasara con Ashley, trató de cambiar de tema. Sabía muy bien cómo hacerlo.

Y también cómo distraerla, porque era una de sus especialidades con las mujeres.

—Solo deberías pensar en el restaurante en el que te apetece cenar esta noche. Tú y yo, solos... —

musitó con voz seductora.

Causó el efecto deseado. Una sonrisa perezosa se formó en sus carnosos labios y de manera disimulada, se acercó a su oído para susurrarle una obscenidad y mordisquearle el lóbulo de su oreja.

Donovan se estremeció, e hizo lo posible para que su coqueteo pasara

inadvertido. Solo parecerían dos compañeros de trabajo hablando de algo en privado. Y durante el resto de la comida, no volvieron a mencionar el tema de Ashley y Gérard. Dudaba que tuviera que preocuparse por ese asunto, pero si veía algo fuera de lo común, hablaría con su ex mujer. Mientras no afectara al programa o a sí misma, lo que hiciera en la intimidad, era cosa suya. Eso lo tenía muy claro. Si él tenía sus aventuras, ¿por qué no ella también?

Ser discretos era la clave, y llevaban haciéndolo tanto tiempo, que ya tenían práctica.

Desde luego, Donovan hacía lo posible para que su relación íntima con la productora del programa no se hiciera notar. Él se iba a su habitación mientras esta atendía sus responsabilidades en su despacho, y por la noche se las arreglaban para verse a solas, ya fuera en su habitación o en la casa de ella. No vivía muy lejos, y como era la mejor opción para evitar ser pillados por alguien de la casa, habían adquirido esa costumbre desde que llegó a Madrid.

A su forma de ver, ese trabajo estaba siendo el mejor desde hacía meses. No se arrepentía de haber tomado la decisión de trasladarse temporalmente desde Miami.

Tampoco estaba seguro de que esa relación fuera a desembocar en algo más serio, algo duradero, pero mientras continuara, lo aprovecharía. Eso no lo ponía en duda. Decidió que echaría una siesta mientras el resto estaba ocupado con las grabaciones en el video-confesionario y pasando el rato en la sala de descanso. Desde luego, allí no faltaban entretenimientos.

El resto había tenido la misma idea cuando acabaron con las grabaciones. Hacía una tarde excelente para estar al aire libre, y aprovecharon para ir a la piscina a relajarse.

Después de unas horas de ocio al aire libre, y tras la cena, Erika y Jenna se marcharon con Cristian y Leo para tomar una copa fuera. Intentaron que Ashley se les uniera, pero ir con dos parejitas no era su idea de diversión en grupo, y en verdad no tenía muchas ganas de salir esa noche. Aprovechó para conectarse a su página web y dedicar un tiempo a sus seguidores, como siempre. A pesar del cansancio que la invadía, era una tarea que nunca dejaba de lado. Tan solo había estado ausente unos días cuando dejó el trabajo, pero

no pasó demasiado tiempo hasta retomarlos. Debía hacerlo por ellos; nada en el mundo haría que abandonara todo por lo que había trabajado tan duro.

Tenía claro que debía seguir adelante, y notaba que haberse distanciado un poco de su hogar, aunque pudiera sonar extraño, le estaba sentando bien.

No era fácil, pero sí productivo.

## Capítulo 7

La mayoría se reunió en la sala de descanso para relajarse un rato y la casa estaba tranquila en esa parte, ya que el equipo del programa se había ido. Había un silencio muy relajante, y Ashley se evadió por completo con un poco de música mientras charlaba con sus seguidores en las redes sociales y ponía al día su web. Le habría encantado explicarles en qué andaba ahora, pero sabía que no podía, no de momento. Estaba segura de que se sorprenderían, y solo deseaba de todo corazón que el programa les gustara. Empezaba a divertirse en serio, y cuando estuvo viendo las grabaciones de la mañana para contar sus impresiones en el confesionario, se había reído un montón. Uno de los guionistas, junto con Paloma, estuvo esa tarde con ella para ayudarla con esa especie de entrevista que luego emitirían entre los capítulos diarios del *reality*. Solo se preguntaba cómo reaccionaría al verse en televisión una vez montado todo. Cuando aparecía en las revistas del corazón, no se sentía especialmente feliz, ya que algunos periodistas no eran muy simpáticos con ella y con Donovan, pero esto era diferente, y casi estaba convencida de que la reacción sería la opuesta.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus divagaciones. Cuando abrió, se encontró con una cohibida Noemí al otro lado.

—Lo siento, no quería interrumpirte pero, quería saber si te animas a venirte un rato con nosotros —

preguntó con una brillante mirada.

—Claro que sí.

Cerró el portátil, que dejó sobre la cama, y salieron juntas hacia el lado

opuesto de la vivienda hasta llegar a la zona de esparcimiento. Aún se sorprendía de la inmensidad del lugar que cada vez le gustaba más. No le faltaba de nada.

Al entrar en la sala, todos la observaron y se instaló un completo silencio por un instante. Estaba claro que aún se sentían algo inseguros en su presencia, pero haría que eso cambiara con el tiempo.

Saludó a los chicos que jugaban con la consola en una gran pantalla, y solo Miriam y Thais les hacían compañía mientras tomaban unos refrescos. Camila, Karen y Olivia estaban en medio de una partida de billar. El ambiente volvió a ser muy animado al cabo de unos minutos.

—¿Juegas con nosotras? —preguntó Olivia.

—Sí, ¿por qué no? —aceptó entusiasmada.

La tensión inicial se fue disipando poco a poco y Ashley se sintió más cómoda también. Ella no era especial, y no quería que la vieran como un mono de feria, como una atracción rara. Era una mujer sencilla, como todos los demás, y que sabía divertirse, eso por descontado.

—Esto no se me da mal, aunque hace algún tiempo que no juego —admitió con franqueza.

Camila bromeó sobre el mal juego de Olivia y esta, en lugar de ofenderse, empezó a reír. No era más que la verdad, confesó en voz alta.

—Si es que he jugado solo un par de veces en mi vida, ¿qué quieres que le haga? —replicó poniendo los ojos en blanco.

—No te preocupes *Oli*, nosotras formaremos equipo y les enseñaremos cómo se hace —soltó Ashley con chulería y suficiencia.

Esperaba no haber vacilado en balde.

Olivia aceptó y la miró fijamente a los ojos unos segundos. Ashley le caía muy bien. No se dejaba llevar por la fama que tenía en el mundo entero, estaba claro que tenía los pies en la tierra y que los

rumores que circulaban por internet no se ajustaban a la realidad, al menos en lo que ella podía ver de primera mano. No parecía importarle estar divirtiéndose con un puñado de desconocidos, bromear con ellos y charlar sobre lo que fuera. Y lo que más le gustó, fue su trato hacia Gérard esa mañana. No había reaccionado como una diva cuando acabó cubierta de esa sustancia pegajosa y chorreante por el pelo, la cara y la ropa. A diferencia de algunas ex que su mejor amigo había tenido la mala suerte de conocer en su vida, en lugar de montar un numerito indignadas, Ashley se había reído, limpiado y cambiado de ropa y seguido a lo suyo.

No se lo había esperado, para ser sincera.

Gérard no llegó a tener la fama que merecía, aunque lo cierto era que tenía un gran talento en la cocina, pero lo que otras mujeres no habían entendido de él, era que solo deseaba hacer su trabajo lo mejor posible y llevar una vida tranquila. Esas harpías solo veían a un hombre que podría llegar a poseer muchas estrellas Michelin y aspirar a ser millonario; según ella, eso era lo único que más les importaba a esas brujas, y no lo que un gran hombre tuviera que ofrecer.

Olivia no soportaba a la gente así, superficiales y materialistas hasta el extremo.

Era consciente de que el día que su mejor amigo estuviera listo, tal vez abriría su restaurante, ya que era un sueño que iba a ayudarlo a cumplir. Entonces no se guardaría sus opiniones sobre sus ocasionales ligues, decidió, y tampoco las seguiría tolerando más.

Este curso iba a ser un impulsor para él en muchos sentidos, y también para ella, por supuesto.

Le preocupaba lo que veía en Gérard cuando miraba a Ashley, porque estaba claro que no era la estrella inalcanzable que podía parecer sin conocerla en persona, pero no estaba segura de que fuera una buena idea que su amigo se implicara de un modo más personal con ella. Desde luego, él no iba a dar ningún paso en esa dirección, porque ser impulsivo no era su forma de ser, pero al estar allí todos juntos durante tanto tiempo, viviendo bajo el mismo

techo, le daba por pensar que sería fácil que se implicara de algún modo.

Y si bien era cierto que Ashley estaba casada, había algo en ellos que no le cuadraba del todo.

Donovan parecía estar más unido a Paloma que a su mujer. Le dio por imaginar que ese matrimonio podría ser un montaje, como ocurría a veces con los famosos, pero eso no era de su incumbencia, desde luego, pensó Olivia.

Gérard y ella solo debían aprovechar el curso al cien por cien, e intentar que la experiencia fuera increíble. De momento lo estaban logrando.

Eso era lo que más importaba.

Todas lo pasaban de maravilla cuando Ashley y Olivia iban ganando la partida de billar, pero entonces, el teléfono de esta empezó a sonar.

Los chicos habían dejado la consola un rato antes para animarlas, y se quejaron cuando Olivia dijo que debía ir a atender la llamada.

—Es Ana —dijo a Gérard.

Sabía que era su novia, de modo que entendía que no quisiera ignorarla por estar pasando un buen rato con personas que no eran exactamente amigos, excepto él, evidentemente. Quiso ayudar para que los demás no protestaran más, y anunció que ocuparía su lugar. Ninguna de las jugadoras puso resistencia.

Miriam y Thais empezaron a animarle con entusiasmo, y Ashley imaginó que el motivo podía ser que les gustara, ya que antes no la animaron a ella. No podía culparlas.

Era guapo, estaba en forma y esos ojos azules tan expresivos, junto con una boca carnosa hecha para besar, podían excitar a cualquiera. Y... se estaba pasando con sus pensamientos, decidió. Dejó de pensar en tonterías y le dio caña a las bolas lisas encima del fieltro verde.

No tardaron en cantar victoria, porque enseguida se hizo patente el buen juego de Gérard, y fue muy





divertido.

Estaban tan contentos, que no dudaron en celebrarlo con un efusivo abrazo. Incluso sus oponentes estaban contentas, porque al final, lo que contaba era que estaban pasándolo muy bien.

—No nos sentimos unas perdedoras, porque creo que eres muy buena — admitió Noemí.

—Sí pero, mañana queremos la revancha —replicó Karen entre risas.

—¡Eso, eso! —secundó Camila.

—Cuando queráis, chicas —se cachondeó Ashley sin dejar de reír.

Tomaron unos refrescos mientras zapeaban en la televisión y al cabo de un rato, el grupo se dispersó para ir a descansar. Ashley estaba agotada, de modo que no esperó a que sus amigas regresaran, ya que estaba segura de que estarían enfrascadas en sus alocadas aventuras con esos guapos desconocidos que formaban parte del equipo del programa. Si fuera una persona que rezara por costumbre, lo haría para que nada de eso afectara al trabajo, pero se conformó con cruzar los dedos y enviar un pensamiento positivo al Cosmos.

Gérard entró en su habitación y encontró a Olivia acurrucada en la cama hablando en voz baja. Fue a darse una ducha para darle intimidad, pero supo que su voz denotaba tristeza, y sospechaba que el motivo era que no se podrían ver en muchos días.

Ana decía que la apoyaba, pero el comienzo de una relación podía ser difícil sin añadir distancia entre las dos personas. De esta manera podría ser mucho peor.

Y encima había algo en lo que acababa de reparar. Menudo fiasco de amigo estaba hecho por no haberse parado a pensarlo antes.

Mientras estaba bajo el agua de la ducha, meditó las posibilidades. Allí en la casa no tendrían ocasión de celebrar una gran fiesta, aunque si se lo comentaba a Paloma, tal vez les concederían una noche libre por su cumpleaños. Quizás salir de fiesta unas horas, desconectar, y así ofrecerle la posibilidad a Olivia de encontrarse con su novia. Claro que también cabía esperar que ella no deseara algo ostentoso. No era para nada su estilo. Su amiga era una persona divertida, abierta y simpática, pero no le gustaba que la atención se centrara en ella. Parte de la culpa era de sus padres, que no supieron comprenderla ni apoyarla desde que les confesó que le gustaban las mujeres. Si bien era cierto que después de muchos años eso ya no la dañaba, su afán por pasar desapercibida entre la gente, no había cambiado.

Salió con un pantalón de pijama holgado azul marino de algodón y sin camiseta. Hacía calor. Su pecho musculoso y ligeramente bronceado aún estaba húmedo, al igual que las puntas de su abundante cabello castaño claro.

Tumbado en su cama con el teléfono en la mano, estuvo escribiendo a unos amigos mientras Olivia acababa de hablar con su novia. Cuando la habitación se quedó en silencio, Gérard la observó sin decir nada. Tenía la cara tapada con sus manos.

Se levantó, tiró el móvil de cualquier modo sobre el colchón y la abrazó con fuerza.

—¿Qué te ocurre? —inquirió con suavidad.

—Ya la echo de menos. Me cuesta pensar que voy a estar sin verla todo un mes... —se lamentó con la voz quebrada por el llanto.



—Dime qué puedo hacer para ayudarte —le pidió preocupado.

—Yo... me alegro de que estés aquí conmigo. Tenemos que pasarlo bien, como me ha dicho Ana, y

aprender mucho, porque así luego podré enseñarla —expuso un poco más tranquila.

—Aún está triste por no haber podido venir ella contigo, ¿no?

—Sí pero, al final, ese ascenso en la discoteca será suyo, y podrá tener un horario mejor. Las dos saldremos ganando y ¿quién sabe? Es posible que la próxima vez podamos venir juntas —dijo esperanzada.

—Claro. Seguro que Ana será una mejor compañera, y no cometerá los mismos errores que yo —se

burló de sí mismo para animarla.

Sabía que le estaba dando pie a las burlas que llevaba esquivando toda la tarde, pero necesitaba distraerla, confortarla lo mejor que supiera, y no conocía un método mejor para hacerlo.

Aunque ahora que lo pensaba, tal vez sí que habría algo que podría hacer por ella. El sábado once de marzo era su cumpleaños y, si podía conseguir lo que estaba tomando forma en su cabeza, sería una gran sorpresa.

A la mañana siguiente lo intentaría, y ya vería si era capaz de hacer algo que ya pensaba que era una completa locura. Sobre todo si lograba llevarlo a cabo.

La receta del martes era milhojas con fresas. Una completa delicia que tenía

cierta dificultad por la sensibilidad de la masa base, pero imprescindible como un postre riquísimo aunque calórico.

Ashley se había acostumbrado a hacer mucho ejercicio para conservar su físico sin tener que renunciar a algo que le encantaba, como los dulces, que además adoraba preparar, y más concretamente, el chocolate.

Esa mañana temprano había empezado con la rutina de correr unos seis kilómetros por el barrio, y en lugar de estar cansada, después de haberse saltado el ejercicio durante unos días, estaba con más energía que nunca.

Ya se habían pasado los nervios iniciales por estar toda la mañana rodeada de cámaras y personas que le decían cómo tenía que hacer las cosas, cómo moverse, qué decir en cada momento. La reunión de la mañana para ver la escaleta fue corta porque cada uno sabía lo que debía hacer, y pronto se marcharon a las cocinas para empezar con el trabajo. A las doce y media habían terminado sin incidentes. Era una de las recetas más rápidas que harían. Estaba muy contenta con los resultados y con las habilidades que ya empezaban a surgir en sus alumnos. Se sentía orgullosa, y era evidente que los demás también.

Algunos subieron a la sala que había junto a las habitaciones para descansar un rato, otros fueron a ver una película y Erika y Jenna la animaron a ir a la piscina.

—Voy a tomar un café y enseguida voy.

—Eh, yo también quiero uno —se apuntó Jenna.

Las tres acabaron tomando cafés helados junto a la piscina. Tenían unas ganas locas de ponerse a cotillear sobre la cita doble de la noche anterior. Hasta entonces no habían tenido tiempo de hablar sobre ello.

Ashley se sorprendió cuando Erika dijo que no habían pasado la noche con ellos.

—¿En serio? —inquirió perpleja.

—Como lo oyes —sentenció con una sonrisa teñida con una pizca de asombro.

—A mí también me cuesta creerlo, pero así es —intervino Jenna.

Los chicos, que no se marcharían hasta después de comer, estaban en bañador, lanzándose a la piscina de mil maneras diferentes para exhibirse ante las dos.

—Tiene una boca... y besa tan bien —ronroneó Jenna.

—Estás deseando que tu Leo la emplee para darte placer en otros rincones también, ¿a que sí? —

bromeó Erika en voz baja—. Cristian también tiene ciertas habilidades...

Empezaron a reír por lo bajo y captaron la atención de los aludidos. Se acercaron con pasos lentos, con actitud segura y un poco chulesca, típica de los tipos que se saben atractivos y les encanta serlo.

Se sentaron muy cerca de ellas, y aunque delante de todo el mundo Ashley sabía que no se pondrían sobones, le daba un poco de apuro estar allí en medio mientras se dedicaban palabras subidas de tono por lo bajo. Los piropos de esos chicos no eran nada discretos, y pudo captar algunos bastante creativos en inglés mientras se alejaba.

—¿A dónde vas? —preguntó Erika.

—Al agua, a refrescar mis ideas, lo cual os vendría muy bien a los cuatro —se cachondeó en voz alta.

Se rieron de su comentario pero se quedaron donde estaban. Sus amigas llevaban unos bikinis diminutos que dejaban al descubierto sus bien formados cuerpos, y no le extrañaba que ellos hubieran empezado a salivar por dentro. En el fondo casi le daba envidia. A ella le costaba mucho más dar el paso con los hombres, aunque le gustaran. Aún recordaba que se acostó con Donovan solo porque estaba borracha la primera vez que ocurrió. Claro que su situación era distinta, ellos eran amigos ante todo, y lo demás no fue nada más que una estrategia, una falsedad. El sexo no fue más que eso, algo físico sin importancia.

Si lo pensaba de ese modo, era más deprimente si cabía. Suspiró.

Gérard estaba metido en el agua, en la parte más baja de la piscina, con los brazos cruzados sobre el bordillo. Parecía pensativo.

No quería molestarle, así que fue hacia la escalera y se metió despacio. Era un placer notar el agua templada, sobre todo en esa época del año. Esos días estaba haciendo un calor bochornoso, pero tampoco tanto como en pleno verano, y era de agradecer una temperatura tan agradable. Metió la cabeza por completo y emergió como una diosa del agua.

No era la intención de Gérard el observarla tan detenidamente, pero le fue imposible evitarlo. Ella sonrió.

—¿Interrumpí tus pensamientos? Lo siento —se disculpó.

—No, yo... en realidad me gustaría pedirte un gran favor, aunque me da un poco de vergüenza —

admitió sonrojándose.

Ashley pensó que era adorable que un hombre con treinta y tres años pudiera mostrar así su vulnerabilidad. Aunque sí era cierto que había algo en él que no era para nada tierno. Tal vez la determinación que veía en sus ojos cuando sus miradas se cruzaban. No parecía un hombre decidido, pero sus ojos decían lo contrario, o al menos eso pensaba. Bien podría equivocarse.

Trató de no hacerse ideas equivocadas, pero su mente sucia le estaba jugando malas pasadas, claro que tener justo en frente ese cuerpazo húmedo y fuerte, no invitaba precisamente a contenerse en cuanto a pensamientos lascivos.

Carraspeó incómoda, e intentó pensar en algo menos caliente que le ayudara a mantener la mente fría. Ahora, Erika y Jenna no eran las únicas con lujuriosas ideas en la cabeza. Tal vez en las duchas podría conseguirlo.

—Pues tú dirás —dijo con amabilidad, invitándole a explicarse.

Para su sorpresa, él se acercó para hablar con ella sin que nadie más les oyera.

—Verás, el sábado es el cumpleaños de Olivia, y como no va a poder celebrarlo con sus amigos fuera de aquí, pensé en hacer algo para sorprenderla —explicó con evidente entusiasmo.

—Oh vaya, ¿quieres organizarle una fiesta? Creo que podríamos convencer a Paloma para que decoren la casa y...

—No, no, no —negó con rotundidad.

Ashley le miró sin comprender.

—Ella odia sentirse el centro de atención—explicó—, aunque adora la juerga y sí que podríamos tomarnos unas copas si fuera posible —añadió divertido—. En lo que estaba pensando en realidad, era en hacerle una tarta, pero necesitaría tu ayuda, claro. Jamás he preparado nada ni remotamente parecido.

—Entiendo —musitó, saboreando la idea.

Gérard esperó a que dijera algo más.

—¿De qué sabor le gustaría?

—Chocolate —respondió enseguida.

Era una opción con la que no podían equivocarse, porque experimentar algo más arriesgado era algo con lo que él no se sentía muy cómodo. Ya le iba a costar una simple tarta, de modo que irían a por lo seguro.

—Bien, me encanta. Estos días pensaré una receta que la impresione y el sábado por la mañana temprano podríamos ponernos manos a la obra.

—¿Crees que supondrá un problema para Paloma?

—Mmm... no creo. Pero se lo consultaré luego y le pediré que nos deje guardar algunas cosas en la cámara frigorífica. Iré a comprar los ingredientes en cuanto decidamos qué clase de tarta hacer —dijo pensativa—. Para asegurarme, ¿cuántos años cumple? Deberíamos poner algo, un número o... una vela

—propuso.

Gérard se rió al comprender su pequeño dilema.

—Va a cumplir veintiocho. Aún podemos poner el número, como ella dice, pero cuando cumpla los treinta, mejor nos apañamos con una velita —bromeó.

—La entiendo perfectamente, porque es un año menor que yo, y en poco más de un año no quiero ni ver la cifra que empieza con el tres —sentenció con un divertido mohín en sus rosados labios.

—Eh, que yo tengo ya treinta y tres —repuso con una media sonrisa.

—Y estás genial —soltó. Se sonrojó al comprender que acababa de alabar su físico. Él también se avergonzó, pero no dijo nada—. Pero a las mujeres no nos gusta pensar que nos vamos haciendo mayores a la velocidad del rayo.

—Tú no deberías preocuparte por eso —musitó él.

Ashley abrió mucho los ojos por la sorpresa. A Gérard le ocurrió lo mismo que a ella antes, y palideció al darse cuenta de que lo había soltado en voz lo suficientemente alta como para que lo oyera.

—Gracias —dijo con frescura.

Sonrió satisfecha.

Gérard soltó una risa ahogada y se mesó los cabellos con nerviosismo. No sabía qué le pasaba con Ashley; se sentía nervioso y cómodo a la vez en su presencia. Era extraño, porque con otras mujeres solía sentir solo lo primero.

Se lamentó que esos sentimientos contradictorios le asaltaran con una mujer que no podía ser menos indicada para él. Desde luego no tenía ni la más mínima intención de coquetear con ella; nada más lejos de la realidad, pero sabía que si fuera otra, una que no resultara tan inalcanzable, ni estuviera casada, tal





vez consideraría el dejar sus inseguridades a un lado y pedirle una cita. O quizás empezaría por entablar una amistad. Sí, eso sería más correcto, y no le pondría tan histérico por dentro.

Se dio de bofetadas mentalmente por pensar algo tan tonto. No estaba allí para eso, y desde luego, Ashley Stevens no era para él. Era una diosa, una joven preciosa que no pertenecía al mundo de los mortales, y cuyo corazón ya tenía dueño. Debía olvidar esas tontas fantasías y centrarse en su amiga, una persona importante de su vida que le necesitaba más que nunca.

Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Gracias por intentarlo. Creo que le puede hacer ilusión, y levantará su ánimo un poco —meditó en voz alta.

—¿No está a gusto aquí? ¿Echa de menos a su familia? —inquirió preocupada.

—No es eso —dijo con cautela—, ellos están distanciados, pero tiene a alguien especial fuera y es difícil —explicó de forma escueta.

—Es duro dejar a las personas que quieres, pero no será por mucho tiempo.

Gérard observó con atención su expresión seria.

—También echas de menos a tu familia —supuso con suavidad.

—Mucho.

—Bueno, es una suerte que tengas a tus amigas y a tu marido aquí —expuso para animarla.

—Sí, es verdad —dijo con cierta vacilación.

Le alegraba tener a sus amigas, pero con Donovan no estaba siendo tan fácil. Ya no eran más que amigos, y se suponía que debían fingir, pero ni eso estaban

haciendo. Algunas veces notaba que todos los presentes se percataban de su distanciamiento, y aunque no le importara, también podía percibir que la juzgaban de un modo u otro. Era algo que no le gustaba, porque lo había sufrido con la prensa desde que anunciaron su compromiso, y en las revistas analizaban cada movimiento que hacían cuando abandonaban la casa que compartían. Era un sentimiento desagradable que solo tenía una solución posible: esperar a que el curso acabara y contar al mundo la verdad. Así cada uno podría empezar a vivir su vida por separado, sin que las personas a su alrededor sacaran sus conclusiones sobre cómo actuaban.

Mucho temía que esa mentira les estallara en la cara, y solo sentía alivio al saber que su familia conocía la verdad. Eran pocos los que lo sabían, y confiaba plenamente en ellos. Lo que también tenía por seguro, era que jamás volvería a meterse en semejante jardín de enredos y engaños.

Ashley vio a Donovan por primera vez en toda la tarde cuando fue a hablar con Paloma. Estaban en su despacho, relajados después de acabar el trabajo, tomando café y charlando animadamente. No le importaba que estuviera presente para oír su propuesta, porque no le parecía que fuera un secreto, aunque sí que lo sería de algún modo para Olivia, claro, de modo que le contó el plan de Gérard y esta le dio vía libre para hacer lo que quisiera.

Fue un alivio.

—¿Cómo evitarás que pueda entrar nadie allí el sábado? —intervino Donovan.

—Podría ocurrir —meditó Paloma.

—Nadie tiene porqué pasar a la zona de la cocinas para nada. Dudo que ninguno de los alumnos sienta la necesidad de madrugar un sábado por la mañana —les contradijo Ashley—. O bien podríamos

cerrar con llave mientras estemos nosotros. Si alguien pregunta, solo les diremos que necesitaba preparar algo para el lunes. De cualquier modo, esa misma tarde le daremos la sorpresa a Olivia, ya que ese día es su cumpleaños.

Paloma asintió de acuerdo. Donovan fruncía el ceño y la miraba como

esperando una explicación o algo.

—¿Por qué te complicas tanto la vida por este hombre? —protestó.

—¿Qué? No es más que una tarta, Donovan —replicó molesta.

—No sé, es que... no me parece bien que te impliques tanto con uno de tus alumnos, eso es todo.

Ashley se cruzó de brazos y le miró con los ojos entrecerrados.

—No es una cita —masculló de mal humor—, y no me parece bien que te metas en mis asuntos cuando tú te acuestas con Paloma cuando te da la gana, así que lo que yo haga, no es asunto tuyo.

La aludida abrió mucho los ojos ante su apabullante franqueza y miró hacia otro lado avergonzada.

—Bueno, no te pongas así. Yo solo me preocupo porque alguien pueda veros juntos y pensar lo que no es —se defendió con evidente disgusto.

—No me gustaría que nadie pensara que le favoreces de algún modo pero, tal vez si vais a la cocina a las cinco o las seis de la mañana, podréis acabar antes de que alguien pueda notar vuestra ausencia —

propuso ella.

La cabeza iba a estallarle de oír tantas estupideces.

—Dejad de decir chorradas —espetó con sequedad—. Gérard solo quiere hacer una tarta para su

amiga, no son clases particulares para que haga los postres mejor que nadie en la última semana.

—Sigo pensando que es arriesgado que intimes demasiado con él, porque los demás podrían sacar conclusiones si luego os ven juntos. Es mejor que no confraternices con nadie demasiado —declaró él con firmeza.

—Si no querías que hubiera confianza con ellos, no deberías haberme animado a venir y vivir con un montón de desconocidos. Y te repito que no es más que un pequeño favor a un amigo. Si no lo entiendes, es tu problema —sentenció con voz amenazante.

Empezaba a cansarle su actitud, y era más que probable que se estuviera pasando un poco con él, pero estaba harta de su sobreprotección. No estaba haciendo nada malo, nada incorrecto. Y que alguien que fingía un matrimonio falso y se acostaba con toda la que deseaba la estuviera juzgando y aconsejando, casi le parecería de risa de no ser porque estaba muy enfadada.

Donovan se veía ofendido, pero le daba igual. Él estaba insultando su integridad sin darse cuenta, o sin querer verlo. Tenían que aprender a respetar su espacio, o al final no quedaría ni amistad entre ellos.

—Venga, no discutáis —intervino Paloma con su mejor voz razonable—. El sábado no tiene que entrar nadie a las cocinas, de modo que al estar cerradas, podéis hacer uso de ellas sin que nadie os moleste. Para las nueve debéis estar fuera para que las limpiadoras hagan su trabajo, y la tarta, la podréis guardar en el frigorífico de la cocina principal. El viernes dejaremos sitio para ella.

—Bien, gracias —dijo más tranquila—. Voy a mirar alguna receta que no sea muy complicada y mañana por la tarde iré de compras.

—¿Estás segura? Nosotros podríamos hacernos cargo, al fin y al cabo, creo que sería un gesto bonito hacia ella —propuso—. Podéis hacer uso de lo que hay, y si te hace falta alguna cosa, mi ayudante puede ir sin problemas. Los gastos correrán a cuenta del programa, y por la noche podríamos organizar algo divertido para todos —sugirió con una amplia sonrisa.

—Mientras sea algo relajado, creo que es buena idea. Gérard me previno sobre la aversión de Olivia a ser el centro de atención —explicó con cautela.

—Está bien. Yo me ocupo.

Ashley se preocupó, pero debía dejar que ella se encargara, al fin y al cabo, había aceptado todo este asunto, y el programa, junto con todo lo que había a su alrededor, era su responsabilidad.

Comprendía que quisiera controlarlo todo. Ella haría lo mismo. Se despidió de los dos y fue a su habitación. Tenía cosas que hacer, y debía reconocer, estaba deseando empezar.

Qué divertido.

## Capítulo 8

No se cruzó con nadie al subir a las habitaciones, y supuso que estarían en la sala de ocio descansando. Les encantaba pasar tiempo allí, y debía admitir que a ella también.

Cuando entró en su cuarto, se encontró con sus amigas tiradas en la cama hablando y escuchando la música que Ashley tenía en su portátil.

—Hola, chicas que no duermen aquí —saludó con una sonrisa.

La saludaron y no tardó ni un segundo en percibir que algo ocurría.

Empujó a Erika para que le dejara sitio y se sentó a su lado para poder mirarlas a los ojos.

—¿A qué vienen esas caras largas?

Jenna carraspeó; miró con vacilación a Erika y luego a Ashley. Esta mostró preocupación y cierta impaciencia también. Quería saber por qué parecían tan nerviosas, y el motivo por el que estaban allí, como si fuera una intervención en toda regla.

—Te hemos oído discutir con Donovan hace un momento, cuando subíamos para arreglarnos un poco —explicó Jenna.

—Sí, Cristian y Leo van a salir un rato y nos han pedido que fuéramos pero... si nos necesitas, nos quedaremos contigo para hablar —propuso dubitativa.

No sabía por qué se extrañaban tanto de que discutiera con Donovan, ya que no era la primera vez.

Eran personas muy distintas, y aunque eran amigos y se llevaban bien, sus

desacuerdos no eran pocos.

—Sé que estoy siendo dura con él desde que estamos aquí, pero...

—No, no es eso —la interrumpió Erika.

—¿Es que ha pasado algo con Gérard? —soltó Jenna de repente.

Ashley frunció el ceño y la miró sin comprender.

—Oh Dios —suspiró—, estáis pensando que hemos discutido porque tengo un lío con él —afirmó

incrédula.

—No queríamos meternos en medio de vuestra conversación, pero al oírte decir que querías que se metiera en tus asuntos, creímos, esto... que... —vaciló un segundo y al final, tras ver que ella esperaba que continuara, lo soltó — que tal vez sí que había algo.

—Os aseguro que no hay nada que contar. Solo me ha pedido que le ayude a preparar una tarta de cumpleaños para su amiga Olivia —explicó.

—Oh, vaya. ¿Cuándo es el cumpleaños? —preguntó Jenna.

—¿No es su novia? ¿Entonces es soltero?

Erika se dio cuenta de que la estaban agobiando con tanta pregunta formulada al mismo tiempo. Se rieron y la dejaron hablar a ella.

—Solo son buenos amigos, al parecer Olivia tiene a alguien especial en Madrid y está algo triste por no celebrar su fiesta con sus conocidos. Esa es la razón de que hablara con Paloma, para hacer algo el sábado. Y ese es el motivo por el que Donovan se mete donde no le llaman —se quejó. Masajeó las sienes porque empezaba a sentir dolor de cabeza y miró a sus amigas—. Me dice que no debo implicarme con un alumno, cuando él anda acostándose con Paloma cuando le apetece. ¿No os parece que está siendo irracional y un estúpido de primera clase?

—Ya no estáis juntos, y nunca lo habéis estado —obvió Erika comprensiva—. Seguro que está preocupado porque alguien pueda enterarse de lo vuestro, o que piensen que favoreces a Gérard de algún modo.

Ashley asintió. Podía entender eso, pero era imparcial con cada uno de sus alumnos, y estaría dispuesta a hacerle ese favor a cualquiera de ellos, de igual modo que no pensaba ayudar a unos, y no a otros. Menuda tontería.

—¿No crees que Donovan puede estar celoso? —preguntó Jenna.

Erika se mostró pensativa y divertida a la vez.

—Con lo generoso que es para acostarse con todas las chicas guapas que se cruzan en su campo visual, lo dudo, la verdad —contradijo Ashley con una sonrisa burlona.

—Ya pero, cuando se trata de ti, siempre se pone en plan protector con los tíos con los que te acuestas. Piénsalo —pidió exaltada—. Sois amigos que se han acostado, que han estado casados y viviendo juntos. Vuestra relación —dijo haciendo el gesto de comillas para referirse a lo suyo con Donovan—, es la menos convencional que existe. En el fondo él te quiere, a su manera, y se preocupa por ti.

—Me ha ayudado mucho estos años —reflexionó con una pizca de tristeza y culpabilidad en su voz

—, pero eso no le da derecho a cuestionar lo que hago o dejo de hacer.

—Puedes acostarte con quien te dé la gana —resaltó Erika.

Jenna asentía dándole la razón, pero Ashley estaba ensimismada con sus pensamientos y no se daba cuenta de lo que pretendía hacerle entender.

—Nadie va a juzgarte, ni a impedirte que te enrolles con Gérard... —soltó Erika como si nada.

Ashley la miró con la boca abierta. No podía creer lo que estaba sugiriendo.

Y tampoco el que aquello la pusiera nerviosa.

—...porque no serás tú la que juzgue los progresos de los alumnos en la última semana del programa —añadió Jenna despacio, para que sus palabras calaran hondo.

—¡Estáis locas! No pienso acostarme con nadie mientras estemos aquí —dijo convencida.

—¿Por qué no? No tienes ataduras de ningún tipo, y ese hombre está buenísimo —Jenna arqueó las cejas en su dirección.

Ashley se levantó de la cama y paseó por su habitación de un lado a otro con nerviosismo.

—No me digas que no te has fijado en su tableta de chocolate cuando va en bañador —ronroneó Erika.

Jenna empezó a reírse.

—Si no me gustara tanto Leo, no me importaría comerme esas onzas una a una —bromeó, abanicándose con la mano.

No pudo evitar pensar que realmente estaba muy bueno, con ropa o sin ella, y un cosquilleo en la parte baja de su estómago, delató sus lujuriosos pensamientos cuando se trataba de él, pero no creía que estuviera bien. No había venido hasta Madrid para ligar, y sabía que en realidad era una pésima idea intimar de cualquier modo con uno de sus alumnos. Los demás podrían quejarse a la productora y mandar todo a la mierda. Y ella no quería que nada malo le ocurriera a su oportunidad de resurgir de ese abismo en el que se había visto sumida las últimas semanas antes del viaje. Aún se sentía dolida por lo ocurrido con el restaurante, con el trabajo de su vida, y con los rumores que circulaban por todo el mundo y que no la dejaban en un buen lugar precisamente.

Esta era una forma ideal de volver a la cima, de limpiar su nombre y su reputación. De empezar de nuevo.



No iba a estropearlo, eso seguro. Y mucho menos por un hombre.

—Es una mala idea, y no quiero tener problemas con el resto de alumnos, así que mejor será olvidarlo —sentenció con fría determinación.



Sus amigas la observaron en silencio y con seriedad, comprendiendo que estaba más preocupada que enfadada por todo el asunto.

Jenna miró a Erika y esta supo que maquinaba algo.

—Oye, esta noche vamos a ir a tomar algo con los chicos, pero mañana por la tarde, en cuanto acabéis de grabar, podríamos ir de compras, ¿qué te parece?  
—propuso con entusiasmo y un brillo diabólico en su dulce mirada.

Ashley la miró con ternura, ignorando su cara de estar tramando algo. Agradecía lo que intentaba hacer para animarla y se acercó a la cama de nuevo para darles un rápido achuchón amistoso.

—Nunca jamás diré que no a una tarde de compras —aseguró—. Que tiemble la Visa.

Las tres rieron y estuvieron charlando un rato hasta la hora de la cena.

Fue una velada tranquila.

Ashley aprovechó para sentarse junto a Donovan, y explicarle que no debía preocuparse por nada, que no tenía intención de poner en peligro el trabajo por la posibilidad de un ligue pasajero y también se disculpó por ser tan brusca con él esos días.

Las aceptó de buena gana, y admitió que se había pasado al intentar controlarla demasiado. No quería que sufriera, ni que tuviera problemas si algo llegara a torcerse. Él sabía muy bien lo que eran los conflictos cuando existían malos entendidos entre compañeros de trabajo, y no deseaba que Ashley pasara por ello.

Le dio un abrazo y un sonoro beso en la mejilla y se percató, algo tarde, que estaban delante de un montón de personas. Se suponía que eran marido y mujer, pero hasta entonces no habían dado muestras de cariño en público, por lo que arrancaron más de una risita por lo bajo. Paloma, que estaba sentada al lado de Donovan, había oído parte de la conversación, pero no dijo ni una palabra para intervenir. Ashley se lo agradeció en silencio.

Lo cierto era que lo que ocurriera entre ellos dos, no era asunto suyo, y viceversa. Si en adelante Donovan y Paloma tenían una relación más seria, ella no sería la que se entrometiera. No lo había hecho nunca, y no iba a empezar a hacerlo ahora. Eso seguro.

Cuando sus amigas se fueron, Camila le explicó que iban a ir a la sala de cine para ver una película todos juntos. Dudó un instante, porque como el grupo era mayormente femenino, pensó que pondrían una comedia romántica o algo por el estilo. No era el género que más le gustaba.

—Como Lucas y Gérard se apuntan, hemos pensado en alguna *pelí* que nos pueda gustar a todos.

—¿Y hay conclusión? —preguntó sonriente.

—Estamos entre unas de animación o de acción y terror. En la sala hay un montón de DVD

chulísimos de estrenos del año pasado.

Echaron a caminar hacia allí mientras hablaban y Ashley meditó las posibles opciones. Hacía tiempo que no iba al cine, pero sí que tenía ganas de ver una en concreto.

—Hace tiempo que quiero ver la nueva de Tarzán —dijo con un insinuante arqueado de cejas.

—Ohhh... yo la he visto ya pero no me importa verla de nuevo. Alexander es un auténtico Dios vikingo —expuso con los ojos brillantes como antorchas y una risita traviesa.

Su amiga Karen se les unió a la conversación.

—Oye, no le conocerás en persona ¿no? —preguntó con gran interés.

—Ojalá fuera así —declaró en voz baja. Enseguida se dio cuenta de que iba a meter la pata y reculó

—. Os lo podría presentar a vosotras.

—Claro, porque tú ya tienes a tu atractivo marido —dijo Camila—. Qué suerte tienes. Es guapísimo, listo y con talento. Los tíos que he conocido hasta ahora solo me han causado calentamientos de cabeza y pocas satisfacciones.

La queja de Camila hizo que las tres empezaran a reír, y continuaron cuchicheando hasta llegar a la sala de cine.

Ashley se sintió fatal por seguir con aquella mentira que empezaba a arderle en las entrañas, pero tuvo que seguir como si nada, forzando estar de acuerdo con las palabras de aquella simpática chica que no tenía ni idea de la realidad en su “relación”.

Era mejor dejar las cosas como estaban, al menos por ahora.

Discutieron un rato hasta llegar a un acuerdo entre todos, y al final, ganó la opción preferida de Ashley. Nadie más que Camila y Karen habían visto la película, de modo que aceptaron de buena gana.

—Voy a hacer unas palomitas, ¿alguien más quiere? —preguntó Ashley.

La mayoría había cogido refrescos y algunas bolsas de patatas y picoteo de un mueble que había en la sala de cine. No les faltaba de nada. Los cómodos sillones de cuero negro incluso tenían reposapiés y espacio para dejar los vasos.

—Yo también quiero —pidió Olivia.

—Voy yo —intervino Gérard.

Este aprovechó para acercarse a ella y coger las bolsas de palomitas para

meterlas al microondas que había instalado oculto dentro del armario.

Lucas puso en marcha el DVD y apagaron algunas luces para ir creando ambiente.

—No tenéis ganas de esperar, ¿eh, chicas? —bromeó Ashley.

—Tranquila, si es para ver los tráiler mientras —respondió Karen sin mucho convencimiento.

—Sé que mienten, pero no puedo enfadarme, ni culparlas, Alexander sale tan guapo en la película...

—cuchicheó Ashley.

Gérard sonrió con nerviosismo.

Ashley comprendió que se había acercado demasiado a él sin darse cuenta una vez más y, entre los susurros, la luz tenue, y el que estuvieran los dos solos en la parte posterior de la sala, había ocasionado un instante demasiado íntimo. Se aclaró la garganta al tiempo que notaba que su travieso corazón latía más deprisa que antes.

—Oye, antes estuve hablando con Paloma, y ya está todo arreglado para el sábado —expuso.

Esperaba que no hubiera contratiempos.

Desvió la mirada hacia el mueble y fingió que estaba interesada en lo que había allí. Básicamente las guarrerías típicas de un cine, como golosinas y patatas fritas, y que ella procuraba no tomar a diario.

Pero un día era un día, y hoy le habían apetecido unas palomitas que ya se estaban haciendo en el pequeño y nuevo microondas.

—¿Tendremos tiempo de hacer la tarta antes del desayuno? Es que me preocupa que *Oli* pueda sospechar algo y estropee la sorpresa —dijo a tiempo que sacaba una bolsa de palomitas, la volcaba en un bol de plástico y se la daba a Ashley.

—Gracias y, tranquilo; Paloma me dijo que es mejor que vayamos temprano, como a las seis de la mañana, y así no nos molestará nadie.

Gérard se quedó paralizado un segundo al oír sus palabras. Trató de no ponerse nervioso al pensar en estar unas cuantas horas en compañía de Ashley, los dos solos en una cocina mientras trabajaban

juntos, y muy cerca el uno del otro.

El sutil perfume a canela que le llegó, no contribuyó a que la punzada de deseo que sentía, se esfumara. Esa mujer lo iba a volver loco, y no sabía qué hacer para remediarlo. Era evidente que ella no se daba cuenta, y era mucho mejor así. Bastante mal se sentía ya por su propia incontrolada reacción cuando Ashley estaba cerca.

Empezaba a arrepentirse de esa impulsiva idea. ¿En qué líos se metía? Solo pensarlo ya le estaba alterando los nervios por completo.

Se recordó que lo hacía por Olivia. Se merecía un cumpleaños divertido, y una espectacular tarta.

Era una oportunidad de oro para sorprenderla como nunca antes.

—Gracias.

Ashley le miró a los ojos y algo que vio en ellos, la hizo estremecer de arriba abajo. Esa poca iluminación y su masculina voz, junto con esa azulada mirada, le estaban jugando una mala pasada. Era deseo. Algo que no quería sentir en ese momento, y mucho menos por él, pensó.

Forzó una sonrisa y tragó con fuerza un nudo que se formó en su garganta.

—De nada.

Gérard notó el cambio de actitud en ella, y cómo su respiración se alteraba; cómo sus ojos se habían desviado por un segundo hacia sus labios. Cuando se alejó con sus palomitas, casi sintió alivio. Fue una sensación extraña, porque pocas veces había sentido una necesidad tan fuerte con otra mujer, y de ser otra persona, y en otra situación, habría obviado su carácter algo retraído y la

habría besado sin compasión.

Eso lo asustaba un poco.

La cosa no mejoró cuando fue a la zona de los asientos. Ashley había ocupado un extremo y solo quedaba libre otro junto a Olivia. Le tocaba sentarse en medio de las dos. Genial, pensó con sarcasmo.

Justo lo que menos le hacía falta, estar hora y media, o lo que durara la película, a oscuras junto con una mujer que lo estaba trastocando desde que se conocieron.

Lo mejor que podía hacer era centrarse en la pantalla y desconectar un rato su mente.

Las chicas estaban revolucionadas, y cada vez que Alexander aparecía en la enorme pantalla, suspiraban y le lanzaban piropos por lo bajo. Ashley se lo estaba pasando en grande, y la película le estaba gustando mucho.

—Qué buena es la actriz —dijo Olivia.

—Margot Robbie. Es tan perfecta —suspiró Ashley.

Olivia se incorporó para mirarla, y Gérard quiso desaparecer cuando oyó las siguientes palabras que salieron por su boca. Quiso decirle a su amiga que se callara.

—¿Tú dices eso? Si tienes mejor cuerpo que ella —susurró con voz lo suficientemente alta para que la oyera, aunque por suerte nadie más les escuchaba.

—Ni hablar —replicó—. Tiene una piel perfecta, y unas piernas delgadas, tan largas que hasta da vértigo verlas por televisión.

Olivia se rió.

—Estás loca —dijo con sencillez—. Margot está muy buena, pero tú también, y tienes mejor delantera. Eso gusta más a los hombres. Díselo Gérard —pidió, dándole un codazo juguetón.

Este se sintió encogió en el asiento.

—No pienso entrar en esta conversación —farfulló en voz baja, sin saber muy bien cómo había logrado formular una frase completa.

Iba a explotar en muchos sentidos si seguía oyéndolas hablar así. Y Ashley se había apoyado en el reposabrazos de su silla, por lo que podía incluso sentir su calor.

—Bien, digamos que no estoy mal, pero creo que Margot está más buena.

Una sonrisa perezosa iluminó el rostro de Olivia. Le encantaba la actitud fresca de Ashley.

—Pensaba que disfrutarías más con las vistas de Alex —bromeó.

—Y lo hago —declaró con firmeza—, pero una cosa no quita la otra. Y también siento un poquito de envidia... —admitió a la vez que suspiraba—. Ojalá yo fuera actriz.

Olivia se rió. Gérard lo hizo por lo bajo también.

—Creo que solo tienes que proponértelo. Ya eres famosa, seguro que lo único que tienes que hacer es ir a Los Ángeles, hablar con un director de cine y *voilà*. Puede que incluso coincidas con él —señaló la pantalla y apareció el atractivo rostro del protagonista masculino.

—Si tuviera menos fobia a estar frente a las cámaras, puede que me lo planteara —comentó pensativa.

Jamás sería tan temeraria como para intentar salir en una película, ni aunque el actor estuviera para comérselo. No era tan famosa, ni tenía la preparación como para eso, de modo que era mejor dejar el tema, decidió.

Olivia se mostró pensativa al oír su declaración, y fue Gérard el que intervino.

—¿No te sientes cómoda con las cámaras y todo eso?

Quiso disculparse en cuanto abrió la boca, porque no era asunto suyo, pero

Ashley solo se mostró reflexiva ante su interés, no molesta.

Los dos aguardaron con atención.

—Es algo a lo que no me acostumbro. He asistido a eventos multitudinarios, a algunos estrenos de cine con Donovan, y fiestas glamurosas, pero nada de eso es para mí. Me siento una impostora, porque en ese momento no me prestaban atención por mi trabajo, sino porque él tenía cierta reputación para los medios. Todo eso es extraño para mí. Lo que me gusta es la repostería, y dar un pedacito de mí a los seguidores de mi web y bueno... antes, también a la gente que venía al restaurante solo para probar mis creaciones —terminó de hablar con la voz quebrada.

Miró a Olivia y trató de reprimir las lágrimas. Cada vez que pensaba en ello, la herida de su corazón se hacía más profunda. No deseaba guardarle rencor a Leslie, pero cuando recordaba a sus padres, que habían hecho tanto por ella, su dolor era muy sincero. Tal vez si les hubiera contado la verdad, la mala relación que tenían cuando no había nadie alrededor, se habría solucionado todo. Sin embargo, no habría podido vivir consigo misma sabiendo que habría estropeado la relación familiar de ellos tres. No perdonaría a nadie que echara a perder lo bien que se llevaba con sus padres y su hermano, y por lo tanto, no quería hacer lo mismo con personas a las que adoraba.

Solo deseaba que cuando volvieran de sus viajes, no se tomaran muy mal su dimisión. Desde luego sabía que se sorprenderían al ver que se había marchado, pero todas las personas tenían un límite. El suyo era Leslie Kelley.

Notó que una mano se posaba sobre la suya para confortarla, y al cabo de un segundo supo que no era Olivia, sino Gérard.

Sintió un delicioso escalofrío por su espalda, y deseos irrefrenables de apartar la mano, pero se contuvo. Él no era del todo culpable de las reacciones inapropiadas de su cuerpo, aunque sí el motivo.

—Lo siento, no quería divagar —se disculpó—. Aunque tenía mis reservas sobre el programa, lo cierto es que lo estoy disfrutando mucho, y me alegro de que Donovan me animara a hacerlo. Creo que incluso me está ayudando a volver a enamorarme de mi gran pasión.



—Nosotros lo estamos pasando genial, y está siendo fantástico conocerte, te lo decimos de corazón,

¿verdad Gérard? —inquirió con sorna.

Ashley se preguntó porqué lo decía con aquel tono, pero no le dio mayor importancia.

—Sí, por supuesto —fue su escueta respuesta.

Le dio un ligero apretón en la mano y volvió a su sitio. Disimuló cogiendo su refresco y sus palomitas, y Ashley se sintió algo tonta por pensar que él podría haber tenido ese gesto por algo que no fuera simple empatía con algo que evidentemente, era importante para ella.

Continuó viendo la película, disfrutándola hasta el final, y también sintiéndose algo violenta cuando llegaron las escenas íntimas. Gérard a su lado, también se removió inquieto en su asiento, y ser consciente de todos sus movimientos, hasta de su acompasada respiración que se volvió superficial, empezaron a afectarla de una manera muy profunda.

¿Qué le estaba pasando?

Nunca se había dejado llevar por sus emociones hasta el punto de llorar o entristecerse por una ruptura. Era el motivo por el que jamás tuvo una relación seria, que en realidad no sentía nada intenso por ninguno de ellos, y cuando una aventura se acababa, solo le bastaba con decir adiós sin demasiada ceremonia o drama.

Y ahí estaba, sentada junto a un hombre al que en realidad no conocía, notando que su cuerpo temblaba ligeramente por los nervios al tenerle tan cerca.

Qué cuerpo tan traidor.

Casi sintió alivio cuando la película acabó y pudo poner distancia entre ellos. Se despidió de todos y se marchó a su habitación mientras el resto remoloneaba sin ganas de irse a descansar.

Ella al menos necesitaba estar sola, pensar sobre lo ocurrido y sobre todo,

ordenar sus ideas. El trabajo era lo más importante en su vida, y no podía dejar que nada lo estropeará, así de sencillo. Y

mucho menos una aventura pasajera salpicada de complicaciones. Acabado su dilema.

Se centraría en el programa y en nada más.

Lo mejor que podía hacer era olvidarse de esa imperiosa necesidad de estar con un hombre, porque sabía que no era más que eso, necesidad física. Si Donovan no estuviera enfrascado en su propio rollo pasajero, incluso él le serviría, pero era muy consciente de que hasta aquello era un error. Lo era cualquier cosa que le complicara la existencia ahora mismo.

Debería salir una noche con las chicas y ligarse a algún desconocido, aunque eso conllevaba sus riesgos también. Se suponía que era una mujer casada, y si la reconocían, ella misma sería la que construyera su propio infierno personal perpetuo.

No quería eso.

Una vez echado el pestillo en su puerta, se sintió solo un poco más tranquila. Encendió la luz de una de las mesillas de noche y cogió el portátil. Apenas se acababa de encender cuando sonó su móvil. Era su hermano.

Descolgó enseguida.

—Frank —soltó como una bendición—, ¿qué tal estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Genial —mintió a medias.

No quería mentirle, porque ella no era así, sin embargo, había ciertas cosas que era mejor guardarse.

—Jada y yo hemos venido a cenar con papá y mamá, y pensamos en charlar un rato contigo ahora

que estamos juntos. ¿Es muy tarde por allí?

—No lo es para mí —expuso con una media sonrisa—. Aquí son las doce, recuerda que son cinco

horas más que en Miami.

Su hermano resopló divertido.

—Seguro que para la próxima vez lo olvidaré de nuevo.

Ashley oyó de fondo a su futura cuñada.

—Pues llama a tu hermana más a menudo —soltó en voz alta para que todos la escucharan, incluso ella que estaba al otro lado del teléfono.

—Deberías prestarle mucha atención a tu prometida, y de paso, dile que la adoro —añadió con cariño.

—Acabo de poner el altavoz, así que está enterada —se rió.

Todos empezaron a saludar y a hablar a la vez. Ya podía imaginar a sus padres y a Jada allí inclinados sobre el teléfono de su hermano. Sonrió.

—Por aquí todo va muy bien —explicó cuando al fin la dejaron hablar—. Ahora os mandaré algunas fotos que han sacado Erika y Jenna mientras estábamos grabando —dijo a sus entusiasmados oyentes.

Al ser la primera vez que Ashley hacía un programa de televisión, su familia estaba siempre preguntando detalles sobre todo el proceso, interesados en cómo se sentía con un proyecto semejante. Se preocupaban porque conocían sus sentimientos con respecto a la prensa que tantos quebraderos de cabeza le había causado, pero les aseguró que nada tenía que ver.

Hablaron un rato para ponerse al día, aunque no tenían muchas novedades que contarse, ya que no hacía ni dos días que habían hablado. Su madre se disculpó por tener que marcharse a la cocina, y aunque Ashley no podía verla, hizo un gesto con la mano.

—Cielo, tengo que seguir con la cena, pero mañana podemos charlar un rato por Skype, ¿vale?

—Sí, perfecto.

Jada se despidió también para ir a ayudarla en la cocina y antes de eso, le deseó mucha suerte en Madrid.

Ashley se lo agradeció con sinceridad.

Su futura cuñada era una guapa y atlética entrenadora personal que, junto con su hermano, que era nutricionista titulado, compartía una gran pasión por la vida y la comida sana. Se habían conocido hacía tres años en el trabajo, un centro de entrenamiento en Miami, y ahora estaban a punto de casarse a finales del verano. Era una suerte que esa jovencita formara parte de sus vidas. Las pocas veces que Ashley había hecho postres para ellos, se encargó de que fueran acordes con su estilo de alimentación, y eso dio paso a algunas recetas que creó especialmente para las ocasiones en que Jada les visitaba. Llegaron a ser muy famosas, y Ashley estaba muy orgullosa de sus tartas y muffins veganos. Estaban deliciosos. Y todo se lo debía a esa mujer de veinticuatro años que tan feliz hacía a su hermano y a su familia. Cuando la conoció le pareció una chica muy dulce, madura y respetuosa. Su corto pelo rubio y sus redondeados ojos azules le daban el aspecto de un ángel. Le alegró descubrir que su exterior concordaba con su interior, con su forma de ser.

Poco a poco llegaron a hacerse buenas amigas, y apenas podía creer que pronto fueran también hermanas, familia.

Se despidió de los dos hombres más importantes de su vida, con la promesa de hablar pronto con todos, y apagó el móvil. Lo dejó en la mesita y se conectó a internet con su portátil.

Cuando entró en Twitter, se arrepintió de inmediato. Tenía montones de alertas y menciones, y vio que muchas de ellas no eran nada agradables cuando abrió la pestaña.

Llevaba varias semanas sin ir por el restaurante tras su renuncia y los rumores y especulaciones circulaban sin cesar, pero en lugar de ir olvidándose al no

entrar en toda esa polémica, ahora parecía que el fuego se había avivado aún más. No lo podía comprender.

Algunos comentarios la desafiaban a dar la cara y explicar el motivo real de la deserción de su trabajo, y después de leer uno tras otro, aún sabiendo que era un error que la pondría de los nervios, vio algo que la dejó helada, a punto de sufrir un ataque.

La fuente de la discordia no era otra que Leslie Kelley. Sus desprecios ya no se los dedicaba en

privado, sino que había prendido una mecha que no creía poder ser capaz de apagar. Se preguntó porqué había llegado a atacarla de una manera tan pública, ya que hasta ahora había sido la clase de persona que arrojaba una piedra y escondía la mano. No tuvo que esperar mucho para averiguar un posible motivo.

Leyó un mensaje que acababa de enviarle:

«¿Eres una cobarde, y por eso te has bajado de tu pedestal y te has escondido?».

Al parecer, a Leslie le molestaba que no se hubiera pronunciado ni defendido de todas esas absurdas acusaciones, como las de que les había dejado tirados en el restaurante y que no era una profesional de verdad, cuando no fue otra que ella misma la que le había hecho la vida imposible para que se fuera y así poder contratar a sus amigas. Cosa que Ashley creyó que era una mala idea.

Tal vez la cosa no iba bien, y lo sintió solo por sus padres; Norah y Owen no debían saber nada, ya que el motivo de su viaje era poder disfrutar de su jubilación, y se preguntó si a su vuelta creerían las mentiras que circulaban sobre ella, y que solo pretendían demostrar que los celos y la envidia eran el pan de cada día.

Dudaba que eso ocurriera, porque la conocían lo bastante como para saber que no era cierto, pero si nunca les había hablado de sus problemas con Leslie, era precisamente porque sabía que jamás se pondrían en su contra. Era su única hija, y siempre se fiarían de su palabra más que de la suya. Eso le dolía

profundamente.

Sin apenas darse cuenta, se encontró llorando con desesperación. Sentía que de algún modo les había fallado, por haber dejado el negocio, y por no haber sido sincera con ellos desde el principio.

Quizás las cosas serían diferentes ahora de haber dicho lo que pasaba, sin embargo, ya era tarde para averiguarlo.

No sabía qué hacer para mejorar las cosas, porque estaba claro que permanecer en silencio no lo hacía.

Cerró el ordenador, lo puso en el suelo bajo la cama y se acurrucó en posición fetal para tratar de dormir. Lo consiguió después de una hora llorando en silencio, pero las pesadillas estuvieron muy presentes, y al final, el sueño fue de todo menos apacible.

## Capítulo 9

Acababa de ponerse el corrector bajo las oscuras ojeras cuando oyó unos fuertes e insistentes golpes en la puerta. Apenas había dormido, y se sentía susceptible, cansada, e irritada, por lo que el susto que se dio, no mejoró su humor.

—¡Ashley, ábrenos!

Notó la impaciencia y la preocupación incluso desde el cuarto de baño con la puerta entornada.

Puso los ojos en blanco y fue a abrirles. Supuso que Jenna también estaría con ella, ya que eran inseparables, como siamesas.

Entraron y la arrastraron a su paso. Jenna la sostenía de los brazos con una expresión sombría y Erika cerró la puerta con un fuerte golpe.

—¿Has mirado el Twitter recientemente?

Ashley apretó el tubo de corrector facial en su mano, por suerte cerrado, e intentó respirar hondo para no venirse abajo ahora que sus amigas estaban allí.

Le habría gustado poder desahogarse, pero sabía que debía empezar a prepararse en un rato para el programa. No había tiempo de lamentos, ni para nada.

—Lo vi anoche —masculló.

Erika maldijo como un camionero en voz alta, y sus amigas le observaron con diferentes grados de asombro.

—Perdón —se disculpó sin mucha sinceridad.

—Me has quitado las palabras de la boca —bromeó Ashley.

Se apretó las sienes con fuerza con las manos.

Durante sus horas de insomnio había pensado mil insultos que podría dedicarle a la idiota de Leslie, pero no era su estilo ir por ahí echando pestes de la gente, a diferencia de ella. Y tampoco le parecía bien porque también afectaría a sus padres, y aún con todo, les apreciaba y respetaba. No podía hacerles eso, y tampoco se quería convertir en la típica “famosilla” que iba por ahí maldiciendo a todo el que la contrariara. Que la gente hablara de ella, bien o mal, era inevitable, pero al menos no les daría motivos para que la tacharan de villana.

Tarde o temprano, los que la habían puesto como los trapos por las redes, recibirían su merecido, pero estaba claro que ese no era su cometido. Prefería centrarse en llevar adelante su vida y no la de los demás.

—Deberíamos hacer algo —meditó Jenna.

—No es buena idea responder a los insultos públicos, o al final lo único que conseguiré es perder toda la credibilidad que aún me quede con mis seguidores.

—Muchos bloggers sufren del acoso de otros que se consideran su competencia, y tienes todo el derecho del mundo a defenderte —replicó Erika.

—Yo no soy bloguera, y creo que ponerme a la defensiva solo le daría la razón en todo este asunto

—dijo, creyéndolo con firmeza.

—Siempre podríamos tomar otras medidas.

—¿A qué te refieres, Jenna? —inquirió Ashley.

Le dio miedo la respuesta.

—Leo es un genio de la informática... yo digo que boicoteemos las cuentas de las redes sociales de Leslie y la fastidiemos como ella te hace a ti —propuso con un juguetón arqueado de cejas.

—¿Tenemos quince años? —inquirió Erika con sorna.

—No boba, pero es que las otras opciones me parecen un poco macarras —empezó diciendo.

Cuando vio que las dos la miraban esperando una mejor explicación, Jenna continuó—. Había pensado en mandarle alguna amenaza velada a su correo electrónico o directamente enviar a un matón para que lo hiciera más dramático, pero es que no sería capaz de llegar a esos extremos... lo siento Ashley.

Esta soltó una risa nerviosa.

—Es obvio que esto nos está afectando a todas —dijo con mesura. Creía que sus amigas se estaban volviendo locas de remate—. Pero esto es la vida real, y no somos unas delincuentes. No podemos rebajarnos a su nivel, y si quiere ser una terrorista de las redes, allá ella si ese sucio juego le divierte.

—Pero es que es injusto que esa odiosa sociópata se salga con la suya sin llevarse su merecido. De alguna manera hay que hacer que pague —replicó Erika.

—Me encantaría arruinarle ese impoluto peinado recogido y esa naricilla respingona perfecta —

farfulló Jenna.



—Todo esto se volverá en su contra, porque lo cierto es que su actitud no le está dando buena fama al restaurante que su familia ha regentado desde hace tantos años —comentó con tristeza.

Sus amigas se miraron entre sí y fue entonces cuando se percataron por primera vez de que Ashley había tratado de disimular una noche de escaso sueño. Ni todo el maquillaje del mundo podía eliminar ese cansancio de sus ojos azules. Se miraron en silencio.

No dijeron nada como por acuerdo tácito, y la acompañaron fuera de su habitación y hacia la sala de vestuario. Trabajaron sin decir nada durante un rato porque no estaban solas; todos los alumnos iban pasando por allí para estar perfectos delante de las cámaras, y aún faltaba Karen por salir. Les sonrió desde el espejo a modo de saludo antes de salir.

—Esta tarde nos iremos de compras en cuanto acabes del trabajo, y nos olvidaremos de todo por unas horas, ¿vale? —planteó Jenna.

Erika se encargó de darle unos ligeros toques de maquillaje mientras Jenna iba a por el conjunto de ropa para ese día.

La peluquera se les acercó tras finalizar su trabajo con la última alumna.

—¿Puedo empezar ya?

Erika y Jenna la comprendieron aunque no sabían hablar español nada bien, pero se entendían más o menos durante el trabajo. Era raro comunicarse por gestos todo el rato, pero qué le iban a hacer, ninguna de las dos tenían facilidad para el idioma, y por desgracia, Rocío no hablaba inglés. Hacían lo que podían mientras estaban las tres juntas en la sala de vestuario para ayudar a los chicos y chicas a prepararse.

Ashley salió ese día con una coleta informal en el lado izquierdo, una falda tubo por la rodilla de color azul marino, una blusa blanca semi transparente con un top oscuro debajo y unos botines de cuña muy cómodos.

Ese caluroso miércoles de la segunda semana de marzo, se puso un delantal solo para cubrir su falda, ya que tocaba hacer una de sus recetas favoritas:

*macarons*. Esas galletitas crujientes por fuera, blandas por dentro, y con esos divertidos colores tanto en la cubierta como en el relleno, la volvían loca.

Ya sentía que la boca se le hacía agua y ni siquiera había entrado en la cocina.

Sonrió mientras se ajustaba el micrófono en la parte posterior de su falda.

—¿Qué llevas puesto? ¿Vas a ir de fiesta o vas a cocinar? —preguntó Paloma con el ceño fruncido.

—Son las prendas de marca que los patrocinadores del programa quieren que lleve, y solo me he puesto lo que hay en el vestuario para mí. No he buscado en mi armario, porque de ser así, enseñaría algo más de piel —replicó con hostilidad.



No es que no le gustara la ropa, pero le parecía muy formal y recatada, lo cual también podría comprender. Allí no iba a lucir palmito; sin embargo, la actitud de Paloma la enervaba cada día más. Ya no se conformaba con mirarla con reprobación, sino que se empezaba a quejarse.

—¿No podrías ponerte una chaquetilla de chef por un día? —inquirió como si la estuviera reprendiendo.

—Ya lo hablamos, y me reafirmo en lo que dije: pienso llevar la ropa que me haga sentir cómoda, así que por favor, no insistas —rogó con evidente hastío.

Guardó silencio unos segundos, la miró fijamente y al final cedió.

—Está bien, no mencionaré más el tema.

Ashley suspiró con alivio.

—Gracias. Por cierto, ¿dónde está Donovan?

—Acaban de terminar su entrada —dijo tras consultar el reloj—. Vamos bien

de tiempo.

La observó unos instantes y notó que faltaba algo en su habitual personalidad arrolladora. Un día normal ya la estaría atosigando para que se diera prisa, pero se la veía preocupada, o decaída. No la conocía tan bien como para saberlo a ciencia cierta, pero algo le pasaba, eso seguro.

—¿Ha ocurrido algo?

Su pregunta la sorprendió, y Ashley se preguntó si no se habría enterado de lo que había ocurrido en internet. Un horrible escalofrío la recorrió. No deseaba tener problemas, y menos ahora que ya se estaba habituando al trabajo, y empezaba a verle su encanto.

—Te has enterado de lo que han puesto en Twitter esta noche...

Paloma abrió mucho los ojos.

No quiso decirlo, por si no era el caso, pero algo en su expresión la delataba. Desconocía la razón, pero su corazón dio un vuelco cuando esta asintió.

—Donovan estuvo preocupado anoche, y quiso venir a verte pero...

Carraspeó nerviosa y avergonzada. Ashley intuyó que había problemas en el paraíso y no quiso meterse en sus asuntos. A pesar de sospechar que el tema de discusión era ella, no tenía por qué meterse en medio. No quería, por otro lado, lo que era motivo suficiente para no hacerlo.

—Seguro que se arreglará por sí solo. Podré encargarme yo solita —dijo esperando que fuera cierto.

—Le importas, ¿sabes?

Ahora fue el turno de Ashley de sorprenderse al escuchar el tono en el que Paloma se refería a Donovan. Parecía que había más que sexo entre ellos, por el modo en que se mostraba afectada. Podía verlo en su cara, en esa vacilación casi imperceptible en su voz; estaba dolida.

—Él también me importa mucho, pero nosotros solo compartimos una... —

buscó la palabra adecuada durante un segundo— extraña amistad.

Se rió para quitarle hierro al asunto.

Paloma forzó una sonrisa y asintió. Sin parecer muy convencida, no dijo nada más. No era el mejor momento para esa charla. Ashley se prometió que la tendrían más tarde. No quería ser motivo de discordia de nadie. Bastante lo era ya al otro lado del océano.

Empezó su trabajo con una determinación que casi rallaba en lo obsesivo.

Era lo que mejor se le daba.

Cuando notó que todos estaban tan en silencio, y que la observaban como si fuera a ponerse a gritar de rabia por lo ocurrido, supo que debía centrarse en esos deliciosos pastelitos para no perder el juicio, porque ver la compasión en los ojos de la gente, era odioso.

Se tomó su tiempo para comentar los ingredientes y dar algunos valiosos consejos para que la receta saliera a la perfección, y cuando los sacó del horno un rato más tarde, ya se encontraba un poco más relajada. La repostería le aportaba un alto grado de relajación y la hacían sentirse realizada. Ese curso para principiantes no era todo lo que ella podría esperar dada su experiencia, pero incluso hacer galletas caseras le encantaba.

Tener a Donovan y a sus amigas por allí pululando la habrían puesto nerviosa cualquier otro día, pero hoy no. Le gustaba saber que estaban dándole apoyo sin entrometerse, dejándola hacer su trabajo y respetando su espacio. Pero sin dejarla sola.

Acabó su turno y dejó que el equipo hiciera unas tomas y fotos del resultado de los *macarons*, y mientras tanto, ayudó a los grupos a coger los ingredientes y los materiales.

—No olvidéis el tamiz o el colador para el azúcar —le recordó a Miriam.

Ni esta ni su compañera Thais, parecían muy felices porque ella tuviera que corregir algo en su cocina, pero estaba para eso, y no hizo mucho caso a sus

expresiones de evidente disgusto.

Se aseguró que todos estuvieran listos y las cámaras estuvieron enseguida grabando lo que ocurría en las diferentes cocinas de los grupos.

Muchos estaban preocupados por el resultado, porque la receta era tan maravillosa como arriesgada. Sin embargo, Ashley estaba orgullosa de cómo lo hacían.

—Bien, seguid con los movimientos envolventes para que las claras no bajen. Sin pasaros, y despacio, pero intentando conseguir una masa homogénea. Luego la echaremos en la manga pastelera —

explicó a Lucas y Noemí.

Él observaba el trabajo de su mujer, y ella estaba tan concentrada, que Ashley se vio a sí misma cuando trabajaba. Sonrió complacida.

—Lo haces genial, Noemí —la animó.

Ella sonrió entusiasmada sin dejar su tarea.

Ashley se acercó entonces al grupo número dos, y vio que Olivia y Gérard llevaban un ritmo muy bueno.

—¿Solo podemos usar la boquilla redonda para la manga? —preguntó ella.

—Bueno, si tuviera otra forma, no parecerían *macarons* — bromeó —. Supongo que eso es a gusto de cada uno, pero sin duda, pienso que es imprescindible que sea redonda —expuso.

Olivia asintió y recortó la punta del plástico de la manga pastelera para empezar a echar la masa sobre el papel de horno.

—Intentad que las galletas de los *macarons* no midan más de tres centímetros, para que no sean demasiado grandes —miró a Gérard y enseguida le dio su aprobación. Se notaba que tenía un don para la cocina—. Perfectos.

Notó que se sonrojó ante su alabanza y Olivia les miró a uno y a otro. Fue el

turno de Ashley de sentirse un poco incómoda por estar siendo escrutada por su amiga, y después de animarles a seguir haciendo un buen trabajo, fue a ver al grupo más hostil.

Miriam y Thais cuchicheaban entre sí mientras trabajaban, y guardaron silencio cuando se les acercó. Se mostraron orgullosas al enseñar su trabajo, y Ashley supo que, aunque por algún motivo no les resultaba agradable a esas dos, sí que buscaban su aprobación. Se notaba que eran muy competitivas.

—Bien hecho, chicas. Tienen una pinta fabulosa —dijo con sinceridad.

Camila y Karen iban algo más retrasadas, pero también hacían un buen trabajo, y Ashley permaneció un rato con ellas para ayudarlas un poco.

No pudo evitar sin embargo, que la vista se le desviara de vez en cuando hacia delante, donde estaba la cocina que ocupaba el grupo número dos. Y comprobó que no era la única, ya que una de las veces, se encontró con la discreta mirada de Gérard. Se puso tan nerviosa como una colegiala cuando captaba la atención del chico más guapo del patio. Menuda disciplina tenía, se reprendió para sus adentros.

Se veía incapaz de ignorarle, y no ya porque tuviera un físico muy atractivo, sino porque era distinto a los tíos con los que lidiaba de vez en cuando en las discotecas. Era bastante tímido, algo inusual también; cariñoso y un gran amigo, detallista y por si fuera poco, compartía con ella la pasión por la cocina, si bien no por el mismo estilo, eso seguro. Había algo en él que la atraía muchísimo, y quizás se tratara de que no era el típico baboso que la perseguía sin parar, o alguien que fuera directo al grano. A ella le perdían los tipos atractivos que decían lo que querían sin tapujos, pero que aceptaban un no como respuesta. Si se ponían pesados, les mandaba a paseo sin contemplaciones.

Gérard por el contrario, era diferente, y no le comprendía muy bien, por eso la intrigaba. Tenía un cuerpo increíble y un rostro por el que muchas mujeres suspiraban, y a pesar de no estar segura de que estuviera soltero, no había notado indicios de lo contrario tampoco.

Tal vez por eso despertaba su interés, porque no conseguía encasillarle, lo

cual en parte era frustrante así como algo calculador. Tenía que dejar de analizarle y centrarse en lo que debía hacer: dejar las tonterías a un lado y olvidarse de una idea que era pésima incluso antes de empezar.

Lo mejor sería mantener las distancias mientras fuera posible, claro que con el sábado tan próximo, sus planes no parecían poder funcionar. Menuda idea la de aceptar.

Intentó dejar de pensar en él y terminar la jornada sin percances. Lo cierto era que el resultado en las cuatro cocinas fue bastante bueno, y se sintió muy orgullosa de cada uno de sus alumnos. A pesar de su poca experiencia, ponían todo su empeño, y eso la alegraba.

Sin embargo, su alegría duró hasta poco antes de la hora de comer, cuando Donovan la asedió para hablar con ella. No le permitió escabullirse, como le habría gustado.

Para evitar que alguien les escuchara, salieron hacia la parte delantera de la casa, donde nadie saldría para tomar el aire, porque todo el mundo prefería el bonito jardín o la piscina, y no los aparcamientos, como era obvio.

—Por favor, dime que no has entrado en toda esa polémica de Twitter con Leslie —soltó de golpe.

—Claro que no —replicó con una mirada incrédula—, aunque no es por falta de ganas.

Donovan se amasó los cabellos con nerviosismo y casi con desesperación.

—Tendríamos que haberle puesto fin a esto mucho antes —masculló—, haber enviado un artículo a varias revistas o algo... creí que era mejor que lo dejaras estar.

Ashley le miró sin comprender.

—No es culpa tuya, y pienso que hice bien al seguir tu consejo, porque creo que darle a esto cualquier tipo de publicidad es como poco, impredecible.

De eso no cabía duda.

Se acercó a ella y la sujetó con firmeza por los brazos, pero sin hacerle daño.

—Haré algunas llamadas y lo solucionaré, ¿vale? —aseguró con fría determinación.

Sus ojos azules refulgían de rabia como témpanos bajo la luz y Ashley trató de que se tranquilizara antes de cometer alguna locura que luego los dos tendrían que pagar.

—Sé que tienes muchos contactos, pero necesito que me prometas que hagas lo que hagas, no habrá

más mentiras —pidió con seriedad—. Nada de decir que nos hemos tomado unas vacaciones románticas en las Bahamas o alguna estupidez por el estilo.

Donovan la miró fijamente y asintió.

—Nada de estupideces —cedió.

Ashley sabía que intentaba ocultar una sonrisa y bromeó a su costa.

—Sé que te encantan las estupideces —sonrió.

Al final, él imitó su gesto.

—¿Qué puedo decir? Son parte de mi encantadora personalidad. Y no lo niegues, en el fondo hasta te pone...

Ashley soltó una risotada. Alzó los brazos y le envolvió con ellos. Su ex marido, que era un buen amigo y un gran apoyo constante en su vida a pesar de su carácter alocado, también era un pilar fundamental en su vida.

—Gracias por preocuparte y por estar siempre ahí —musitó con la voz rota por las lágrimas reprimidas.

Donovan la apretó más contra él, y acarició su espalda con ternura.

—Siempre quiero lo mejor para ti, aunque a veces pueda equivocarme.



Ashley sintió que se emocionaba.

—Lo sé.

Carraspeó cuando se separaron y Donovan le dio un rápido y casto beso en los labios.

Ashley suspiró y le miró con cariño.

—Me parece que de ahora en adelante, las muestras de cariño deberán ser totalmente fraternales, o Paloma podría pensar que sigue habiendo algo entre nosotros —explicó Ashley ante la mirada de sorpresa de Donovan.

Entre ellos nunca hubo malentendidos, ni reproches, ni celos. Parecía que ni él mismo se daba cuenta de que algo había cambiado en su relación con su nuevo ligue, y que si algo ocurría con Ashley, aunque entre ellos no existía ya más que amistad, podría perjudicar cualquier futuro que deseara con otra persona.

Debían admitir que lo suyo era algo especial, fuera de lo común, y que habiendo terceras personas, su dinámica también tendría que modificarse.

—No creo que le importe; lo nuestro solo es físico...

Las palabras murieron en sus labios cuando se giró hacia la casa. Allí en la puerta estaba Paloma con mala cara. Esta se dio media vuelta y entró como un tornado.

—Mucho me temo que ese punto es discutible para ella. Tienes que aclararte si no quieres hacerle daño. Y también abrirte a la posibilidad de una relación más duradera. Te mereces a alguien que te haga feliz —declaró con una sinceridad desbordante.

Donovan tragó saliva con dificultad.

—¿Crees que ha visto el beso y por eso tenía esa cara de mala leche? —inquirió dubitativo.

Ashley le dio unas palmaditas en el hombro.

—Sé sincero con ella, y sobre todo, mantén una conversación de esas que tanto odias, y explícale lo que ha ocurrido de verdad.

Iba a replicar, pero algo en la cara de Ashley le detuvo.

—Si no lo haces, hablaré yo con ella —amenazó con seriedad—. Le diré que eres un cerdo y que no se acueste más contigo. De ahora en adelante, todo será profesional... e incómodo —soltó con sorna para cabrearle.

Pareció captar sus palabras y Ashley fue testigo de su lucha interior. No era un hombre hecho para



los compromisos o las relaciones serias, pero debía hacer algo, ya que todo eso lo había causado él solito.

—Bien —masculló con desgana.

—Bien —dijo triunfal.

Empezó a caminar hacia la casa para que no viera su cara de satisfacción y se retractara, aunque sabía que Donovan no solía romper sus promesas tan fácilmente; y era una de las muchas cualidades que apreciaba de él.

A pesar de que la comida fue incómoda, Donovan logró zafarse pronto al terminar y se llevó consigo a Paloma.

Ashley no les volvió a ver hasta que acabaron con las grabaciones. Parecían muy relajados y felices, al contrario que ella en ese momento. Ese día no se había visto tan bien como los dos primeros, pero trató de que eso no se reflejara en las entrevistas de la tarde. Miró a la cámara y respondió de forma mecánica y profesional a las preguntas que hoy le hizo Deborah sobre todo lo grabado por la mañana.

Acabaron más rápido de lo que imaginó, y se alegró por ello.

Esa tarde tenía grandes planes con sus amigas. Unas horas de compras por el centro de Madrid era justo lo que necesitaba para relajarse y distraerse. No podía pensar en nada mejor.

Llegaron a la casa a las once de la noche, después de una tarde increíble de tiendas y confidencias.

Exactamente lo que necesitaba, poder confesar sus pensamientos, sus dudas y secretos a sus mejores amigas, esas que la comprendían tan bien, y que la conocían a la perfección.

Habían vuelto a hablar de Gérard, y cómo no, de Cristian y Leo. Ashley tuvo que aguantar oírlas hablar sobre las proezas sexuales de ambos, y a veces hasta sentía que se sonrojaba. Sus amigas no eran lo que se dice, sutiles en cuanto a sus explicaciones.

Una de las frases más célebres de Erika esa tarde fue:

—Me encanta cómo me lo hace, es como un cavernícola... totalmente animal. Me vuelve loca.

Después de eso, la conversación adquirió un matiz de tres o cuatro rombos, por no decir diez, y acabaron por revelar incluso tamaños y duración de los preliminares con todo lujo de detalles intermedios.

No podía decir que su vida fuera aburrida en algún aspecto de su vida.

Y dudaba que lo fuera nunca.

Para empezar, el sábado tenía previsto ser uno de esos días intensos de principio a fin. Trató de buscar un vestido apropiado para la ocasión, que no fuera elegante en exceso, pero bonito y que la favoreciera, pero no lograba encontrar nada que le resultara adecuado. Cuando llevaban casi dos horas visitando una tienda tras otra, incluso Jenna, que podía pasar un día entero de compras, empezaba a agobiarse.

—¿Qué te ocurre con el sábado? Solo es un cumpleaños —le dijo un instante antes de dar con el vestido perfecto.

Ashley la había mirado sin comprender entonces, y tanto ella como Erika, la observaron con los ojos entrecerrados, tratando de descubrir qué era.

No tardaron en verlo.

—Solo quiero estar guapa. Llevar algo precioso para... bueno... para salir bien en las fotos —

comentó vacilante.

Esa patraña no engañaba a nadie, ni a ella misma, y, tras poner los ojos en blanco, se sometió a las mil y una preguntas indiscretas que le hicieron.

—¿Es por Gérard, verdad?

—Te lo quieres ligar, es por eso...

—Sabíamos que te gustaba, aunque digas una y otra vez que no lo ves de ese modo...

—¿Piensas seducirle en la fiesta?

—Deberíamos pillar tequila... ya sabemos cómo te suelta la melena...

Voces chillonas y arqueos de cejas. En eso se convirtió su tarde, se lamentó Ashley.

—Mañana voy a pedir cita en nuestro centro de estética favorito aquí en Madrid. Depilación urgente... y ya puestos, será para las tres. —Erika pensaba en todo.

Esas y otras tantas fueron las viles acusaciones de las que se decían llamar sus mejores amigas.

Qué bien la conocían, tuvo que admitir para sus adentros con cierta vergüenza.

Desde luego no tenía planeado seducirle, pero no le importaría captar su atención de un modo sutil, sin pretensiones. Tampoco deseaba una relación, porque pronto se marcharía a Miami con su familia y todo acabaría, pero no le

importaría tener una breve aventura si es que lograba llegar a él.

Tenía serias dudas.

## Capítulo 10

Ya era jueves.

Ashley se encontraba de los nervios, pensando en el dichoso vestido que guardaba en su armario, y en los taconazos que lo complementarían. Sabía que se estaba pasando con tanto drama mental, que tal vez empezaba a comportarse como una completa idiota, pero se sentía fuera de sí, como guiada por una fuerza superior a ella. Y por más que la avergonzara, no tenía ganas de ignorarla.

¿Qué más daba si tenía un poco de diversión durante ese mes? No haría daño a nadie.

Lo único que tenía que hacer era procurar que nada de eso interfiriera en su trabajo, en su carrera. Si bien no tenía nada claro lo que haría una vez acabado el curso, desde luego sí tenía intención de seguir haciendo lo que más le gustaba. Ya encontraría trabajo en Miami.

Y si no podía ser, lograría poner en marcha ese sueño que se había quedado a medias y sin cumplir: abriría su propia pastelería donde dar rienda suelta a su creatividad. Nada en el mundo le gustaría más, porque nada la llenaba tanto, a pesar de que pudiera resultar extraño, e incluso frío.

Se puso ropa cómoda para ir a vestuario a cambiarse de nuevo, igual que cada día, pasó por peluquería, y cuando Rocío acabó, Erika la maquilló mientras Jenna se ocupaba de Noemí y las tres estuvieron charlando un rato. Ashley tenía que hacer todo el rato de traductora, pero era divertido ser la intermediaria. A excepción de Miriam y Thais, las más jovencitas del curso, el resto eran personas muy simpáticas.

—Esta chica hace un trabajo increíble, creo que no me va a reconocer ni mi familia cuando salga por la *tele* —bromeó Noemí.

Al ver que se reía, Jenna la miró sin comprender. Ashley intervino una vez más.

—Dice que está irreconocible gracias a tu gran trabajo con el maquillaje — tradujo para ella en inglés—. Y creo que podríais pedirles a vuestros chicos que os enseñen a hablar castellano, así podríais hacer algo más que guarrerías —se cachondeó—, y hablar con todo el mundo en la casa.

Jenna carraspeó y le dijo « gracias » en español a Noemí. Esta sonrió de oreja a oreja.

—¿Eso es lo único que te ha enseñado a decir Leo? —bromeó Erika con sorna—. Seguro que te da

las gracias cada vez que te das un paseo por ahí abajo —soltó antes de carcajearse.

Ashley la imitó y Jenna se limitó a poner un mohín gracioso y petulante.

—Tranquila Noemí, solo bromean entre ellas porque no tienen ni idea de hablar castellano —

explicó a su alumna, sin parar de sonreír, para que no se sintiera excluida de la conversación.

—Creo que se llevan muy bien con esos chicos que trabajan con las cámaras todo el día, ¿no? —

inquirió con tono casual—. Algo aprenderán este mes.

—De eso no cabe duda —dijo de forma escueta, pero con un tono descarado que no pasó desapercibido para Noemí. La miró comprensiva y se le escapó una risita nerviosa.

—¡Eh! ¿De qué habláis vosotras dos? —preguntó Jenna con curiosidad.

—De que yo llevo razón. Podríais hacer algo más que enrollaros todo el día con vuestros bomboncitos —expuso socarrona.

Jenna negó con la cabeza y trató de reprimir, sin éxito, una sonrisa sincera. Suspiró muy teatral.

Acabaron su trabajo a tiempo con Ashley y Noemí, y juntas se dirigieron hacia las cocinas.

Ocuparon sus puestos y después de la presentación de Donovan, este se mantuvo al margen. Erika, Jenna y Paloma permanecieron de público.

—¿*Cupcakes* glaseados? —chilló Erika con demasiada efusividad.

Ashley la miró con una sonrisa y le guiñó un ojo. La cámara captó el divertido momento, y a pesar de que su amiga se mostró cohibida por haber interrumpido, cuando la enfocaron, puso el pulgar hacia arriba.

—Estoy deseando probarlos —dijo relamiéndose los labios sin cortarse.

Ashley se rió.

—Tranquila Erika, te guardaré unos cuantos solo para ti. Ya sé que eres tan golosa como yo —le dijo en español.

Vio que Donovan traducía el mensaje para ella.

Hubo risas en toda la sala.

—Escóndelos bien —soltó Erika.

—Descuida, los guardaré bien para ti —expuso Ashley.

Más risas antes de comenzar.

Ashley supo que sería una mañana muy entretenida y relajada, y no se equivocó.

Los dulces quedaron riquísimos y muy bien presentados, con los papelitos para magdalenas de color azul claro, el glaseado de mantequilla de un tono claro muy cremoso, y frambuesas a las que Ashley les dio un toque de azúcar glasé por encima.

Sus alumnos hicieron un buen trabajo, en todo momento estuvieron atentos y concentrados, y los *cupcakes* quedaron con un aspecto muy profesional. Estaba muy orgullosa de todos y cada uno.

Las consistencias variaban un poco en cada grupo, por lo que Ashley se centró en dar consejos específicos a cada pareja para que los tuviera muy presentes. La mayoría tomó nota, menos el grupo tres, que hizo un trabajo excelente. Felicitó a las chicas y casi pudo ver cómo sus egos se inflaban hasta casi explotar.

Ashley podía entender que al ser las más jóvenes, sintieran que debían demostrar que podían hacerlo tan bien o mejor que los más experimentados, pero el grado de competitividad era excesivo para su gusto. Ahora mismo solo estaban para aprender, al igual que el resto, y tomar nota de cada detalle que tuviera que enseñar. No quería ni imaginar cómo se comportarían cuando llegaran los jueces en poco más de dos semanas.

Ni siquiera Gérard, que era el único con experiencia en la cocina, se mostraba tan obsesionado con la perfección.

Desde luego, hacía un buen trabajo técnico en cada paso y demostraba ganas de hacerlo mejor cada día, sin embargo, le notaba más dispuesto a superarse que cegado por ser el número uno. Con las chicas era distinto; había incluso competitividad entre ellas, y era la única cocina en la que había un grado de actividad casi frenética. Algunas veces, Ashley se ponía nerviosa cuando permanecía mucho rato con Miriam y Thais, por lo que procuraba mantenerse a distancia siempre que podía. Incluso para ella, eran demasiado. Tal vez su afán se debiera a que querrían dedicarse a ello de manera profesional, lo que la alegraba, pero nunca habían mencionado nada ni remotamente parecido. No las entendía del todo, así de simple.

Con los demás seguía existiendo un compañerismo que le encantaba. La trataban como a una más, y cada día se sentía más querida. Estar con ellos la hacía olvidar otras cosas, y distraerse de sus preocupaciones. Algo que su teléfono móvil no parecía entender, pensó con sarcasmo, ya que no paraba de ver mensajes y llamadas nuevas cada vez que se atrevía a mirarlo. Ahora había optado por dejarlo en silencio todo el día, y solo responder a las personas con las que tenía cierta confianza, y a sus padres y su hermano, claro.



Pasar de ellos no era una opción, y sabía que su preocupación por ella no se comparaba con la de otras personas. Ashley era muy consciente de que muchos solo la tanteaban para saber qué

opinaba sobre lo que se decía en internet, y procuraba ser comedida en ese sentido. Empezaba a cansarse de tener que medir cada palabra o reacción.

Sin embargo, creyó encontrar el modo de llevar todo el asunto mejor. Decía que estaba muy ocupada y no hacía mención a ningún tema que pudiera generar controversia.

De momento no iba a peor.

A la hora de comer, Ashley acabó sentada junto a Gérard, y a pesar de la tensión sexual que existía entre ellos, la conversación fue relajada, casi superficial.

No sabía por qué se sentía tan nerviosa a su lado, porque no le pasaba con otros hombres, y eso la dejaba incluso más alterada, de modo que procuró mantener la conversación en terreno seguro.

—Esta tarde, Paloma me va a conseguir algunas cosas que me faltan para la tarta, y creo que va a quedar genial —le explicó.

Le mostró la receta de la tarta que guardaba en el móvil y él le echó un vistazo rápido. Para evitar que Olivia viera lo que hacía, tenía que volverse hacia ella, y estaban tan cerca que Ashley empezó a sentir una inesperada e inoportuna oleada de excitación. Hablar entre susurros e inclinarse hacia el otro, tampoco ayudaba a mejorar la situación.

Cuando miraba sus labios, sentía una necesidad imperiosa de besarlos para saber si eran tan tiernos y dulces como se veían, como creía en su mente. Su leve acento francés también estaba causando estragos en todo su cuerpo.

Se sintió aliviada, en parte, cuando acabaron de comer y cada uno se fue para su lado.

Pudo respirar al fin.

No tardaron en empezar con las grabaciones en el video-confesionario, y la mayoría se fue al jardín para disfrutar de un poco de sol y aire libre antes de volver al interior de la casa. Cuando llegó su turno, se sentó en el cómodo sillón, se puso el micrófono de manera mecánica y dejó que Erika le retocara el maquillaje un poco. Después de comer había aprovechado para cambiarse de ropa y llevaba un cómodo vaquero y una camiseta de tirantes blanca bajo un fino chaleco marrón de piel que tapaba solo la zona de sus pechos. Tenía el pelo recogido en una coleta alta y unos mechones rebeldes que habían escapado, habían sido recogidos tras sus orejas. Tocó de manera nerviosa los pequeños pendientes de diamantes que Donovan le había regalado hacía varios años. Le encantaban, y los llevaba siempre. No podía evitar acariciarlos cuando se ponía nerviosa, y le ocurría cada vez que se veía a sí misma en el dichoso confesionario con una cámara enfocándola y varias personas pululando.

Encendieron la pantalla frente a ella y las grabaciones editadas de la mañana aparecieron como cada día.

Si se centraba en eso y en las preguntas que le hacía Deborah, con su leve acento inglés que no podía ocultar del todo, empezaba a relajarse poco a poco, y eso hizo.

—Erika se emocionó cuando vio lo que ibas a preparar esta mañana —empezó diciendo la ayudante de Paloma a la vez que echaba un rápido vistazo a la pantalla.

Estaba colocada de tal manera, que ambas podían estar pendientes de las imágenes.

—La tengo muy mal acostumbrada, y le encantan cualquier tipo de *cupcakes*. Es casi tan adicta como yo a estos dulces.

Las imágenes se sucedían y, a pesar de que continuaba viéndose extraña en cualquier pantalla de televisión, con Deborah pasaba el tiempo volando. Era muy simpática, bromeaba y hacía que se sintiera cómoda con sus preguntas. Podía entender que Paloma la adorara.

Después de casi dos horas, se sentía algo extenuada.

—Estamos a punto de terminar —declaró Deborah, entendiendo su cansancio.

El último grupo aparecía en la pantalla, y Camila y Karen estaban cogidas de la mano, observando

cómo Ashley le daba el visto bueno al postre y a continuación lo probaba. No pudo mantener su expresión neutra, y ahora tampoco. Se tapó la cara con las manos al verse en la pantalla.

El momento de después fue más divertido. Las chicas probaron los cupcakes y se dieron cuenta de que la textura era demasiado densa. Las dos se miraron y se les escapó una risita nerviosa, pero lo cierto era que en la pantalla se veían más divertidas que afectadas, aunque luego se mostraron serias y le aseguraron que lo harían mejor el próximo día. Estaban preocupadas.

—Batieron demasiado la mezcla y quedó endurecida —explicó Ashley.

—¿Es un problema muy común? —preguntó Deborah.

Ashley admiraba la forma en que ocultaba las ganas de reír, pero lo cierto era que esos instantes no faltaban en ningún programa de los que llevaban grabados. Deborah era muy profesional, y siempre hacía las preguntas correctas en el momento correcto. Ciertamente había un guión a seguir para que luego los redactores y los montadores pudieran hacer algo impresionante, unificado y que tuviera sentido para los espectadores, pero todo el equipo era excelente aún cuando había momentos espontáneos, y Ashley se alegraba de contar con personas que sabían lo que hacían.

Ella veía algunos *realities* en televisión, pero hasta ahora no había comprendido el montón de trabajo que había tras esos veinte o treinta minutos que aparecían en las pantallas de los hogares de millones de personas en todo el mundo. Se trataba de un trabajo a tiempo completo y era consciente de que el equipo echaba muchas horas para que el resultado fuera perfecto.

También ella procuraba dar lo mejor de sí misma.

Tal vez no fuera el mejor trabajo de su vida, ni el más fácil, pero ya que lo estaba haciendo, se lo tomaba muy en serio, y lo haría así hasta el final.

—Es algo muy normal, y solo con la práctica podemos hacer unos bizcochos para estos postres que estén perfectos. Estoy orgullosa del trabajo de todos los grupos, porque ponen todo su empeño en cada receta —dijo emocionada.

—¿También tuviste que dedicarle muchas horas a perfeccionar este tipo de postres?

—Pues claro que sí —admitió entre risas—. Como todo el mundo, tuve que hacerlos un montón de

veces, y aprender trucos de personas con mucha práctica.

—¿Alguien en concreto te ayudó con los *cupcakes*?

—Lo cierto es que una amiga bloguera que tiene su propio programa en Youtube, me enseñó varias cosas que me ayudaron mucho. Este mundo es así, siempre estás aprendiendo algo nuevo. Es algo que me encanta —explicó con toda naturalidad, pero lo cierto es que la emocionaba pensar en ello.

No todos los mensajes que había recibido esos días, y esas últimas semanas, habían sido malos.

Muchos eran de apoyo de amigos y conocidos. Durante los años que trabajó con los Kelley, estuvo en contacto con muchísimas personas, y gracias a ellas, también había aprendido a desenvolverse en el mundo como una persona más o menos conocida. No pretendía darse importancia ni aumentar su ego.

—¿Puedes decirnos quién es?

—Claro, no es ningún secreto —bromeó—. Marlene Lee es una buena amiga a la que le debo mucho.

Deborah se quedó sorprendida con la boca abierta y los ojos como platos.

—¿Es la misma Marlene Lee que tiene su propio programa de cocina en Youtube, con millones de

seguidores en todo el mundo?

—Sí, la muy pilla se ha pasado a la cocina tradicional ahora —dijo, con un tono de fingido disgusto

—, pero ha sido una gran repostera durante más de quince años. Donovan me la presentó al poco de conocernos, y hemos estado en contacto desde entonces. Hace ya poco más de cinco años.

Dijo lo último con nostalgia, con cariño. Había pasado mucho tiempo desde que su vida cambió

radicalmente cuando conoció a su ex marido, y a muchas y estupendas personas en Estados Unidos. Y no le molestaba decir y bromear a menudo con que casi toda la culpa era de Donovan. Siempre le estaría agradecida por eso. Ciertamente el ser conocida la había agobiado mucho, pero también le había dado la oportunidad de que la gente conociera sus postres, sus creaciones, y muchas de esas personas ahora estaban de su lado, y eso también era muy importante para ella.

No sabía cómo estaría ahora sin su grupo de apoyo, sin sus fans incondicionales que la seguirían contra viento y marea.

Intentó contener las ganas de llorar que tenía en ese momento.

—Espero que la invites a venir alguna vez, y así nos la presentas —dijo Deborah con el rostro iluminado.

Se notaba que estaba más ilusionada con esa noticia que con otra cosa, pero no podía culparla, su amiga era un icono de la cocina y la televisión. Ashley no tenía tan altas aspiraciones, pero admiraba la templanza y la energía de Marlene para llevarlo todo.

Era una fuerza de la naturaleza.

—Puedo invitarla a venir, pero no sé cómo hará para escaparse del trabajo que tiene en la gran manzana.

Bromearon unos minutos más y Ashley le mandó saludos a Marlene. No sabía si emitirían esa parte en el programa y esperaba que su amiga no se molestara

por mencionarla. Conociéndola, más bien se sentiría feliz porque se acordara de ella. Esas semanas le había escrito varias veces, y sabía que tarde o temprano le contaría lo que estaba ocurriendo, aunque no en ese preciso momento.

Deborah miró la hora y sonrió. Era obvio por qué la contrató Paloma; su ayudante era otra obsesa del control, de los detalles, de la perfección y de la puntualidad. No fallaba nunca.

No era algo que la disgustara, porque ella también era minuciosa en su trabajo, sin embargo, trabajar junto a personas a las que apenas se las veía relajadas, la tensaba en ocasiones.

Era como ir al colegio.

Estaba contenta por haber terminado la entrevista porque, por más que se dijera a sí misma que se adaptó por fin a todo el proceso diario frente a las cámaras, lo cierto era que aún la ponían nerviosa, al menos hasta que tras unos minutos empezaba a acostumbrarse a ellas.

Dejó el micrófono encima de una mesa plegable y cogió una botella de agua. Tenía la boca seca después de tanto hablar.

Como solo era de medio litro, se la bebió casi entera de una sentada. La llevaba en la mano con el tapón en la otra y llegó a la sala de reuniones, donde estaban Paloma, Donovan, varios alumnos, sus amigas y parte del equipo del programa viendo la televisión.

Estaban concentrados pero no muy felices, sino tensos.

—¿Qué os ocurre?

Uno a uno, todos se volvieron hacia ella con cara de haber visto un fantasma. Entonces se lo explicó. Una conocida voz acompañaba a la imagen de la pantalla. Era Leslie Kelley.

Estaban emitiendo una grabación de un programa americano doblado al castellano. Parecía que la presa sensacionalista española también quería

hacerse eco de algo tan absurdo como lo eran las mentiras que decían sobre ella, y por más que lo intentaba, no se explicaba que su vida generara tanto interés mediático.

Dejó de pensar cuando oyó las palabras que salieron con malicia de la boca de Leslie.

No podía creerlo.

La botella resbaló de sus dedos y cayó al suelo, derramando el líquido que aún había en ella. Sus manos parecían de gelatina y el tapón acabó junto a la botella. Un escalofrío muy desagradable la

recorrió.

Sintió las piernas flojas.

—Es un poco rara... una vez la oí decir que nunca llegó a ser chef porque odiaba manipular la carne muerta, pero creo que en el fondo era porque no se le daba bien.

Su discurso fue sellado con una risita diabólica.

—¿Crees que Ashley es vegetariana y por eso nunca llegó a ser chef? Tal vez por eso no superó la escuela de cocina —preguntó la entrevistadora oculta tras la cámara. Solo mostraban la expresión de satisfacción de Leslie.

—Puede ser —dijo asintiendo con ímpetu—. Aunque todo el mundo la haya alabado estos años, no

es tan buena en su trabajo, y toda su fama se debe a que se casó con Donovan Harper.

Ashley no oyó nada más. Mientras Leslie decía cosas horribles y personales sobre ella, la mayoría mentiras, empezaron a salir imágenes de ellos dos en la playa, en algunos eventos públicos y otras de momentos íntimos en los que fingían besarse para dar credibilidad a la mayor mentira que había contado jamás.

En el fondo casi se merecía lo que le estaba pasando, decidió. Era cierto que en alguna ocasión había confesado que odiaba tocar la carne cruda a la madre de Leslie, pero de haber sospechado que ella escuchaba, jamás habría revelado algo que la tacharía de “rarita”. Había trabajado muy duro toda su vida, pero no podía negar que fue gracias a la ayuda de Donovan que su fama como repostera creciera.

Más tarde vino el boom de su boda, pero solo lo había hecho para devolverle un favor a un gran amigo.

Su única intención fue apoyarle del mejor modo que sabía para que consiguiera algunos trabajos en una industria donde la imagen lo era todo, lo que podría parecer absurdo, pero eso era muy importante en los sectores públicos, y la suya de playboy a veces le coartaba sus posibilidades.

Después de la boda, todo cambió radicalmente.

Ahora tendría que pagar por tener secretos. Y lo iba a hacer a lo grande, por lo que se veía. Si esas imágenes estaban en internet y circulando por programas de España, no quería ni imaginar cómo estaría el panorama en Estados Unidos, en casa.

Pensó en su familia, y también en la de Leslie, que igual se vería afectada. Esa ingrata no se daba cuenta de que estaba escupiendo a su propio tejado, y que sin duda el restaurante que ellos habían llevado a lo más alto, estaba recibiendo una fama muy poco recomendable.

Alguien apagó el televisor y se dio cuenta de que había sido Donovan. La miraba con infinita preocupación y tras dejar el mando a distancia en la mesa, quiso acercarse a ella, pero no se lo permitió; dio un paso atrás de manera automática. Necesitaba estar sola. Se sentía mareada, fuera de sí, como si una bruma la envolviera en medio de una pesadilla interminable.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas por la humillación. Ahora el mundo entero conocería sus secretos más íntimos, toda su vida, lo que nunca quiso que ocurriera, y pensarían que no era más que una caza fortunas en busca de fama, cuando la verdad era muy distinta. Todo porque Leslie no la soportaba.



No conforme con perderla de vista, parecía querer hundirla del todo. La cuestión era si se iba a dejar arrastrar a ese abismo o iba a hacer algo al respecto.

Algo difícil de meditar en ese momento, cuando solo quería huir y esconderse.

Fue hasta su habitación y se encerró allí. Echó el pestillo y se dejó caer al suelo contra la puerta.

Permaneció sentada largo rato mientras lloraba todas sus frustraciones hasta que las lágrimas parecieron haberse agotado.

¿Por qué tenía que pasarle esto?, se lamentó.

Escuchó su teléfono sonando en el bolsillo de su vaquero y sin pensar en lo que hacía, descolgó y se lo llevó a la oreja.

—¿Quién es? —preguntó ofuscada. No le apetecía hablar con nadie, y no sabía ni por qué no había colgado directamente. Demasiado tarde, se dijo.

—Ashley, cielo...

Una voz llorosa la sacó de su estupor. No se esperaba una llamada de Norah a esas horas, ni a ninguna. Se suponía que su antigua jefa estaba pasando su jubilación viajando por toda Europa, sin teléfono, sin televisión, solo pasando tiempo con su marido.

—Norah, ¿qué te ocurre? —preguntó no sin cierta vacilación.

Se sintió culpable porque recordaba vagamente que había visto alguna llamada de ellos entre las decenas que tenía cada semana en su teléfono y, se sintió culpable por lo que estaba pasando, aunque no fuera ella la causante, sino al revés: era la víctima de las acciones de su hija. Seguro que seguían sin tener ni idea de las tensiones que hubo siempre entre las dos, y que no habían hecho más que empeorar con el tiempo.

—Ayer regresamos a Miami y... tuvimos una discusión muy fuerte con Leslie por lo que te estaba

haciendo. —Ashley oyó sollozos y un nudo se formó en su garganta—. No teníamos ni idea de que te habías marchado, y tampoco que fuera por su culpa. Lo cierto es que hace una semana llamamos al restaurante para saber cómo iba todo, y Mary nos lo contó, pero no que la cosa estuviera tan mal...

—No fue culpa de Leslie...

Norah la cortó sin compasión y Ashley se sorprendió de que saltara en su defensa como una leona con su cachorro, y no precisamente con su verdadera hija.

—Ni te atrevas a defenderla —espetó enfadada. Ashley supuso que no con ella, sino con Leslie. La cosa no iba nada bien—. Que una de mis camareras más jóvenes tuviera que ser la que nos pusiera al corriente de que te fuiste porque mi hija te hacía la vida imposible, nos ha dejado destrozados a Owen y a mí —matizó—. No pusimos el restaurante en sus manos para que acabara con nuestra mejor empleada y con todo lo demás. —Cogió aire y Ashley pensaba que iba a detener su discurso, pero nada más lejos de su intención—. Se han despedido la nueva repostera, dos camareros y uno de los ayudantes de cocina. No me puedo creer que mi propia hija vaya a destrozar el trabajo de toda nuestra vida. Su legado.

Ashley notó que sus mejillas volvían a humedecerse, y le rompía el corazón el contribuir a ello en cierta medida. Además de sus jefes, los Kelley eran amigos, vecinos, y unas personas muy queridas para ella. Como una segunda familia que sufría por su causa.

Escuchó la voz tranquilizadora y calmada de Owen cerca, que era como un bálsamo para ella. Sabía que si alguien podía dar consuelo a su esposa, ese era él.

—Siento haber dejado el restaurante, pero no podía continuar. Todo cambió desde que no estáis allí

—declaró con tristeza. Owen permanecía a la escucha junto a Norah.

—Lo sabemos, y no te disculpes —la riñó con firmeza y a la vez con cariño —, porque lo que está haciendo mi hija no tiene perdón posible. Ya nos han

contado lo mal que te lo hacía pasar mientras trabajabas, y también las cosas que ha ido publicando por el internet ese —se lamentó él. Eso último casi hizo reír a Ashley, porque sus antiguos jefes no eran muy amantes de las tecnologías.

Estaba claro que todos sus ex compañeros estaban al tanto de los ataques de Leslie en las redes sociales, y no quería ni imaginar lo que todos pensarían de ella. Siempre se habían llevado bien, con unos más que con otros porque no con todos coincidía a diario, pero jamás había tenido problemas con nadie a excepción de Leslie.

—Queremos mucho a nuestra hija, y también te queremos a ti, y por eso me cuesta imaginar qué ha podido pasar entre vosotras. Aunque no he visto que seáis amigas íntimas, habéis trabajado juntas durante varios años —añadió pensativa—. ¿Ha pasado algo que Owen y yo desconozcamos? —inquirió con voz pausada.

Ashley suspiró.

—No, Norah. Jamás hemos discutido ni nada parecido, y te aseguro que no sé qué es lo que está pasando —mintió a medias.

Sospechaba lo que podía ser, pero nunca se había encarado con Leslie y dudaba que esta quisiera ofrecer una explicación razonable. Nada de lo que estaba pasando lo era.

Podrían ser celos, envidia, resentimiento por Donovan o por su buena relación con sus padres, porque no creía que fuera por el restaurante. Leslie siempre había estado por encima en la jerarquía, ya que era la dueña, y más tarde fue la encargada de todo. Ashley lo había asumido y jamás puso en duda su lugar, por lo que no creía que su odio se debiera a eso. Y como ella misma había mencionado a Donovan en algunas pullas públicas, la hipótesis de los celos era algo a tener en cuenta.

Lo que no entendía era por qué Leslie la tomaba con ella de esa forma. No es que le faltaran hombres, ya que le parecía más o menos atractiva cuando no le dedicaba una de sus mortíferas miradas o expresiones de desagrado.

Tal vez su error fue no plantarle cara en su momento. Tendría que haber sacado todo eso y ahora quizás podría verlo todo con más claridad.

O quizás no. ¿Cómo saberlo a ciencia cierta?

—¿Puedo saber qué ha ocurrido con Donovan?

Los Kelley eran de las pocas personas que sabían la verdad sobre su divorcio, porque les tenía mucho cariño, y a Ashley no le pareció bien mirarles a la cara y mentirles cada día. Donovan les adoraba también, de modo que estuvo de acuerdo. Además, eran personas de fiar y lo habían demostrado con creces esos casi cuatro años que hacía desde aquello.

—Estamos juntos, en España.

—¿Juntos, de nuevo? ¿Vais a volver a casaros? —la interrumpió con voz chillona.

—Nooo, ni hablar. Estamos trabajando los dos en un proyecto que está muy bien, y por ahora no puedo contarte más, pero te prometo que dentro de unas semanas iremos a veros si aún seguís en Miami, claro —puntualizó.

Aún quedaban muchos días para eso, y no sabía si tenían pensado volver a viajar. De momento creía que se dedicarían a salvar el restaurante, que no tenía ni idea de cómo estaba en estos momentos. Miedo le daba preguntar.

—Bueno, trabajar con tu ex marido debe de ser un tanto extraño, ¿estás segura de que no quieres volver a trabajar para nosotros? —preguntó insegura.

—No te preocupes, ya sabes que nosotros somos buenos amigos, y... es una oportunidad que no podía rechazar. Seguro que cuando pueda contarte detalles, te gustará la idea —le aseguró algo más animada.

—Donovan siempre me pareció un buen chico, aunque un poco alocado en cuanto a las mujeres.

Ojalá se hubiera enamorado de ti de verdad. Seríais un matrimonio perfecto, pero bueno, supongo que si vosotros estáis de acuerdo, llevaréis vuestras vidas por separado lo mejor que sepáis —declaró comprensiva.

Ashley suspiró.

—Es mejor así, porque yo tampoco siento ese algo especial por él, y me parece que para que funcione, debe existir una conexión más profunda y verdadera —meditó.

—Cierto —meditó en voz baja—. Seguro que algún día lo encontrarás, cielo. Solo debes tener los ojos bien abiertos para que no pase de largo sin que te des cuenta.

Ashley sonrió con los ojos aún llorosos. Esa frase se la había dicho en más de una ocasión.

—Tendré los ojos abiertos —prometió.

—Bien —susurró con emoción.

Se despidieron, y Owen aprovechó unos segundos para saludarla y recordarle que siempre les tendría para lo que hiciera falta. Fue una despedida agrídulce.

Ashley se recompuso como pudo y fue a lavarse la cara al cuarto de baño. Tenía los ojos rojos e hinchados, pero necesitaba ir a por una botella de agua, de modo que se acercó a su puerta e intentó oír algo a través de ella, porque no le apetecía encontrarse con nadie en ese momento.

Ningún ruido. Bien.

Salió sin romper el silencio y echó un vistazo a la sala y al pasillo contiguo por si alguna puerta estaba abierta. Nada.

Sin embargo, cuando se dio la vuelta, se topó con un pecho musculoso. Alguien acababa de subir la escalera y ella ni se había percatado, porque había estado más pendiente de que no hubiera nadie por allí cerca, que no se dio cuenta de que podría haber gente aún abajo.

Levantó la mirada y se encontró con unos ojos azules profundos que la observaban con intensidad.

Era Gérard, que la sujetaba con sus cálidas manos por sus brazos. De no haber sido así, Ashley probablemente hubiera caído por la escalera. Tenía que prestar más atención, se riñó.

—Lo siento, andaba despistada —forzó una sonrisa, pero no supo si llegó a conseguirlo, porque Gérard la miraba con más preocupación por momentos.

—Tranquila, yo... —carraspeó con nerviosismo—. Todo el mundo se fue ya a descansar, y salí un

momento para tomar el aire.

Ashley asintió.

Gérard se dio cuenta de que la tenía sujeta por los brazos, y que estaban demasiado cerca, y retrocedió avergonzado cuando subió el último escalón.

—Creo que yo también iré a tomar el aire. Me vendrá bien —soltó sin saber muy bien qué decir.

—¿Quieres estar sola?

¿Quería? Lo cierto era que no era así. Le dedicó una sonrisa sincera y negó con la cabeza.

—Bien pues, te acompaño —soltó impulsivo.

Hizo un gesto para que ella pasara y Gérard meditó sobre lo que estaba haciendo. No quería meterse en sus asuntos, ni molestarla en un momento tan delicado de su vida, pero ver sus ojos rojos por haber estado llorando, le hizo darse cuenta de que eso no le gustaba, y le dolía.

Estaba claro que Ashley no se merecía aquello, y también era consciente de que no la conocía en realidad, de modo que su propia actitud le sorprendía.

No quería profundizar sobre ello, porque los sentimientos no eran su fuerte, y tan solo intentaría ser un amigo para ella, para que se desahogara, y se diera cuenta de que tanto él como la mayoría, la apoyarían y no la juzgarían.

## Capítulo 11

Ashley no vio la botella que dejó caer unas horas antes, y fue en busca de otra. Había un mueble junto a la sala de reuniones donde las guardaban.

También se dio cuenta de que había pasado más tiempo del que le hubiera gustado, ya que después de su dramática salida, todos pensarían que era una cobarde que se escondía a la menor señal de problemas.

Suspiró. Ahora sí estaba siendo quejica.

Salieron al exterior en silencio y no fueron muy lejos. Se sentaron en un cómodo sofá para tres personas y contemplaron el cielo estrellado. No había mucha luz, pero la suficiente como para ver que dejaron espacio entre los dos. Algunas de las farolas exteriores estaban encendidas, y también una que habían instalado cerca de la piscina, por lo que también estaban bañados por algunas sombras. Le daba al lugar un aspecto demasiado íntimo, lejos de posibles miradas curiosas; un sitio solitario y silencioso, justo lo que necesitaban.

Una ligera brisa agitó el agua de la piscina y Ashley la contempló poniendo un brazo sobre el respaldo para descansar la cabeza. Decidió que si no estuviera tan fresca a esas horas, se daría un baño, eso seguro, pensó. Sabía que por la noche no estaba encendido el motor que calentaba el agua y eso fue lo único que la frenó. Se habría metido con ropa y todo.

—Me gusta este lugar por la noche. Tan alejado del bullicio diario y de las personas —meditó en voz baja.

Gérard la observó en silencio. La noche anterior, mientras leía en la cama y Olivia chateaba con su novia, le dijo algo parecido a su amiga y ella sonrió. Sabía que él adoraba la soledad, la tranquilidad por encima de todo, y la noche, cuando no estaba trabajando rodeado de ruido y ajetreo por todas partes, era su momento favorito del día.

Olivia era muy diferente, porque prefería la fiesta, la actividad y relacionarse con la gente. Se le daba bien ser camarera precisamente por eso. Un claro contraste con él, y con la parte de su personalidad que le provocaba

inseguridad y miedo. Cada uno tenía sus propios demonios ocultos. Al igual que todo el mundo.

—Yo también disfruto más del día cuando puedo estar a solas con mis pensamientos.

Le dedicó una bonita y enigmática sonrisa que Ashley contempló con cierta desazón cuando notó que su corazón se aceleraba. Aquello estaba empezando a ser peligroso, se dijo, pero acalló esa voz racional de su cabeza y le devolvió el gesto.

—Si mis pensamientos no me palpitaban en la cabeza de un modo tan contundente, tal vez disfrutaría más estando a solas con ellos —bromeó.

Gérard se rió con ganas, pero enseguida se dio cuenta de que tal vez eso la molestaría. Sin embargo, Ashley no parecía molesta, solo pensativa.

Se giró hacia ella. Creyó que debería decirle algo para confortarla por lo que estaba pasando, y como no sabía el qué, soltó lo primero que se le vino a la cabeza, esperando que su sinceridad la ayudara.

—No dejes que otras personas cambien la imagen que tienes de ti misma. No siempre llevan la razón, y, aunque así fuera —añadió con una pizca de rabia al recordar el pasado—, nadie te conoce mejor que tú, y nadie mejor que uno mismo para demostrar lo que vale realmente.

—Qué bonito suena eso —musitó.

Gérard soltó una risita y ladeó la cabeza cuando se giró para mirarla.

—Las personas no somos perfectas, pero debemos ser capaces de evolucionar y, con el tiempo, superar cualquier cosa. Esas experiencias nos hacen ser quiénes somos.

—Sí, es cierto. Solo espero que los errores que he cometido no me den una patada en el culo ahora

—soltó con frescura.



Gérard intentaba ocultar una sonrisita cuando la oyó. No lo consiguió del todo.

—No creo que los errores nos definan. Lo que hay que hacer es aprender de ellos y ser capaces de mejorar. Es difícil claro...

Dejó de hablar al notar que Ashley no le estaba escuchando, lo veía en sus ojos.

Ella meditó en silencio sobre sus palabras. Errores. Asintió despacio, sin percatarse de que él había dejado la frase a medias, asumiendo que estaba deseando cometer uno colosal en ese preciso momento.

Deseaba besarle, degustar esos labios tan carnosos, y averiguar si eran tan dulces como sospechaba.

—A veces podemos repetirlos una y otra vez, aunque ya sepamos que es un error.

—¿Hablas por propia experiencia? —inquirió, con un matiz ronco en su voz.

El ambiente había cambiado de manera radical entre los dos, y podía palpase esa eléctrica sensación en el aire.

—Sí.

—Ponme un ejemplo —pidió.

Su mirada se desvió hacia sus labios entreabiertos y estos se curvaron en una media sonrisa juguetona.

Ashley pensó que cada vez le gustaba más, y sabía que él estaba comprendiendo lo que le pasaba por la cabeza.

—Suelen atraerme los hombres que, por alguna razón, no son los que me convienen —declaró con

voz pausada.

Gérard tragó saliva con dificultad.

No sabía si hablaba por él, pero por la forma en que le miraba, no le cabía duda. Sus labios, y el sugestivo sonido de su voz en mitad de una noche oscura eran hipnóticos. Su aroma era deliciosamente embriagador.

—No es... una buena... idea —balbuceó sin ser del todo consciente de las palabras que intentaba

formular.

—Lo sé pero —desde luego que no, pensó. Enseguida desechó la voz de su conciencia, de la racionalidad— es... tentador —sentenció.

Ashley se inclinó hacia él, despacio, asumiendo que lo que estaba a punto de pasar era una locura, pero a su vez, saboreando el momento. Se sentía excitada, llena de una sensación parecida a la adrenalina, y notando que caía en algo inevitable. Tal vez había sido así desde el principio.

¿Acaso no existía una cosa llamada el Destino? Bueno, ella no creía mucho en todo eso, pero sí en que las cosas ocurrían por algún motivo.

Se había engañado a sí misma pensando que no era más que un ligero interés por alguien desconocido; una novedad en su vida pero, muy en el fondo, sabía que no era solo eso. Había algo en él que la desarmaba por completo, y que le daba tanto pavor como morbo.

Una combinación escalofriantemente deliciosa.

Gérard tenía la mente nublada por el deseo más puro cuando imitó el gesto de Ashley y unos segundos después, la distancia entre ellos era tan pequeña que estaban a punto de unir sus labios. Estaban sentados en extremos opuestos del sofá, pero habían superado esos centímetros.

Colocó una mano en el asiento central vacío y Ashley puso la suya encima sin darse cuenta. Esta notó su piel suave y fresca en comparación, y sus ganas de aumentar el contacto se multiplicaron.

Deslizó su cuerpo hacia su posición y sonrió con satisfacción cuando vio la sorpresa en sus ojos.

No quería forzar la situación o que él sintiera que se le había lanzado sin contemplaciones hasta verse envuelto en algo que podría evitar, de modo que aguardó un breve instante, percibiendo su errática respiración igual que la suya propia, y no pudo esperar más. Colocando su otra mano cerca de su muslo derecho, sintió que él se estremecía, y sin pensarlo más veces, acercó su rostro hasta que sus labios se encontraron.

Fue un contacto suave, muy cálido y totalmente embriagador. Tuvo que controlarse, por primera vez en su vida, para no dejarse llevar.

Estaban en el jardín de una casa que no era la suya, con un hombre que no era el adecuado para ella, al menos no en ese momento, y al siguiente segundo, decidió que nada de eso le importaba.

La mano libre de Gérard acarició con delicadeza su pelo y puso unos mechones sueltos tras su oreja para pasar sus dedos con suavidad por su mejilla.

Una fuerte oleada de puro deseo atravesó a Ashley para dejarla sin aliento, y no pudo evitar que un silencioso jadeo escapara de sus labios. Aquello pareció encender también a Gérard, que aumentó la presión de sus labios y los entreabrió para saborearla más a fondo. Ashley se derritió cuando notó el tímido tanteo de su lengua, a lo que respondió ofreciendo la suya sin reparos. Se exploraron con frenesí hasta que el beso empezó a tomar un matiz más ardiente.

Aquello se estaba saliendo de control.

Se sorprendió cuando sintió la mano de Gérard en su muslo, subiendo despacio, tanto, que su calor podía palpase a través de la fina tela vaquera, y Ashley pensó que echaría a arder allí mismo.

Ese dulce y apasionado beso la había estremecido desde la cabeza a los pies, y un hormigueo cada vez más intenso se había instalado en la parte baja de su estómago, haciéndola sentir necesitada. Había pasado algún tiempo desde la última vez que estuvo en la cama con un hombre, y jamás se había sentido así con ninguno de ellos. Ni siquiera con Donovan, con quien existía esa amistad previa, y con quien tenía confianza. Sin embargo, no era sino una atracción

física como otra cualquiera, porque él era guapo y tenía buen cuerpo, pero lo que estaba sintiendo ahora era muy diferente a lo que experimentó con anterioridad.

No podía creer que estuviera a punto de explotar de necesidad con solo un beso y unas caricias por encima de la ropa, pero así era.

La juguetona mano de Gérard subió hasta su cadera y masajeó la parte superior de su trasero. Ashley deseó estar de pie, para poder enredarse con su cuerpo y notar si estaba tan encendido como ella mientras ese leve contacto la hacía enloquecer, y su deliciosa y húmeda lengua la invadía, chocando contra la suya en un juego perverso.

Estaban a punto de perder la razón cuando un ruido les alertó de que no estaban solos en el exterior de la casa.

Se separaron de golpe y después de lanzarse unas miradas avergonzadas y ligeramente culpables, se levantaron para asegurarse de que no les habían visto.

Ashley se asomó a la zona del aparcamiento y se sintió morir al ver a Donovan y a Paloma riendo como tortolitos y subiendo a un BMW X3. El coche de ella.

Gérard a su lado, se quedó paralizado y la miró con asombro. Al ver que Ashley no parecía más afectada que él mismo, su expresión cambió a una más preocupada y seria. No sabía lo que estaba pasando, y aunque le costara, sabía que debía decirle la verdad.

—No es lo que piensas, es... complicado. Nuestra relación no es lo que parece a ojos de todo el

mundo.

Al ver que no reaccionaba, sino que la miraba sin comprender, se vio obligada a seguir su explicación.

—Hace años que nuestro matrimonio acabó, y no es que se le pudiera llamar así —divagó bajo la atenta mirada de Gérard, que ahora tenía el ceño fruncido

—. Lo nuestro fue una farsa. Donovan me pidió un favor, para evitar seguir estancado en su carrera en televisión, y no me lo pensé dos veces. Él ha hecho mucho por ayudarme, y solo fue... es... —apuntó— una mentira.

—Por eso me hablabas sobre los errores antes —musitó él con disgusto—. Habéis mentido a todo el mundo.

—Bueno, en mi defensa, debo decir que estuvimos casados seis meses. Fue un matrimonio de verdad sobre el papel, aunque nuestra relación no fuera más que amistad al principio —confesó en voz baja.

No le gustaba cómo la miraba en ese instante, casi podía notar que se sentía traicionado, engañado.

—¿Te acostabas con él? —preguntó con dificultad.

—Sí, me he acostado algunas veces con él. Hace meses que no —confesó.

—¿Estabas... estás —se corrigió— enamorada de tu ex marido?

—No —respondió negando con la cabeza al mismo tiempo, como para darle más énfasis—. Nunca

lo he estado. Nuestra relación se basa en una buena amistad.

—Yo jamás me acuesto con mis amigas —comentó él.

—Ya... sé que es un poco raro. —Ashley vio cómo Gérard arqueaba las cejas con escepticismo y

suspiró—. Vale, es muy raro, y confieso que a veces ni yo misma entiendo lo que tenemos, pero solo nos hemos acostado unas cuantas veces, y no significa que haya algo profundo entre nosotros. Fue algo sin importancia, y ya ves que ahora está con Paloma. Me enteré de que había algo entre ellos al venir, y hace poco supe que va más en serio de lo que los dos admiten.

Miró de nuevo hacia el aparcamiento vacío y luego a Gérard.

—Nunca quise mentir a nadie, pero el mundo de la televisión, de la fama, es

tan complicado que jamás me he parado a analizarlo; solo me dejé llevar por algo que creía que era simple: un pequeño favor a un amigo. Y luego, todo cambió para siempre.

Hubo un momento incómodo de silencio entre los dos, y al final fue Gérard quien lo rompió.

—¿Te arrepientes de algo?

Ashley optó por la sinceridad. Él le gustaba, y si la oportunidad había pasado de largo hacía un momento, al menos no sería por otra mentira más.

—Nunca lo he hecho. En su momento supe que no hacía nada malo, y ninguno de los dos ha pretendido herir a nadie, por lo que... no —declaró con una desbordante franqueza—. Asumo las consecuencias de haber dado ese paso hacia la vida pública, y no puedo negar que mi carrera también se benefició de todo eso. Donovan me ayudó a avanzar, a dar a conocer mi talento en la cocina y, el que ahora las cosas no vayan bien, solo es por mi culpa. Si debí hacer algo distinto, ya es tarde para remediarlo.

Gérard resopló y se mesó el pelo con nerviosismo.

—Al principio me sentí culpable por lo que estábamos haciendo, y ahora... creo que hasta se ha complicado más.

Ashley asintió con ganas de llorar, y se vio a sí misma como una estúpida por esos contradictorios sentimientos.

¿Estaría empezando a encariñarse? Esperaba que no, por su bien.

—Tu vida es demasiado compleja —sentenció con cansancio.

Ashley sabía por qué decía esas palabras. No era la primera vez que algún tío se lo comentaba. Su significado la descompuso como no lo había hecho nunca antes. Gérard no deseaba estar en medio de algo tan enrevesado, y podía entender que no quisiera eso en su vida, pero ella era algo más que una imagen pública con un pasado en el que nada era sencillo. Por mucho que antepusiera su trabajo a todo, también era una mujer que necesitaba conectar con otras

personas, y no solo a un nivel sexual, sino de amistad, de intimidad.

Tal vez eso era lo mejor. Volver a poner en perspectiva su vida y dejar las relaciones en un segundo plano.

—Lo es —dijo con pesar.

Sus palabras no obtuvieron la reacción que esperaba. Cualquier hombre en su lugar se habría dado la vuelta, le habría soltado una fresca y se alejaría de su vida para siempre, pero él sonrió. Una sonrisa comprensiva y amable.

—Cuando estés lista para la estabilidad en una relación, seguro que llegará, con un hombre que te convenga de verdad —repitió sus palabras con suavidad.

—Supongo que esto, es algo que es mejor no repetir —declaró, intentando que su voz no sonara decepcionada.

Gérard soltó una risita nerviosa y confesó algo que no creía que sería capaz ante ninguna mujer.

—Bueno, no soy lo que se dice un experto en mujeres, soy un completo desastre más bien y... luego está el programa. No quiero que tengas problemas por si esto llegara a saberse —dijo sin mucho convencimiento.

Ashley asintió pensativa. Desde luego, no tenía ganas de más dramas de ningún tipo.

—Claro —convino enseguida, aunque por dentro, Ashley se preguntaba por qué todas sus aventuras estaban condicionadas al fracaso por algo que no podía corregir.

Ninguno le parecía lo bastante bueno como para intentarlo, y cuando se animaba a darles una segunda oportunidad tras una noche de pasión, se cansaba muy rápido de ellos. Siempre le ocurría igual.

Tal vez el problema era de ella, pero no sabía qué hacer para que alguien despertara su interés. Eso no era algo sobre lo que tuviera elección y jamás se presionaría para sentir. Era absurdo; o se siente algo o no.

Así de sencillo.

Con Gérard por el contrario, no había pasado nada. Solo un beso. Un beso perfecto, pero aún con todo, no sabía por qué razón su corazón se lamentaba en silencio, en el interior de su pecho, y por qué su cabeza le decía que él no era como los pringados con los que había tratado hasta ahora. Deseaba algo más. Con él.

Suspiró y centró su atención en esos preciosos ojos azules que parecían ver dentro de ella, y que tan bien la entendían con solo una mirada.

—No creo que pueda olvidar nunca lo que ha pasado antes —dijo avergonzado. Ashley podría jurar que estaba rojo como un tomate. Esa característica le resultaba muy dulce en él—. Pero creo que podríamos seguir trabajando juntos, y dejar a un lado lo ocurrido.

Lo podía intentar, meditó ella.

—Será lo mejor, sí —aceptó con la cabeza llena de dudas asaltándola, acribillándola sin piedad alguna—. Somos mayorcitos, y seguro que podremos comportarnos como adultos.

—Esa es la cuestión, ¿no? —inquirió con sorna.

Ashley se rió ante su irónico comentario. Era mejor tomárselo con humor, claro que sí.

Sin embargo, al día siguiente, la ironía le golpeó en la cara. Pocas cosas le resultaban divertidas ya.



Paloma le pidió que se reuniera con ella después de comer. Cuando vio su expresión, no pudo negarse, aunque le habría gustado.

La noche anterior se quedó hablando con sus padres hasta altas horas de la



madrugada; estaban muy preocupados por ella y trató de hacerles ver que no se iba a derrumbar de nuevo, como le ocurrió cuando tomó la difícil decisión de dejar un trabajo que le apasionaba, por el que había luchado tanto. Leslie no lograría vencerla, se prometió a sí misma.

Colgó el teléfono cerca de las dos de la mañana y pasó el resto de las horas entre sueños horribles en los que su vida se iba al traste y otros mucho más divertidos y eróticos, pero que tampoco la dejaron dormir tranquila. La culpa solo era suya esta vez, por haber dado pie a aquel inolvidable beso en el jardín bajo las estrellas.

Tuvo que hacer como si nada por la mañana, y sin embargo cada vez que su mirada se cruzaba con la de Gérard, podía ver que para él también era difícil ignorar lo que pasó la noche anterior. Un frágil consuelo que no la tranquilizaba nada.

Los demás la observaban con curiosidad, interés, pero sin menguar el cariño y respeto de sus expresiones. El grupito de las más jóvenes sin embargo, era harina de otro costal. Parecían juzgarla con los ojos, y su interacción con ellas era muy tensa en la cocina; más que los días anteriores en todo caso.

Trató de obviar lo que podrían estar pensando de su vida. Si empezaba a hacer caso de las habladurías o de las inquisitivas miradas de la gente, se volvería loca.

Ahora venía más drama, pensó con disgusto.

Pasaron de largo por el despacho de Paloma y fueron hasta la zona posterior de la casa. Llegaron al vestuario y esta cerró con llave. Ashley tragó saliva con dificultad. La expresión de esa mujer la estaba poniendo nerviosa.

—¿Qué ocurre? —inquirió con vacilación.

Para su asombro, ella no fue al grano como solía hacer. Empezó a dar vueltas por la amplia habitación y sus tacones repiqueteaban sin cesar. Ashley notó que la cabeza le martilleaba al ritmo de sus pisadas.

—No sé muy bien cómo decirte esto —dijo al final. Se detuvo y caminó hasta

quedar frente a ella

—. Acabo de ver en internet la noticia de tu divorcio.

—¿Q-qué? —balbuceó después de unos segundos en estado catatónico.

—Lo que oyes. El director de la cadena me ha llamado muy preocupado. Tanta prensa sobre tu vida y la de Donovan... es posible que nada de eso sea bueno para el programa y... están pensando en cancelarlo todo.

Su voz sonaba neutra, profesional, muy en su línea, pero en sus ojos pudo ver la verdad. No estaba nada contenta, pero Ashley no sabía si estaba más enfadada con ella o con la causante de tantos problemas en la red.

—Creía que eras la responsable del programa, la que se encargaba de tomar las decisiones —soltó sin saber qué más podía decir.

—Lo soy, y también la que intenta tranquilizar al director, los guionistas y los inversores. Todos están al corriente de lo que pasa, y cada uno tiene su propia opinión al respecto —expuso con una mirada

seria.

—¿Donovan lo sabe ya?

Tembló al imaginar su reacción.

—Aún no, pero no tardará en enterarse. Ahora mismo está hablando por teléfono con un agente que tiene en Los Ángeles, o eso creo que me dijo antes de marcharse tan rápido como un rayo.

Volvió a caminar de un lado a otro y Ashley la miraba como quien observaba un partido de tenis.

Empezó a marearse.

—Le daremos la noticia juntas si quieres. No le va a gustar nada, porque si lo ha querido ocultar durante casi cuatro años, es por algo. Su agente le ha estado tratando de conseguir un papel en una película que Donovan persigue desde

hace mucho tiempo —meditó en voz alta—. Es la oportunidad que siempre ha querido y... si por mi culpa se va al cuerno... no creo que me lo perdone jamás.

—Bien, podemos pensar cómo abordarlo a él y luego encargarnos de los demás. Tal vez reunirnos con todos y hablarlo este fin de semana. Cancelaremos la fiesta y...

—Ni hablar —la interrumpió—. Si vamos a acabar con todo esto, mejor después de la fiesta. ¿Qué diferencia puede haber por un día?

Paloma la miró como si le faltara un tornillo.

—Oh, venga. Solo sería un día más. No quiero que el punto y final sea darles la noticia y decirles adiós —musitó con tristeza.

Desde luego no querría despedirse de ese bonito proyecto de una manera tan fría.

Ya que era por su culpa, al menos intentaría que tuvieran un buen recuerdo. No todo iban a ser dramas, malos rollos y habladurías absurdas circulando por el gran océano de Internet.

Su interlocutora pareció pensarlo unos segundos y al fin le dedicó una mirada determinante.

Había tomado una decisión. Ashley cruzó los dedos y aguardó a que hablara.

—Bien, el domingo nos reuniremos con todos los miembros del proyecto y haremos lo posible por salvarlo —declaró con resolución.

Se giró para marcharse y Ashley la llamó.

—Lo siento, de veras —se disculpó con voz apagada.

Esta le dedicó una media sonrisa.

—Aún no se ha acabado, así que no sientas la derrota tan pronto —dijo para infundirle esperanza.

Ashley la habría creído si no fuera porque oyeron unos fuertes golpes en la puerta.

—Chicas, ¿estáis ahí?

Era Donovan, y parecía muy alterado.

Ashley miró a Paloma y tembló por dentro. Se adelantó y agarró la manilla de la puerta con una mano y la llave con la otra.

—Yo abriré la puerta y tú me cubres las espaldas —bromeó solo a medias.

Sin duda iba a necesitar apoyo para salir indemne del tornado que se les venía encima. No quería ni imaginar lo mal que estaría su ex con todo el asunto.

Él iba a ser el más perjudicado por el secreto que había terminado explotando.

Se preguntó cómo era que se descubrió ahora. Ella no se lo había contado a nadie más desde que lo explicó a unos pocos íntimos, solo a Gérard... Pero no le creía capaz de contarlo a nadie, y mucho menos a la prensa.

Por un segundo, pensó en la conversación de la noche anterior con Norah Kelley. Bueno, dudaba que se lo hubiera contado a su hija después de lo que estaba pasando, pero si Leslie se había enterado por casualidad, no dudaría en poner en conocimiento del mundo entero una noticia tan jugosa que la haría quedar mal a ella, puesto que parecía decidida a acabar con su reputación.

Eso era más plausible.

Abrió la puerta y Donovan las miró a una y a otra. Se lanzó a por Ashley y la abrazó con una fuerza excesiva.

Farfullaba algo, pero apenas podía oírle, lo que sí notaba era que estaba efusivo, y eso no era algo que habría esperado por su parte dadas las circunstancias.

Odiaba tener que acabar con esa desbordante alegría.

Cuando al fin se separó, la miró con los ojos brillantes y luego miró a Paloma

con una mezcla de ternura y lujuria.

Esta no dijo nada, sino que se mantuvo al margen, cautelosa, esperando para soltar la bomba.

—Acabo de hablar con Roger, y me ha dicho que el papel es mío —expuso con voz aguda, sin poder contener la emoción—. Este mes de diciembre al fin se empieza a rodar la película después de dos años esperando y... ¡voy a ser el protagonista!

Ashley soltó una risita nerviosa y se volvió hacia Paloma para que le echara una mano. Esta la miró sin saber cómo reaccionar. Donovan se dio cuenta, por supuesto. Suspiró y habló de manera más calmada.

—Ya sé lo que intentáis decirme, pero no os preocupéis.

Ellas le escrutaron sin comprender.

—Mi agente ya me ha contado que nuestro divorcio es noticia, y bueno, lo sabe todo —dijo a Ashley. Esta se asombró de su tranquilidad—. Lo cierto es que tanta prensa ha llamado la atención al director y el papel me va como anillo al dedo. Aunque al principio pensé que me llamaba para darme una noticia funesta, al final ha sido justo al contrario.

Ashley alucinaba al verle tan sereno con un tema que para ella había sido un dolor de muelas desde el principio. Pero por otro lado, al menos ya no había más secretos. No. Toda su vida estaba expuesta a ser diseccionada por cualquier idiota al que le sobrara el tiempo. Era más un fastidio que otra cosa. ¿Y

qué si la gente pensaba que era una excéntrica? Cada cual tenía sus defectos, pensó.

Cierto que esas pequeñas cosas estaban mejor guardadas bajo llave, al menos a veces, pero existía una parte buena. Ya no tenía que fingir, ni mentir. En cierto sentido, no todo era malo, sino incluso liberador.

El tiempo diría si todo acababa ahí. Mejor no hacerse ilusiones, decidió.

## Capítulo 12

Gérard y Olivia se quedaron de piedra cuando oyeron a Miriam.

Acabaron de comer hacía unos minutos y se quedaron en la sala de reuniones tomando café mientras los del catering terminaban de recoger. No tardarían en irse, al igual que algunos miembros del equipo que aún estaban trabajando por allí.

Después de una hora de descanso, comenzarían con las grabaciones de la tarde.

Había sido un almuerzo como cualquier otro salvo por el hecho de que Paloma le pidió a Ashley que se reuniera con ella.

Gérard había sentido una inesperada ansiedad por lo que pudiera estar diciéndole. Su expresión no era muy halagüeña al marcharse.

Al poco rato, aunque había descartado la idea de que pudieran despedirla por confraternizar con un alumno, salió a la luz una revelación aún peor, la causa real de esa urgente reunión. Alguien había descubierto lo de su divorcio, y al igual que otras muchas de sus intimidades, ese tema ahora navegaba por las superficiales y súper fluidas aguas de Internet.

Esperaba que Ashley no creyera que fue cosa suya, aunque no había que ser muy listo para concluir que fue la misma persona la que andaba tras todas las bombas informativas que estaba explotando últimamente.

Era incansable en su aparente venganza.

Debía de odiarla con toda su alma para tomarse esas molestias. Y él no podía ni empezar a imaginar lo que pasaba en su vida, que ahora sí parecía tan enrevesada como la de otros famosos que estaban en el punto de mira de la prensa rosa.

Miriam hablaba sin parar en voz baja con su amiguita, que no era demasiado simpática, mientras los demás se miraban estupefactos y le preguntaban a qué se refería.

Erika y Jenna, sentadas a la mesa con los demás, les habían preguntado a Cristian y Leo qué era lo que pasaba; ellos hacían lo posible por traducirles al inglés lo que estaba ocurriendo.

Empezaron a preocuparse, pero no podían intervenir. Ni siquiera estaban seguras de que la reunión tuviera que ver con Ashley, y bien podía ser por un asunto del programa. Hablaron entre ellas y concluyeron que lo mejor era no precipitarse, y estar atentas a lo que se cocía allí para luego informar a su amiga. Ninguno de los cuatro perdió detalle de las palabras de la joven alumna.

—Hay vídeos nuevos de esa tal Leslie y, aunque están en inglés, también hay varios artículos en blogs donde dicen que Ashley y Donovan han mentido sobre su matrimonio, que es una farsa que montaron para una campaña publicitaria que les salió muy rentable a los dos.

—Si Donovan realmente está libre, creo que él ha salido ganando —comentó Thais en voz lo suficientemente alta para que todos la oyeran.

Batió las pestañas con coquetería, como una mariposa, y Gérard pensó en lo frívolas que eran ella y su amiga. Ni siquiera las podía considerar atractivas, o al menos él no.

Con diferencia, prefería a Ashley.

Todo el mundo empezó a mirar en sus teléfonos, y a buscar los artículos a los que se refería Miriam, cuando Noemí dijo lo que pensaba de esos vídeos y artículos que difamaban a Ashley.

—Yo creo que esa famosilla de tres al cuarto es tonta del culo —sentenció.

Su marido, sentado a su lado, sonrió con asombro al principio y enseguida le dio la razón.

—Esa chica solo quiere ser famosa a costa de Ashley, porque no me explico por qué va a estos programas a hablar de una vida que ni siquiera es la suya —concluyó él.

—Esa perra de Leslie. Si estuviéramos en casa, le arrancaría esa boca que tiene de un puñetazo

—masculló Erika enfadada.

Todos la miraron sin comprender muy bien sus palabras, aunque sí la expresión que había usado para calificar a Leslie en inglés. Enmudecieron.

—¿Crees que deberíamos hacer algo? —preguntó Jenna con vacilación.

Estaban más que cansadas de que su amiga estuviera aguantando todo eso por una idiota que según su opinión, solo estaba celosa porque era mala persona y Ashley no. Ella les había pedido que no se metieran en nada, que no quería que nada de eso les salpicara, pero el tema agotaba ya; y lo del puñetazo, Jenna sabía que Erika lo decía muy en serio. No era una persona violenta, pero si alguien se metía con sus amigas, esta no se iba de rositas.

—Esto no puede quedar así. Ya pensaremos en algo —sentenció.

Cada pareja por su cuenta, Erika y Jenna, Gérard y Olivia, se dedicó a idear algo para sacar a Leslie de la ecuación y que dejara en paz a Ashley, y los demás, los que no podían intervenir porque no hablaban inglés lo bastante fluido como para ayudar a las amigas de esta, permanecieron allí sentados hablando con la persona más cercana y deseando ver a Ashley después de saber aquello.

Gérard miró a Olivia, que ya sabía lo que había ocurrido entre ellos, y se lamentó por no tener idea de lo que podía hacer para ayudar.

—No sé si deberías meterte en este asunto. Seguro que ellos lo arreglarán a su modo —dijo con evidente preocupación.

—Creo que no lo están haciendo muy bien hasta ahora —meditó en voz alta.

Olivia se mantuvo en silencio porque no tenía la menor idea de cómo actuar. Creía que lo mejor era seguir como hasta ahora, continuando el programa y dejando los asuntos personales ajenos a un lado. Su propia relación estaba algo tensa desde que no se veían, y Ana empezaba a reprocharle que no le



contara nada. Sabía que no podía hacerlo, y aún así, sí que le había explicado lo que hacía, al menos sin entrar en detalles. Si alguien se enteraba de que hablaba del programa, podría tener problemas.

Suspiró.

Cada uno tenía sus propios asuntos y preocupaciones. La vida era así, pensó Gérard.

Cuando Ashley, Donovan y Paloma fueron a la sala común de reuniones multiusos, no pensaba así.

Tal vez cada uno tuviera sus pensamientos, pero ahora mismo ella era la protagonista de todos ellos. No le gustaba nada, porque no acostumbraba a ocupar su mente en una sola mujer, y supuso que con el tiempo se le pasaría. Ahora sin embargo, no sabía cómo proceder.

Incluso sus amigas se quedaron paralizadas y sin saber qué hacer, esperando a que se pronunciaran.

Preocupadas y un poco asustadas.

Les observaron como si de un fenómeno extraño se tratara, y fue Paloma quien habló primero.

Meditó muy bien su discurso, y sus dos acompañantes permanecieron a la espera. Hasta que el domingo no hablaran con los mandamases, se comportarían como si todo siguiera su curso.

—Bien, supongo que todos lo sabéis ya a estas alturas. Pero os recuerdo que estamos aquí para aprender, para hacer un programa, para pasarlo bien y que sea una experiencia que todos disfrutéis. No estamos para cotillear ni para juzgar a nadie —añadió muy seria. Miró a todos para que ninguno pensara que era el blanco de la pulla, sin embargo, las más jóvenes la miraron con mala cara.

Ashley se encogió por dentro. Su primera semana iba a terminar peor de lo que no creyó posible. Si había perdido el respeto de algunos de sus alumnos,

no sabía lo difícil que podía ponerse todo en adelante. Incómodo podría ser el nuevo eufemismo del siglo.

—Todos apreciamos a Ashley, y también a Donovan —añadió Noemí. No quería ser la portavoz, pero no podía callarse al ver que ningún otro hablaba —. No tenemos intención de juzgarles, y por supuesto, seguiremos adelante con nuestro trabajo. Creo que lo que ocurra fuera, debe quedarse allí. Al menos por ahora —dijo mirando a Ashley y guiñando un ojo en señal de camaradería.

Esta sonrió ampliamente. Noemí y su marido eran una pareja muy simpática que daba mucha vida a la casa, y empezaba a apreciarles también como amigos.

—Os estamos agradecidos por vuestro apoyo, y esperamos seguir haciendo un buen trabajo. Creo que el programa lo vale, y que lo demás sobra aquí —sentenció Donovan.

—¿Por qué mentisteis a todo el mundo? —soltó Thais, que sorprendentemente, no parecía estar acusándoles, sino más bien muy interesada en la respuesta.

En la reacción de él más bien.

—No hemos engañado a nadie, y espero que no hagáis caso a esas patrañas que van circulando por ahí —le defendió Ashley—. Aunque pongo en duda que a nadie le pueda interesar, lo cierto es que estuvimos casados un tiempo —no quería dejar en evidencia a Donovan ni contar sus razones para casarse, porque lo cierto era que solo les incumbía a ellos dos. Carraspeó antes de acabar su pequeño discurso—. Me gustaría que nos centráramos en el curso, en fin, si es que aún os parezco una buena candidata a maestra.

Por primera vez en mucho tiempo, se sintió realmente derrotada. ¿Era una profesora apta?

No se atrevió a mirar a nadie, sino que centró su atención en la mesa. Quería evitar ponerse a llorar, pero era lo único que le apetecía. Escondarse y llorar.

Sus amigas se levantaron de sus sillas y se acercaron a su lado. Ellas no

habían comprendido sus palabras en español, pero no había más que verla para saber que estaba muy afectada por lo que estaba pasando. Luego hablaría con ellas, aunque suponía que sus chicos las tendrían al tanto de todo lo que se decía allí.

—Ashley cielo, seguro que todo esto acabará por olvidarse. Todo volverá a la normalidad —le aseguró Jenna.

—Mmm... sí claro —musitó.

Sin esperarlo, todos empezaron a abandonar sus asientos para acercarse a ella y dedicarle unas palabras de ánimo.

Las chicas la abrazaron con efusividad, la besaron en las mejillas, y Lucas y Gérard, algo más cohibidos, solo le dieron un abrazo rápido. Miriam y Thais fueron las únicas que permanecieron algo más alejadas, unidas al grupo pero sin intervenir en ningún momento. Ashley solo se alegraba de ver que al menos no la acribillaban con los ojos, aunque poco les faltaba. Qué difícil se estaba volviendo todo, y apenas estaban comenzando el curso.

—Descansad un rato, chicos —dijo Paloma—. Pronto empezaremos con las grabaciones y entrevistas en el vídeo-confesionario.

El grupo se dispersó y solo quedaron Ashley, Donovan y Paloma. Se dieron cuenta de que su asistente estaba por allí cerca sin intervenir. Su jefa fue hasta ella para preparar la tanda de preguntas de cada uno y se quedaron solos.

—Me alegro por ti, de verdad. Al menos ha salido algo bueno de todo esto —dijo Ashley en voz

baja.

—Bueno yo, siento que las cosas estén así y te prometo que haré lo posible por arreglarlo. Si lo del programa sale bien —añadió con vacilación y un millón de dudas—, lo demás quedará atrás. Seguro que con el tiempo todo se olvidará. Sigo pensando que es una buena oportunidad para relanzar tu carrera.

—Y mi imagen —bromeó ella.

Donovan soltó una risita nerviosa y la miró con intensidad.

—No te preocupes, porque la experiencia no ha sido tan mala aquí. Al menos me llevo un montón de buenos recuerdos, y algunos amigos —concluyó Ashley con una sonrisa genuina. Debía quedarse con lo bueno, sin duda.

Donovan miró tras ella, hacia los ventanales que daban al jardín y vio que Gérard miraba de soslayo cada poco rato. Algo le decía que no era lo único que Ashley iba a sacar de bueno de toda esta experiencia. Al día siguiente tenían previsto la preparación de la tarta y la fiesta.

No sabía si el domingo pondrían punto y final al programa, pero de ser así, quizás Ashley pudiera tener un acercamiento con ese hombre que tenía algunas cosas en común con su amiga y ex esposa. Si al principio había estado preocupado por ella, ahora, con el futuro incierto del proyecto que tenían entre manos, ya le parecía una soberana tontería. Si quería liarse con Gérard para olvidar lo que estaba pasando, por él estaba bien. Si el programa continuara... sería un tema diferente pero, ¿quién era él para juzgarla? Ahora mismo el causante de su sufrimiento era su propio egoísmo. De no haberle pedido que mintiera por su causa durante todo ese tiempo, no le estarían echando más leña al fuego, y Leslie no tendría tantas municiones en su contra. Ya poco podía hacer, pero al menos, había aprendido a algo.

Nunca más usaría una mentira para conseguir un propósito. Haría lo posible por centrarse en lo importante, en su amistad con ella y en su futuro, sin meterse en líos de faldas y tonterías varias. Había llegado la hora de madurar y convertirse en el hombre que siempre quiso ser.

La miró con ternura.

—Puede que te lleves algo más que amistad —musitó a la vez que sus ojos estaban fijos en Gérard.

Ashley se giró para ver qué llamaba tanto su atención y cuando supo lo que era, o más bien, quién era, incluso se sonrojó.

—Te parecía una idea horrible —dijo con énfasis en la última palabra—, ¿por qué has cambiado de parecer? —preguntó intrigada por su respuesta.

Los dos seguían mirando al exterior, y vieron que Gérard se sonrojaba al saberse observado.

Dejó de mirar hacia donde estaba ella y se volvió para hablar con Olivia. Los demás también estaban allí sentados, esperando para empezar con la grabaciones para luego salir a la piscina.

El tiempo era un poco más fresco esos días, aunque no lo bastante para evitar estar dentro de una piscina climatizada bajo el cálido sol de marzo.

Se estaba muy bien allí a remojo.

—Es posible que el domingo todo acabe... y no creo que vayas a perder nada por intentarlo. Creo que tenéis muchas cosas en común vosotros dos —soltó de manera despreocupada.

Ashley se volvió hacia él como un resorte.

—¿Pretendes que me eche un ligue... aquí en España, por si fuera poco? —le increpó subiendo la

voz.

Se aclaró la garganta ante la cara de asombro de Donovan. Este intentaba ocultar una sonrisita complacida, pero no lo consiguió.

—Creo que te gusta, y no sé por qué te alteras tanto.

—No me gusta —mintió con descaro—, es solo que...

—Estás colada por él. Y no te culpo, creo que es un tipo guapo —la interrumpió.

Ashley le miró con la boca abierta. Acto seguido, se recompuso y le observó con detenimiento.

¿Para qué mentirle? Eran amigos, sabía que podía confiar en él, y que podía contarle cualquier cosa; siempre había sido así entre los dos.

—Lo cierto es que sí me gusta, aunque no creo que tanto como para implicarme del todo —dijo despacio, meditando cada palabra que salía de sus labios.



Donovan la comprendía. Aparte de él mismo, pocos tíos habían logrado llegarle al corazón, y no porque Ashley no creyera que fueran lo bastante buenos, sino porque no eran lo que ella necesitaba. Lo que buscaba.

Dudaba que ella misma lo supiera, pero sí que era cierto que jamás se había enamorado. No sabía siquiera si estaba preparada para ello, pero esas cosas no se podían controlar. Él lo sabía bien. El día que le llegara, solo lo sabría, y si era valiente, iría a por ello.

Paloma y Deborah se acercaron a la sala de reuniones, pero como estaban allí, se quedaron a un lado, junto a la chimenea que estaba apagada, y se pusieron a charlar en voz baja. Su mirada se detuvo en Paloma, y Ashley lo notó.

—Pienso que eso no es algo que puedas decidir.

Ashley percibió algo en su voz, como si hablara de sí mismo.

—Al parecer no —dijo en voz baja y con un toque burlón. Donovan pocas veces se ponía tierno ni con su familia, y verlo así por una mujer, era extraño.

Con ella siempre había sido muy dulce y atento, pero entre ellos no había una relación de verdad, y los pocos escauceos que tuvieron, no significaron nada en realidad, pero sabía que lo suyo con la productora española era muy diferente. Podía verlo en sus ojos, y también en la actitud de Paloma con ella. No diría que esta estuviera celosa tras aclarar lo que pasaba entre ellos, sino porque se comportaba de un modo algo posesivo, y pocas mujeres reaccionarían así si no sintieran algo fuerte por un hombre, desde luego.

Esos sentimientos parecían fluir en las dos direcciones, según percibía Ashley.

Se alegraba por ellos, y solo esperaba que Donovan diera lo mismo que recibía, que se centrara en una sola mujer y dejara atrás sus malos hábitos. No sabía qué pasaría una vez dejaran España, pero tampoco era cosa suya.

Anduvo toda la tarde pensativa, distraída, incluso cuando tras el turno de Gérard, le tocaba a ella sentarse delante de la cámara. Estaba deseando terminar y poder esconderse en su cuarto a pensar. Quería estar sola, lo necesitaba y, por esa razón, sus amigas le dieron el espacio que tanto ansiaba. Aunque no por ello iban a dejar pasar lo que ocurría. Ni mucho menos.

Iban a dejarla tranquila, no a dejar de preocuparse.

Se había retocado un poco el maquillaje, se cambió de ropa y fue hasta el amplio habitáculo donde grababan, cuando se encontró con Gérard. Se le veía incómodo, y por un segundo pensó que podría ser por encontrarse con ella, aunque no le había notado así hasta ese momento. Durante el resto del día se comportó como si nada hubiera ocurrido entre ellos, aunque lo cierto era que sus miradas se encontraban a menudo, y esa tensión sexual que existía, parecía poder cortarse con un cuchillo.

Hizo acopio de voluntad y se acercó a él y a Deborah, que no se mostraba muy dispuesta a trabajar, sino más bien en coquetear con él. Por un segundo se sintió un poco molesta por ello, y luego, consigo misma porque ese detalle le importara tanto. Tenía que recordarse que ese beso, ese único y maravilloso beso no significó nada para ninguno. Se lo repitió de nuevo cuando notó que los ojos de Deborah la taladraban. Estaba claro que no le gustó que les interrumpiera, pero estaba cansada y solo quería terminar para poder dar por concluida su jornada laboral. Si no lo comprendía, era su problema.

Gérard se escabulló en cuando pudo con las mejillas encendidas. Ashley no supo si por la incomodidad de que les hubiera visto charlando, o por sentirse violento ante el torpe intento de ligar de Deborah. No pensó mucho en ello, sin embargo, sí que sintió que la joven ayudante de Paloma no se mostraba tan simpática como solía.

Se preguntó si estaría colada por él, lo que no era complicado de creer. Estaba

muy bueno. Y ella, a sus veinticinco años también era muy mona, con su pelo corto rubio, tez clara, ojos azules y buen tipo.

Notó un pinchazo de celos al imaginarlos juntos. Y lo cierto era que hacían buena pareja. Deborah con cuatro años menos y ese leve acento inglés, resultaría atrayente para cualquier hombre.

Ashley por otro lado, se comparaba con ella sin tener las de ganar según su criterio. Tenía demasiado equipaje en su vida, demasiada carga con su pasado que no hacía más que volver una y otra vez para atormentarla.

Hizo lo posible para que sus pensamientos no se reflejaran ante la cámara ni en su tono de voz, lo que fue un gran esfuerzo por su parte, y al acabar, se despidió con rapidez antes de salir pitando de allí.

No tenía ganas de nada.

Se cruzó con Gérard cuando iba a subir la escalera hacia las habitaciones. Iba hablando en francés y no entendió nada, pero algo en su tono de voz le indicó que no era una conversación muy amigable. Se detuvo frente a él cuando vio que colgaba.

Él venía de la entrada de la casa, lo que Ashley interpretó como un intento de tener un poco de intimidad en una casa llena de gente. Ella carraspeó para hacerse notar, ya que él estaba tan ofuscado que no reparó en su presencia, y cuando lo hizo, se sorprendió.

—Hola —soltó ella con una sonrisa para romper el hielo.

Gérard sonrió a su pesar, ya que hablar con los miembros masculinos de su familia le daba dolor de cabeza. Miró a Ashley, sintiendo alivio con su sola presencia y suspiró.

—Hola yo... —sacudió la cabeza como para centrar sus ideas y se aclaró la garganta—. ¿A qué hora nos vemos mañana por la mañana?

No se molestó en hablar en voz baja porque estaban solos, a excepción de Deborah que se había acercado al despacho de Paloma para dejar su blog de



notas y enseguida se marcharía a casa para descansar. Esta no les dedicó ni una sola mirada. Ellos tampoco se percataron de su cercanía; cada uno estaba sumido en sus pensamientos.

—A las seis está bien. Te esperaré en la cocina con dos cafés y empezaremos cuanto antes mejor —

expuso ella.

—¿Vas a tomar dos cafés para comenzar el día? —bromeó él.

—Claro que no. Uno será para ti.

Ashley soltó una risa nerviosa al ver la cara de sorpresa de Gérard. Si estaba pareciendo un intento de coqueteo, lo cierto era que ni se había dado cuenta antes de que esas palabras salieran de su boca.

Ahora era tarde para retirarlas.

Gérard se limitó a fijar sus ojos azules en los suyos.

El color del mar profundo en contraste con el cielo en un día claro. Ashley sintió que su corazón se aceleraba a pesar de que Gérard estaba a más de medio metro de distancia.

—¿Sabes cómo suelo tomarlo? —preguntó despacio, tras unos segundos de silencio.

—Sí —se limitó a decir.

Gérard asintió complacido y con una pequeña sonrisa en sus labios. Ashley clavó sus ojos allí, lo que fue un error, porque sintió una imperiosa necesidad de besarle.

Aún recordaba su tacto, y su dulce y embriagador sabor. Recordaba muy bien cómo se sintió entonces.

—Bien pues, voy a ver qué hace Olivia. ¿No te vienes fuera? Esto... con los demás, quiero decir —

preguntó con torpeza.

—Hoy me apetece estar sola —musitó.

La miró con gravedad, sintiendo que le gustaría hacer algo para consolarla, pero a su vez, quería respetar su necesidad de soledad. Todos la sentían de vez en cuando, y la comprendía bien.

—De acuerdo, te veo mañana.

—Hasta mañana.

Ashley notó que una punzada de anhelo la atravesaba. Esas palabras le sonaban musicales, como una promesa, lo que era del todo absurdo, pensó.

Le hubiera gustado decirle que no le importaría pasar un rato con él, pero habría sido raro después de lo ocurrido la noche anterior, y como no sabía lo que opinaría al respecto, por una vez en su vida estaba insegura con un hombre y prefirió dejar distancia.

Esa parte se le daba mejor.

## Capítulo 13

Después de estar un rato con el ordenador, haciendo un gran esfuerzo por no cotillear en Google noticias sobre ella, se quedó dormida con la ropa puesta. Por poco no tiró el portátil al suelo, y a las cinco de la mañana se despertó para darse una ducha y despejarse antes de ver a Gérard.

Si continuaba con ese ritmo de sueño, le daría un ataque en cualquier momento, y se dijo que iba a intentar pasarlo bien ese día. Quizás fuera el último, y en cierto sentido casi le parecía mejor. Volver a casa con su familia y poder refugiarse con sus padres unos días, le resultaba una idea de lo más tentadora, pero a sus veintiocho años, tal vez fuera infantil y cobarde. Lo cierto era que en ese momento de su vida no le importaba mucho, pero debía ser fuerte, valiente, y ser capaz de superar sus conflictos ella sola. Porque ahora sí estaba sola. Podía contar con sus amigas, con Donovan y su familia, pero en lo referente a su vida íntima, ahora mismo era una soltera sin ganas

para compromisos y líos. O al menos eso se repetía para sus adentros.

Se secó solo un poco el pelo y lo recogió por completo con una pinza para mantener la cara despejada, dejando que los mechones cayeran hacia atrás en una suave cascada. Tenía el pelo muy largo, y algunos le hacían cosquillas en su cuello, pero no le importaba, hacía calor y le gustaba sentir ahí la frescura del cabello húmedo.

Se puso un pantalón pirata elástico, unas deportivas y una camiseta de tirantes que sujetaba y realzaba todo lo que debían. Le encantaba llevar esos tops para hacer un poco de ejercicio.

Tenía intención de correr unos quince minutos, darse una ducha rápida e ir a por los cafés, de modo que se puso manos a la obra.

Cuando llegó a la casa, estaba agotada por la falta de sueño y sentía que algunas gotas de sudor caían por su espalda y por sus sienes. Se descalzó cuando llegó al jardín y la hierba recién regada le acarició y refrescó los pies. El contraste con el calor del ambiente, le provocó escalofríos. Miró el reloj y se dio cuenta de que tenía el tiempo justo para ducharse y cambiarse. Respiró hondo.

Su travieso corazón latió más deprisa al pensar en Gérard. El por qué le ocurría eso con un hombre que era un desconocido en realidad, era incomprensible, más aún por el hecho de que en realidad apenas habían hablado. Era una locura que estuviera nerviosa por pasar un rato a solas con él. Iban a trabajar, a hacer una tarta de cumpleaños para su mejor amiga, y no a tener una cita.

Trató de pensar en otra cosa cuando se calzó de nuevo, entró en la casa por la puerta principal y subió las escaleras.

Estuvo fuera de su habitación en un tiempo récord, con una camiseta negra con un *cupcake* rosa de purpurina y lentejuelas en el centro, y unos finos vaqueros claros que complementó con unas deportivas cómodas. Se hizo una coleta a un lado y una trenza para evitar el tener que recoger el pelo a cada rato.

Estaba lista para la acción.

Ese pensamiento le provocó una risa tonta que no pudo evitar. Menos mal que estaba sola, se dijo.

Bajó a toda prisa y preparó el café de Gérard y el suyo. Como había dejado su vaso con tapa en su dormitorio, llevó los dos en los de papel de la máquina que eran de usar y tirar. Estaban calientes, así que fue a toda prisa.

Fue hasta la zona de las cocinas y dejó la puerta con una rendija abierta. Dudó si cerrarla, pero no quería que Gérard se la encontrara así y pensara que no había llegado aún. De todos modos, tampoco había nadie más despierto, así que no tenía por qué simular que la cocina estaba cerrada como siempre que no tenían trabajo.

Tan puntual como un reloj, Ashley escuchó que alguien entraba y vio que Gérard atravesaba la puerta y la cerraba antes de echar el pestillo por dentro.

La garganta se le secó y forzó una sonrisa educada para que no notara su nerviosismo.

—Buenos días.

—Buenos días —saludó ella, y le tendió su vaso con el café solo y dos azucarillos.

Este le dedicó una amplia sonrisa, le dio las gracias y bebió un trago antes de dejar en vaso en amplia e impoluta isla.

—Bien pues, empecemos —sugirió.

Se miraron en silencio unos largos segundos y Ashley tuvo que señalar lo evidente. Los dos estaban nerviosos, estaba claro, y él se había quedado a cierta distancia.

—Creo que deberías venir a este lado, o te será difícil cocinar desde fuera de la cocina —expuso con un tono burlón.

Gérard sonrió con las mejillas encendidas y se acercó a ella con paso lento.

Echó un rápido vistazo al papel donde ella había escrito la receta y acto seguido se lavó las manos para empezar. Se dijo a sí mismo que no tenía prisa por acabar, pero desde luego, tampoco podía fingir que su presencia le pasaba inadvertida. Porque no era así ni por asomo.

Notaba una extraña excitación por cada terminación nerviosa de su cuerpo y hasta sus manos hormigueaban por la necesidad de tocarla; algo que no le había ocurrido nunca con otra mujer. Pero claro, Ashley no era cualquiera, de eso estaba seguro, o no reaccionaría de ese modo en su presencia.

Cuando acabaron sus cafés, tiraron los vasos desechables a la papelera y vio que ella tomaba aire antes de hablar.

Había llegado el momento de empezar a trabajar.

—Primero necesitamos tres moldes redondos de unos quince o dieciocho centímetros —le dijo con tono neutro—. Cogemos los ingredientes para tenerlos a mano y precalentaremos el horno a 180°C.

Esa parte era fácil, se dijo Ashley. Se le daba bien la repostería y pocas veces la pifiaba en realidad. Solo unas pocas veces había tenido que tirar a la basura algo que sacó del horno, lo que para ella era hasta doloroso. Hacía cada postre y cada dulce con cariño y esmero, y no le gustaba nada equivocarse, por eso trabajaba todos los ingredientes con cuidado y atención.

Gérard era un ayudante muy bien dispuesto y eso le gustaba. Verle moverse por la cocina era estimulante, y tuvo que reprenderse a sí misma para estar a lo que tenía que estar y no distrayéndose con el movimiento de esos vaqueros ajustados que tan bien le sentaban. Al igual que ella, él también llevaba una camiseta de manga corta, pero de color blanco, y que hacía resaltar un bonito bronceado tostado gracias a las tardes de piscina y sol que habían disfrutado esos días. Sus musculosos brazos captaban su atención con cada movimiento, y lo mismo ocurría con su abdomen plano. Ashley sabía cómo de bien trabajada estaba su tableta de chocolate, y solo de pensarlo se calentaban partes de su cuerpo que a esas alturas deberían estar amaestradas para no ponerse a cien a la menor provocación. Claro que nadie podría culparla por sentir aquello. Gérard tenía un cuerpo maravilloso y esculpido que merecía ser venerado. ¿Cómo no lo iba a hacer ella? El pensar en sus besos ya era pasar a otro nivel.

Era humana, y como tal, tenía sus debilidades.

Al parecer la suya ahora era un francesito amante de la cocina que en ese preciso instante la miraba esperando instrucciones.

Tuvo que bajar de golpe de esa nube de lujuria, y la caída casi la hizo marearse. Volver a la realidad tenía ese efecto en ella.

—Gracias —murmuró cuando vio que tenía todo preparado—. Ahora tamizaremos ciento ochenta

gramos de harina, sesenta de cacao y dos cucharaditas de las de café de levadura.

Dejó que Gérard se encargara de la tarea y ella echó una pizca de sal en el bol de cristal donde iban a empezar a trabajar. Se entretuvo unos segundos mirando cómo su bíceps derecho se movía para mezclar los ingredientes con brío.

Ashley pensó en salir de allí un momento y darse una ducha fría, o más bien, congelada, porque eso no era normal. ¿Acaso era una loca del sexo que no podía controlarse? Más le valía centrarse, se riñó para sus adentros. Respiró hondo varias veces y prosiguió.

—Batiremos dos huevos grandes con la mezcladora hasta montarlos y añadiremos doscientos ochenta gramos de azúcar —iba indicando los pasos y Gérard los seguía al pie de la letra y a buen ritmo.

Ashley estaba orgullosa de su empeño y alabó su trabajo. Él solo trataba de centrarse y hacerlo bien, pero ella notaba que estaba algo tenso, y una parte de ella pensó que tal vez era por su cercanía. Ignoró esa posibilidad y se obligó a seguir—. Ahora ponemos ciento veinte mililitros de aceite, ciento sesenta de leche y por último, una cucharada de extracto de vainilla en pasta. El agua la añadiremos al final.

Adquirió un ritmo algo rápido para él, y se disculpó.

—Lo siento, es que estoy tan acostumbrada a trabajar sola o con ayudantes con

mucha experiencia, que a veces olvido que debo ir más despacio —su voz se fue apagando hasta ser un susurro apenas audible.

Estaban tan cerca, que podían percibir el calor del cuerpo del otro.

—No te preocupes, lo cierto es que me encanta tu pasión... por tu trabajo —dijo él con voz ronca.

—La verdad es que tú no lo haces nada mal —comentó divertida.

—Gracias —dijo complacido.

Le ayudó con las medidas de los líquidos y las fueron echando en la mezcladora.

—Vamos a pararla un momento y a ayudarnos de una espátula para que no se quede todo pegado en los bordes —se la dio y no puso impedimentos para hacerlo. Al fin y al cabo, era su labor, y ella estaba haciendo casi todo el trabajo, pensó Gérard.

Cuando fue a ponerla en marcha de nuevo, Ashley le recordó que la pusiera a velocidad media, aunque dudaba que la mezcla fuera a salir despedida por todas partes otra vez, pero se dijo que era mejor prevenir que curar.

Gérard asintió con una sonrisa avergonzada y dejó que la máquina hiciera su trabajo. Una vez que todo estaba mezclado en el mismo bol, sólidos y líquidos, Ashley le dio el spray antiadherente y lo echó por todo el molde de acero desmontable. Dejó que fuera él quien vertiera la mezcla homogénea que ya olía de maravilla e introdujeron los tres recipientes en el horno.

Ashley metió un dedo en el bol y se lo llevó a la boca. Nunca podía contenerse a probar la masa de bizcocho cruda, y menos si era de chocolate. Era una golosa sin remedio, y no la avergonzaba admitirlo.

Gérard la observó con los ojos muy abiertos. Cuando ella se dio cuenta, se preguntó por qué la miraba de ese modo, y fue entonces cuando pensó en el espectáculo que estaba dando. Ahora fue ella la que se sonrojó.

—Está delicioso, y es que es... irresistible —dijo en voz baja cuando vio que

él se acercaba.

—Ya lo veo —susurró.

Él imitó su gesto y se relamió el dedo cubierto de chocolate líquido. A ella se le hizo la boca agua; quería ser la que relamiera su dedo, y todo su cuerpo, ya puestos...

La mirada de él estaba oscurecida, y todo su ser tembló por dentro por su escrutinio.

¿Iba a cometer esa estupidez? Porque lo era, claro que sí, y una muy grande, se recordó.

Cuando percibió que Gérard se inclinaba hacia ella despacio, sin prisa, supo que lo haría. Se lanzaría de lleno a ese error, pero decidió que saberlo al menos la salvaba de ser engullida por él. Tenía

claro que no podía ser más que sexo; solo y exclusivamente un lío pasajero para saciar su deseo, su necesidad. Nada más.

Mientras lo tuviera claro, y Gérard también, nada podría ir mal. ¿Verdad?

Dejó de pensar cuando sintió su aliento cerca de sus labios. Se concentró en su masculino y embriagador aroma. Era una mezcla de loción para después del afeitado y alguna colonia muy suave y sexy. Y por supuesto el ingrediente secreto, o no tan secreto; él mismo.

Era una mezcla explosiva como ninguna otra, y Ashley empezaba a derretirse por completo, a rendirse a él, a su deseo mutuo. Cuando sus labios se encontraron, ya no pudo pensar en nada más. Solo sentía, y eso la iba a volver loca por completo. No sabía cómo era posible sentir tantas cosas a la vez, si apenas se estaban tocando. Al menos hasta ese momento.

Las manos de Gérard no la tocaron, sino que se colocaron en la isla de la cocina a ambos lados de su cintura y así quedó atrapada. Deliciosamente atrapada entre el frío mármol y el cálido cuerpo de él.

Su pecho subía y bajaba con rapidez mientras esos expertos y carnosos labios



la devoraban con maestría.

Apenas podía creer que alguien tan tímido y a veces hasta retraído, pudiera encerrar ese fuego abrasador en que estaba dispuesta a fundirse por completo. Y cuando dio un paso hacia ella y sus cuerpos se pegaron, soltó un suave gemido que a Gérard le llegó muy, muy hondo.

Su beso se volvió feroz, hambriento, insaciable.

Ashley hacía lo posible por mantener la cordura, pero fue imposible cuando notó la erección de Gérard contra su pelvis. Otro gemido incontrolado y algún gruñido por parte de él era todo lo que se oía.

Se separaron unos instantes para tomar aire y a ella le costó mantener su mirada fija en la suya.

—¿Estás bien? —farfulló con la voz quebrada por la excitación.

Gérard puso su mano bajo su mentón para que le mirara a los ojos. Lo que vio le preocupó.

—Lo siento —dijo separándose—. Sé que debíamos olvidar todo esto pero... la verdad es que no

puedo —confesó dando un paso hacia atrás.

Ashley atrapó su camiseta y tiró de ella para que su cuerpo volviera a donde debía estar: pegado al suyo, sin que un solo centímetro pudiera separarles.

—Yo tampoco puedo resistirme, y lo cierto es que eso es lo que me confunde porque... no suele pasarme —meditó un segundo en silencio— nunca —concluyó.

Soltó una risita nerviosa que Gérard imitó enseguida.

—Qué coincidencia —dijo con sorna.

Sonrió para sí mismo.

—Sí. Menuda suerte que los dos estemos en ese... mmm... punto —jadeó ella cuando sintió sus labios en su cuello.

—Hablando de puntos...

Ashley supo que sonreía, no sabía cómo, contra esa parte tan sensible bajo su oreja. Se estremeció con violencia y se abrazó a su espalda. Una espalda fuerte y dura, meditó con la mente nublada cada vez más.

—Creo que he encontrado uno muy interesante —bromeó él con un tono ronco y seductor.

—Eso... parece... —balbuceó jadeante.

Ashley notaba que casi no podía pensar, ni formular una frase coherente, y se dejó llevar. Si aquello estaba mal y tampoco podía acabar bien, ya le daba igual.

—Hueles a canela. Me encanta —susurró contra su oído.

—Se dice que es afrodisíaco —farfulló cuando sus labios empezaron a descender despacio por el cuello de su camiseta.

Sus dedos inquietos rozaron la parte superior de los vaqueros de Gérard y subieron por su espalda.

Notó que él también se estremecía allí por donde le tocaba, y sonrió para sus adentros.

Gérard se separó unos centímetros y se quitó la camiseta de un tirón. Ashley se desprendió de la suya y dejó a la vista un sujetador de encaje negro y gris. Vio con satisfacción cómo él se recreaba en su semi desnudez y en sus voluminosos pechos. No eran como esos de las actrices operadas, pero tampoco se podía quejar de su escote bien puesto.

Ashley pasó sus manos por sus pectorales y abdomen y se recreó en su buen físico mientras él la observaba ensimismado. Se humedeció sus labios antes de reclamar los suyos con vehemencia.

Quería más. Mucho más.

Gérard bajó con suavidad los tirantes del sujetador y cuando cayeron, se deshizo del cierre trasero, dejando expuestos sus perfectos pechos. Apenas tuvo un instante para contemplarlos antes de devorar su boca con ansias de nuevo. Ashley puso sus brazos en torno a su cuello y Gérard se excitó aún más al notar sus increíbles pechos contra él.

Ahora solo los separaba de la total desnudez, sus vaqueros. Algo a lo que le iba a poner remedio de inmediato.

Desabrochó el suyo y Ashley se derritió cuando notó sus manos bajando su pantalón. Cuando lo tuvo por los tobillos, ella misma se lo terminó de quitar con los pies y Gérard, agachado en el suelo, la miró con lujuria durante unos largos segundos, haciendo que esta sintiera un nudo en la garganta. Le encantaba cómo la devoraba con solo su mirada, y esa expresión de auténtico deseo.

Había estado con muchos tíos, aunque tampoco con demasiados, y siempre la miraban con avidez, pero no era ni de lejos lo mismo con Gérard. Casi la observaba con ternura, y no solo con la necesidad básica por satisfacer su cuerpo.

Gérard alzó sus manos, sin apartar sus ojos de los suyos, y acarició con delicadeza la parte superior de su tanga de encaje a juego con el sujetador. Ese pequeño roce le puso la piel de gallina y le dedicó una pequeña sonrisa nerviosa cuando él empezó a bajar la prenda sin prisa. Cuando la sacó por sus pies, retiró su mirada para clavarla en la unión entre sus muslos, y allí se recreó un instante demasiado largo para ella.

—Te toca a ti —señaló con sorna.

Él la miró y le lanzó una pícaro sonrisa. Se limitó a negar despacio.

—No tan rápida. Antes tengo que ocuparme de un asunto por aquí.

Su voz misma era como una caricia, y cuando sus manos subieron desde sus tobillos hasta sus glúteos, fueron dejando un rastro de fuego a su paso por su

sensible piel. Amasó con ternura la redondez de su trasero y sus curiosos dedos viajaron hacia la parte más íntima de su cuerpo desde los dos ángulos.

Ashley no podía creer que fuera a hacer eso allí mismo, porque no era algo que permitiera a sus citas de una sola noche, pero con él no le resultaba tan difícil abrirse en más de un sentido.

Reprimió un grito cuando sus dedos rozaron su monte de Venus y él le pidió con voz ronca que abriera un poco las piernas para él.

Lo hizo sin pensarlo dos veces y se estremeció cuando sus dedos la acariciaron de aquella forma tan íntima, experta y profunda. Uno de sus dedos viajó hasta su interior y Ashley pensó que explotaría de placer. Pero Gérard no tenía intención de dejarlo así, y se acercó aún más para darle placer con su lengua.

Ashley se mordió la suya para no gritar a pleno pulmón, y se sujetó a la encimera porque sus piernas empezaron a flaquear.

Después de solo unos minutos, Ashley creía que terminaría. No era de esas que llegaban al orgasmo con rapidez, pero tampoco se habían empleado de ese modo con ella, lo que era raro, ya que tampoco

carecía de imaginación entre las sábanas y le gustaba probar cosas nuevas sin cortarse un pelo.

Esto empezaba a ser todo un descubrimiento.

—Deberías... parar ya... o... me correré... enseguida —balbuceó en voz baja, viéndose incapaz de

hablar como un ser humano normal en ese instante.

Gérard soltó una risita complacida y continuó unos segundos, pero luego se apartó, dejándola desamparada y deseosa de más.

—Tienes razón —soltó con aspereza y una mirada intensa—. Ahora prefiero sentirte de otro modo

—dijo al ponerse de pie y desabrocharse los pantalones con rapidez.

Se acercó para devorarle los labios con ansias y Ashley pudo notar su propio sabor en ellos y en su cálida y húmeda lengua, que pronto empezó a jugar con la suya. Gérard la sujetó por la cintura, sin dejar de besarla, y la depositó en la fresca encimera. Por suerte, no todo el espacio de trabajo estaba lleno de trastos y restos de harina. Una vez sentada, él la llevó hasta el borde para tener mejor acceso a su interior y empezó a jugar con la punta de su miembro en su ya húmeda entrada. Iba a explotar de necesidad si no la penetraba, pensó ella.

Y vaya si lo hizo. De una estocada, la llenó por completo y solo sus besos consiguieron acallar sus ruidosos e incontrolados jadeos.

Las piernas de Ashley rodearon sus caderas y Gérard bombeó sin parar y hasta el fondo, haciéndola enloquecer.

Ashley sintió que algo muy fuerte empezaba a crecer en su interior, y casi sintió miedo de dejarse llevar, y sin embargo lo hizo, porque él no iba a dejar que fuera de otro modo al notar que su cuerpo se tensaba cada vez más.

El ritmo de sus embestidas fue creciendo, igual que el calor en el ambiente y en el interior de cada uno. Las respiraciones eran cada vez más superficiales y erráticas, y los latidos de sus corazones eran frenéticos. Ashley pensó que moriría de placer cuando le sobrevino un torrente de un intenso placer que explotó, arrasándolo todo a su paso.

Gérard no detuvo su movimiento de pelvis y sintió cada espasmo dentro de su vagina, que apretaba su pene sin descanso, haciendo que fuera muy difícil no dejarse llevar. Solo su férreo autocontrol le hizo poder acelerar sin correrse allí mismo, dentro de ella.

Al cabo de un momento, notó que su cuerpo empezaba a serenarse despacio, y fue entonces cuando se retiró con rapidez y ya no pudo reprimir por más tiempo sus instintos. Se derramó fuera, contra el suave muslo de Ashley mientras su frente estaba contra la suya. Fue arrollador, el momento más intenso de su vida.

Un gruñido muy sexy escapó de su garganta y Ashley, con las manos sobre sus hombros, bajó de la encimera cuando él se apartó para dejarle espacio.

Estaban desnudos, agitados y aún excitados, y cuando se miraron a los ojos, su primera reacción fue reír con nerviosismo.

—Creo que tendremos que añadir una limpieza profunda a la tarea para hoy — soltó ella con sorna.

—Y tan profunda —apuntó él cuando echó un vistazo al suelo.

Fue entonces cuando se desató una frenética actividad que nada tenía que ver con el sexo, y casi no pudieron ni recuperar el aliento.

El horno avisó de que había pasado media hora y la cocción había terminado; mientras Gérard se vestía a toda prisa, Ashley se lavó las manos, se puso las manoplas y sacó los bizcochos. Los puso en la encimera y se dispuso a desmoldar para que se enfriaran más rápido sobre una rejilla.

Aprovechó para ponerse su ropa también, ya que no iba a ser un buen método de trabajo andar por la cocina totalmente desnuda.

Con ayuda de Gérard, limpiaron el estropicio que habían armado en el suelo y en parte de la superficie de la isla de la cocina y, con un desinfectante, dejaron el lugar como si allí no hubiera ocurrido nada. Pero sí que había ocurrido, y poco podían hacer para obviarlo. Fue un arrebató de pasión desenfrenada que los dos habían disfrutado, y como adultos, también podían hablar más tarde. Así se lo comentó a Gérard, y este estuvo de acuerdo. Ahora mismo debían acabar con la tarta, y ya que era sábado, tocaba celebrar el cumpleaños de Olivia y descansar un poco. A poder ser, lejos de aparatos electrónicos donde se pudieran leer las últimas noticias sobre cotilleos, pensó Ashley.

—Es hora de ponerse con la cobertura —anunció—, y como esta receta se hace con *ganache* de chocolate negro, creo que os va a encantar a todos — aseguró con una sonrisa, relamiéndose.

Gérard se había quedado embobado mirando su lengua paseándose con descaro por sus labios y tuvo que sacudir la cabeza para despejarse y

centrarse.

Ashley compuso una media sonrisa.

Le pidió los ingredientes que iban a necesitar y se pusieron a trabajar en ello.

—¿Te está resultando complicado?

Gérard dejó de mirar la mezcladora, que ya estaba a punto de acabar con la cobertura de chocolate y la miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—A la receta, claro —se rió al ver su reacción y no quiso evitar el pincharle un poco—. ¿Crees que te preguntaba... no sé, por ejemplo... si te resultaba difícil trabajar conmigo después de haber follado de manera salvaje?

—Algo así, sí —musitó en voz baja, asombrado, volviéndose para comprobar que todo iba bien.

Ashley le pidió que detuviera la máquina para repasar los bordes del cuenco y luego la puso en marcha unos segundos más antes de darlo por concluido. Tenía un tacto perfecto y súper cremoso.

No volvió a mencionar el tema del sexo mientras montaban las tres capas sobre un soporte para tartas y ponían parte del *ganache* entre ellas. Cuando los bizcochos estaban bien cubiertos, los metieron en el frigorífico.

—Toca esperar media hora, luego volveremos a poner una capa gruesa de cobertura y pondremos

virutas de chocolate por encima.

—Que no se diga que nos va a faltar el ingrediente principal, ¿no? —bromeó.

—Si alguien me dice que desea una tarta de chocolate, es lo que le doy —expuso guiñándole un ojo.

Gérard sonrió y sus mejillas se colorearon enseguida. Ashley pensó que era

extraño que un hombre se sintiera avergonzado, o al menos lo pareciera, por el simple hecho de que coqueteara de un modo tan sutil. Después de haberle hecho casi de todo hacía apenas unos minutos, era aún más contradictorio.

Parecía otra persona cuando la lujuria tomaba el control de su cuerpo, lo que no dejaba de encenderla a ella. Ya estaba deseando volver a verle en esa faceta tan íntima y desatada.

Después de un instante de silencio en el que Gérard no dejaba de escrutar su rostro sin decir una palabra, fue ella la que interrumpió ese momento.

—Oye, hablando en serio, espero que no te resulte difícil trabajar conmigo de ahora en adelante después de lo que ha ocurrido antes —comentó despacio, midiendo sus palabras.

—Somos adultos y, seguro que podremos hacerlo.

Ashley meditó sus palabras y aunque sabía lo que había querido decir, el doble sentido era demasiado evidente como para dejarlo estar.

—Claro que podremos...

Gérard se rió con timidez, y carraspeó con evidente incomodidad.

—No quiero que puedas tener más problemas con el programa si alguien llegara a enterarse de...

esto —tragó saliva con dificultad y Ashley se apiadó de él.

—No te preocupes. Lo cierto es que dudo que puedan pensar que te doy un trato preferencial o algo así. Y de todos modos, no seré yo la que juzgue vuestros postres la última semana del curso. Lo único que trataría de evitar es que la prensa pudiera enterarse de esto y le diera más importancia de la que tiene —

meditó en voz alta. Se horrorizó de lo que él pudiera pensar de su último inoportuno pensamiento y quiso retirarlo, pero ya era tarde.

Él habló primero, interrumpiéndola.



—Tranquila, sé a qué te refieres —dijo con voz despreocupada. Ashley se mantuvo callada y seria

—. Sé que tu vida ahora mismo es muy complicada, y no querría ser yo quien te lo pusiera más difícil aún.

Ashley asintió y forzó una sonrisa. A pesar de sus palabras, lo cierto era que se sentía mal por si había herido sus sentimientos, porque pareció que a ella solo le importaba su imagen ahora mismo.

—El sexo no es complicado, y sí muy divertido —bromeó.

—¿Durante cuatro semanas y luego todo acabará? —propuso con cautela.

Una aventura con fecha de caducidad, eso sí era algo que Ashley manejaba con facilidad, menos mal, decidió.

—Sin ataduras, sin más implicaciones que las físicas y sin despedidas lacrimógenas —apuntó con una amplia sonrisa.

—Hecho —dijo Gérard.

Le tendió la mano y ella la apretó contra la suya.

Su calidez la envolvió y su mirada la derritió por dentro y por fuera. Se preguntó por una vez en su vida, si una aventura realmente podría ser tan fácil de acabar cuando llegara el momento.

Algo en su interior le decía que con el tiempo lo sabría, sin embargo, no podía evitar tener la sospecha de que nada en la vida era tan sencillo. Al menos ahora no.

## Capítulo 14

La tarta quedó espectacular, perfecta, y ambos estaban deseando que la homenajeadá la probara.

Pero ese día no iba a ser tan feliz como habían supuesto. Cuando Gérard subió a su habitación para echarse un rato antes de que toda la casa se levantara y

empezara el ajetreo, se encontró con que Olivia estaba llorando. La razón era que su chica había estado tonteando con un chico y pasó la noche anterior con él.

No podía creerlo, y no ya por el hecho de que fuera precisamente un tío, sino porque parecía que todo iba bien entre ellas, se entendían, y aunque no llevaban mucho tiempo juntas, creía que el apoyo que Ana le demostraba desde que empezó el curso, era una buena señal. Decir que Gérard estaba más que dolido de que todo hubiera ocurrido justo en su cumpleaños, sería quedarse muy corto. ¿Quién hacía algo así?

No lo entendía. Si Ana se sentía mal por no poder estar con Olivia en su cumpleaños, se lo podrían haber montado de tal modo que hubieran podido pasar un rato juntas. Estaba seguro de que habrían dejado que viniera, porque Paloma no era tan intransigente como aparentó en un principio. En cierto modo se alegraba, porque aún estaría más decepcionada con todo el asunto.

Se sentó en la cama de ella y le pasó un brazo por la espalda. Olivia dejó caer la cabeza contra su hombro y se dejó consolar en silencio después de soltar toda la información de golpe. Estaba derrumbada.

—¿Cómo te has enterado de lo ocurrido? —preguntó con vacilación.

No estaba seguro de querer conocer la respuesta, por no empeorar las cosas, pero necesitaba que se desahogara, que lo soltara todo, y que no se encerrara en sí misma. Hoy no. No iba a permitir que ese día acabara con esa nota triste. Ni hablar.

—Ella me lo ha dicho. Esta mañana temprano me dijo que no podía dormir, que hizo algo terrible y que no se lo podía guardar —musitó en voz baja y triste mientras sus lágrimas rodaban por sus mejillas

—. Y ahora va y me dice que esta no es forma de tener una relación, porque parece que prefiero tu compañía a la suya. Ha tenido la cara dura de echarme en cara que hiciera las pruebas para el programa contigo, y lo cierto es que aunque ella estaba deseando venir, confesó que le importaba más su ascenso...

así que dime... ¿qué debería haber hecho?

Le miró esperando una respuesta, porque sabía que él sería sincero, y aunque le doliera, Olivia necesitaba oír la verdad de la única persona en la que confiaba ciegamente.

—Ni más ni menos que lo que hiciste —declaró con franqueza—. Y aunque me parte el corazón decirte esto, creo que si ella es así, ahora que empezáis una relación, dudo que fuera buena para ti en el futuro.

Olivia apartó la mirada para secarse los ojos con sus propias manos y asintió con tristeza.

—Me he dado cuenta de eso en cuanto la he escuchado desvariar con sus dudas sobre nuestra amistad.

Gérard la miró contrariado por sus palabras y Olivia se apresuró a aclarárselo.

—Cree que porque somos amigos desde hace años y tenemos una conexión especial, algún día podría surgir algo más, y aunque le he dicho muchas veces que yo solo siento atracción física por las mujeres, no termina de creerme. La verdad es que pienso que no se fía de mí, y tal vez ha intentado hacerme ver que es imposible ser fiel a tu pareja porque cree que estoy haciendo lo mismo que ella —

expuso, soltándolo de carrerilla.

Suspiró desanimada por completo y Gérard temió que el día fuera a ser un fracaso total. No sabía por dónde empezar para arreglarlo, y tal como hacían siempre, lo hablaron durante largo rato. Si Olivia se desahogaba por completo, quizás luego podría intentar olvidar cómo había empezado esa mañana para ella. Gérard pensó en la tarta, y decidió que si no se sentía con ánimos de fiesta, se la podrían comer los dos juntos en su habitación. Incluso podrían invitar a Ashley, pensó.

Cuando su mejor amiga le preguntó por qué parecía tan distraído, y por la razón de que madrugara tanto, no le quedó más remedio que confesarle que había estado con ella, omitiendo el hecho de que estaban en la cocina para hacerle un regalo en ese día tan especial que ya no lo era tanto. Decir que se

sorprendió y que se alegró por él, no abarcaba lo mucho que la había emocionado.

No tenían secretos entre ellos, y no iba a empezar a guardárselos ahora, y en cierto sentido, era justo lo que Olivia necesitaba para olvidarse de que acababan de traicionarla de la peor forma posible. No se le ocurrió un regalo peor que el que tu pareja te deje, confesando que ha sido infiel, por si fuera poco.

Le estuvo acribillando a preguntas que él tardó en responder porque le daba vergüenza decir ciertas cosas, pero como nunca habían tenido esos prejuicios a la hora de hablar de sexo, aún con reparo, le habló de lo que ella quería saber.

Olivia estaba encantada de saber que su mejor amigo estaba teniendo una aventura, porque hacía tiempo que no conectaba realmente con una mujer, y a su parecer, Ashley podría ser justo lo que él necesitaba. Si era para algo temporal o algo duradero, ya se vería. Claro que le preocupaba que su relación pudiera afectar al programa, pero mientras ellos tuvieran claro lo que hacían, y lo que deseaban, nada tendría que complicarse. No sería tan fácil ser discretos en una casa llena de gente día y noche, pero era cuestión de saber montárselo, como bien le hizo ver.

Cuando llegó la hora de comer, Ashley también estaba algo saturada.

Sus padres la habían llamado, también los Kelley para volver a disculparse por su hija, y notaba incluso dolor de cabeza. Tenía el móvil continuamente con la lucecita de los mensajes y llamadas parpadeando, y solo tenía ganas de apagarlo o tirarlo a la piscina. Por accidente, claro.

Lo volvió a dejar en silencio y trató de dejar a un lado la infinita preocupación de su familia y la de sus antiguos jefes, que se sentían culpables por imaginar que Leslie había oído la conversación que tuvieron el día anterior. Sin duda se había enterado de ese modo de su divorcio, porque sus padres supieron poco después que estaba en casa en ese momento, aunque no se molestó en saludarlos siquiera.

Su relación también se había visto afectada por los recientes acontecimientos,

y todo lo demás, se resentía por su culpa. La familia Kelley y el restaurante estaban peor que nunca por las acciones de una chica tonta que solo quería hacerle daño, y Ashley se sentía responsable por no haber sido capaz de arreglarlo antes de marcharse. A pesar de que incluso ellos se negaban a aceptar su culpabilidad, lo cierto era que le costaba quitarse esa sensación de angustia de encima.

Ahora que no había mucho que pudiera hacer, solo debía centrarse en el presente, en la fiesta, y en la reunión del día siguiente. Sería un momento difícil, porque si ese proyecto fracasaba, tendría que marcharse a casa y enfrentarse a todo. No estaba lista para ello. Quería hacer un buen trabajo, porque siempre se dejaba la piel en lo que hacía, y no quería seguir fracasando en algo que sabía que se le daba bien, y que tanto le gustaba.

No podía permitirlo, así de claro.

Se sorprendió encontrarse la mesa como si fuera de gala. Parecía de revista, con las copas brillantes, los cubiertos y la vajilla súper elegante, y dos centros de mesa con preciosas y llamativas flores de colores.

—Vaya, Paloma, esto es una preciosidad —le dijo cuando vio que salía de su despacho junto a su

ayudante—. Me encanta lo que han montado para comer hoy.

Deborah la miraba de una forma extraña, pero Ashley no pudo pensar en ello demasiado rato cuando Paloma le aseguró que sin la ayuda de esta, no lo habría logrado.

—Entonces, felicidades a las dos por este gran trabajo. Seguro que a Olivia le gustará también.

Deborah forzó una sonrisa, pero no dijo nada. Ashley pensó que no le gustaba nada que no reconociera su trabajo, pero qué podía hacer. No tuvo intención de menospreciar su esfuerzo y había tratado de enmendar su leve metedura de pata. Tampoco era para tanto, pensó.

—Eso espero y... por cierto, ¿dónde está? —preguntó Paloma cuando advirtió

que aún no había bajado de su habitación.

—No tengo ni idea —admitió—. Esta mañana, Gérard y yo hicimos —titubeó un segundo, pero carraspeó e hizo como si nada— la tarta, y quedó muy bien. No les he visto desde entonces. He estado en mi habitación todo este tiempo.

—Supongo que no tardarán en reunirse con todos. Los chicos del catering empezarán a trabajar en unos veinte minutos —dijo mirando su reloj de pulsera.

—Eh, Ashley —la llamó Erika.

Ella y Jenna entraban desde el jardín y ambas parecían muy felices. Pensó que habrían tenido una noche movidita, y lo que no sabían era que también tenía cosas que contarles.

—¿Por qué no te has puesto el vestido negro que te compraste el otro día? —preguntó Jenna.

—Será mejor que lo lleve esta noche para la fiesta, porque ahora mismo no tendría mucho sentido,

¿no crees? —bromeó ella.

Todo el mundo vestía de manera informal, la mayoría con vaqueros o pantalones deportivos y camisetas de manga corta o tirantes, ya que hacía calor; y llevar un vestido elegante y sexy, no conseguiría que pasara inadvertida, que era justo lo que quería. Hoy era el día de Olivia, y aunque le preocupaba que no estuviera por allí a esas horas, todo giraría en torno a la cumpleañera.

—¿Dónde están Gérard y Olivia? Solo faltan ellos —dijo Erika.

—Supongo que no tardarán —dijo ella de manera despreocupada.

Jenna la escrutaba con el ceño fruncido y Ashley desvió la mirada. No era el momento de ponerse a contarse confidencias, y sabía cómo reaccionarían cuando se enteraran. Montarían una buena, y era muy posible que incluso la riñeran. Era cierto que la habían alentado, y bromeado con el hecho de que

podría ligar con él, pero por otro lado, las tres sabían que era un momento delicado, con todo lo que estaba pasando con Leslie y con el programa. Lo que tampoco sabían era que tal vez hoy era su último día en Madrid.

Se sintió mal por no habérselo contado, pero tenía tantas cosas en la cabeza, que en cualquier instante podría explotar y salpicar por todos lados. No sabía ni por dónde empezar a explicarles.

Quizás era mejor no ponerlas en el peor de los casos hasta estar segura de que se marcharían. ¿Por qué darles el disgusto para nada? ¿Y si todo seguía su curso? Hasta el día siguiente, no sabrían en qué quedaba todo el tema de la reunión.

Como estaban junto a la escalera, fueron las primeras en advertir que Gérard y Olivia se unían al resto. No se la veía muy animada, y tenía los ojos y la nariz enrojecidos como de haber llorado, lo que preocupó a las chicas.

—¿Va todo bien? —inquirió Ashley en voz baja.

Cuando se acercaron lo suficiente, Gérard, con un brazo protector en torno a la cintura de su amiga, les habló bajito.

—El día no ha comenzado como habríamos querido —expuso con un leve arqueado de cejas y dirigiendo una mirada significativa hacia Olivia y luego a Ashley—, pero bueno, a pesar de este

resbalón, creo que lograremos salvar el sábado.

—Claro que sí. Muchas felicidades *Oli* —dijo Ashley dándole un fuerte abrazo. Esta se lo devolvió con entusiasmo.

Sin embargo, al separarse, Ashley pudo ver que unas lágrimas nuevas resbalaban por sus mejillas.

Las limpió, pero no le preguntó qué le ocurría. Era evidente que algo doloroso, porque se reflejaba con claridad en sus ojos.

—Anímate, guapa. Hoy es tu día. Deberíamos hacer una fiesta y emborracharnos todos, ¿qué te parece?

Soltó una risa nerviosa y asintió con efusividad, para sorpresa de todos.

—Eso sí que me apetece —musitó con la voz un poco quebrada.

Erika y Jenna estuvieron de acuerdo y le felicitaron el cumpleaños en inglés y luego en español, con un acento no muy bueno que divirtió a todos. Olivia le dio las gracias y tuvo que darlas unas cuantas veces más cuando el resto se acercó para saludarla y felicitarla también.

Se sentaron a la mesa para disfrutar de una comida muy especial a base de canapés, ensaladas de marisco, y langosta como plato principal. De postre tomaron un helado casero de canela buenísimo, y cuando Ashley y Gérard fueron a por la tarta, con una vela en el centro, todos empezaron a cantar el cumpleaños feliz.

Cuando acabaron de aplaudir, Ashley le preguntó a Gérard si quería decir unas palabras, pero le veía tan nervioso, que al final fue ella misma la que habló.

—Hoy es un día muy especial —empezó. Para sus adentros se dijo que tal vez sería el último, pero se guardó esa información, aún con pesar, hasta que no supiera que era decisivo—. Ha sido un placer conocerlos a todos, y estar trabajando esta semana a vuestro lado. Espero seguir haciéndolo, claro —

bromeó riéndose, lo que hizo que todo el mundo la imitara, incluidos Donovan y Paloma—. Y Olivia, eres una mujer extraordinaria —declaró sin dejar de mirarla—, espero que consigas todo aquello que desees, porque te lo mereces. Y no lo digo porque es una frase bonita y quiero que mi discurso quede bien, sino porque a pesar de que te conozco desde hace muy poco tiempo, sé que eres una persona hermosa por dentro y por fuera. Brindemos por la homenajeada —levantó su copa con champán y todos hicieron lo mismo.

Había conseguido emocionarla de nuevo, pero Ashley vio en su mirada, que esta vez eran lágrimas de felicidad.

—Y debo informarte de que la idea de la tarta fue de Gérard, que ha hecho un trabajo increíble.



Estoy segura de que os encantará a todos —anunció Ashley.

Le dedicó una breve mirada y vio que este se sonrojó con violencia y se rió con evidente nerviosismo. Olivia estaba emocionada y sorprendida por su regalo.

—Hubiera sido incapaz de hacer la tarta yo solo —aclaró en voz baja—. Ashley se encargó de la mayoría del trabajo —admitió.

—Eso me encaja más —bromeó Olivia entre risas.

Todos se divirtieron con la burla cariñosa de la cumpleañera, pero las amigas de Ashley les observaban sin perder detalle de sus intercambios de miradas. No podían evitar rehuirse el uno al otro, y tampoco el lanzarse miradas de soslayo cada vez que ambos creían que nadie les observaba.

Cuando se volvieron a sentar a la mesa para disfrutar de la deliciosa tarta de chocolate de tres capas, Erika no pudo aguantar más y le preguntó de la manera más directa, la que acostumbraba.

—¿Ha pasado algo con Gérard? —inquirió en voz baja.

Jenna estaba a su otro lado y ambas estaban inclinadas hacia ella para evitar ser oídas.

Ashley carraspeó incómoda.



—No sé de qué demonios habláis —dijo en voz baja, fingiendo indiferencia.

Puso cara de circunstancias cuando sus dos amigas empezaron a reírse por lo bajo y a cotillear como si no estuviera presente.

—Te lo dije, no paran de mirarse.

—Sí, es ese momento violento después del sexo.

—Seguro.

—¿Ves que no para de mirarla todo el rato?

—¿Ves que ella tampoco?

—Se han acostado y no nos lo quiere decir.

—Qué mala amiga...

Y así estuvieron un rato hasta que Ashley se dio por vencida y se cansó de sus cuchicheos. Si al menos no estuviera sentada en medio de las dos, podría haberlas ignorado más fácilmente, pero sus amigas sabían bien cómo sonsacarle información cuando querían. La habían acorralado a propósito.

—Bien chicas. Sesión de cotilleo terminada. Reunión en mi habitación en quince minutos —bromeó con la cara más seria que pudo poner.

Las chicas chocaron los cinco en sus narices y al final concluyeron su plan para averiguar la verdad.

Ashley sonrió. Lo cierto era que se moría de ganas de contarles todo con pelos y señales, aunque le daba miedo lo que pudieran decirle. Que era un error y todo eso. Pero eran sus amigas; solo querían protegerla, y que no sufriera.

No iba a pasar nada, se dijo. Gérard y ella eran adultos, y no tenían por qué complicar algo que no tenía por qué serlo. Sería solo sexo, y cuando llegara el final del programa, se dirían adiós y cada uno volvería a su vida. Ella a Miami, muy lejos de España.

Simple.

Tal y como había imaginado, sus amigas, se sorprendieron por lo ocurrido, aunque no tanto como esperó. Le preguntaron cosas de lo más íntimas y Ashley no dudó en excederse en detalles. Eran sus amigas, y lo cierto era que jamás habían tenido problemas para contar ese tipo de cosas. Pasaron la tarde allí tiradas en la cama de Ashley, cotilleando, escuchando música y tomando café.

El resto estuvo un rato en la piscina y luego viendo una película. Habían

quedado todos en montar una pequeña fiesta después de la cena, por lo que tenían el resto de la tarde para hacer cuanto quisieran.

Donovan y Paloma salieron de la casa para estar a solas, y Ashley supuso que irían a la casa de ella, aunque tampoco iba a preguntar. Ahora que todos sabían que no estaban juntos, no tenían que andar a hurtadillas, lo que era un descanso para ambos a decir verdad. Ya no tenían que fingir que estaban casados, y que las salidas de Donovan y su nueva novia eran por trabajo. Aunque aún les miraban con cierto discreto asombro, Ashley no podía culparles, porque aquello parecía casi una serie dramática de televisión. Solo esperaba que con el tiempo todo ese revuelo se olvidara, y sus vidas dejaran de ser un circo mediático. Se trataba de su vida.

Empezaron a arreglarse para la cena y las chicas fueron a sus habitaciones para ducharse. Más tarde se volvieron a reunir en el cuarto de Ashley para maquillarse y peinarse.

Cuando Ashley se miró en el espejo, se vio de lo más sugerente.

¿Pensaría Gérard que estaba sexy?

No tenía ni idea del tipo de mujer que le gustaba, y el que se hubieran acostado, no significaba que ella lo fuera. Tal vez las prefería menos exuberantes, más sencillas y no tan conocidas. Tampoco estaba pensando en tener una relación a largo plazo, por lo que todo eso en realidad era una tontería. Mejor dejar esas preocupaciones absurdas a un lado. Su vestido corto con un solo tirante asimétrico, era muy seductor. Dejaba sus largas piernas suaves al descubierto y el conjunto lo complementó con unos botines negros con tacón alto. Hoy serían casi de la misma altura, se dijo. Gérard no mediría mucho más de un metro ochenta, por lo que sus zapatos la dejarían esa noche solo unos pocos centímetros por debajo, ya que tampoco era una mujer bajita precisamente.

—¿Creéis que me he pasado un poco?

Su pelo caía con suaves hondas por su lado derecho, y le daba un aspecto muy sofisticado con el maquillaje suave que había usado, pero aún con todo, era una pequeña fiesta entre amigos en una casa, y no una gala a la que tuviera que

asistir de etiqueta.

—Estás preciosa y, es una fiesta, por el amor de Dios —soltó Jenna con infinita paciencia—. Es sábado, así que es motivo más que de sobra para arreglarse. No te preocupes, estás perfecta.

Erika le dio la razón y se miró en el espejo del cuarto de baño detrás de ella.

—No es por nada, pero creo que yo voy mejor que vosotras dos juntas —bromeó.

—Es cierto —admitió Ashley con una amplia sonrisa.

Su amiga llevaba un vestido vaporoso ajustado por la parte del corpiño y con una falda por encima de la rodilla. Tenía unos vivos colores verdes y amarillos y un escote corazón que resultaba muy favorecedor.

Jenna había optado por una falda ajustada negra por la cintura y una blusa blanca de manga larga con un lazo al cuello.

Las dos llevaban tacones altos, estaban guapísimas y elegantes. Listas para pasarlo en grande.

Sus chicos se quedaron embobados cuando bajaron las tres juntas, y Erika y Jenna también estaban babeando por los guapos técnicos de imagen del programa. Todo el equipo había sido invitado a la fiesta, aunque no todos asistieron porque tenían compromisos previos. Lo que sí había era gran cantidad de gente, por lo que el catering optó por un bufet libre y así cada uno podría elegir entre sentarse o comer de pie, ya que la sala de reuniones estaba abarrotada.

Lo pasaron en grande; charlaron, contaron anécdotas y aunque Ashley estaba algo nerviosa por el día siguiente, trató que no se notara. Esa noche debía desconectar de todo. Ya no podía hacer nada para dar marcha atrás a todo lo que había pasado esa semana. Para algunas cosas, no deseaba hacerlo.

Gérard estuvo al lado de Olivia en todo momento, pero se le veía algo callado para estar en una fiesta, y no sabía si era por lo sucedido entre ellos, por su

amiga, o porque las multitudes no le gustaban mucho. En cualquier caso, Ashley no podía quitarle la vista de encima, y algunas veces hasta se sentía celosa de que cualquiera de las chicas presentes se le acercaran con demasiada confianza. Ella no se atrevía a mostrarse así con él, porque sentía que podrían juzgarla, o pensar mal. Y lo cierto era que Deborah había mostrado un claro apego por él, lo que tampoco le agradaba.

¿Por qué se sentía tan molesta?

Gérard no manifestó ningún interés especial en ninguna otra. Noemí estaba casada, Paloma no contaba, porque todos sabían que tenía algo con Donovan, Erika y Jenna tenían sus propios ligues, así que solo Miriam, Thais y Deborah parecían competir por su atención.

Por un segundo pensó que estaba haciendo el tonto. Debería acercarse a él, hablar como si nada y así dejar de pensar que otros podrían sacar conclusiones, ya que eso estaba solo en su cabeza. Nadie sabía lo que había ocurrido esa mañana, de modo que no sospecharían que estaban liados por el simple

hecho de charlar un rato en una fiesta, ¿o no?

Suspiró de pura frustración.

No sabía por qué se complicaba tanto por algo que solo existía en su mente. Nunca había tenido ese complejo e inseguridad con respecto a un tío. Lo que ocurría era que Gérard no era cualquiera, y además, estaba viviendo temporalmente con él. Tendría que verle a diario. Eso dificultaba un poco las cosas. No era un ligue del que se pudiera deshacer después de un polvo rápido.

Y lo cierto era que sentía que esta vez no sería así. Eso era lo que con seguridad, le daba más pavor.

Al cabo de un rato, Paloma anunció que había barra libre en la zona de entretenimiento, y cuando llegaron allí, se dieron cuenta de que eran más que unas bebidas sobre una mesa improvisada.

Habían instalado una nueva barra muy moderna con luces de neón, había dos camareros muy elegantes esperando para servirles, música, asientos tipo *puff* y un ambiente festivo muy distinto al que habían visto hasta entonces en esa parte de la casa. La iluminación azulada le daba un aspecto de discoteca elegante que a Ashley le encantó.

—En tu honor, Olivia —dijo Paloma—. Espero que disfrutéis toda la noche y... que no bebáis demasiado. No querría encontrarme mañana a un montón de gente desnuda o en ropa interior por las zonas comunes —bromeó.

Todos rieron con entusiasmo y así dio comienzo la fiesta. La gente se desperdigó por las diferentes zonas, algunos fueron hasta la sala de cine con sus copas y pusieron una película tras otra, y otros se dedicaron a jugar con la consola y a competir con las guitarras. Ashley ganó a unos cuantos. Algunos participaban solo por probar, como Noemí y Lucas, y no les importó demasiado el no haber acertado casi ninguna nota musical.

—Siento decir que esto se me da genial —comentó con burla.

—¿Lo sientes? —preguntó Gérard, que por primera vez esa noche hablaba con ella directamente.

—Sí. Creo que eso me hace parecer un poco... —buscó la palabra un segundo — friqui; pero es que

me encantan este juego y la Wii.

—Está bien, creo que puedo superarte —expuso él.

Ashley le miró con intriga. Asintió y aceptó el reto.

—Oye, Ashley, creo que debo advertirte que Gérard es bastante bueno en esto —comentó divertida Olivia.

—Tranquila, puedo con él. Seguro —añadió con una leve connotación sexual en sus palabras.

Tanto Olivia como sus amigas se empezaron a reír por lo bajo, y como estaban sentadas cerca para ver el espectáculo, empezaron a animarles a los dos.

Él se limitó a sonreír de forma nerviosa.

—Tienes manos de guitarrista, Gérard, seguro que puedes ganar —intervino Deborah.

Este no dijo nada, solo asintió, y cuando la ayudante de Paloma se giró para mirarla a ella, Ashley se dio cuenta de que le lanzaba una mirada fija e inquietante. Cuando la volvió a mirar, esta compuso una sonrisa neutra, y pensó que se lo habría imaginado. Sí que se fijó en que observaba a Gérard de un modo bien distinto, pero tampoco le extrañaba que sintiera algo por él. Estaba como un queso con ese pantalón gris de vestir y su camisa blanca desabotonada por arriba; arrebatador, pensó.

Ni siquiera esas prendas de vestir, ocultaban su buen físico, y tuvo que hacer acopio de su fuerza de voluntad para no arrastrarle por toda la casa hasta su habitación.

—Empecemos —dijo.

Gérard estuvo de acuerdo e igual que ella, se preparó para la competición. Sin embargo, pronto actuaron como si estuvieran haciéndolo para un público y no para ver quién de los dos era el mejor. Las chicas se volvieron locas y chillaron y rieron para animarles. Era evidente que poco a poco se había

establecido una conexión entre ellos, y sin darse ni cuenta, ambos actuaban como si estuvieran sincronizados.

Acabaron la canción y chocaron los cinco. Había sido un buen empate, de modo que tocaba celebrarlo. Erika eligió un método que Ashley empezó a cuestionar en cuanto su amiga lo soltó en voz alta.

—¡Margaritas para todos!

Erika hizo un gesto con las manos para indicar que iban a tomar algo y todo el mundo se animó.

—Oh, maldición. Margaritas no —se quejó Ashley en voz alta.

Todos la observaron y hasta la música se detuvo. Sonrió con nerviosismo y dio gracias a la providencia porque la siguiente canción empezó. Habría sido más incómodo aún si el equipo de música se hubiera estropeado y el silencio se hubiera prolongado por más tiempo. Se apresuró a aclarar su comentario.

—Hago tonterías cuando bebo tequila, así que creo que me abstendré esta noche —dijo de la manera más despreocupada que pudo.

Negó con la cabeza a sus amigas para no repetirlo en inglés para ellas.

—Vamos, es una noche de fiesta. Hay que divertirse —intervino Jenna con un arqueado de cejas.

Miró a Gérard y luego a ella, y acto seguido, el resto hizo lo mismo y los dos se quedaron mirándose en la breve distancia que los separaba. Ashley se sintió violenta porque era evidente que los dos habían contado lo ocurrido a sus amistades más cercanas. Solo Cristian y Leo parecían ajenos a lo ocurrido y charlaban de otros temas.

—Bien, tomaré una copa —aceptó comedida.

—Como si fueras capaz —se burló Erika, echándose a reír a carcajadas.

Ashley se rió a su pesar, aunque estaba siendo objeto de burlas y risitas por lo bajo. En el fondo, se lo estaba pasando en grande, y vio que Gérard no estaba molesto por su indirecta participación en esa broma encubierta. A ella le tocó explicarle lo que sus amigas habían dicho antes.

Al cabo de un rato, las chicas bailaban las movidas canciones en la única zona donde podían, y junto a ellas, Noemí y su marido jugaban al billar contra Miriam y Thais. Paloma y Donovan se marcharon temprano, al igual que otros técnicos del programa, y cada vez quedaban menos.

Se lo estaba pasando muy bien, pero se sentía mal cada vez que veía a Deborah intentando ligar con Gérard.

Sus amigas querían echarle una mano y por esa razón no se habían marchado ya con sus chicos, que habían aprovechado para jugar al fútbol en la consola



como niños.

—Toda fiesta tiene su momento de música lenta, achuchones y carantoñas... Yo voto por poner una canción para bailar pegados —dijo Erika— y así podrás estar muy pegadita a Gérard —cuchicheó.

Olivia estaba charlando con ellas y miró con interés a Erika al oír mencionar el nombre de su mejor amigo. Le preguntó a Ashley qué estaba diciendo, y esta le tradujo al español, aun avergonzada, lo que su amiga había soltado, aunque maquillándolo un poco. Aún no estaba del todo cómoda hablando de sus intimidades con una desconocida, aunque esta no parecía para nada violenta, sino muy dispuesta a colaborar en un plan que parecía de todo menos de mujeres adultas.

—Creo que es una estupidez, esto no es un baile de fin de curso...

—Anda ya —soltó Jenna haciendo un gesto con la mano para quitar importancia—. Aquí lo que cuenta es que puedas intimar con él. Y, ¿a quién no le gustan los bailes?

Ashley volvió a poner al tanto de la conversación en inglés con sus amigas a Olivia y esta estuvo de acuerdo. Ella no tenía pareja, pero estaba deseando ver bailar a Gérard. No se le daba mal, pero sabía que aunque tuviera ganas de sacar a la pista a Ashley, no lo haría sin un empujón. También le hizo saber

esto a ella, y esta tuvo que seguir actuando como una intérprete entre unas y otras. Empezaba a ser cansado tener que repetir la misma conversación una y otra vez.

Actuaron como si lo hubieran ensayado antes. Erika se levantó para ir en busca de Cristian para que le ayudara con la música, Jenna fue a por los margaritas y Olivia se acercó a Gérard, que se había unido un rato a los chicos. Quería estar allí para sacarlo a bailar, o de lo contrario, sería imposible que se lanzara, aún con una copa en el cuerpo. Necesitaba más motivación.

Al cabo de unos minutos, la dulce voz de Michael Bublé inundó la estancia. Todos se quedaron sorprendidos, aunque Ashley algo más molesta con sus

amigas que otra cosa. ¿Qué pretendían? Ellas sabían lo mucho que le gustaba su música, y era casi una jugarreta. Menudas amigas.

Erika agarró a Cristian, y tras un leve tira y afloja, logró que bailara con ella la canción sensual y lenta que sonaba por los altavoces. Jenna no tardó en lograr que Leo la acompañara. Noemí se unió con su marido, bastante animados por poder bailar juntos y Olivia fue la última en conseguir que Gérard se les uniera. Mientras los otros se movían al compás, muy cerca de su pareja, estos lo hacían con un palmo de distancia entre ellos.

No era de extrañar que las chicas solteras estuvieran esperando su turno para moverse al ritmo de la música junto con Gérard, pero cuando Olivia se arrimó a la posición de Ashley, lo más discreta que pudo, y se separó de él para lanzarle (casi literalmente) en sus brazos, algunas suspiraron.

La música se detuvo un instante y enseguida empezó otra canción. Para agitación de Ashley, esta era incluso más sensual que la anterior.

—Bailad esta por mí. Yo me voy a descansar ya, que hoy estoy agotada —dijo Olivia.

Le dio un beso a Gérard y otro a Ashley y se despidió del resto con un gesto con la mano.

A excepción de las antipáticas de siempre, Erika y Jenna fueron a darle dos besos en las mejillas a la cumpleañera y le desearon buenas noches en un chapucero español que a ella le hizo sonreír. Volvieron con sus parejas y fue entonces cuando se quedaron uno frente a otro sin saber muy bien qué hacer.

Gérard la escrutaba con seriedad, y Ashley no fue capaz de sostener su mirada. Dio un paso hacia él y pronto sus cuerpos quedaron muy cerca. Ella colocó sus manos sobre sus hombros y él las dejó caer con suavidad en su cintura. Ashley contuvo el aliento al notar su calidez. Era embriagadora, al igual que su masculino y fresco aroma.

Ashley notó que su respiración y sus latidos se aceleraban, y percibió que a él le ocurría lo mismo, ya que al acercarse un poco más, sintió su aliento rozando una parte muy sensible de su cuello. Pensó que le daría algo allí mismo.

Apenas fue consciente de que poco a poco se fueron quedando solos. Cuando acabó la canción y se separaron, echaron un rápido vistazo a su alrededor y se lanzaron una mirada que lo dijo todo.

## Capítulo 15

Ashley le tendió la mano y él la aceptó de inmediato, con una pequeña sonrisa y una oscura mirada cargada de deseo. Al notar su contacto, sintió que apenas lograría llegar a su habitación, pero sabía muy bien que valdría la pena el esfuerzo por contenerse.

La casa estaba en absoluto silencio a esas horas. Los camareros hacía rato que se habían marchado, al igual que los del catering. Ahora mismo solo estaban ellos dos solos, subiendo a la escalera; y cuando llegaron a la habitación de Ashley, cerraron la puerta con la llave.

Gérard se quedó mirándola, escrutando cada palmo de su cuerpo desde esos sugerentes taconazos hasta sus ojos. Ashley se giró para mostrarle la espalda y ladeó el cuello para mirarle de soslayo.

—Necesito ayuda con la cremallera —susurró.

No mentía del todo, aunque podría haberse deshecho de ella de haber estado sola, pero le parecía una buena forma de lograr que Gérard le pusiera las manos encima de una vez. A pesar de que el alcohol le nublaba un poco los sentidos, tenía muy claro que deseaba estar con él, tocarle por todas partes, y fundirse con su cuerpo.

Gracias a las luces exteriores que entraban con timidez por su ventana, su vista se adaptó a la poca claridad de la estancia y vio que Gérard se acercaba con cautela hacia ella. En lugar de ir al grano, pegó su cuerpo al suyo y colocó ambas manos en sus caderas. El pulso de Ashley se aceleró y se estremeció por la anticipación.

Todo su ser estaba a la espera, añorando con fuerza un contacto más íntimo. También se sentía algo nerviosa, pero a su vez, segura de lo que quería. Lo deseaba y lo necesitaba de un modo que no era normal en ella, como si al estar con él, de alguna manera, algo encajara en su interior, aunque no supiera el

qué.

Gérard besó su cuello desnudo y Ashley se echó sobre su hombro derecho, dándole mejor acceso.

Sus manos se movieron y ella quiso protestar, pero se contuvo al sentir que su vestido se aflojaba y empezaba a caer al suelo, dejando al descubierto su conjunto de sujetador sin tirantes y braguita de encaje de color azul eléctrico. Claro que con la poca iluminación, solo se distinguían unas prendas oscuras en contraste con su piel clara.

Quiso darse la vuelta, pero él no se lo permitió. La sostuvo con determinación donde estaba y sus dedos viajaron hacia abajo para acariciar la suave tela que apenas cubría su trasero, para acto seguido subir hasta sus pechos.

Ante ese cambio de idea, Ashley sonrió para sí, y se quedó donde estaba, sin moverse, solo sintiendo, y dejándose llevar a donde él quisiera. Jamás había hecho nada parecido, deteniéndose en una tarea como la de desnudarse sin prisas, experimentando cada momento, y lo disfrutó segundo a segundo.

Cuando Gérard masajeó sus pechos por encima de la tela, pudo notar cómo su pecho subía y bajaba cada vez más deprisa, y también percibió que su respiración se acompasaba a la suya.

No dejó de besar su cuello, mandíbula y mejillas, para luego detenerse con el lóbulo de su oreja. Lo mordisqueó con suavidad, enviando oleadas de placer por su cuerpo, hasta que estas se unieron en el núcleo del deseo que tan desesperadamente pedía atención. Ashley se obligó a mantener la cordura, aún con lo difícil que le estaba resultando, y más aún cuando él se deshizo del sujetador, sin dejar de acariciarla, erizando su piel con la calidez de su aliento sobre ella.

La prenda voló hacia el suelo y Gérard les dedicó todas sus atenciones. Abarcó sus pechos con sus

fuertes y candentes manos y se entretuvo unos instantes con sus pezones, hasta que estos estuvieron endurecidos y muy sensibles, al igual que el resto de su cuerpo.

La deseaba como no había deseado a ninguna otra mujer antes, y pensaba tomárselo con calma ahora que tenía todo el tiempo del mundo. Claro que pensar en la cama que había a poca distancia de donde estaban, hacía que todo su autocontrol se tambaleara como el epicentro de un terremoto.

—Eres tan suave —susurró junto a su oído.

Ashley se derritió allí mismo, se humedeció los labios y se volvió para encontrarse de frente con él.

Esta vez, Gérard no opuso resistencia, porque estaba deseando contemplarla desde todos los ángulos, y se quedó asombrado de su belleza. Era un ángel a sus ojos, con su pelo rubio cayendo en cascada, sus azules ojos brillantes, oscurecidos por el deseo, y casi por completo desnuda.

Gérard puso sus manos sobre la única prenda que le quedaba puesta y estas fueron hasta apretar sus dulces glúteos contra él, para que viera que no era la única que estaba a cien en ese momento. Su erección se marcaba bajo su pantalón y a Ashley se le secó la boca cuando la notó contra la parte baja de su vientre.

Sus dedos también tenían vida propia, y mientras Gérard introducía los suyos bajo el encaje de sus braguitas y la excitaba aún más con su roce, ella empezó a desabotonar los botones de su camisa blanca.

Sus labios se encontraron y casi los hizo consumirse en llamas, como en un fuego que con el viento se aviva cada vez más y más, hasta adquirir proporciones alarmantes. Suaves jadeos escapaban de sus labios, y Ashley sonrió con suficiencia cuando él se estremeció al sentir sus manos sobre sus pectorales.

Ashley dejó caer su camisa y sin dejar de besarle, y de tentarle con su lengua en un juego de lo más sexual y peligroso, disfrutó de su suave tacto, de su musculoso cuerpo y su firme espalda.

Notó que los dedos traviosos de Gérard se movían despacio, dándole placer, y que segundos después introdujo uno de ellos en su interior. Jadeó entre beso y beso, y se encendió como una antorcha olímpica. Sus dedos palparon cada

músculo de su espalda, para luego pasear sus uñas por el mismo lugar, sin hacerle daño, pero marcando con suavidad su sensible piel. Gérard reaccionó con violencia a aquel sensual ataque, y con su mano libre, tiró de la prenda de encaje hasta bajarla a medio muslo y entonces fue ella la que la hizo descender del todo hasta sus pies.

—Ahora te toca a ti desnudarte por completo —dijo cuando se separó para tomar aire.

Su respiración era cada vez más irregular, y temía caer desmayada por la intensidad del momento.

—Eso está hecho —soltó él con resuello.

Se desabrochó el pantalón y lo bajó en un segundo, y sus calzoncillos elásticos de color negro fueron detrás en un tiempo récord. Se giró para lanzarlos lejos y evitar pisarlos.

Antes de que Ashley pudiera reaccionar, dio un paso hacia ella, la sujetó por los brazos, apretando lo justo para moverla, y la dejó caer en la cama. Su pelo quedó esparcido por la sábana y cuando se inclinó para besarla, le acarició con ternura las mejillas.

Ashley se movió hasta colocarse en medio de la amplia cama y Gérard le sujetó las piernas para que las mantuviera abiertas para él.

—No te muevas... no me gusta saltarme los aperitivos, y menos sin son tan deliciosos como este que tengo justo delante —musitó con voz grave.

Sonrió a pesar de que sentía todo su cuerpo lánguido, dispuesto a su merced para que hiciera lo que se le antojara con él, y se preparó para recibir el mayor placer de su vida cuando Gérard jugueteó con su lengua en la húmeda entrada de su vagina. Este prestó especial atención a su hinchado clítoris y ella hizo lo que pudo para mantener su posición y no retorcerse de placer. La peor parte se la llevaron las sábanas, ya que las sujetaba con fuerza y tiraba más y más con cada lametazo, con cada caricia y cada nueva invasión de sus dedos.

Cuando ninguno de los dos podía ya aguantarlo más, Gérard se incorporó y se

abalanzó sobre ella.

Ashley notó su sabor en sus húmedos y calientes besos, y no pudo evitar gritar de placer cuando la penetró de una estocada lenta y profunda. Entrelazó sus piernas sobre su espalda y apretó más, como una señal silenciosa que pedía más y más, a lo que él respondió con entrega lo que le exigía con tanto ímpetu, ya que sus ansias eran equivalentes.

Le pidió cambiar de posición porque le encantaba estar encima y poder llevar la voz cantante, marcar el ritmo de las embestidas, y le cabalgó con desbordantes ansias sin detenerse, empalándose contra su miembro una y otra vez, hasta que el clímax se hizo con el control total de su cuerpo y su mente, haciéndola explotar en torno a él, contrayendo su sexo con fuertes espasmos sin cesar.

Gérard notó que no podía más, y aún sin entusiasmo, salió de su interior y llevó la mano de Ashley hasta su miembro. Esta comprendió lo que le pedía, y bombeó con firmeza su pene arriba y abajo, usando sus propios fluidos para subir y bajar con mayor facilidad por toda su longitud. Le ponía muchísimo ser la dueña de su orgasmo, al igual que a él, el hecho de que ella le estuviera acariciando de aquel modo tan íntimo.

Cuando explotó, Ashley notó el caliente líquido resbalando por su mano y no se detuvo hasta que él empezó a relajarse. Nunca había hecho nada parecido con otro tío, y por una vez en su vida pensó que aunque había estado con algunos hombres, que no demasiados, lo cierto era que su experiencia no era tan extensa como había pensado hasta el momento. Pocas veces había dado placer con sus manos o había practicado sexo oral, y tampoco dejaba que se lo hicieran a ella, lo cual era extraño, pero siempre le había resultado algo demasiado íntimo, como si para llegar a eso, tuviera que existir un vínculo más profundo que un simple polvo pasajero.

Y sin embargo allí estaba, con alguien a quien conocía hacía apenas unos días, y con quien se había acostado ya un par de veces, durante las cuales, hizo más cosas perversas que con nadie.

—Voy a darme una ducha —comentó divertida—. Hay sitio para dos... ¿te apuntas?

Gérard soltó una risita nerviosa.

—Será la primera vez que entre en el baño con una mujer, así que no me negaré —aceptó sin titubear.

—Perfecto.

Se levantó y fue hasta allí, encendió una de las lámparas que había junto al lavabo, abrió el grifo y ajustó la temperatura antes de entrar en la bañera con mampara y coger el jabón. Gérard estuvo dentro en un momento y cuando se echó gel en las manos, las pasó por todo su cuerpo, enjabonándola con delicadeza, sin intención de excitarla, pero lográndolo de igual forma.

Cuando fue el turno de Ashley y se giró hacia él, notó que ya estaba como una moto, listo para la acción. Su erección apuntaba con descaro hacia ella, y lo único que pudo hacer fue mirarle con deseo.

—¿Alguna vez lo has hecho bajo el agua? —preguntó Ashley cuando agarró su pene y movió su mano con un ritmo pausado y constante.

—No sé si es una buena idea —comentó dubitativo—. No parece muy cómodo...

Ashley lo pensó unos segundos.

—Creo que tienes razón, pero podemos intentarlo...

Gérard la miró con deseo por toda respuesta. Se inclinó para besarla y dejaron de hablar durante un buen rato. Esa noche, se quedaron dormidos en la cama de ella, abrazados, y sintiendo que no podían estar más cómodos.

El despertar fue otra cosa.



Ashley fue la primera en despertarse tras oír unos fuertes golpes en su puerta. Se incorporó en la cama y tardó unos segundos en ubicarse. Gérard dormía



con una calma absoluta a su lado y por un instante, le contempló sin hacer ruido, hasta que los golpes volvieron a resonar en el silencio de la habitación.

Fue entonces cuando Gérard abrió un ojo con pereza y mostró una complaciente sonrisa. Echó un rápido vistazo al cuerpo de Ashley, y su sonrisa se amplió. Esta se dio cuenta de que la sábana no tapaba sus pechos, y con rapidez, agarró la tela y se cubrió con pudor.

—No hagas eso, eres preciosa —susurró él.

Ashley tragó saliva con dificultad, por sus palabras, por la forma de mirarla, por tenerle en su cama.

—¿Incluso recién levantada, con el pelo revuelto y el maquillaje... que no quiero ni pensar cómo estará? —inquirió vacilante.

—Incluso así —aseguró él con el rostro serio.

—¡Ashley! Sabemos que estás ahí. Ábrenos —pidió Erika desde el otro lado de la puerta.

Ashley soltó una maldición por lo bajo y Gérard rió con el mayor disimulo que pudo.

Se volvió hacia él y le habló con voz determinante.

—Escóndete en el baño. Hablaré con ellas y las sacaré de aquí lo antes que pueda —urgió.

—¿Qué? ¿No te parece que eso es un poco excesivo? —preguntó inseguro.

—Sí, pero es que... hoy es un día complicado, y necesito mantenerme centrada. Mis amigas saben lo que ocurrió ayer, pero hoy no puedo preocuparme por esto —explicó con angustia al pensar en lo que se le venía encima.

Gérard notó que algo le pasaba, y a pesar de que le parecía una chiquillada el huir con el rabo entre las piernas, hizo lo que le pedía. Se levantó en toda su espléndida desnudez, y Ashley se quedó con la boca semi abierta al ver su

maravilloso cuerpo como Dios le trajo al mundo. Un trabajo magnífico, decidió. Él le guiñó un ojo y ella pudo reaccionar entonces como alguien más o menos racional. Cogió algunas prendas suyas que vio por el suelo, echó un rápido vistazo por si había algo a la vista, y se las dio cuando estuvo dentro del aseo.

Se miró en el espejo, pero su maquillaje estropeado debía esperar, ya que sus amigas insistían en que abriera la puerta de una vez.

Lo hizo con reticencia y algo nerviosa por el secretito que guardaba en el baño. Sin embargo, ellas tenían más interés en señalar que estaba hecha un asco esa mañana que en cualquier otra cosa.

—Ahora me lavo la cara —masculló—. Os recuerdo que me habéis despertado, así que dadme unos

minutos para aclararme por lo menos.

Jenna la observó con suspicacia y Ashley se apretó la sábana en torno a su cuerpo, como si pudiera esconder las pruebas de haber estado gran parte de la noche retozando en la cama con Gérard.

—¿Sabes qué hora es? —inquirió—. Vendrán a recogernos en media hora, y estábamos preocupadas

porque no contestas al teléfono —apuntó Erika, ignorando su típico tono de voz mañanero.

Sin café no era la misma, así que le tendió un vaso con uno bien cargado. Sabía que lo necesitaría.

—Gracias; esto ayuda —expuso con una sonrisa.

Jenna se movió por la habitación y sonrió como si hubiera encontrado un tesoro, o la cura a una

enfermedad horripilante.

—Dudo que necesites ayuda para estar de buen humor esta mañana —soltó

con una amplia sonrisa.

Ashley abrió mucho los ojos. No pasó desapercibido su tono socarrón plagado de suficiencia.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, fingiendo una despreocupación que en realidad no sentía.

—Oye, de verdad que no hace falta que le guardes en el armario... ya sabes lo que dicen de los tíos que salen de ellos... que luego la mayoría no vuelven — se burló, y empezó a carcajearse por su broma.

Erika las miró sin comprender.

—¿Me explicáis de qué va todo esto?

Ashley iba a hablar, pero Jenna se le adelantó.

—Nuestra querida amiga ha pasado la noche con un tío, que deduzco que es Gérard... —añadió muy

segura de sus conclusiones— y ha olvidado guardar sus deportivas antes de esconderle en el armario.

Señaló un lado de la cama y Ashley bufó molesta por su brillante plan. A ninguna de sus amigas se les escapaba nunca nada, y no sabía por qué había pensado que esta vez podría ocultarles algo. Tampoco estaba del todo segura del motivo para haberlo intentado siquiera.

—No está en el armario, sino en el baño —declaró ligeramente avergonzada.

—Vaya, vaya —soltó Erika con satisfacción—. Ahora se entiende tu cara de fastidio por haberte interrumpido...

—Calla —espetó Ashley en voz baja, nerviosa por si se les escapaba alguna lindeza. Él no entendería el contexto, pero su nombre sí lo pillaría si estaba atento a la puerta—. Solo estábamos durmiendo... al menos ahora —aclaró al ver la expresiones de escepticismo en las caras de las dos—.

¿Decíais que nos recogen, para qué?

—Vamos a reunirnos con todos los jefazos de la cadena de televisión y los del programa, y han pensado que hacerlo fuera, durante una comida, sería lo más adecuado —explicó Jenna de manera escueta.

Ashley les pidió silencio porque no quería que Gérard las pudiera oír. No era su intención esconder nada, y tampoco a ellas, que ahora parecían estar al tanto de todo. Lo cierto era que se alegraba de tenerlas a su lado ese día.

—Supongo que están acostumbrados a estas comidas de negocios o como lo llamen ellos —dijo de

manera intencionada—. Me arreglaré y estaré lista en solo unos minutos.

—Bien, te esperamos abajo, y si necesitas algo, nos avisas. Si enciendes el teléfono, no te asustes del millón de llamadas que hemos hecho —bromeó Jenna.

—Estas semanas el teléfono me tiene agobiada, y quería una noche lejos de todo eso.

Sus amigas la entendían, claro, y después de darles un fuerte abrazo a cada una, se despidió de ellas y se quedó sentada un instante en la cama, sujetando con fuerza la sábana y empezando a encontrarse angustiada por lo que podría suceder al cabo de unas horas. Todo podría terminar, y debería decir adiós a algo que le estaba gustando mucho, y también a Gérard.

No estaba segura de estar preparada.

Escuchó la puerta del cuarto de baño al abrirse y Gérard le dedicó una mirada interrogante. Estaba claro que deseaba saber qué ocurría, pero al ver su cara de tristeza, sacó sus propias conclusiones. Por su expresión seria, Ashley dedujo que no estaba muy errado.

No era nada bueno con el inglés, pero algo comprendía.

—Yo... esto... no quiero que te preocupes por lo que has oído, porque ni yo misma sé qué puede

pasar —murmuró.

Gérard se había vestido, y aún descalzo, se aproximó a ella y le pasó un brazo por su espalda.

—Tranquila. No es difícil imaginar el motivo de esa reunión, y solo espero que no sean muy duros

contigo. No tienes la culpa de lo que está ocurriendo en los medios de comunicación.

Su voz suave, carente de acusación, serenó a Ashley, y la llenó de confianza, aunque una pequeña parte de ella, seguía encogida de miedo.

—Por favor, no digas nada al resto —pidió con suavidad, porque dudaba que fuera a hacerlo—. No me gustaría que se alteraran sin saber a ciencia cierta lo que va a pasar.

—Lo entiendo y, te lo prometo.

—Gracias —musitó.

Se volvió hacia él y le miró directamente después de no haber podido hacerlo en todo ese rato. La incomodaba pensar que pudiera juzgarla, y pensar que por su culpa, o a causa de algo que nada tenía que ver con el programa o los implicados en él, todo podría acabar. En cierto modo se sentía responsable, aunque no fuera la que de una forma directa, de haber iniciado todo ese revuelo mediático.

Quería decirle algo que le confortara, por si acaso era su último día, que no se marchara con ese mal sabor de boca, pero las palabras no salían de sus labios. ¿Cuál podría ser su despedida? Ninguna frase típica le parecía apropiada y, con sinceridad, no era muy amante de los tópicos de película romántica.

Se inclinó hacia él, unió sus labios con los suyos y los saboreó unos largos segundos antes de separarse con reticencia y volver a contemplar esos azules y profundos ojos tan tímidos como apasionados.

—Debo prepararme.

Gérard asintió. La besó en la sien y se levantó para coger el resto de sus cosas. Antes de alcanzar la puerta, la miró con ternura y cuando la abrió, tras asegurarse de que no había nadie que pudiera verle salir de allí, cerró y la dejó sola.

Así era como Ashley se sentía en ese momento. Sola. Y aunque tenía a Donovan y a sus amigas para apoyarla en ese duro momento incierto, solo ella sostenía ese peso sobre sus hombros. Al fin y al cabo, Leslie y su enorme bocaza incontinente, eran cosa suya.

Todavía con el estómago en un puño, se acabó el café, se dio una rápida ducha y se vistió de la forma más conservadora que se le ocurrió. Se puso un pantalón marrón oscuro, una blusa rosa palo y unos botines negros con plataforma. Su bolso a juego con su calzado, le daba un aspecto de mujer de negocios, o eso esperaba. Se recogió el pelo en una cola de caballo y se maquilló de forma sutil, añadiendo unos pequeños pendientes con brillantes y una pulsera sencilla al conjunto. A pesar de que sus amigas le pidieron que encendiera el teléfono, lo dejó apagado en el cajón de su mesilla, al igual que su reloj de pulsera. Solo echó en su bolso algunos objetos que ese día le parecieron de todo menos útiles, y tras respirar hondo, salió por la puerta para enfrentar lo que fuera que viniera.

¿Qué más podría ocurrir? Si era algo peor que lo que estaba soportando esas últimas semanas, estaba segura de que podría con ello, y si no, con ayuda de su familia y amigos, lo superaría.

## Capítulo 16

Llegaron a la casa sobre las seis de la tarde. Ashley estaba agotada, pero contenta, sorprendida y añorando su rato de relax frente a su ordenador portátil.

El dueño de la cadena de televisión, un hombre de unos sesenta años que se conservaba muy bien, bajó de su elegante vehículo al mismo tiempo que Ashley, y se acercó para despedirse de ella. Su mujer la saludó desde el asiento del copiloto, y se dio cuenta de que no bajó porque estaba al teléfono.

—Bueno, querida, ha sido un placer conocerte —dijo con tono meloso.

Ashley llevaba toda la comida oyéndole hablar de ese modo coqueto con cada mujer que se ponía frente a él, por lo que ya no le producía recelo ni incomodidad. Era un conquistador nato, y a pesar de que la lengua le perdía, sabía que adoraba a su mujer, y que su intención no era más que el de aparentar ser un Casanova.

Al principio de la reunión, cuando empezó a piropearla con su fresco descaro, su primera reacción fue fingir que se reía y mirar con disimulo a su mujer, que intervino enseguida y le aseguró que era inofensivo. Tuvo que comprobarlo por sí misma, ya que su intento de tranquilizarla, no hizo sino aumentar su desconfianza.

Le daba reparo acercarse a él, porque no tenía la menor idea de la impresión que tendría de ella.

Después de lo ocurrido, creía que incluso trataría de ser amable para luego darle la patada a Miami. No tenía ni idea de lo que iba a pasar, y por suerte para ella, no ocurrió lo que tanto temía.

—Darío, el placer ha sido mío. Fabiola y tú sois encantadores —dijo con franqueza.

—Mi esposa está extasiada con que estés aquí, y espero que algún día puedas venir a visitarnos.

Si Ashley tuviera que visitar a toda la gente que le hacía esa propuesta, no haría otra cosa que dar clases particulares de repostería privadas. Se le ocurrió otra alternativa.

—Veré cómo puedo hacerlo, aunque ya sabe que puede venir a vernos cuando lo desee, al fin y al cabo, es gracias a su contribución en el proyecto, que este pueda seguir adelante. Estaré encantada de que su esposa pueda venir como una espectadora especial, y le daré los consejos que necesite —ofreció.

—Estoy seguro de que no rechazará esa oferta, así que ya se pasará por aquí un día que tenga libre.

Y será pronto —bromeó.

Por el rabillo del ojo vio que casi todo el mundo en la casa estaba en el jardín, aguardando, esperando noticias de esa inesperada reunión con los encargados de las tareas diarias del programa, y los que obviamente podían decidir si continuaba o no. No eran tontos, y eran muy conscientes de que tenía todo que ver con las noticias que habían sido publicadas recientemente en televisión.

Darío también se dio cuenta, y se apresuró a darle un cariñoso abrazo a Ashley y un par de besos en las mejillas.

Subió al coche, y él y su esposa le hicieron un gesto de adiós con la mano. Ella respondió del mismo modo.

Paloma, Donovan, sus amigas, y también Deborah, bajaron de los coches en los que habían venido, y se reunieron antes de entrar en la casa.

Paloma les habló en inglés.

—Ashley, antes de nada, quiero decirte que estoy muy contenta con tu trabajo, y con el de todos vosotros —dijo también al resto—. A partir de ahora, nos centraremos en continuar con nuestros papeles, y haremos un programa que llegará a lo más alto. ¿Estáis de acuerdo?

—Claro que sí —dijeron a la vez unas entusiasmadas Erika y Jenna.

—Creo que deberíamos poner al tanto a los demás —comentó Donovan al ver que aguardaban con

nerviosismo a pocos metros de ellos.

—Vamos allá —sentenció Paloma.

En medio del jardín, a media tarde y oscureciendo, la productora les puso al tanto de la reunión.

Para que no hubiera malos entendidos; aunque omitió información, les explicó las razones por las que los peces gordos quisieron hablar con las personas clave del programa. Aunque era cierto que algunos estaban preocupados por la



prensa y las noticias que envolvían a Ashley, también esto creaba un interés muy profundo y beneficioso que les ayudaría con las audiencias. Y eso era lo principal. A pesar de las habladurías, lo importante era que el *Reality Show* creara interés, y por ello, estaban encantados de cómo se estaban desarrollando los acontecimientos.

Al final, la reunión solo había servido a Ashley para saber que su vida generaba tanto interés, que iba a venir bien para el desarrollo del programa, y por lo tanto, su carrera en televisión podría estar asegurada.

No sabía si eso le gustaba, pero al fin y al cabo, su trabajo no se vería comprometido en verdad. Iba a seguir colaborando, y con el tiempo, esperaba, la gente lo vería como lo que era, un curso de repostería donde la gente iba a desarrollar su talento, y no como un hobby donde la principal atracción era ella, o más bien, sus trapos sucios aireándose por toda la longitud del globo terráqueo.

Como se solía decir, la esperanza era lo último que se perdía, ¿no? Pues eso haría: tratar de centrarse y hacer como si nada de todo eso fuera un pelín... de locos.

Desde luego, debía contentarse con que todo lo ocurrido no hubiera desembocado en la cancelación del programa, pero tampoco podría alegrarse de que todo el jaleo provocado por Leslie, sirviera para incrementar la audiencia. Una razón evidente por la que la televisión y la prensa sensacionalista no eran precisamente sus mejores amigos.

Acabada la charla, y cuando todo el mundo se relajó al saber que todo seguiría igual que hasta entonces, Paloma les animó a relajarse y divertirse el resto de la tarde. Al día siguiente habría nuevas reuniones con los guionistas para hacer repaso general de las escaletas y las actuaciones de cada uno, y más trabajo, por supuesto.

Ashley estaba contenta al saber que todo seguiría su curso. Y nunca mejor dicho.

—¿Vemos una película? —sugirió Erika tras mirar su teléfono móvil.

—Por mí bien—dijo Ashley. Preguntó en voz alta, en español para el resto, y algunos se apuntaron

—. ¿Los chicos no se apuntan?

No había reparado hasta ese momento, en que tras la reunión en el centro, no habían vuelto con los demás.

—Han quedado con unos amigos para ver fútbol o algo así.

Ashley puso mala cara cuando escuchó a Jenna.

Sabía que querían salir los cuatro a cenar, como habían planeado todo el día, pero tampoco iba a ser ella quien discutiera algo así. Hasta donde sabía, solo se estaban divirtiendo, y eso de pedir explicaciones, sobraba.

El que su amiga no estuviera contenta, le dio a entender que había problemas en el paraíso.

—No sé qué significa « ver el partido con los colegas » —masculló con evidente disgusto— , pero esta noche estarán fuera, así que... película —sentenció.

Jenna asintió con vehemencia y le guiñó un ojo a Ashley a la vez que Erika la abrazaba. Esta no se veía muy contenta, porque tal vez comprendía que esta se estaba encariñando mucho con Leo, lo que no era demasiado bueno para ella. Cuando volvieran a Miami, las cosas cambiarían sin remedio. Menos mal

que Jenna no era partidaria de los dramas con las relaciones.

Ashley se preocupó, y más cuando su mirada se encontraba con Gérard. No creía que estuviera molesto por no haberle hablado sobre esa dichosa reunión, pero de haber sido el final del programa, tal vez se lo hubiera tomado de otro modo, por no avisarle sobre algo que podría afectar a todo el mundo. A ella más que a otros, pensó, pero tampoco pensaba poner en una balanza las motivaciones de cada miembro colaborador, ni el trabajo o las ganas de llegar hasta el final de ese curso por el que cientos de personas habían mostrado interés antes de que empezara siquiera.

Todos estaban allí por una razón, y desde luego, ella no deseaba ser tan arrogante como para decir que sería la más perjudicada si no acabara bien. Su carrera sufriría un revés, de nuevo, pero no era la única que importaba. Eso no podía olvidarlo.

Dejó sus preocupaciones a un lado cuando echaron a andar hacia la casa y fueron a la sala de entretenimiento. Ashley tenía ganas de darse una ducha y comer algo, pero si lo hacía, sabía que se echaría en la cama hasta el día siguiente, y lo cierto era que se lo pasaba bien con sus alumnos haciendo cualquier cosa.

Escogieron una película de animación, echaron unas risas, y cuando Ashley fue con Erika y Jenna a por unas pizzas que habían pedido por teléfono para todos, vio que Gérard pasaba por su lado y salía al jardín. Olivia bajaba la escalera poco después de él, y se ofreció a ayudar para que no cargaran con todo el peso. Habían pedido unas cuantas.

Estaban esperando a que el repartidor llamara, y Erika aprovechó para meter baza con Gérard.

—Oye Ashley, ¿por qué no aprovechas que estás con la mejor amiga de tu ligue y le preguntas cosas sobre él...? —inquirió con sorna.

—Cállate —espetó en inglés.

Olivia la miró con curiosidad.

No hacía falta tener mucho nivel del idioma para saber lo que acababa de decirle a Erika, pero sonrió como si tal cosa y se hizo la loca. Sin embargo, Ashley vio que se reía por lo bajo. Genial, pensó con sarcasmo.

—¿Le pregunto yo algo? —preguntó Jenna para pincharla.

—Nooo... dejadlo ya. No sabríais hablarle en español y, él no es mi novio, así que... olvidad el tema —farfulló violenta.

—Bien —dijeron al mismo tiempo.

Hubo un momento incómodo de silencio y al final se le ocurrió que sus amigas

podrían tener razón.

No quería dar la impresión de cotilla, pero la verdad era que le interesaba saber más cosas sobre Gérard.

—Me resulta extraño que Gérard hable en español con su familia —soltó para romper el hielo. Se dijo que podría haber dicho algo mejor, pero no se le ocurrió el qué.

Sus amigas observaban con interés, aunque no entendían nada de lo que Ashley le decía.

Olivia la miró con una sonrisa. Las dos sabían que la otra conocía lo sucedido entre ellos, por lo que al menos Ashley, se sentía que era como volver a tener quince años y estar indagando sobre el chico guapo del *insti* para ligar con él. Bien, no era lo mismo ni de lejos, pero así se sentía ella, como una adolescente algo torpe; lo que no dejaba de ser irónico, ya que jamás sintió un interés profundo por ningún hombre. Lo de Donovan no podía incluirlo, porque eso era otra cosa, así que, quedaba descartado por completo de la ecuación.

—Bueno, su relación con su familia es complicada, así que con su madre, que es medio española, no suele hablar en francés —expuso de forma escueta.

Ashley se dio cuenta de que había algo que no le contaba, y como debía ser algo delicado, optó por

no curiosear más sobre ello. No quería tocar algo sensible, porque no era quien para hacerlo, por otro lado.

—Francés —murmuró Erika en español con aire distraído, con un acento muy malo.

Ashley abrió mucho los ojos, notaba que sus amigas estaban en un plan de cachondeo descarado, y sintió terror por lo que pudieran soltar por esas boquitas.

—Siempre me ha parecido un idioma muy sensual —comentó Erika con tono

provocador.

Se quedó paralizada hasta que se dio cuenta de que Olivia no había entendido ni una sola de sus palabras en inglés. Se rió de manera histérica y les pidió que cerraran el pico. Sus amigas empezaron a reír como hienas.

— *Je parle français* —se cachondeó Jenna con un exagerado, y no muy bueno, acento francés.

—¿Estás segura de que hablas francés? —se burló Erika.

Ashley puso los ojos en blanco y miró a Olivia con una sonrisa compungida. Hizo un gesto con el dedo apuntando a su cabeza para indicar que les faltaba un tornillo

No había que ser muy avisado para saber que hablaban de Gérard. La amiga de este rió a su vez, y para su consuelo, no parecía enfadada o molesta.

—Están chifladas —declaró Ashley—. Aunque no han bebido nada durante la comida, creo que este calor las está afectando —farfulló para que solo Olivia la entendiera.

Esta soltó una sonora carcajada.

—No te preocupes. Supongo que es normal que bromeen al respecto si... saben lo que pasó —dijo

con cautela—, como amigas, es su deber pincharte de vez en cuando —bromeó con una amplia sonrisa.

Ahora fue ella la que rió con ganas.

—Así que tú haces lo mismo con él, ¿eh? Deber de amiga —repitió intencionadamente.

—Desde luego. Igual que él hace conmigo de vez en cuando —dijo alegre, antes de que un pensamiento fugaz, cambiara su expresión por una mucho más triste.

Las risas se acabaron. Jenna preguntó si estaba enfadada por sus bromas, pero Ashley le aseguró que era por otra razón, y que era muy posible que fuera porque su relación había acabado hacía poco.

—Si quieres hablar sobre algo, puedes contármelo. Sé guardar secretos... o más bien no, teniendo en cuenta que mi vida entera la conocen un montón de personas —musitó pensativa.

Olivia la miró y se mantuvo en silencio unos segundos, meditando sobre sus palabras, y al final, habló.

—No es ningún secreto, y en realidad, creo que puedo resumirlo en pocas palabras —confesó con tristeza—; resulta que mi novia me dejó ayer, porque se lió con un tío en la discoteca donde trabaja. Hace días que la cosa estaba algo extraña, distante, y creo que no quise verlo. Debería haber venido con ella, pero quise traer a Gérard porque él lo necesitaba más que Ana, y ahora...

Ashley pudo ver una lágrima solitaria mojando su mejilla antes de que se girara para evitar que la viera llorar. Se sintió mal por ella.

Carraspeó, insegura sobre lo que hacer o decir a continuación.

—Es un poco de mal gusto dejar a alguien el día de su cumpleaños, y más aún... ¿por un hombre? —

preguntó con el ceño fruncido.

Olivia la miró y comprendió su confusión.

—Ella es bisexual —confesó al ver que Ashley no la estaba juzgando por ser como era—. Fue un

lío pasajero, pero aún así, lo hizo. No le bastó con dejarme, sino que encima, se ha portado como una gilipollas —masculló al final en voz baja.

Ashley asintió sin decir nada al principio, pero se dio cuenta de que lo estaría pasando fatal, y aunque no le gustaba dar consejos amorosos, porque no era nada indicada para ese papel, al final optó

por la frase recurrente en esas situaciones, algo que la hiciera sentir mejor; si bien era un tópico, al menos lo decía en serio.

—Estoy segura de que encontrarás a alguien que te merezca. No todas las tías somos unas gilipollas

—bromeó para intentar hacerla reír.

Lo consiguió. Olivia la miró con una sonrisa resplandeciente.

—Mmm... tal vez algún día pueda presentarte a alguien, aunque... ella no es de aquí y, tampoco es la persona más accesible del mundo —meditó en voz baja.

—Descuida, ahora mismo solo puedo pensar en hacer bien el curso y ganar el premio. Lo demás, con el tiempo se verá —sentenció confiada.

—Bien dicho.

Le dio un rápido abrazo justo cuando llamaron a la puerta. Hora de cenar. Lo demás, quedaba aparcado por ahora.

El grupo de comensales se vio reducido en la zona de entretenimiento, solo estaban presentes los alumnos, Ashley y sus dos amigas, y, en lugar de ir a la sala de reuniones, se quedaron donde estaban.

Dispusieron un par de mesas plegables con algunas sillas y butacas altas de la barra. Como cena informal, les bastaba. Solo la música y la charla amenizaban el ambiente, y al ser menos gente que de costumbre, fue bastante tranquila.

Ashley dejó que Erika y Jenna hablaran sobre sus trabajos un rato, y sin darse cuenta, se vio incluida en la conversación con Olivia. Esta mencionó lo que habían hablado un rato antes, y Ashley sintió deseos de darle una patada por debajo de la mesa, pero como estaba a su lado, Gérard lo habría notado, y el efecto no sería el mismo.

—Al principio era divertido hablar con ella en español, porque mi padre se sentía molesto, y yo siempre le pinchaba con el tema de que en todos los años que llevaban casados, no había sido capaz de aprender el segundo idioma de

mi madre —expuso con regocijo.

—Siempre ha sido muy bueno con los idiomas —añadió Olivia.

—Ya lo veo, parece que fueras nativo de aquí —dijo Ashley.

Gérard se sonrojó.

—Desde pequeño, se me ha dado mejor estudiar que cualquier otra cosa —  
expuso con una nota de

dureza en su voz.

—Y supongo que tus hermanos son lo opuesto, ¿no?

—Sí, mis dos hermanos mayores, Claude y Joël, han seguido los pasos de mi padre, y han estado más involucrados en el Bistró que yo. Cuando no pude aguantarlo más, me vine aquí para separarme de todo eso.

Omitió decir que quería separarse de su familia en concreto, aunque no de su madre, en realidad.

—¿Y aún así eres cocinero? —preguntó Ashley con suavidad. Tenía verdadero interés en conocer la respuesta.

Gérard soltó una risita irónica. Comprendía su curiosidad, claro. Él solo deseaba alejarse de un padre al que solo le importaba su restaurante, y ahora él trabajaba en lo mismo de lo que trató de escapar hacía años, desde luego, podía llamar su atención.

—No digo que no me gustara la cocina, porque me encanta, pero la presión familiar era agobiante.

Mi padre es una persona muy estricta, es... aplastante.

Ashley asintió sin saber qué decir. Sus padres eran lo opuesto. Eran amables, cariñosos, protectores, y siempre les habían dejado cierta libertad a su hermano Franklin y a ella. Si bien era cierto que deseaban tirar de ellos hacia el negocio familiar, al final habían estado orgullosos de sus flamantes



carreras. Ellos continuaban llevando la tienda de accesorios de cocina, y sobre todo, de repostería, y su



hermano era un nutricionista titulado que hacía muy bien su trabajo. Ashley era la única que ahora mismo tenía su futuro en la cuerda floja, pero después de su éxito todos esos años anteriores, no tenía intención de permanecer en la sombra mucho más tiempo. Lucharía por ella, por su carrera, y por seguir haciendo lo que tanto le gustaba.

—Ya veo, aunque... lo importante es hacer lo que a uno le llena. Mi trabajo es mi vida ahora y... no sé qué haría sin eso —murmuró en voz baja.

Olivia puso una de sus manos sobre las suyas, que descansaban en su regazo y le sonrió con afecto.

Ashley le dio un ligero apretón y parpadeó varias veces para evitar las lágrimas.

—Qué serios nos hemos puesto —soltó con brío, lo que les hizo reír por lo bajo.

Gérard acabó su trozo de pizza carbonara con rapidez y se levantó de la mesa. Su expresión pensativa llamó la atención de Ashley de Olivia.

Él carraspeó.

—Mañana hay que madrugar, así que yo me voy a dormir —dijo antes de mirar a una y otra.

—Buenas noches —dijo Ashley antes de que desapareciera de allí como si estuviera huyendo.

Se inclinó hacia Olivia y expresó su preocupación en voz alta, aunque se sintió tonta al hacerlo.

—¿Crees que dije algo que le pudiera molestar? No pretendía indagar en su vida porque... ya sabes... esto no es una relación seria —susurró para evitar que nadie les oyera.

Nadie les miraba con especial interés, pero Olivia no se percató de ello, porque tenía el pensamiento muy lejos de allí, en la reacción de Gérard para ser más exactos.

Solía comportarse de manera poco corriente con las mujeres, porque su experiencia con ellas no había sido normal, ni en su adolescencia, ni tampoco después. Sin embargo, con Ashley se le veía más cómodo que con sus anteriores ligues pasajeros. Esto también lo era, y no sabía si eso podría influir para bien o para mal. Podría sufrir mucho si llegara a encariñarse demasiado, porque esa aventura tenía fecha de caducidad quisieran o no. Ashley se marcharía a su vida de antes en Miami, y Gérard se quedaría en Madrid. Solo esperaba que los dos lo tuvieran claro, y fueran conscientes del futuro que les esperaba. De momento, no veía a ninguno de los dos abandonando su vida para lanzarse a lo desconocido.

Aunque tal vez fuera cuestión de tiempo.

Ashley tardó en dormir esa noche, pero logró descansar a ratos, cuando no soñaba con Gérard y sus manos por todo su cuerpo.

Antes de acostarse, casi a las tres de la madrugada, recibió varias llamadas: de sus padres, su hermano y algunas amigas. Ni los constantes quebraderos de cabeza que tenía, la habían anulado para tener sueños eróticos de lo más estimulantes. A pesar de despertarse sobresaltada a cada rato, deseando que estos fueran reales, al menos había desconectado de las preocupaciones que acechaban a cada rato.

Sin embargo, acarreaba un profundo cansancio desde hacía muchos días ya. Necesitaba dormir bien.

Maldijo a Leslie por crearle tantos problemas, cuando ni siquiera aún podía entender su actitud hacia ella, y se maldijo a sí misma por tener las hormonas tan desatadas, tan revolucionadas. Pero no podía distraerse; empezaba una nueva semana y nuevos retos. La dificultad de la preparación de los postres

subía un poco el nivel y debía estar preparada para ello, para dar lo mejor de sí misma.

Se dio una ducha fría para espabilarse y se puso un pantalón deportivo gris oscuro con una camiseta

de manga larga celeste con dibujos geométricos en tonos más oscuros. Se calzó las deportivas y se hizo un moño con el pelo húmedo después de desenredarlo. No tenía tiempo de ir a correr un rato, pero esa mañana le apetecía tomar café con algo cómodo.

Casi se arrepintió de levantarse cuando se encontró con Miriam y Thais en la sala de reuniones tomando café. Las saludó y se ganó una respuesta desganada. Ignoró su frialdad y se centró en prepararse un café bien cargado. Enseguida bajaron Camila y su amiga Karen, y fueron mucho más simpáticas con ella. Se sentaron juntas mientras el resto iba llegando con cuenta gotas, y antes de las nueve, todos estaban presentes, con caras soñolientas, pero dispuestos a empezar la nueva semana. Ya quedaba menos para el concurso y sin duda, se notaba el ambiente competitivo y un poco más tenso.

Los guionistas dieron su charla y sus muchas indicaciones para conseguir unas imágenes perfectas de cara a los espectadores, y Paloma los sermoneó para que fueran profesionales y dejaran las charlas y cotilleos fuera, donde debían estar. Ashley se emocionó porque sabía que lo decía por ella, para defenderla por todo lo que había pasado, y se lo agradeció con una sonrisa emocionada.

—Adelante, chicos y chicas.

Paloma dio unas sonoras palmadas y les alentó a ir a prepararse con rapidez para dar comienzo a la mañana de trabajo. No todos los días tenían reuniones de una hora, pero ese día tenían previsto de antemano empezar más tarde, por lo que no estuvieron en las cocinas hasta casi las once de la mañana.

Ashley notó a sus amigas más calladas que de costumbre, y trató de sonsacarles algo, pero solo pudo sacar en claro que tenían morriña de casa, del trabajo, y de algunas amigas de casa. No podía discutirles eso, porque ella misma empezaba a sentir añoranza de su vida normal, sin embargo, en cierto sentido se alegraba de estar lejos, centrada en otra cosa, porque de haber

soportado el chaparrón de cotilleos en Miami, no quería ni pensar cómo estarían sus ánimos. Por los suelos, sin duda.

También sospechaba que ambas se sentían algo afectadas por los chicos, pero ese era un tema que no convenía tratar delante de todo el mundo. Y menos cuando estaban a punto de empezar la jornada de trabajo.

Tocaba trabajar.

Esa tarde irían de compras, y harían terapia durante un rato entre vestidos, zapatos y bolsos. Así las tres estarían en su salsa, que según su criterio, no había mejor modo de superar un mal trago con un tío.

Aunque Ashley no se encontraba en ese punto, al menos no todavía, no le cabía duda de que podría estarlo en cualquier momento. Jamás había soñado con ningún hombre, y hacerlo ahora... bueno, era inusual. Preocupante sin duda.

Cuando entró en la cocina, intentó suprimir esos recuerdos, los reales y los ficticios que su traviesa mente había conjurado esa noche, pero cada vez que su mirada paseaba por la cocina de Gérard, y sus ojos se encontraban, su corazón pegaba un brinco.

¿No era ese un síntoma de algo?

Meditó las posibilidades y como no le gustó ninguna de ellas, hizo lo que normalmente hacía: hacer la vista gorda e ignorar esas preocupaciones, a ver si desaparecían por propia voluntad.

Nunca ocurría, pero que no se dijera que ella no lo intentaba al menos.

Sin embargo, las preocupaciones y los problemas no tenían intención de pasar desapercibidas esa mañana. Cuando Deborah encendió la pantalla de televisión donde deberían presentarse los ingredientes y la receta en la que iban a trabajar, en su lugar apareció un rostro que ya aborrecía hasta el aburrimiento.

Ashley no vio cómo manipulaba el ordenador que estaba conectado a la pantalla de su cocina, pero supuso que ella u otra persona, puso en marcha el

vídeo en lugar de apagarlo y poner las imágenes correctas.

Eché un rápido vistazo con disimulo, pero todos estaban ensimismados en la grabación que dio

comienzo, y la que más sorprendida estaba era Paloma cuando entró en la sala y se dio cuenta de lo que pasaba.

No le dio tiempo de decir nada antes de que se viera interrumpida por la pedante voz de Leslie. Se veían los subtítulos en español, lo que le indicó que debía de ser demasiado reciente, y no habían doblado su discurso para que llegara a España y a otros lugares del mundo.

—Acabo de recibir la noticia de que Ashley Stevens se encuentra en Madrid, haciendo un programa de cocina, del que no puedo dar detalles, al menos por ahora —matizó con suficiencia—, y también he sabido que tiene una relación inapropiada con uno de sus alumnos —dijo con tono emocionado, como si aquello fuera una bomba informativa de interés mundial.

Ashley se quedó con la boca abierta y los ojos a punto de salir de sus órbitas.

—Pero qué demonios...

Su voz fue interrumpida de nuevo, esta vez por la interrogadora a la que no se veía.

—Ese programa, ¿es un concurso? Porque si es así, quedaría invalidado si se prueba que tiene una relación con uno de los participantes.

Leslie sonrió con malicia.

—Ya lo creo, y esta información viene de una fuente cercana y muy fiable. No me extraña que vaya a echar a perder su nuevo trabajo. Ella es así —soltó con malicia.

Todo su mundo daba vueltas sin control, como si estuviera dentro de una centrifugadora, y por un momento, pensó que se desmayaría.

Solo prestaba atención a las palabras vacías y superficiales de Leslie en la

pantalla. Ahora decía algo sobre un nuevo novio: que estaba saliendo con un guapo actor de cine, pero en su cabeza resonaban las menciones anteriores al programa y a ella misma.

¿Cómo se había enterado de eso? Y sobre todo, la información debió de salir de alguien que estaba implicado en el programa porque de otro modo era prácticamente imposible; ¿quién había sabido lo suyo con Gérard?

Sus amigas estuvieron a su lado enseguida, diciéndole algo que Ashley no llegaba a procesar, aunque sus voces le aportaban un cierto consuelo.

Por otro lado, era consciente de que a su alrededor todo era un caos; la gente hablaba y se miraban con recelo unos a otros. A ella la observaban con asombro, y las de siempre, con miradas acusadoras.

Ni que decir que Paloma y Donovan no estaban nada contentos. Ella se acercó a Ashley y le preguntó de manera muy directa.

—¿Es eso cierto?

Ashley se quedó paralizada, quería poder negar con la cabeza, o pronunciar ese simple monosílabo, pero era incapaz. Miró a Gérard, que estaba en su puesto, a menos de dos metros, y este se veía muy preocupado.

—No. No lo es —soltó para su sorpresa.

Los resoplidos de incredulidad resonaron en el silencioso espacio, y Ashley, junto con el escudo protector que eran Erika y Jenna, lanzaron miradas fulminantes a Miriam y Thais.

Fue Deborah, sin embargo, quien intervino entonces.

—Si en realidad eso no es cierto, ¿cómo ha podido enterarse esa chica de lo que estás haciendo aquí en Madrid? —inquirió con una sombría expresión—. Alguien de aquí ha debido filtrar información sobre el programa y... lo de Gérard... bueno, es posible que él lo niegue, pero tú no has dicho nada al respecto.

—Si intentas acusarme de algo, al menos que no sea de romper la cláusula de

confidencialidad que firmé para trabajar aquí. Y por si no ha quedado lo bastante claro, Leslie Kelley es un grano en el culo,

mi pesadilla particular —matizó con rabia—; no le daría ni la hora, y mucho menos le hablaría del programa o sobre algo que... no es cierto —apuntó vacilante.

Sus ojos se encontraron con los de Gérard entonces.

Aunque todo el mundo pudo notar la vacilación en su voz, nadie volvió a decir nada. Paloma pidió normalidad y con cierta dificultad, empezaron con los preparativos para comenzar a trabajar.

Ashley temblaba cuando caminó unos pocos pasos hasta su puesto, y al notar que sus amigas hacían ademán de acercarse, les hizo un gesto con la mano para evitarlo. Sabía que si se dejaba consolar, obtendría lo contrario: venirse abajo y echarse a llorar por todas las frustraciones que apenas la dejaban respirar.

Tendría que replantearse su silencio, eso estaba claro, porque Leslie no parecía tener intención de parar. Sin embargo, estaba segura de que hablar tampoco iba a reportarle serenidad, sino que le daría a esa odiosa arpía lo que buscaba, y eso no iba a consentirlo. Tendría que hallar un término medio.

## Capítulo 17

Donovan ignoró a Ashley cuando dijo que estaba bien y que podían empezar. Mientras el equipo se preparaba, se acercó hasta ella y la sujetó por los brazos con firmeza al notar que sus manos temblaban.

—Oye, mírame —sus manos subieron hasta enmarcar sus mejillas con dulzura—. Todo irá bien, te

lo prometo. Cuando acabe la mañana, Paloma, tú y yo tendremos una pequeña reunión y lo solucionaremos. No pienses en nada, solo en el ahora, en el trabajo —asintió para darle énfasis a sus palabras y sonrió—. Estoy deseando probar ese postre de café con nueces, así que no tardes en hacerlo.

Se relamió e hizo un ruidito gorgojeante que hizo gracia a Ashley.

—Siempre pensando en comida. Insaciable —espetó, poniendo los ojos en blanco.

—Me conoces bien —fardó con sorna.

Ashley agradeció con la mirada la intención de Donovan. Había conseguido calmarla, al menos por ahora, y apenas había dicho nada. Por otro lado, su expresión le indicaba que sí que tenían cosas que hablar después. Tal vez había sospechado que se estaba viendo con Gérard en secreto, o le había dado el mensaje para la reunión de parte de Paloma. Podría estar en problemas, o tal vez no, pero lo que sí estaba claro, era que iba a llevarse un sermón de regalo por lo que había pasado. No podía evitar pensar que en parte, se lo merecía.

Al fin y al cabo, era cierto que se había acostado con Gérard, quien había negado de forma rotunda lo ocurrido delante de todos.

Se preguntó si se sentiría avergonzado porque se hablara de él en televisión. No podía culparle, desde luego, porque ella misma se sentía así, entre otras muchas cosas, pero también algo dolida por esa negación, y cuando vio su seria expresión, se prometió a sí misma, comportarse de manera profesional y dejarlo todo a un lado por el momento. Ya habría tiempo de hablarlo, o no hablarlo.

Las cámaras y los técnicos no tardaron en ponerse en funcionamiento, y Donovan empezó con la presentación de la segunda semana del concurso. Ashley se repitió un mantra mientras enfocaban a su ex marido, y cuando llegó su turno, hizo como si nada hubiera ocurrido. Todos sabían que su entusiasmo era falso, pero Paloma se las arregló para colarse en su campo de visión y le señaló ambos pulgares hacia arriba en señal de aprobación y ánimo. Eso segundo lo ponía en duda, pero al menos sirvió a Ashley para aguantar los cuarenta minutos que tardó en preparar la torta de café con nueces.

Durante los veinte minutos de cocción del bizcocho, se explayó con consejos útiles y observaciones para sus alumnos, y estos anotaron sin parar en sus cuadernos para hacer un buen trabajo al llegar su turno.

Fue un gran alivio para ella que ningún grupo se comportara de forma



diferente cuando la sospecha de nuevo se cernía sobre su cabeza. Solo las jóvenes se mostraron reacias a aceptar correcciones. Al acabar con el glaseado, Ashley se tuvo que morder la lengua para no cebarse en sus actitudes poco amables. La textura no era la idónea, pero como no quisieron aceptar críticas, al final ellas mismas mostraron su descontento.

Para la próxima, le harían caso. O eso quiso creer.

Cuando se acercaba a la cocina de Olivia y Gérard, sí que pasaba un mal rato. Notaba, percibía, que todos los ojos estaban puestos en ellos dos, y ambos estaban tensos en todo momento, pero al menos, Ashley se alegró de que su voz no titubeara, y que Gérard no se hubiera sonrojado ni una sola vez, o tendrían tema de conversación en la casa durante días, en lugar de minutos.



Con los demás fue como siempre. Noemí había tomado el mando en su cocina, su marido se convirtió en el ayudante perfecto y ambos hacían un buen trabajo, y con el último grupo, bueno, poco a poco iban perdiendo el miedo a los utensilios y el horno. Ashley se volcó con Camila y Karen, y al final, lograron que el bizcocho solo se tostara un poco, en lugar de carbonizarse, como habría pasado de no estar pendiente del tiempo de cocción.

Después de tantos años, era capaz de detectar si algún postre estaba en su punto, y al acabar, les recordó la importancia de la precisión con el temporizador.

Esperaba que no se olvidaran de ese detalle cuando los jueces estuvieran allí, o no tendrían ni la más mínima posibilidad.

—Bien, queridos espectadores y futuros reposteros, por hoy esto ha sido todo en “Endúlzame”.

Espero que os haya quedado un postre fantástico si os habéis animado a hacer esta receta, y si no, que hayáis tomado buena nota para el futuro. Os aseguro que os chuparéis los dedos con este cremoso glaseado de café.

Lanzó un guiño y se despidió con la mano con alegría, y cuando la cámara dejó de tener la luz roja, pudo relajar todos los músculos de su cara y cuerpo. Aguantar toda la tensión que sentía, la había dejado hecha polvo.

Se dejó llevar a la sala de reuniones y escuchó los ánimos de sus amigas, alabando su gran trabajo y fortaleza. Ashley no sentía que hubiera hecho nada bien ese día, de igual modo que empezaba a creer que metió la pata hasta el fondo con Gérard. No solo ella estaba en peligro, sino que él podría ser descalificado por su culpa. Vale que ella no juzgaba en el concurso, pero tal vez eso no importaría llegado el momento.

¿Sería eso de lo que querría hablar Donovan?

Cuando fue hacia él, sus amigas la arrastraron fuera, de modo que tendría que esperar la tarde.

Parecía que lo único que hacía era reunirse y aguardar a ver si esa sería la última vez. Al que se le ocurriera la odiosa frase de: « las desgracias nunca vienen solas », tendría que pasar la vida lamentándose por ello, se dijo. Estaba más que harta de soportar ser el blanco de todas las flechas envenenadas de Leslie, y por si fuera poco, ahora había alguien más involucrado, alguien a quien podría estar mirando en ese momento. Sentada a punto de comer en la sala de reuniones, viendo a todo el mundo animado mientras esperaban que los del catering les sirvieran el pavo fileteado con verduras, en lo único que pensaba, era en lo que habría hecho para merecer lo que estaba soportando.

Ashley nunca había pisoteado a nadie para llegar a la cima, no maltrató a sus ayudantes, ni a los clientes, ni a nadie que pudiera recordar. Ella no era así. Solo se preocupaba por hacer bien su trabajo, e intentaba que en su entorno se respirara con serenidad y no a base de exigencias y más exigencias.

Algunos compañeros del gremio la habían acusado de blanda y permisiva, pero jamás hasta ahora tuvo que replantearse su modo de actuar. Sin duda la cosa no mejoraría si se convertía en una déspota en la cocina, pero la idea de retirarse para siempre, empezaba a verse como el paraíso en su mente.

No sería una derrota, se dijo para convencerse, sino el cierre de un capítulo de

su vida que empezaba a ser doloroso. Un lienzo en blanco, un nuevo y diferente futuro, se le antojaba la luz en medio de toda esa oscuridad avasalladora.

¿Sería capaz?

Sin duda lo lamentaría, de eso sí estaba convencida pero, su vida tal como era, se estaba volviendo una cuesta hacia arriba muy difícil de subir.

Comió sin demasiado apetito y en un silencio poco habitual en ella. Solo mostró una pequeña sonrisa cuando sus amigas le recordaron el plan de esa tarde.

—En cuanto despaches a Donovan y a la estirada de su nueva novia, nos iremos a saquear las tiendas de marca del centro de esta gran ciudad. Eso nos quitará el mal sabor de boca de esta mañana —

apuntó Erika en voz baja.

Esperaban a que los susodichos llegaran haciéndole compañía y Jenna le mostraba de vez en cuando, los nuevos modelitos que salían en las revistas de moda.

—Iremos a comprar algún perfume. Quiero el nuevo de Bvlgari —señaló Jenna con una sonrisa—.

Seguro que con este, consigo que Leo pase del fútbol.

—Necesitarás lencería más provocativa.

—¿Más? No pienso vestirme como una fulana —se quejó.

Ashley las escuchaba cada vez más divertida.

—Venga, ya sabes que eso no importa mientras por fuera parezcas una buena chica. Lo que de verdad cuenta es lo provocadora que vayas debajo de la ropa —señaló Ashley.

—Bien, yo no tengo problemas para ir a comprar encaje, aunque, en serio, no

sé cuánto más guarra debo parecer bajo mis conjuntos a la moda para que un tío se quede embobado y me prefiera a los deportes, las cervezas y con los colegas... —dijo eso último con retintín.

Ashley compuso un mohín.

—Cielo, estás fatal... creo que te estás enamorando...

Erika frunció el ceño y la miró perpleja.

—Calla Ashley, eso no es posible...

Su voz se fue apagando al ver que Jenna no lo negaba de inmediato. Esa habría sido su primera reacción, como siempre hacía. El que pareciera avergonzada, les hizo pensar que Ashley estaba en lo cierto.

—Nada que gastar varios cientos de dólares no lo arregle —farfulló de mala gana.

—Aquí son euros.

—Vale Ashley, pues euros —espetó de mala gana—. Pienso saquear a fondo mi tarjeta American Express.

Su firme declaración las dejó algo preocupadas. Su amiga nunca había pasado por un enamoramiento, y de hecho, presumía de ser la mujer más independiente del mundo entero, de modo que ambas entendían bien su desasosiego.

En ese momento llegó Donovan y Paloma, por lo que tuvieron que dejar la conversación donde estaba.

—Luego despotricamos contra los tíos, pero ahora, tengo que enfrentarme a la policía de la casa.

Deseadme suerte.

Sus amigas corearon a la vez, como animadoras de un equipo de fútbol a las que solo les faltaban los pompones, deseándole suerte y animándola, y a los

pocos segundos desaparecieron por la escalera.

Ashley sintió envidia porque estaba segura de que irían a por los bañadores. Ella también preferiría estar en la piscina, pero tenía reunión y luego videoconferencia. Menuda diversión, pensó con sarcasmo.

Hoy solo le apetecía estar con sus amigas, las únicas que no la juzgaban con la mirada, porque por muy simpáticos que fueran todos, a excepción de unos pocos en la casa, lo cierto era que no podían evitar darle vueltas a los comentarios y acusaciones públicas que recibía.

Suspiró con cansancio.

Paloma la animó a sentarse frente a ella, y los tres formaron un pequeño círculo. Aunque técnicamente, era un triángulo, divagó.

Aquello parecía una intervención en toda regla. Su primera reacción al verles titubear a la hora de empezar a hablar, fue poner los ojos en blanco. Tenía ganas de gritar, pero eso sería demasiado dramático.

—Bien, si no sabéis cómo empezar... lo haré yo. Lo de Gérard es...

—Ya lo sabemos —interrumpió Donovan, saliendo en su defensa como un caballero blanco—. No

pretendemos llamarte mentirosa, ni acusarte de nada. Lo cierto es que queríamos contarte unas cosas que pasaron esta mañana poco después de empezar a grabar.

Ashley les miró contrariada, primero a Donovan y luego a Paloma. Deseaba aclarar lo de Gérard y ella, para que luego no dijeran que les ocultaba cosas, y si bien era cierto que no era asunto suyo a nivel personal, en lo tocante al programa, sí que creía que merecían estar al corriente de algo que podía afectarles de algún modo.

Sin embargo, en ese momento se mantuvo en silencio, aguardando con fingida paciencia las novedades que iban a contarle. Empezaba a odiar las sorpresas, pero no le quedaba más remedio que prestar atención.

Paloma fue la que habló entonces.

—Yo... me cuesta decirte esto, porque Deborah es una fiel empleada a la que yo contraté y preparé para ese puesto, pero me llamó la atención la cara que puso cuando encendió el televisor —expuso despacio, como si cada palabra le costara un mundo pronunciarla en voz alta—. Al principio no supe qué pensar, pero después de que Donovan les preguntara a los técnicos, empecé a pensar que había algo más.

Estaba a punto de sufrir un colapso, pero Ashley procuró mantenerse serena y aguardas más explicaciones. Miró a Donovan con curiosidad y miedo a partes iguales.

—Pregunté a los chicos si alguien pudo manipular el ordenador antes de que entrásemos, pero dijeron que los encargados de mantenimiento de los aparatos electrónicos no tienen las claves para ello, solo el equipo responsable del programa. Tanto ellos dos como Deborah lo negaron, claro, pero luego nos dimos cuenta de que ella se comportó de forma extraña cuando te acusó...

—Si hubiera alguna duda al respecto, yo tampoco he tenido nada que ver —apuntó Paloma con seriedad.

—Nunca creí que pudieras haber hecho algo así.

Ahora mismo Ashley no estaba segura de nada, pero no creía que fuera una mentirosa traicionera, y tampoco que pusiera en peligro el programa y a su propia empresa de producción televisiva. También le costaba creer que alguien pudiera poner en peligro su trabajo solo para fastidiarla a ella, pero sin duda la actitud de Deborah la había sorprendido también esa mañana.

Si era capaz o no de hacer algo así, o cómo logró hacerle llegar esa información a Leslie, no tenía ni idea, pero tal como arremetió contra ella, le dio mala espina.

—Bien, porque no quiero que tengas dudas sobre mi profesionalidad y lealtad. Aunque no seamos íntimas amigas, yo jamás haría una cosa así —argumentó Paloma con determinación.

—Me alegra saberlo pero... ¿cómo podemos estar seguros de que es tu ayudante la que anda tras lo ocurrido esta mañana? —preguntó con curiosidad. A pesar de todo, acusar a cualquier persona sin pruebas, no estaba bien.

La pareja se miró unos segundos, como si estuvieran teniendo una conversación silenciosa y fue Donovan quien habló.

—Paloma tiene intención de investigar su ordenador y teléfono para estar seguros.



Cuando esta vio la cara que puso Ashley, se apresuró a explicarse.

—Son propiedad de la empresa, así que si les está dando un uso indebido, sería motivo de despido, e incluso de demanda. No pienso tolerar que ponga en peligro nuestra integridad, y, si ha hecho algo, lo sabremos —sentenció con una frialdad que caló en sus huesos.

—Y si es ella la que ha hablado con Leslie... ¿qué pasará? —inquirió con vacilación.

Paloma carraspeó incómoda.

—Si ese fuera el caso, ya ha roto el contrato de confidencialidad, como sabes, de modo que, es posible que debamos seguir trabajando con ella como hasta ahora, para evitar empeorar las cosas —

expuso, sintiéndose culpable—. Alguien que ha traspasado esa línea, no tendría problemas para causar más daños, y como me ha hecho ver Donovan, lo mejor sería andarse con cuidado, y con discreción a partir de ahora. No creo que tenga escrúpulos ni ética de ahora en adelante.

—Ya. Tenemos que tragar.

Ashley sintió que se formaba un nudo en la boca de su estómago. Cada vez estaba más cansada de todo eso, pero como ella no podía hacer nada para

solucionarlo, y en cierto sentido comprendía que era mejor así, respiró hondo y compuso una sonrisa tensa.

No sería ella la que rompiera ese delgado hilo en el que se balanceaba su carrera.

Entre los dos intentaron animarla, darle algunos consejos para llevar la situación del mejor modo posible, pero aunque fuera raro, Ashley ya tenía la mente lejos de allí. No podía hacer nada para arreglar las cosas. No ahora. Entonces, se preguntó de qué valía estar amargada todo el tiempo, lamentándose y lloriqueando por las esquinas como una niña pequeña.

Dejó de prestar atención a lo que decían, y aunque se sintió un poco mal, lo cierto era que de igual modo, se sentía agradecida con los dos, y por ese día había zanjado la cuestión de las habladurías y la traición.

Quería ir de compras. Sonaba frívolo y superficial, pero estaba pasando por mucho desde hacía semanas. Merecía un respiro, y si no se lo tomaba ya, saltaría por los aires como una granada de mano.

Se despidió con un abrazo cariñoso a cada uno y subió a su habitación. Vio en su móvil varios mensajes de Erika y le pidió unos minutos para ducharse y arreglarse. En cuanto acabaran de grabar esa tarde, cogerían el coche rumbo al centro. También vio unas llamadas de sus padres, y les envió unos mensajes tranquilizadores, porque sabía que si hablaba con ellos, su alterado estado emocional, no se mantendría en ese modo de absoluto adormecimiento en el que se encontraba. Todo lo que pasaba, también les afectaba, y Ashley se dijo que aunque no iba a armar jaleo por las cosas que se decían de ella, sí que ajustaría cuentas con Leslie por el daño a su familia. Tal vez a esta no le importara herir a los suyos, pero a ella sí que le preocupaban sus seres queridos, y tarde o temprano, hallaría el modo de hacérselo pagar.

Tragó su rabia, porque no era el momento de dejarse llevar por ella, y se prometió que le devolvería el golpe. No sabía cómo, pero lo averiguaría. Ya estaba cansada de jugar a ser una buena chica que aguantaba todos los chaparrones.

En cuanto llegara a casa, eso se acabó.



Para tranquilidad de Ashley, fue Paloma quien se encargó de entrevistarla en el video-confesionario.

A pesar de que en las imágenes grabadas de esa mañana se veía un poco tensa a sí misma, al final no estuvo tan mal como creyó en un principio. Bromearon y rieron, y al terminar, no pudo evitar darle un fuerte abrazo y un par de besos en las mejillas.

No habían empezado con el mejor pie, y sus ideas habían chocado a menudo a lo largo de esos días, por el vestuario más que nada, pero poco a poco iban tomando confianza y trabajar juntas empezaba a ser más cómodo. Ashley no tenía con qué agradecerle que estuviera de su lado tras lo sucedido. Sabía que tenía mucho que ver el que Donovan estuviera también involucrado en el proyecto, pero Paloma era muy profesional, y no le cabía duda de que si la prensa fuera un problema grave y perjudicial para ella o el programa, le habría puesto fin de inmediato. Muy al contrario, no olvidaba que antes de la reunión del domingo, en que casi podía paladear el fin, ella se mostró confiada y la apoyó en todo momento. No eran íntimas amigas, como esta había apuntado, pero ambas eran adultas, y podían diferenciar lo personal de lo profesional.

Menos mal que el tema de Donovan no la había perjudicado con Paloma, se dijo Ashley. Desde luego, no tendría que preocuparse por ello, y si esta lo considerara una traba, seguro que se lo haría notar de algún modo. Con el tiempo se dio cuenta de que era como un libro abierto; podía simular su estado de ánimo con su máscara de mujer profesional y seria, pero lo cierto era que se le notaba en la cara lo que pensaba, todas sus impresiones. Eso ayudaba a Ashley a tratarla, porque si no estaba de humor, con alejarse tenía bastante.

Ahora mismo, huir de los problemas no le parecía cobarde, sino un acto de supervivencia.

Y necesitaba eso, desde luego. Casi tanto como una tarde de chicas, se dijo. Así podría respirar.

Cuando se despidió de su jefa, subió a su habitación para coger su bolso. Las chicas la esperaban en el coche, de modo que no se entretuvo en meter en él todo lo que pudiera necesitar, lo que no era demasiado.

Al salir de su cuarto y cerrar con llave, se topó con Gérard, a quien no había visto desde la hora de la comida.

Pensaba que la estaba evitando desde lo de la mañana, y no sabía cómo reaccionar. Su corazón tenía otra forma de pensar, ya que se aceleró cuando él se acercó. Lo maldijo para sus adentros, el muy traidor, que no hacía más que sobresaltarse cada vez que la mirada del francesito se posaba en sus ojos.

—¿Te marchas? —preguntó con cautela.

—Sí, las chicas me están esperando.

Gérard asintió nervioso, y Ashley pensó que se derrumbaría por tenerle allí delante, lo cual era una locura, y se dijo que lo mejor era poner distancia; cuanta más mejor. Si él quería negar lo que pasó, y que eso no se volviera a repetir, podían hablarlo luego. O mejor nunca.

Intentó pasar de largo, pero él se lo impidió al sujetarla por la mano. Ashley se sobresaltó al notar su calidez.

Estaban muy cerca, lo bastante para que su mente empezara a divagar sobre sus preciosos ojos azules, su expresión de chico bueno e inocente a pesar de sus más de treinta años, y cómo no... su fabuloso cuerpo musculoso que la derretía por completo.

Se aclaró la garganta antes de hablar.

—¿Qué quieres?

Su voz sonó cascada, y no le gustó que eso la hiciera parecer vulnerable, afectada por su simple presencia y leve contacto.

—Necesito explicarte por qué dije lo que dije esta mañana.

—No hace falta. Entiendo que quieras proteger tu lugar en el concurso y, aunque mi primera reacción fue la de decir la verdad, no le he dicho nada a Paloma. Solo Erika y Jenna lo saben, y ellas no

hablarán —le aseguró.

Gérard frunció el ceño y Ashley le observó contrariada.

—Lo has entendido mal —negó con la cabeza y tiró de su mano para que se aproximara. Quedaron

con sus rostros muy cerca, y Ashley se quedó sin respiración—. No es a mí a quien quería proteger, porque la verdad es que me da igual si gano o no el concurso. Quería protegerte a ti —le aseguró en voz baja, con una mirada hechizante—. Creas o no mis palabras, nunca quise que te sintieras mal por lo que dije, y por eso quería aclararlo.

—¿Qué te hace pensar que me has hecho daño? —preguntó con incertidumbre.

Gérard sonrió, pero Ashley notó una sombra en su mirada, en sus pensamientos.

—Confieso que las mujeres no se me dan bien, o al menos la parte sentimental, y las relaciones en general —matizó con una voz grave, dura, y una expresión ligeramente avergonzada. Ashley notó que le estaba costando un gran esfuerzo abrirse a ella como lo estaba haciendo y guardó silencio—, pero la verdad es que con el tiempo he aprendido a ser muy observador, a entender que una mirada es capaz de decir mucho más que una palabra.

La escrutó cuando acabó de hablar.

—Bueno, tal vez sí que me sentí mal cuando negaste lo que había ocurrido entre nosotros —admitió con desgana.

No quería que viera que le afectaba más de lo que le gustaría, pero así era. No tenía porqué mentir.

—Tampoco me sentí bien al hacerlo y... creo que ya he mencionado que las mujeres no se me dan

bien —le recordó.

—Sí pero, creo que es porque se te habrán lanzado a los brazos a montones —apuntó ella.

Gérard sonrió amargamente y Ashley dejó de bromear.

—Aunque no lo creas, en mi adolescencia tuve los clásicos problemas con el acné y el aparato en los dientes, y si a eso le sumas mi carácter introvertido, pues tienes una autoestima castigada a base de rechazos que no se recuperaba por culpa de un padre severo y demasiado controlador.

Ashley oyó su relato sin poder evitar tener ganas de abrazarle y mimarle como no lo habían hecho.

—Lo siento mucho.

Gérard la miró con ternura al percibir su tono de voz afectado.

—No hace falta. A pesar de ser una persona recelosa de todo, no he salido tan mal.

Que fuera capaz de reírse de su propia debilidad, la enterneció. No podía entender cómo alguien podía ser tan reservado y a la vez tan apasionado en la intimidad, porque no se encontró con otra persona igual en toda su vida, pero esa era una de las cualidades que más le gustaban: que a pesar de su evidente desconfianza del mundo, Gérard se plantaba ante este con los hombros erguidos. Era admirable.

Se quedó frente a él en silencio unos segundos.

—Eres la persona más dulce del mundo, también eres apasionado y leal. No creo que hayas salido nada mal, en absoluto —bromeó con cariño.

—¿No haces mención a mi atractivo físico? —preguntó con cautela y una pizca de inseguridad.

La miró con detenimiento, y Ashley se sintió algo confusa al principio. Supuso que sus anteriores relaciones, o la falta de ellas en realidad, se debía a que en su adolescencia había sufrido a causa de su físico y su carácter, y al madurar, había sido justo al revés. La mayoría de las personas eran superficiales, y se fijaban en el exterior sin molestarse en conocer a la otra persona por dentro, pero lo cierto era que lo que más le atraía de él, era que no se parecía a nadie

que conociera. Era único.

Ella había estado con muchos tíos guapos y musculosos, capaces de hacerla disfrutar en la cama, pero a la hora de la verdad, eso que la atrajo, también le hizo perder el interés. Con Gérard era distinto, y estaba claro que tenía mucho más que un cuerpo perfecto, al menos para ella. No solo su reserva le

resultaba algo misterioso y atrayente; el hecho de que fueran diferentes en varios aspectos, le llamaba la atención, y le gustaba, para qué iba a mentirse a sí misma.

—A veces las cosas obvias no son las más importantes, sino las que descubres cuando muestras verdadero interés en... algo —soltó pensativa, evitando de forma deliberada referirse a él.

Se dio cuenta de que había dejado sus pensamientos demasiado al descubierto, pero ya no había manera de borrarlo. La expresión de felicidad de Gérard en ese instante, había valido la pena, aunque no era la clase de persona que soliera desnudar su alma, ni siquiera con las personas más cercanas a ella. Le sorprendió lo fácil que era dejar ver su alma, sus verdaderos sentimientos con Gérard, y pensó que lo mejor sería no analizarlo, o entraría en pánico.

Gérard le dio un beso en la mejilla y Ashley se contuvo para no pedir más. Ese leve contacto no era ni de lejos lo que deseaba cuando le tenía tan cerca. Quería mucho más, pero también sabía que no era el lugar más adecuado para dejarse llevar. Además, la estaban esperando.

—Ibas a algún sitio, ¿no? —le recordó.

—Sí. A comprar zapatos y algún perfume, por lo visto.

—¿No estás segura?

Ashley le miró divertida.

—Claro que sí. Es solo que... me desconcentras —soltó con picardía.

Gérard soltó una risa avergonzada y sus mejillas se sonrojaron al segundo. Dio un paso atrás y le soltó la mano. Ashley echó de menos su contacto aun

teniéndole delante, y se preguntó si se estaría volviendo loca, porque sus sentimientos sí que lo parecían.

—Hasta luego.

Gérard repitió esas dos palabras y la vio alejarse por la escalera hasta desaparecer por completo de su vista. Ahora además de deseo, también sentía una punzada de añoranza por su cercanía.

Frunció el ceño. Estaba en serios apuros.

## Capítulo 18

Ashley pasó una estupenda y terapéutica tarde de compras junto con sus personas favoritas en el mundo. Era justo lo que necesitaba, ya que mientras iban hacia el centro, recibió una llamada preocupada de sus padres.

Como se lo esperaba desde esa mañana, trató de hacerles ver que no era más que otra patraña de Leslie, lo que empezaba a enfurecerles. Sin embargo, les pidió que mantuvieran la calma, y les aseguró que sería ella quien lo arreglara cuando llegara a casa. A su hermano le dijo lo mismo por mensaje de texto. Él estaba liado en el trabajo, pero estaba pendiente de ella en todo momento, dadas las circunstancias. No podía querer más a su familia, y reiteró sus intenciones de zanjar ese tema cuando acabara el mes y volara a Miami. Las cosas no iban a quedar así, y aunque su intención no era la de revolucionar las redes aún más de lo que estaban, en privado, sí que pensaba encararse a Leslie. No dejaría que esa víbora se escondiera más tras los focos, sino que se enfrentaría cara a cara con ella.

Decidieron cenar fuera, para tener algo de intimidad y poder despotricar a gusto sobre todo lo que estaba pasando. Ashley no tenía intención de mencionar el tema de la reunión con Paloma, pero Jenna también había notado que el comportamiento de Deborah no había sido normal, y junto con Erika, habían acordado mencionárselo. Al final, les contó lo que pudo, teniendo en cuenta que solo eran especulaciones y no había nada seguro.

Las tres se mostraron preocupadas.

—Si esa británica pija es la que sabe lo tuyo con Gérard y se ha chivado a la otra odiosa bruja... lo pagará muy caro —sentenció Erika.

Jenna asentía.

—Son como las hermanastras malvadas.

—¿Entonces yo sería como cenicienta? Porque yo sé yo si ser considerada una muchachita indefensa de la que todos abusan, es algo bueno —se quejó Ashley.

Sus amigas la observaron pensativas. Y fue Jenna la que intervino de nuevo con una sonrisa traviesa.

—Ella es la que se lleva al príncipe azul, no lo olvides.

Las tres se rieron, y Ashley se quedó pensativa un rato. ¿Podría salir bien parada de esa historia de verdad?; de la dichosa prensa... de lo suyo con Gérard... Ambas cosas podían ser pasajeras, con el tiempo, claro. Al menos si era lo que quería.

Se preguntó si su aventura podría traspasar esa barrera invisible que ella misma construía para no dar paso a algo duradero en sus relaciones pasadas. Tembló ante la sola idea de ir más allá, porque no sabía cómo hacerlo, y porque para ello, los dos deberían estar de acuerdo, y en lo único en lo que coincidían eran en que aquello tenía una fecha límite, les gustara o no.

Trató de no darle vueltas a ese incómodo tema, porque de lo contrario, saldría humo de su cabeza y no deseaba calentarse más con historias que no podía controlar, y se centró en pasarlo bien con sus amigas.

Fueron a un restaurante sencillo y elegante en una zona discreta, y allí pudieron olvidarse de todo durante un rato. Tampoco querían darle más bombo a lo que estaba pasando, porque desde luego, estaban de acuerdo en que ese viaje no tenía ese propósito y, con algo de esfuerzo, lograrían pasar página y centrarse en divertirse lo máximo posible. Sin duda eran capaces de conseguirlo.

No llegaron muy tarde a casa, pero se la encontraron en silencio total. Subieron a sus habitaciones y



se despidieron hasta el día siguiente. Ashley se entretuvo una hora y media con el ordenador, poniendo en orden su correspondencia y su web como cada día, e hizo lo posible para ignorar los correos electrónicos en los que la gente le preguntaba por los rumores sobre el programa de cocina. Estaba acostumbrada a los curiosos, pero esas semanas, estos se habían multiplicado, por lo que su paciencia iba disminuyendo sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Era agotador.

Se quedó dormida cerca de las dos de la madrugada, y a la mañana siguiente, manejaba un estado soñoliento por el que casi no pudo despegarse las sábanas.

Para su gran alivio, fue una jornada muy tranquila. Pasó por vestuario, maquillaje y peluquería, y charló unos minutos con Jenna mientras Erika acababa de preparar a Karen en silencio. A pesar de la limitación de sus amigas con el idioma, lo cierto era que estaban haciendo un buen trabajo, y se divertían aconsejando a las chicas a través de ella. Eran unas adictas a la moda con maniqués en carne y hueso y una habitación llena de prendas de marca. Vale que no eran vestidos ni prendas exclusivas y elegantes, pero sí a la moda, con lo que ambas se sentían cómodas trabajando.

Dejar la agencia de *Personal Shopper* temporalmente, había sido duro, pero allí seguiría cuando volvieran, y como confiaban en sus encargadas, tampoco debían preocuparse demasiado. Ya la controlaban a diario desde la distancia, así que estaban al día con todo. Ahora mismo solo debían disfrutar de ese paréntesis en sus vidas, y eso pensaban hacer las tres.

Todo el mundo estaba concentrado en su trabajo esa mañana. No hubo contratiempos y Ashley pudo relajarse después de los primeros minutos. Casi había esperado que soltaran otra bomba sobre ella, o cualquier otra cosa, pero eso no ocurrió y pudo respirar con tranquilidad.



Durante la hora de la comida, olvidó lo que había pasado el día anterior. No todo el mundo estaba simpático con ella, pero Ashley ignoró a esa pequeña minoría y bromeó y charló con los demás, incluso con Gérard, que a pesar de que a él también lo observaban como si fuera a lanzarse sobre ella en cualquier momento, hizo como si nada y se comportó con toda naturalidad. Muy maduro por su parte, se dijo Ashley.

A ella le costaba un poco hacer como si nada, porque contra todo pronóstico, cada vez que le tenía cerca, sentía deseos de abalanzarse a por sus labios y devorarlos como preámbulos del sexo más ardiente de su vida.

Menos mal que tenía fuerza de voluntad, por ahora al menos, lo que ya era algo.

Esa tarde, después de las grabaciones, descansaron una hora antes de empezar a trabajar de nuevo.

Al día siguiente iban a hacer una receta con helado, y tenían dejarlo toda la noche en el congelador, por lo que debían prepararlo antes de la cena.

No era muy complicado hacer helado de vainilla casero, y fue divertido ponerse a ello. A todos sus alumnos les gustó probar algo nuevo. Ashley tuvo que comprobar el resultado uno a uno, para que al día siguiente no se encontraran sin ingredientes con los que trabajar, y se le ocurrió guardar varios moldes extra por si acaso. Mejor prevenir. De todos modos, el helado casero no era algo que fuera a sobrar; entre el buen tiempo y lo delicioso que estaba, seguro que para el fin de semana no quedaban ni los restos.

Por suerte, Paloma le había conseguido unos moldes redondos de unos quince centímetros de largo,

perfectos para que el helado quedara con la forma ideal para luego cubrirlo con el bizcocho con jugo de cereza.

Una vez listo, sacaron el helado del congelador hasta que quedó ablandado y lo mezclaron con un puñado de cerezas de tarro de una calidad exquisita. Volvieron a colocarlo en el molde redondo y cuando el de cada grupo obtuvo la aprobación de Ashley, fue metido de nuevo en el congelador hasta la

mañana siguiente.

Las cámaras terminaron de filmar y Paloma les felicitó por un trabajo bien hecho.

—Vamos a cenar y mañana acabaremos este increíble plato. Como ya sabéis, lo haremos como cada día: cuando Ashley acabe en su cocina, empezareis los demás. Las imágenes de ahora se intercalarán cuando los montadores acaben su trabajo de edición, así que no os salgáis del guión previsto —advirtió con su habitual tono autoritario.

Todo el mundo asintió, y ella les animó entonces a salir de la zona de las cocinas. Estaban hambrientos y despejaron la zona en cuestión de segundos.

El catering había preparado una ligera cena a base de filetes de ternera con una suave salsa de pimienta y pequeños hojaldres rellenos de verduras al horno. No se podía decir que no cuidaran su menú, porque después de comer esos postres tan contundentes, sin duda, todos necesitaban moderar el consumo de calorías.

Como la mayoría estaban cansados tras la cena, se marcharon a sus habitaciones, y solo Donovan y Paloma esperaron a que el personal del catering terminara de recoger. Minutos después, subieron al coche de ella y fueron a pasar la noche en su piso.

En la planta superior, Ashley, tras colocarse su pijama, consistente en un pantalón corto y una camiseta ajustada de tirantes, se metió en la cama y se quedó dormida mientras tecleaba en su ordenador portátil.

La tensión de esos días le pasaba factura, y por una vez, no tuvo que esperar varias horas para que el sueño se apoderara de ella. Aunque este, sí que se vio interrumpido varias horas más tarde por unos discretos golpes en su puerta.

De no haber insistido, tal vez habría vuelto a dormirse a pierna suelta, pero maldijo en voz baja cuando los oyó repetidas veces. Qué incansable quien fuera.

Para su completa sorpresa, cuando abrió la puerta malhumorada, se dio cuenta

de que era Gérard.

Su humor cambió de nuevo y mostró una pequeña sonrisa que no ocultaba del todo su cansancio a esas tardías horas de la noche.

Sin esperar a ser invitado, dio varios pasos para entrar a la vez que Ashley retrocedía de manera atropellada y experimentó un subidón de adrenalina cuando vio que él cerraba la puerta con llave.

—Puedo suponer que sé a qué vienes pero... me intriga conocer tus razones.

Gérard sonrió ante la irónica situación.

—Estaba hablando con Olivia sobre lo que debía hacer o no, porque tengo muchas razones para dejarlo estar, como que me preocupa lo que pueda pasar si alguien se enterara de que no es un rumor el que nos acostemos. Tampoco quiero que me vayan a descalificar, porque eso arrastraría a mi compañera de grupo y... bueno, los dos sabemos que al final del curso te marcharás —añadió con seriedad—. Me preocupa que nos impliquemos demasiado y puedan surgir...

—¿Sentimientos? —interrumpió ella.

Gérard se mantuvo callado un instante, muy quieto a pocos pasos de Ashley, sin dejar de mirar sus bonitos y tiernos ojos azules. Estaba sin maquillaje, con una sencilla coleta y lo que parecía un conjunto de ropa para dormir, y la encontraba más bonita que nunca. Arreglada era una belleza incomparable, pero de este modo era ella, preciosa sin artificios. Sin duda le aterraba sentir algo por ella, y no por los

sentimientos en sí, sino por lo que pasaría cuando todo acabara. Y acabaría, se dijo.

Se quedaría solo de nuevo, con el corazón roto por primera vez en su vida, y añorando a una mujer inalcanzable en muchos aspectos. Ni siquiera vivirían en el mismo país. Menuda relación podrían tener.

—Sí, sentimientos —repitió en voz baja.

Ashley asintió, comprendiendo muy bien su razonamiento, porque ella estaba de acuerdo en cada punto. ¿Cómo no estarlo? Y a su vez, deseando repetir la experiencia, aún sabiendo que podría arrepentirse luego.

Si llegara a enamorarse, a pesar de no tener muy claro lo que debía sentir para asegurarse de ello, se sentiría fatal cuando le dejara atrás. No se veía capaz de abandonarlo todo por un hombre, porque jamás tuvo la necesidad de compartir toda su vida con alguien a quien amara profundamente. La avergonzaba admitir que jamás le había ocurrido, y dudaba de su capacidad para llegar a experimentarlo alguna vez.

Si abandonara a su familia, su carrera y a sus amistades, para luego fracasar, como parecía evidente en todas las relaciones que existían en el mundo, se sentiría del derrotada. No estaba lista para apostar todo a una simple carta, así de simple y triste.

—¿Crees que es posible tener una aventura y que luego podamos seguir con nuestras vidas como si nada? —inquirió con suavidad.

—Muchas personas son capaces de superar sus rupturas, así que creo que es posible.

—Esto no sería una ruptura —susurró ella.

—Ya. No somos pareja, así que no tenemos que pasar por las lágrimas y los lamentos —bromeó él, acercándose a ella con pasos deliberadamente lentos.

—Nada de reproches. Solo sexo.

—Nada de razones. Solo sexo —repitió él con una sonrisa lasciva.

—Creo que tenemos un acuerdo.

—Eso parece —dijo él antes de inclinarse para saborear sus labios.

Ashley se rindió por completo. Era abrumador lo que su cuerpo estaba experimentando, y de igual modo, solo quería seguir, pedirle más. Alzó sus brazos para rodearle el cuello y profundizar el beso, y Gérard la sujetó por la cintura antes de bajar sus manos y apretar su firme trasero contra él. Sus

curvas le volvían loco.

Enseguida Ashley notó su excitación contra la parte baja de su vientre. Jadeó y se contoneó para crear fricción en el lugar correcto. Gérard la ayudó agarrando sus piernas para que se enroscara en torno a su espalda, y la dejó caer en la cama tal como estaba. Empujó la pelvis una y otra vez para excitarla, para hacerla enloquecer tanto como lo estaba él y, cuando no pudo más, empezó a quitarse la ropa con rapidez. Se sacó la camiseta y subió la de Ashley para abarcar sus pechos con sus manos. Observó su expresión de placer absoluto, y amasó sus generosos montículos; pellizcó con suavidad sus pezones hasta que se irguieron duros como guijarros y los saboreó con la lengua, dando pequeños lametazos y succionando hasta que Ashley apenas podía aguantar las ganas de gritar. Se mordió con tanta fuerza los labios, que casi se hizo daño. Y nada le importaba en ese instante.

Pero Gérard quería provocar esa reacción con cada una de sus partes erógenas, de modo que se detuvo allí y fue a por más. Le pidió que se quitara la camiseta y mientras lo hacía, él bajó su pantalón corto junto con sus braguitas. Los tiró lejos y abrió sus piernas para dejar bien a la vista un manjar succulento e irresistible que se estaba convirtiendo en su favorito.

Ashley contuvo el aliento cuando él se inclinó hacia su depilado pubis y su juguetona lengua se paseó con total descaro entre sus ya húmedos pliegues. Notó cómo un dedo invasor la penetraba despacio, y poco a poco entraba y salía con más rapidez. Comenzaba a notar fuego en sus entrañas, que

iba propagándose lentamente, y poco a poco se iba volviendo más ardiente, casi insoportable, como una deliciosa tortura que no quería detener.

—Gérard —rogó con una voz impregnada de pasión.

Él se detuvo en ese momento, y aunque ella no podía verlo, porque apenas era capaz de recordar su nombre, la piel de este se erizó al oír su nombre de sus labios.

Su voz siempre le resultaba como una caricia cadente y maravillosa, pero hasta ahora, no había escuchado pronunciar su nombre con ese tono de necesidad, de ruego. Trató de no pensar en ello y concentrarse en lo que tenía

justo delante: una mujer increíble, más que dispuesta para él, sin pedirle nada, solo ofreciendo su cuerpo con libertad, con abandono... y tenía intención de hacer que disfrutara como nunca antes en su vida.

Desabrochó su pantalón y lo deslizó hasta sacarlo por sus pies. Antes de tirarlo, sacó varios condones y los puso sobre la cama. Ashley fue medio consciente de su gesto y sonrió complacida.

—Venías preparado, ¿eh? —farfulló con la voz enronquecida por el deseo.

—Lo cierto es que fue cosa de Olivia.

Ashley se quedó sorprendida por su declaración. A pocos metros de donde estaban, su amiga sabía lo que estaban haciendo, y si bien era cierto que se podía confiar en ella, se sintió algo avergonzada de que alguien estuviera al tanto de sus actividades más íntimas justo cuando estas tenían lugar. Menudo bochorno le entró.

—Te has sonrojado —musitó Gérard con una sonrisa perezosa—. Estás preciosa cuando lo haces.

—Tú también eres adorable cuando te ocurre lo mismo —aludió ella, acariciando sus mejillas.

—¿Eso crees?

Ashley tragó con dificultad al notar la vulnerabilidad de su voz.

—Sí.

Casi no pudo hablar porque Gérard se precipitó hacia su boca, y atacó sin piedad con su lengua hasta que ella respondió, lo que hizo encantada. Sus besos la volvían loca, la encendían, la hacían temblar.

En ese momento estaba perdiendo la razón; no podía pensar, lo único que hacía era sentir en inmenso placer que le provocaba con el más leve contacto, y solo quería más de él. Su mano se deslizó hasta encontrarse con su duro miembro y empezó a moverla despacio, con movimientos pausados, arriba y abajo, disfrutando de su suavidad aterciopelada, y sin que el juego de lenguas

se detuviera. Gérard aprovechó el poco espacio que existía entre ellos en ese instante, y le prodigó unas minuciosas atenciones a su hinchado clítoris.

Ella misma se notaba cada vez más cerca del orgasmo, pero quería sentirle dentro cuando no pudiera aguantar más esa placentera tortura. Como no deseaba interrumpir ese abrasador beso, se contoneó para situarse en la mejor posición y con la mano le guió hasta la entrada húmeda de su vagina.

No tardó ni un solo segundo en empalarla hasta el fondo, dejándola sin aliento, estremeciéndole hasta el alma y creyendo que había muerto y llegado al mismísimo cielo.

Gérard bebió sus jadeos incontrolados y fue aumentando el ritmo poco a poco. Ashley estaba a punto de perder el control, lo notaba por cómo movía la pelvis contra él, por cómo se aferraba con fuerza a su espalda, como si no quisiera dejarle escapar.

Por un segundo, cuando interrumpió el beso, sus ojos se encontraron, y se dio cuenta de que la había llevado al límite. Sin apartar la mirada, empujó su miembro más adentro, llenándola, haciendo que un abrumador escalofrío la recorriera justo en el preciso momento en que estallaba en su interior en el orgasmo más feroz que había experimentado jamás.

Gérard la besó de nuevo para evitar que gritara y despertara a todo el mundo aun con las



habitaciones insonorizadas, y notó cómo los espasmos de su interior le estaban haciendo perder el juicio por completo. Fue difícil mantener el control, pero logró aguantar hasta que notó que Ashley empezaba a relajar sus músculos poco a poco y, cuando Gérard se retiró de su interior, le hizo tumbarse, le colocó un preservativo y se montó encima de él a horcajadas. Su pecho se balanceaba con el movimiento de arriba abajo y cuando contoneaba su cadera en círculos para darle el mayor de los placeres. Y así continuó durante unos largos minutos en que Gérard apenas podía respirar con normalidad.

Su precioso cuerpo ligeramente bronceado estaba bañado por la luz de la mesilla de noche, y a él le parecía una verdadera diosa. Esa perfección solo podía ser fruto de otro mundo, se dijo, enajenado por la pasión del momento, y cuando estaba a punto de llegar al clímax, agarró con fuerza sus nalgas y la apretó contra su palpitante miembro mientras ella se movía sin cesar, haciendo que también alcanzara el Nirvana.

Gérard se incorporó al poco rato y la besó con ardor cuando recuperó el aliento. Salió de su interior sin ganas y apartó con cuidado el preservativo. No quería levantarse de la cama aún, de modo que se sirvió de unos pañuelos que Ashley tenía en una bonita caja adornada con flores, y lo dejó en un lugar discreto junto a la cama.

Al darse la vuelta, vio que Ashley le miraba con una expresión de total satisfacción, con los labios hinchados y su maravilloso cuerpo expuesto como si de una estatua de museo se tratara. Toda perfección.

Aunque se le hizo un nudo en la garganta al contemplarla, se aproximó a ella y sonrió.

Permanecieron así unos minutos, uno frente al otro, hablando de todo y nada a la vez. Solo se movieron cuando Ashley se incorporó para echar la sábana y la colcha sobre los dos. Al poco rato, se quedaron dormidos con una sonrisa en los labios.

Aún no sabían lo complicado que iba a ser respetar el acuerdo que habían hecho, sin embargo, no tenían otro remedio.

Ashley se despertó cuando sonó su alarma en el móvil, y se quedó muy seria al notar que estaba sola en su habitación. No le había oído marcharse, y aunque fuera del todo nuevo para ella echar de menos tener a su cita, que no era una cita, a su lado, lo cierto era que se sentía mal por no encontrarle acostado junto a ella.

Fue al baño, se dio una ducha rápida, y, mientras se enjabonaba el pelo, recordó un momento de la noche anterior cuando Gérard le sostuvo el pelo por la coleta y la apretó contra él para profundizar el beso. Fue muy erótico.



Era tan apasionado, tan fogoso... la derretía, la hechizaba por completo. Si se concentraba lo suficiente, hasta podría recordar sus manos paseando por todo su cuerpo, por sus partes más erógenas.

Sin embargo, no tenía tiempo para pensamientos lujuriosos. Tendría que esperar a la noche, si es que se presentaba en su habitación. Durante el día, le lanzaría alguna indirecta, o se lo diría con claridad si tenía ocasión, eso seguro.

Al salir de su habitación se encontró con que Erika y Jenna la esperaban en la sala contigua a su dormitorio.

—Buenos días —dijo con una satisfacción imposible de moderar.

La escrutaron durante unos largos segundos y empezaron a hablar entre ellas sin dejar de mirarla.

—Qué contenta se ha levantado —comentó Erika con suspicacia y una traviesa sonrisa en sus labios.

—Ha tenido sexo esta noche.

—Sí, y del bueno, teniendo en cuenta esa sonrisa de oreja a oreja.

—¿Lo ha sido? —preguntó Jenna con sorna y una buena dosis de curiosidad morbosa.

—Desde luego —soltó ella como si el solo hecho de ponerlo en duda fuera una ofensa terrible.

Sus amigas se rieron con total descaro.

Erika fue la única que luego puso morritos con sus labios, mostrando su disgusto.

—Qué suerte tenéis, yo en cambio, he tenido dolor menstrual y un analgésico.

—No te quejes, que te has estado dando el lote con Cristian como dos adolescentes cachondos, y encima te trajo bombones.

—Oh, ¿en serio?

Erika asintió con una sonrisa complacida y Jenna le dio un codazo cariñoso.

—Le dije que esta noche no me iba a acostar con él porque estaba con la regla y al cabo de una hora o así, viene a verme a mi habitación con una enorme caja de bombones. Me dijo que leyó en internet que el chocolate es un sustituto del sexo, ¿te puedes creer lo adorable que es?

Ashley se rió sin poder contenerse. La expresión de su amiga le indicó que tal vez también se estaba encariñando con su yogurín, pero en realidad dudaba que fuera más allá que el simple afecto o el cariño.

Erika no era de las que se comprometían, y menos con un hombre. Su único amor verdadero era su trabajo. El único que le era fiel pasara lo que pasara, solía decir. Jenna por otro lado, empezó a relatarles las proezas sexuales de Leo, y su cara lo decía todo. Estaba loquita por sus huesos.

Se preguntó qué tendría la ciudad de Madrid, que las había hechizado a las tres. Tal vez no estaban enamoradas, pero los sentimientos en la casa estaban a flor de piel.

—Debemos ponernos en marcha —dijo cuando miró su reloj.

Protestaron con desgana al levantarse del cómodo sofá, y fueron a por sus cafés diarios. Estaban todos reunidos en la sala común y la actividad mañanera empezaba a gustarles.

Ashley se dio cuenta de que Paloma no estaba, y su ayudante tampoco. Su corazón dio un vuelco al pensar en lo que podría estar ocurriendo, pero hasta más tarde no podría obtener respuestas, de modo que intentó serenarse y pensar en otra cosa. Cuando sus ojos se encontraron con los de Gérard, halló su vía de escape. Estaban cada uno en un extremo de la sala, pero estaba claro que a pesar de la gente que les rodeaba, ellos tenían otros pensamientos e imágenes en mente.

Solo esperaba que no la asaltaran durante la jornada, se dijo, o haría un trabajo pésimo.

Poco a poco fueron pasando a la zona de peluquería y maquillaje y la sala de reuniones multiusos se fue despejando. Iba quedando poco para comenzar.

Paloma estaba centrada en su ordenador cuando Donovan se le acercó para recordarle que no quedaba mucho rato para empezar a grabar.

Ella le observó con una expresión neutra, intentando mostrarse profesional porque sabía que aún había gente cerca y le dijo que no tardaría. Donovan asintió y se marchó para que Erika le retocara un poco. Eso de maquillarse era un fastidio, pero quería estar perfecto para las cámaras. No se podía saber quién podría ver su presentación del curso de cocina, y ahora que estaba con un pie en el cine, necesitaba mostrar su mejor cara, y nunca mejor dicho.

No pudo evitar recrearse en su impecable traje gris oscuro de tres piezas, en su andar elegante y ese pelo rizado travieso que le daba un aspecto juvenil y rebelde. Paloma estaba segura de que no estaba enamorada de él, pero las reacciones de su cuerpo cuando estaban juntos, eran tan intensas, que se preguntó si al final no caería en esa irresistible tentación. Estaba convencida de poder evitarlo, porque lo

suyo no podría funcionar en la distancia, pero, ¿y si ya era tarde?

Trataba de evitar pensar en ello, pero quizás esa negación era lo que más problemas podría darle en el futuro. Podría trasladar la empresa a California, pero sabía que allí no tendría el mismo prestigio que en España, y el miedo al fracaso le había hecho olvidar esa idea durante años. Hacerlo por un hombre, le parecía incluso peor.

Tendría que olvidar esas tonterías y centrarse en el trabajo, como siempre había hecho. Podría disfrutar de él mientras estuviera en Madrid, y visitarle de vez en cuando. Con eso le bastaba por el momento.

Cogió su teléfono móvil y llamó a Leo. Como estaban a punto de comenzar a trabajar, pensó que era el mejor momento para su plan de espionaje del ordenador de Deborah. No quería que supiera que la consideraba sospechosa del filtrado de información sobre el programa, y de ese modo, poder controlar la situación sin meter la pata, así que tenían unos pocos minutos para hacerlo.

Se lo llevó a un rincón apartado y le dijo lo que necesitaba que hiciera. Estaba convencida de que lograría entrar en sus cuentas de correo electrónico y en sus redes sociales, y de ese modo, ver sus últimas conversaciones. Si las había borrado, sería complicado, pero al tener contraseña en su ordenador y como lo dejaba en su habitación cerrada con llave, tenía la esperanza de que fuera tan confiada como para no haberlo hecho.

Leo no protestó ni cuestionó su petición, sino que con discreción, hizo lo que le pidió. Era consciente de que depositaba mucha confianza en él, y no pensaba desaprovechar la oportunidad de demostrar que no se equivocaba.

Mientras ella se quedaba en la planta principal para controlar a Deborah cuando apareciera, Leo subió a la planta superior. Antes de entrar en la habitación de la ayudante de Paloma, se aseguró que no había nadie por allí y se dispuso a hacer su trabajo.

Esta, sin embargo, notó que su ayudante tardaba demasiado en ponerse en marcha. Sabía que estaba fuera fumando, por lo que abrió una ventana y echó un rápido vistazo. Si podía evitar que la viera, tanto mejor.

Por suerte para ella, no estaba lejos. Se encontraba dándole la espalda, con el pitillo en una mano y el teléfono en la otra. Charlaba en voz baja con alguien, y Paloma prestó toda su atención. No quería ser una entrometida, pero Deborah podría ser la que echara a perder un proyecto muy importante para ella, y no podía permitirlo. Si averiguaba que era inocente, perfecto, pero si no... bueno, debía saberlo.

Lo que escuchó, la dejó confusa y más recelosa si cabía. El que hablara en inglés, la escamó también.

—No quiero perder mi empleo. Si alguien me viera entrando allí sin permiso, harán preguntas.

Se mantuvo en silencio unos segundos y volvió a hablar en voz baja. Paloma tenía buen oído, y prestó toda su atención.

—No. No creo que nadie sospeche, y no lo harán. Puedes estar tranquila, que tu secreto está a salvo conmigo.

Se le revolvió el estómago al oírla hablar con ese tono de suficiencia. Y antes de que descubriera que tenía público, cerró la ventana con cuidado y salió haciendo ruido para que no fuera ella la que sospechara que había estado espiándola.

Deborah se giró hacia ella y compuso una sonrisa despreocupada. A Paloma le costó más esfuerzo fingir, pero creía haberlo logrado.

—Apresúrate, que casi es la hora. Vamos a revisar unos papeles, y necesito que hagas unas llamadas antes de comenzar a grabar.

Esta asintió y se mostró tan profesional como siempre. La cabeza de Paloma daba vueltas, pero al

tener muchas cosas que hacer, esperó que su ayudante lo atribuyera a eso, y no al malestar que ya notaba en su estómago. Al menos no tendría que fingir que no se encontraba bien.

Cada vez que la miraba, se preguntaba cómo era posible que estuviera traicionando esos principios de los que tanto presumía. Era cierto que aún no había confirmado nada, pero esa conversación no le daba buena espina. Y menos aún después de lo ocurrido. Pensando en el teléfono de empresa, se le ocurrió una idea que iba a llevar a cabo a la menor oportunidad.

## Capítulo 19

El día continuó con más novedades, aunque definirlo, como contratiempos, sería más acertado. Los aparatos de aire acondicionado no funcionaban, y por más que intentaron, no hallaron una solución. Los mandos no los hacían funcionar, y quedó claro que no era por las pilas.

Durante esos días, hacía un calor poco frecuente para el mes de marzo, y Ashley se estremeció por tener que hacer una receta con helado sin que el ambiente fuera mínimamente fresco. Tenían que usar cinco hornos en las zonas de las cocinas, y cuatro de ellos casi a la vez. Menudo marrón tenían encima.

Ninguno de los asistentes y técnicos consiguió encontrar la avería, y como no querían perder un día entero de trabajo, y algunos protestaron cuando Paloma

ofreció posponer la jornada y que el sábado por la mañana terminaran la semana, no les quedó más remedio que ponerse manos a la obra, temiendo lo que pasaría al final de la jornada.

Ashley no podía creer que las chicas más jóvenes no estuvieran de acuerdo y quisieran continuar sin importar las condiciones de las instalaciones. No le costaba entender que trabajar gran parte del sábado, por las dos horas extras de confesionario posteriores, era algo impropio del fin de semana, pero estando en la casa, tampoco podían hacer grandes planes, y al menos darían tiempo a los de mantenimiento a arreglar los aparatos, que ya sospechaba que habían sido saboteados.

No podía ser que tuviera tanta mala suerte, se dijo. Parecía que no podía tener ni un día sin contratiempos.

Y desde luego, no fue nada fácil grabar con normalidad como otros días. Las ventanas de esa parte de la casa no eran tan grandes, y apenas entraba un soplo de aire. Fue muy incómodo tener a una cámara delante, mientras notaba que algunas gotas de sudor caían por su espalda. Casi temía que alguien pudiera darse cuenta.

Tras varias pausas para tomar agua y refrescarse en la zona principal de la casa, lograron acabar, y para su alivio los platos de todos los grupos quedaron increíbles.

—Un postre delicioso y fresquito, ideal para un día caluroso como el que estamos viviendo aquí hoy

—dijo Ashley cuando estaban haciendo las últimas tomas—. Os esperamos mañana con otro episodio de

“Endúlzame”. Los alumnos y yo os obsequiaremos con unos *muffins* de frambuesas riquísimos.

Lanzó un guiño a la cámara y saludó con la mano con alegría. Estaba contenta por despedirse, y deseando lanzarse a la piscina con ropa y todo.

Como cada día, sacaron varias fotografías de la presentación del plato y

Ashley desapareció por la puerta mientras escuchaba las risas de los alumnos de fondo.

No todo había salido mal esa mañana; cuando anunció que el postre que iban a hacer se llamaba « Tronco helado Selva Negra », algunos la habían mirado con caras extrañas, como si pensarán que se había equivocado al leer la receta. Al aparecer en la pantalla, Noemí, que tenía algunas salidas la mar de tronchantes, soltó una carcajada y dijo en voz alta que ese nombre parecía sacado de una película porno, y que lo de Selva Negra parecía aludir a las partes “peludas” de una mujer que no conociera la cera.

Ashley se había puesto roja como un tomate, y al ver que Leo no dejaba de filmar, había pedido en voz baja, que por favor, no se les ocurriera emitir esa parte concreta en el programa.

—Tranquila *profe* —había dicho este—, solo quiero que los montadores se rían un rato cuando les toque editar las grabaciones.



El sofoco había sido el primero de muchos a lo largo de las últimas horas, y en ese momento, lo único que quería era ponerse el biquini y zambullirse en la piscina. Aunque la temperatura del agua fuera templada, seguro que conseguía librarse de esa sensación bochornosa que apenas la dejaba respirar.

Todo el mundo pensó lo mismo, y pronto estuvieron juntos en el agua. Erika se quedó fuera y Cristian le hizo compañía un rato.

Ashley se dio cuenta de que a los pocos minutos, Paloma llamaba a Leo. Se preguntó si sabrían algo nuevo.

Era la mar de frustrante esperar novedades y seguir como si nada, aunque sabía que tenían razón, era mejor actuar con cautela, porque no tenía la menor idea de qué más podrían hacer para fastidiarlo todo.

Ahora mismo parecía que al culpable le daba lo mismo incordiar a un montón

de gente. Lo que estaba pasando les afectaba a todos, y algunos en mayor medida, pensó mientras observaba con disimulo a Gérard.

Olivia trajo refrescos para todos con ayuda de Camila y los dejaron en la mesa del jardín que acercaron hasta la zona de la piscina, y cuando salieron del agua para tomárselos, Ashley se dio cuenta de que Gérard se alejaba hablando en francés. Se imaginó que sería con su padre, y no le costó imaginar que la llamada no era muy amistosa, por la amarga expresión de su cara y la evidente tensión de su cuerpo.

Sus amigas discutían sobre la broma del pastel Selva Negra con Cristian, que les habían contado lo ocurrido esa mañana en la cocina y no pararon de reír cuando se enteraron de toda la historia.

Ellas tuvieron la suerte de quedarse en la habitación de Erika para llamar a Miami y ponerse al día con la empresa, y no aguantaron el calor insoportable de ese día en la cocina.

Sabía que a esas horas estarían arreglando el aire acondicionado para el día siguiente y Paloma enfrascada en su propia investigación interna. ¿Por qué se tomarían tantas molestias para echar por tierra el programa y a ella? ¿Estaría Leslie metida en todo eso?

No quería creer que era tan importante como para que alguien la saboteara a diario, pero era mucha casualidad que la tomaran con su “relación” con Gérard ahora. Sin duda alguien conocía su secreto, porque si no, era imposible que Leslie hubiera sacado esa información de otro lugar. Supuso que pronto lo sabría.

Aunque estaba cansada para ir a arreglarse para ir al video-confesionario, al igual que los demás, pasó por allí cuando llegó su turno. No podía creer que Deborah estuviera frente a ella, pero Paloma no había estado presente desde que acabaron de rodar esa mañana. Eso la ponía nerviosa, y también la mirada escrutadora de su asistente.

—Hoy ha sido un día un pelín problemático, ¿no?

Miró al frente con suspicacia. ¿Acaso era regocijo lo que notó en su voz? Tal



vez fuera su reciente desconfianza hacia ella, pero era extraño que resaltara un problema técnico en lugar de hacerle preguntas sobre el desarrollo de la mañana. O de la tarde anterior cuando grabaron el proceso de la elaboración del helado de vainilla. Ashley estaba muy orgullosa de los chicos, y del buen trabajo realizado a pesar de todo. No iba a caer en su provocación si era lo que pretendía, se dijo.

—No hay nada que pueda con nosotros, como puedes ver. La jornada se ha desarrollado sin más

percances.

Fingió una sonrisa y notó que a Deborah no le gustó su réplica, pero continuó con las preguntas del guión como hacía antes. Sin embargo, al cabo de un rato, volvió a la carga.

—Hoy has vuelto a tener un choque de voluntades con el equipo tres, ¿puedes explicar qué ha pasado entre vosotras para que no quieran tu ayuda?

Ashley se quedó paralizada. No sabía a qué venía ese tono agresivo y esa pregunta. ¿A qué jugaba?

La cámara seguía grabando y Deborah la escrutaba con los ojos entrecerrados. No era extraño que las preguntas fueran directas y un poco descaradas para crear más dramatismo, pero esto era pasarse. No iba a ponerse a criticar a sus propias alumnas, aunque fuera cierto que su relación con ellas dejaba mucho que desear a veces.

Volvió a centrar su atención a la pequeña pantalla y sonrió de manera forzada.

—Creo que todos estábamos un poco agobiados por el problema con el aire acondicionado —dijo

sin más.

Deborah soltó una risita irónica y volvió a meter el dedo en la herida.

—Sin duda no es tu grupo favorito, ¿crees que tienen posibilidades de ganar?

—Claro que sí. Son muy buenas —respondió con rapidez.

Su rápida salida no sentó bien a Deborah, que frunció el ceño y miró los papeles que tenía delante para no enfrentar su fracasado intento de provocar su ira. Ashley miró a su alrededor, deseando que por una vez, hubiera alguien por allí para que interviniera y la ayudara, pero ni siquiera Donovan estaba a la vista, lo que era extraño, porque siempre andaba cerca si no era por la noche, cuando salía de la casa con Paloma.

Aguantó su actitud poco profesional como pudo, y se sorprendió a sí misma por no explotar de rabia. Se estaba acostumbrando a la forma de ser de la gente, que no suele tener miramientos para molestar a otros, y lo cierto era que en cierta medida, hasta le daba pena. Si alguien necesitara sabotear a otra persona para ser feliz, sin duda tenía un problema, y una vida muy triste, desde luego.

Terminó el tiempo de las preguntas y salió disparada. La palabra confesionario para describir esa parte de los *Reality Show*, nunca le había parecido más literal, ya que de verdad parecía que estaba confesando algún pecado cometido sin su conocimiento. Vaya día.

Deseaba un poco de aire fresco, y a esas horas de la tarde, cuando ya empezaba a oscurecer, era perfecto para salir al jardín. Se topó con Gérard cuando este iba a entrar en la casa y este le sonrió.

—¿Cómo ha ido?

Ashley compuso un mohín mientras daba unos pasos al exterior. Quería alejarse de posibles oídos indeseados.

—Deborah se ha comportado como una arpía, y la verdad es que no entiendo su actitud.

—Vaya pues, conmigo y con Olivia ha estado amable, no sé... como siempre —expuso con aire pensativo.

—Eso es porque le gustas —bromeó.

Gérard frunció el ceño.

—He notado que algo ha cambiado en ella, pero no sabría decirte el qué. Es más una sensación.

Otro más que pensaba que algo raro pasaba con Deborah, pensó Ashley. Deseaba comentarle algo, pero no sabía si haría bien. ¿Y si metía la pata y estaba equivocada? Juzgar a la gente y acusar sin pruebas no era su estilo, a diferencia de otras personas que parecían divertirse actuando de ese modo.

—Puede que sea que últimamente no paran de sucederse las noticias... —dijo de manera intencionada— y esté algo tensa, como todos —musitó—. Aunque en la reunión del domingo, dejaron claro que el programa no corría peligro de cancelación. Ojalá las aguas se calmen de una vez.

—Seguro que sí.

No lo dijo muy convencido, más bien se mostró pensativo, lejos de allí, y Ashley le observó en silencio. La conversación con su familia no debió de ir bien, y le entristecía que ese pudiera ser el caso.

—¿Va todo bien?

Su tono cauteloso advirtió a Gérard lo que ella sospechaba, y en realidad no se equivocaba.

—Bueno, las noticias vuelan. Se han enterado todos en mi familia de lo que se dice de nosotros, y mi padre no está muy contento. Para él lo más importante es el trabajo, y se cree que yo estoy aquí para ver pasar el tiempo, o algo así —masculló con disgusto.

—No quiero ni saber lo que pensarán de mí —farfulló en voz baja.

Gérard la escuchó y soltó una carcajada.

—Tranquila, lo cierto es que mi madre te adora sin conocerte y mi padre, bueno, piensa que eres muy guapa y tienes talento, y por eso cree que voy a ser incapaz de... en fin, de despegarme de ti y aprender algo... Más o menos esas fueron sus palabras.

Ashley se sintió cohibida al oírle decir esas cosas. Al menos alguien pensaba que tenía talento, aunque dudaba que conociera su trabajo de primera mano. Durante las últimas semanas había recibido más críticas que cualquier otra cosa, y era halagador que alguien le recordara que ella era buena en lo que hacía. Que su carrera peligrara en ese momento, no significaba nada, porque muchas personas habían ido al restaurante de los Kelley durante años solo porque ella estaba allí, y cuando volviera, haría lo posible por sobreponerse a lo sucedido. Esta vez no pensaba esconderse. Haría lo que había pensado en un principio, y montaría su negocio que llevaría a lo más alto, y si todo salía bien con el programa, tal vez incluso podría filmar en su nuevo trabajo y continuar haciendo cursos.

—Creo que los dos hemos aprendido algo —dijo Ashley en voz baja.

—¿Sí? Bueno, yo he aprendido a hacer varias recetas geniales, pero ¿a qué más te referías?

—Yo... que soy un desastre en cuanto a tíos se refiere —confesó deprisa, como si le hubiera costado dejar escapar esas palabras de su boca—, y que al dejar que mi trabajo fuera lo primero durante años, nunca he sido capaz de darles una oportunidad a ninguno antes; sin contar a Donovan, claro.

—¿Oportunidad para... amistad, afecto? —preguntó con el corazón en un puño.

—Sí, algo así. Lo cierto es que con el sexo masculino siempre he sido algo fría, distante. Nunca me he molestado en dar un paso adelante e intentar conocer a la persona. A veces soy más parecida a un hombre de lo que me gusta reconocer —admitió avergonzada.

Gérard era muy consciente de lo que intentaba decirle, pero se sentía tan abrumado, paralizado, que no sabía qué decir. A él le ocurría lo mismo, y en realidad le daba mucho miedo. Hasta ahora no había tenido suerte con las mujeres, ni en el amor, y dudaba de su capacidad para ofrecer algo por lo que sentía verdadero pavor.

Se dio cuenta de que ella desvió la mirada pensativa y creyó haber metido la

pata. Debería haber dicho algo, pero no sabía el qué. Se confesaba perdido del todo.

—No creo ser capaz de enamorarme, pero sí estoy segura de que eres una persona especial de verdad, y me has abierto los ojos. —Ashley habló de manera pausada, reflexiva, midiendo mucho sus palabras porque no quería estropear ni enredar más las cosas entre ellos—. No soy una ilusa, sé que esto es temporal, pero estoy convencida de que de algún modo he cambiado, y te lo debo a ti. Así que gracias.

Le dio un abrazo cariñoso y un beso en la mejilla y se fue al interior de la casa.

Gérard se quedó donde estaba, sintiendo que su corazón le martilleaba en el pecho, las manos le sudaban y casi le costaba hasta respirar.

Maldijo por lo bajo. Sabía que estaba perdido.



Ashley se encontraba algo mareada cuando entró de forma atropellada en la casa. Se miró las manos y vio que temblaban. Sabía que no estaba enferma, aunque sí alterada por completo, agobiaba y ansiosa hasta niveles que nunca creyó posible alcanzar.

Necesitaba unas vacaciones con urgencia.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuró para sí misma.

Notó que sus ojos se humedecían y parpadeó con rapidez para evitar que las lágrimas mojaran sus mejillas.

Caminó hasta la escalera y cuando apenas había puesto un pie para subir, alguien la llamó. Paloma.

—¡Ashley! Qué bien que estés aquí —esta observó que parte del equipo aún estaba recogiendo por allí y le mostró una sonrisa demasiado forzada para ser genuina—. Quiero pedirte consejo sobre un conjunto que he comprado para esta noche, ¿crees que podría enseñarte unas fotos?

Le lanzó una mirada intencionada y Ashley dedujo que necesitaba contarle algo. Se preguntó si sería sobre el tema de Deborah. Se había dado cuenta de que aún andaba por allí con los técnicos, preparando y revisándolo todo para el día siguiente tras el incidente de por la mañana, y aceptó su propuesta.

—Claro, vamos a mi cuarto. Necesito descansar un rato antes de la cena.

—¿Crees que tus amigas podrían hacerme algún peinado elegante? Rocío está ocupada esta noche, y es a quien suelo llamar cuando voy a salir a un restaurante de etiqueta.

—Seguro que sí. No creo que anden lejos.

Cuando abrió la puerta de su habitación, las encontró tumbadas en su cama, con la música puesta y con sus teléfonos móviles en las manos.

—¿Compartís habitación? —inquirió Paloma con sorna.

—Lo cierto es que asaltamos su cuarto con más frecuencia de la que deberíamos.

—Sí, eso es cierto.

Ashley confirmó las palabras de Erika, y Jenna se rió sin decir nada.

No hacía falta.

Paloma se quedó cohibida durante unos segundos en la puerta y Ashley le aseguró que podían hablar sin problemas. Sus amigas eran de confianza, y al igual que los demás, estaban implicadas en el programa en todos los aspectos. Más que cualquiera, podría jurar que protegerían sus intereses por encima de los propios, y si hiciera falta, incluso pondría la mano en el fuego por ellas. Sin dudarlo ni un solo segundo.

Cerró la puerta y fue hasta una silla, pero no se sentó en ella, sino que la movió para que fuera Ashley quien la ocupara.

—¿Quieres que me siente? —preguntó esta con vacilación—. Qué mal empezamos —musitó mientras se movía para hacer lo que le pedía.

Aguardó un instante en silencio. Sus amigas se incorporaron y esperaron casi sin pestañear ni respirar.

Paloma tomó aire y al fin mostró su cara más seria y preocupada. Ya no tenía que fingir.

—Tenemos pruebas de que ha sido Deborah quien filtró información a esa tal Leslie Kelley.

Lo había esperado, pero aún así, fue como una puñalada directa al corazón. Ashley se llevó las manos al pecho y procuró mantener la calma.

Erika maldijo en voz alta y Jenna simplemente se quedó paralizada, con la boca abierta y sin saber qué decir.

—¿Vais a despedirla, no?

—Maldita pija traidora. Si es que los ingleses no son trigo limpio. —Erika estaba de los nervios, y se levantó para colocarse al lado de Ashley.

—Tranquilas chicas, hay que actuar con precaución.

—Es cierto. Debemos intentar proteger lo que hemos hecho hasta ahora —convino Paloma.

—¿Qué? ¡Estás loca! —espetó Erika con indignación—. Solo quieres proteger tu bonito proyecto, pero al final, toda esa mierda mediática afecta a Ashley más que a nadie.

—Si no hacemos nada, la cosa podría ir a peor —apuntó Jenna con más calma, pero igual de disgustada.

—Por favor, mantened la calma —pidió Ashley de nuevo—. Creo que

debemos tener cuidado, porque este proyecto también es importante para mí y no quiero estropearlo. Si despiden a esta chica,

¿quién sabe lo que hará?

A ella le daba miedo pensarlo, porque no parecía tener mucha ética laboral, estaba claro.

—¿Cómo contactó con Leslie? Dudo que se conocieran antes de empezar con todo esto, ¿no?

Todas miraron a Jenna por su intrigante pregunta, y fue Paloma quien contestó.

—Pedí a Leo que mirara en su ordenador, y antes de que digáis nada, es propiedad de la empresa, por lo que no hemos invadido su intimidad. No mucho al menos.

—Eso nos da igual. Es una perra sin conciencia, y si ella quiere joder a Ashley, nosotras le amargaremos la vida —sentenció Erika con una voz escalofriante.

Ashley la cogió de la mano porque notaba que se estaba desmadrando demasiado y no quería que

fuera a salir de la habitación para enfrentarla. Era muy capaz.

—Bueno —continuó con cautela—, tenemos una copia de seguridad de sus conversaciones en las redes sociales y de sus correos electrónicos. Parece que todo comenzó hace unos pocos días por Twitter.

Han estado en contacto diario y parece ser que se han hecho muy amigas.

Su tono indicaba que había mucho que contar.

—¿Puedes darnos detalles? —preguntó Ashley.

—Necesito tiempo para repasarlo todo —confesó—. Lo único que vi por encima es que se han hecho confianzas de todo tipo, y aunque se conocen desde hace apenas una semana, han compartido sus teléfonos y se han pasado



información personal y... profesional, es evidente.

—Aún no entiendo cómo pudo decir nada sobre Gérard —murmuró más para sí misma que para las

demás.

—Estoy segura de que lo hizo para crear mal ambiente entre los otros alumnos. Puede que si mantienes algo de distancia con él, el rumor se acabe olvidando —dijo Paloma, ajena a la verdad; y desde luego, Ashley pensó que de saberlo, su calma se esfumaría en el acto.

Esta frunció el ceño al ver las expresiones de Ashley y sus amigas. Notó la tensión en el ambiente, y un escalofrío la recorrió.

—Ashley... —dijo despacio. Cuando ella la miró, no pudo ocultar su cara de culpabilidad—. No

puedes decirme que es cierto —soltó con voz quejumbrosa.

Resopló cuando esta no contestó y se llevó las manos a la cara con evidente desasosiego.

Murmuró algo incomprensible y acto seguido la enfrentó.

—Debiste contármelo. No iba a ser yo quien te juzgara, porque soy la menos indicada, pero creía que confiarías en mí —la acusó con desesperación—. Yo guardé tu secreto, el de Donovan, durante mucho tiempo, y ahora también lo haré —aseguró con impotencia—. Tenías que haber sido sincera —

repitió—, para que pudiera protegerte de personas como Deborah.

—Lo siento, de veras. No quise mentirte, es solo que... también debía proteger a Gérard —confesó con vacilación.

Se ganó una mirada larga de Paloma mientras sus amigas las observaban en un silencio sepulcral.

—Va a ser una noche muy larga para mí.

No dijo nada más hasta que alcanzó la puerta.

—Solo os pido que no hagáis nada imprudente hasta que tenga más información. O hasta que tenga una solución que no vaya a empeorar las cosas aún más. Aunque a estas alturas, ya nada puede ir peor.

Su preocupación era evidente, y las tres estuvieron de acuerdo en que debían arreglar el problema con un poco de tacto, aunque lo único que deseaban era enfrentarse a la persona que se había aliado con Leslie, enemiga declarada y pública de Ashley.

Hacer como si nada sucediera, iba a ser una tarea desagradable pero, ¿qué otra cosa podían hacer?

Parecía que el Karma de Ashley estaba atravesando un bache del que no salía por más que lo intentaba.

Aunque no era una persona de ponerse a rezar, ella se dijo que era un buen momento para empezar.

## **Capítulo 20**

No fue hasta el sábado que Ashley pudo hablar con Paloma sobre su ayudante.

Aparte de su evidente implicación con Leslie, también descubrieron muchas otras cosas. Como que se hacían confesiones demasiado delatorias, condenadoras, y todo estaba en su poder; podrían usar eso en su contra para evitar que continuaran hablando sobre ella o el programa.

Una tentación casi irresistible.

Ninguna de las dos se veía capaz de hacer algo así a pesar de todo, sin embargo, estaban en juego sus carreras, y después de lo que las dos manipuladoras habían conspirado para echar por tierra la vida de Ashley de todos los modos posibles, esta tampoco se sentía muy benevolente. Rebajarse a su nivel era impensable, pero amenazarlas con desvelar secretos que ambas querrían tener bien guardados, podrían servirles a ella y a Paloma para que todo acabara. Era un dilema horrible. Si se callaban, las cosas podrían ir a

peor, y los inversores se podrían replantear el continuar o no con el programa, pero ninguna de las dos se quería convertir en una persona que no respetara la privacidad de otras por salvar su futuro profesional, aunque tanto Leslie como Deborah fueran mujeres sin una moral firme.

Sea como sea, la semana siguiente iba a ser muy larga. Debían ir preparando a los alumnos para el concurso, y no necesitaban más dramas ni problemas añadidos. Ya existía bastante tensión con el trabajo.

Todo el mundo la requería constantemente y Ashley apenas llegaba a todo. Por las noches estaba tan cansada, que apenas abría el portátil, se quedaba dormida con la ropa puesta incluso.

El miércoles siguiente, recibieron la visita de los jueces, Marcelo Alcázar y Paola Duque. Y más que respeto, lo que provocaron al llegar fue un miedo generalizado. Se reunieron con ellos en la sala común y, además de los alumnos y el permanente equipo del programa, también estaban los guionistas y editores.

Una vez acabadas las presentaciones, era el momento de tomar buena nota para que el concurso se desarrollara sin contratiempos de ningún tipo. Para evitar que el tema de Ashley y Gérard pudiera perjudicar a su grupo, hicieron un pequeño cambio que Paloma como directora de la productora aprobó sin pensarlo: los jueces permanecerían fuera de las cocinas hasta el momento decisivo, y luego harían su labor sin conocer la procedencia de los postres, de ese modo, su valoración sería del todo objetiva.

De cualquier modo, era imposible que nadie pensara que tendrían inclinaciones hacia unos grupos por encima de otros, ya que su contacto se limitaba a los pocos minutos en que una vez tomada la decisión final, Marcelo y Paola dieran su veredicto. Ambos eran conocidos críticos gastronómicos de España, y sabían lo que hacían, por lo que tenían claro cómo debían proceder sin meter la pata o comprometer la integridad del programa.

El miércoles y el viernes serían los días de preparación, de modo que a excepción de la visita de los jueces que se limitaba a ese único día para conocer el procedimiento a llevar a cabo, esas dos mañanas harían una especie de simulacro para que supieran cómo llevar a cabo sus tareas durante

esos cinco días, y los límites de tiempo durante esas últimas jornadas del mes. Cinco mañanas en las que sus destrezas, sus capacidades de trabajo en equipo y sus postres serían probados y juzgados para su posterior valoración.

Esas respectivas tardes no habría confesionario, claro, y los alumnos tendrían tiempo libre para hacer repaso de las recetas que ya habían hecho, y para prepararse como cada uno considerara. Ashley les había dicho que ella estaría dispuesta a darles los consejos que necesitaran, aunque tampoco conocía



de antemano las recetas que iban a formar parte del concurso; lo que le parecía muy bien, para que luego no pudieran acusarla de dar información privilegiada.

Por una vez, estaba encantada con las exigentes restricciones de Paloma.

Sin duda fue un día duro, y trabajar junto a Deborah como si no pasara nada, era insoportable, pero Ashley se tragó su orgullo una vez más e hizo lo posible por dar lo mejor de sí misma.

Estaba convencida de que al terminar el mes, tendría una úlcera sangrante en el estómago, pero nada que en un spa durante varias semanas no se pudiera arreglar. Eso estaba ya en su lista de tareas principales cuando volviera a Miami. Y tenía claro que si no fuera por sus amigas, por el apoyo que demostraba Donovan, y por los ratos que pasaba con Gérard, y también Olivia, habría abandonado hacía varios días. Con toda probabilidad cuando se encontró con Deborah ese lunes sabiendo su sucio secreto.

Por suerte para ella, las horas iban pasando a gran velocidad, y por lo tanto, también el tiempo que pasarían juntas. Eso le gustaba más.

Lo que no le gustaba tanto, y apenas era capaz de confesarlo ante sí misma, era que echaría de menos a Gérard. También al trabajo y a los demás en mayor o menos medida, pero sin duda, alejarse de él sería lo más duro. Cada vez que se miraban, algo en su interior se removía, y por las noches, aunque no todas

estaban juntos, dejaban que la pasión los envolviera como si no hubiera un mañana. Le iba a costar renunciar a aquello.

El viernes por la mañana temprano, Erika y Jenna fueron en busca de Ashley. Tocaron en la puerta y, al ver que no estaba cerrada con llave, entraron sin ser invitadas.

Esta se sobresaltó porque estaba en la cama, escribiéndose mensajitos con Gérard. Chasqueó la lengua porque no paraban de llegarle alertas de las redes sociales, y cuando las saludó, empezó a cerrar cosas en el móvil.

—¿Qué ocurre? Tenéis cara de haber visto un fantasma.

Erika le ofreció su propia taza, que el día anterior dejó olvidada en la sala de reuniones junto a las de sus amigas.

—Te traemos café en tu vaso y, queríamos avisarte de que todo el equipo ya está abajo. Hoy es el último día de ensayo para la semana que viene y todos están algo ansiosos... Qué poco queda ya.

—Sí. Esto se acaba —convino Jenna sin mucho entusiasmo.

Era cierto, lo que también la estaba afectando.

Cuando Donovan le habló por primera vez sobre el programa, su reacción fue una rotunda negativa.

Más tarde pensó que tal vez sería una buena oportunidad para su carrera, aunque las cámaras no le gustaban y solo quería hacerlo todo lo más rápido que pudiera para largarse a casa de nuevo. Sin embargo ahora, quizás fuera por la experiencia en la casa, o por Gérard, pero no deseaba que los días se sucedieran tan veloces. Quería más tiempo o en su defecto, aprovechar cada instante al máximo, se dijo.

Ya que no tenía el poder de ralentizar el tiempo, se conformaría con vivir cada minuto como si estos fueran a acabarse pronto. Lo que era así, literalmente.

Se hizo con su café y dio un largo trago mientras terminaba de coger sus cosas y salían juntas de su habitación. Jenna la sujetó del brazo y le habló en voz

baja.

—Deborah está en plan acosadora con Gérard esta mañana, así que ten cuidado. Puede que quiera

ver tu reacción o conseguir que te pongas de los nervios.

—Gracias por la advertencia —comentó con evidente cansancio—. ¿No se cansa nunca de fastidiar?

—Su tiempo se acaba y lo sabe. Tal vez deberíamos cortarle el rollo de una vez —sugirió Erika con una voz tenebrosa.

—Desde luego —apuntó Jenna—. Así el concurso se libraría del factor Deborah. Esa tía me pone

de los nervios.

—Es como una bomba de relojería de la que debemos tener cuidado —advirtió Ashley—, porque

sabemos que en cualquier momento, nos explotará en la cara.

—Incluso Paloma se ve inquieta.

—Sí. Porque eso nos está afectando a todos. Deberíamos librarnos de ella de una vez. Estoy harta de tener que mirarla a la cara sin poder arrancársela con las uñas —siseó Erika con los dientes apretados. A veces daba miedo, y eso que sus amigas la conocían bien. En el fondo, muy en el fondo, era un trozo de pan.

Ashley se detuvo en mitad de la escalera.

Comprendía a sus amigas, porque ella misma estaba de los nervios esos días, pero la cosa ya estaba bastante tensa como para arrancar la semana del concurso con un descomunal desastre. ¿Y si se enfrentaban a ella y después de todo, en lugar de arreglarlo, lo echaban a perder?

No podía arriesgarse a eso. Suspiró, y se armó de una paciencia que ya casi

estaba agotada, para hablarles.

—Venga, chicas. Esto es como una peli de espías, debemos aguardar hasta el momento perfecto, y asestar entonces el golpe mortal.

Guardaron silencio unos segundos y al ver la cara de preocupación de Ashley, se sintieron culpables.

—Lo sentimos, es que cada día que pasa te notamos más alterada por su culpa, y solo deseamos que se acabe —declaró Jenna con la voz quebrada.

—Tranquilas. Seguro que puedo distraerme con algo.

—Claro que sí, pero no creo que montártelo con Gérard ahora mismo, sea una buena idea —bromeó Erika.

—¿No? —murmuró pensativa.

Vaciló a sus amigas al poner una cara seria como si realmente lo considerara, pero lo cierto era que se estaba cachondeando, y cuando notaron que no se lo planteaba en serio, soltaron unas sonoras carcajadas.

Terminaron de bajar los escalones y Ashley notó que su corazón se contraía al ver a Deborah casi encima de Gérard, hablándole muy cerca. Estaba invadiendo con descaro su espacio, y este no parecía nada cómodo.

Olivia a su lado, les miraba de reojo con el ceño fruncido. Era obvio que no le gustaba Deborah, pero claro, ¿qué podía decirle para que se fuera de allí y dejara de molestar a su amigo?

Esta fue la primera en percatarse de su presencia, y acto seguido, Deborah y Gérard. Él se puso rígido y sin embargo, la traidora mostró una pequeña sonrisa diabólica. Ashley tuvo ganas de coger del brazo a Gérard y explicarle lo que había descubierto de esa horrible mujer; aunque no quiso preocuparle hasta ahora, verla allí tan tranquila, y mostrando un evidente interés por su hombre, le dieron ganas de lanzarse sobre ella y arrancarle los ojos.

Ashley caminó despacio hacia una de las sillas vacías mientras le daba vueltas a ese pensamiento posesivo que tuvo con Gérard. ¿Desde cuándo le

consideraba como a su hombre? Menuda locura.

Todo el mundo saludó a las recién llegadas y Ashley solo mostró una pequeña sonrisa como respuesta.

Gérard se sentaba casi enfrente, por lo que tuvo que hacer un gran esfuerzo por no mirarle, y así evitar encontrarse con la expresión de satisfacción de Deborah.

No entendía cómo podía ser tan falsa, y tan mala persona. Siempre creyó que era una buena chica, pero ahora quedaba claro que tras la fachada que mostró todo ese tiempo, se encontraba algo bien distinto.

Pensó que debería haber compartido la información sobre ella con Gérard, y así sabría la clase de persona que era, pero además de tener la certeza de que no le interesaba como mujer, Ashley comprendía que lo que descubrieron era una gran carga que ella casi no podía soportar ya. No quiso hacerle eso a él también.

Jenna se acercó para susurrarle al oído.

—El día menos pensado, se me cruzarán los cables y le borraré esa sonrisa siniestra de su pequeña cara británica —masculló de mal humor.

—Cariño, cada día te pareces más a Erika.

—¿Qué? —inquirió la aludida al escuchar su nombre.

—Nada.

Ashley negó con vehemencia y vio que Jenna cuchicheaba con ella para acto seguido reír con disimulo. Intentó centrarse en lo que vendía a continuación.

Paloma dio comienzo a la reunión y Ashley le prestó atención, al menos cuando esta no se le desviaba hacia Gérard y la mujer-lapa que no paraba de tontear con él de forma descarada. Deborah le tocaba el brazo a cada rato, y se inclinaba hacia él, demasiado según su criterio. A veces le dolían los dientes de tanto apretarlos, pero sabía que no podía hacer nada para impedirlo sin parecer una lunática, al igual que él, que ya se le veía más que incómodo



aunque tratara de hacer como si nada.

Su cara, su mirada le delataban, y a Ashley se le ocurrió una perversa idea. Cogió su móvil y tecleó por debajo de la mesa para que nadie se diera cuenta, y menos las personas que tenía delante.

Esperó, pero no ocurrió nada hasta unos minutos más tarde. Por el rabillo del ojo vio que Gérard se movía y se oían murmullos bajos aparte de la resonante y autoritaria voz de Paloma y de forma ocasional, también la de algún guionista o personal del equipo que comentaba algo sobre la escaleta.

Casi no pudo respirar cuando oyó que Gérard se atragantó sin estar bebiendo nada. Ashley se mordió la lengua para no echarse a reír de manera histérica, y miró en su dirección con cara de preocupación.

—¿Te encuentras bien? —inquirió toda inocencia y con voz lo suficientemente alta para que le oyera, pero no tanto como para interrumpir la reunión.

Este se sonrojó de forma violenta y la miró sin decir nada al principio.

—Sí, es solo que... algo me atravesó... por sorpresa —farfulló nervioso.

—Deberías beber agua —sugirió sin malicia.

—Sí —carraspeó y la miró de forma muy intensa—. Sin duda luego me ocuparé de *eso* —hizo hincapié en la última palabra.

Ashley sintió un cosquilleo en partes de su cuerpo que estaban revolucionadas esos días, y aceptó esa promesa encubierta con una pequeña sonrisa y un asentimiento leve con la cabeza.

Intentó que su mirada reflejara preocupación genuina, y no regocijo por su reacción.

Jenna le dio un toquecito en el hombro y le preguntó.

—¿Qué era todo eso? Tu querido francesito te miraba con cara de desear devorarte encima de esta mesa —dijo con sorna.

Ashley sonrió y arqueó las cejas con complicidad.

—Le acabo de mandar un mensaje al móvil diciéndole que me apetece montármelo esta noche con él en el aparcamiento, dentro del coche de alquiler.

Jenna abrió mucho los ojos y le dio unas palmadas en la espalda.

—Buen método para amenizar esta aburrida reunión —dijo con orgullo fraternal.

Ashley intentó prestar atención a Paloma mientras oía cuchichear a sus amigas, y por un segundo, vio una mirada breve y punzante de Deborah.

Su primera reacción fue increparla, o quizás lanzarle la misma mirada envenenada que ella, sin embargo, como estaba acostumbrándose a dar de lado a los problemas, cosa que no le estaba gustando ya, miró hacia su interlocutora e ignoró a su joven ayudante con claras aspiraciones a cotilla del año.

Después de su alocada idea de poner cachondo a Gérard, todo fue más llevadero. No se sentía muy profesional, pero las imágenes de su amante desnudo le estaban ayudando a olvidar que mucha gente desconocida en internet tenía una opinión que ofrecer sobre su vida y también sobre los rumores que la rodeaban. Lo único que sacó de bueno fue que miles de personas estaban deseosas de ver el programa

“misterioso” que estaba haciendo y que Leslie tuvo la desfachatez de mencionar.

Según los mensajes encontrados en el portátil de Deborah, esta tuvo la frialdad de desvelar solo lo justo para saciar la curiosidad de su aliada y en realidad, no le dio muchos detalles, pero como no podían estar seguras, ya que lo del aire acondicionado sí que fue un sabotaje en toda regla, Paloma estaba siguiendo sus pasos muy de cerca.

Ashley no sabía de qué modo, y como no deseaba conocer la respuesta, se abstuvo de hacer preguntas. De esa manera, no se llevó la sorpresa de su vida.

Paloma decidió que iba a controlar el teléfono de su ayudante para prevenir

más problemas en la medida de lo posible, y cuando dio paso a los dos guionistas para que continuaran con su charla y sus indicaciones, paseó su mirada por la mesa de la gran sala y se topó con la de Deborah. Se la veía muy concentrada, pero no en la reunión, sino en su móvil, lo que la puso alerta.

Se movió hacia un lateral y en voz baja le dijo a Donovan que iba a buscar unos papeles a su despacho.

Leo había instalado una aplicación en su teléfono para ver lo que su ayudante escribía o recibía en cualquier momento, y entró en ella. La primera vez había temido que Deborah se diera cuenta y estallara una guerra mundial, pero por suerte para Paloma, tal como le explicó el técnico, para la otra persona, el icono de la aplicación era invisible. En cualquier otra circunstancia, aquello le resultaría una violación indiscriminada a su intimidad, pero había en juego algo importante, y ahora mismo su ética estaba rallando en el límite de lo permisible.

Olvidó todos sus prejuicios sobre sus actos cuando leyó los mensajes que Deborah le mandaba a Leslie Kelley. Su asombro y su cabreo fueron en aumento hasta cotas tan altas como los picos más sobresalientes de Sierra Nevada. Casi no podía creer lo que sus ojos veían. Al parecer, había instalado un micrófono en el dormitorio de Ashley para captar conversaciones comprometedoras, y puesto que su último intento no había salido como quería, porque solo había creado interés y expectación por el programa y las nuevas actividades de la repostera favorita de los últimos años en todo el mundo, había pensado en llevar su traición un paso más allá.

Deborah no solo quería perjudicarla, sino intentar que Gérard mostrara interés en ella, por lo que al no lograr su propósito, iba a difundir ciertas grabaciones de sonido que iban a acabar con todo. Ashley y el programa sufrirían las consecuencias, Gérard y Paloma también. Así como todos los demás, que al estar dentro o cerca del proyecto y los principales perjudicados, iban a ser salpicados por el escándalo de un modo u otro.

Paloma no iba a dejar que esa joven con muy altas aspiraciones, muy poco profesionales también, se saliera con la suya. No sabía cuál de las dos estaba peor en realidad, si Leslie o Deborah. ¿Tanto se aburrían esas dos para tener que arrastrar al fango a otras personas solo por no lograr sus egoístas metas?

Estaba más que indignada, y cabreada, lo que no era mucho mejor. Iban a rodar cabezas, eso seguro.

No toleraba el trabajo ni a la gente mediocre, y si encima alguien intentaba hacer daño solo por una rabieta infantil y sin sentido, mucho peor.

No sabía cómo proceder. Por primera vez en su vida se sentía algo perdida. Por un lado, debía interceder lo antes posible y antes de que fuera demasiado tarde, pero por otro, si actuaba de inmediato y precipitaba las intenciones de Deborah, el resultado sería idéntico: un desastre monumental con el que no podría lidiar para arreglarlo.

Eso era algo seguro.

Miró la pantalla de su ordenador, como si allí pudiera hallar la respuesta, y al cabo de unos pocos minutos, esta le llegó en forma de su ayudante, ya no tan favorita.

—Paloma, ¿estás bien? Llevas aquí un buen rato —dijo con su habitual tono dulce y servicial.

Esta se quedó mirando a la persona más falsa con la que había tenido la desgracia de trabajar, y sin pensarlo, alargó la mano y le quitó el móvil de la empresa.

—¡Eh! ¿Se puede saber qué haces? —espetó sorprendida, molesta, y Paloma pudo jurar que también algo asustada.

—No digas una palabra más —advirtió con voz baja sombría—. Sé lo que has estado haciendo a

mis espaldas, y... antes de que te hagas la dolida y me montes un espectáculo, piensa muy bien lo que vas a hacer en los próximos minutos.

Deborah abrió los ojos de manera desorbitada y boqueó como un pez fuera del agua. Su expresión de inocente eficiencia se esfumó para dar lugar a una cara de enfado y rabia.

—No sé a qué te refieres —escupió sin poder controlar apenas su frustración.

Paloma se mostró relajada, se recostó en su silla y la miró con macabra serenidad y superioridad a pesar de que ella estaba de pie, con una pose agresiva.

Jugueteó con el teléfono incriminatorio y, antes de perder esa prueba, que contendría más información de la que había obtenido ya, lo guardo en su cajón bajo llave.

—Déjate de tonterías, porque he visto tus correos electrónicos y tus mensajes. Y no vayas a salirme con lo de tu privacidad —advirtió muy cabreada, pero moderando su tono de voz para no alertar al resto de personas que estaban a pocos pasos—. Has estado filtrando información del programa a gente de fuera, y sabes que eso es una falta muy grave a tu contrato, por no decir que lo has hecho desde varios aparatos electrónicos que son material de la productora, de modo que si se te ocurre la brillante idea de demandarnos, recuerda que sé lo que has estado contando a esa simpática de Leslie, tu amiguita —

escupió con sarcasmo—. Podría ser yo la que te pusiera una denuncia por daños, y además, pagarte con la misma cortesía que has tenido tú, es decir... contar algunos de tus secretos, y los de tu nueva amiga.

Serían la nueva bomba informativa del siglo.

No quería jugársela, así que trató de guardarse para sí misma el regocijo que sentía al verla atrapada entre la espada y la pared.

Deborah estaba callada, intentando procesar lo que ocurría, y al cabo de unos minutos en silencio, al final dijo:

—No serías capaz de hacer algo así. ¿Por qué ibas a querer proteger a esa idiota de Ashley? Si es la ex mujer de tu nuevo novio...

—No juegues conmigo. Soy capaz de muchas cosas, y no solo la protejo a ella, sino a mucha gente que saldría perjudicada por vuestra venganza particular y patética. —Paloma la miró a los ojos y vio que

estaba dolida por primera vez desde que empezaron a hablar, pero eso no la amilanó ni la hizo apiadarse.

Ya era tarde para eso—. Sé que es posible que esa mujer te haya convencido para todo esto, pero eres adulta, y has cometido un error fatal que te va a costar el empleo. Si dejas las cosas como están, no me importaría darte referencias para que busques otra cosa, pero te advierto que si continúas por este camino, no voy a ser indulgente contigo. Te lo prometo.

Deborah no dijo nada de inmediato. Respiró hondo varias veces y meditó sus opciones.

—Bien, recogeré mis cosas y me habré ido en unos minutos.

Paloma se levantó y la miró con recelo. Era muy consciente de que sabía a lo que podría enfrentarse, pero no estaba segura al cien por cien de que aceptara su despido sin dramatizar.

Las personas bajo presión son capaces de todo.

Le dio un incentivo por mera precaución, y a pesar de que no le gustaba la idea de hacerle un favor, tuvo el impulso de hacerlo para que se marchara contenta, sin hacer ruido y con algo que compensaría con creces su fulminante despido. Pensó que era un buen modo de asegurarse, en la medida de lo posible, que no hubiera consecuencias; claro que nada se lo aseguraba al cien por cien. Para su intranquilidad mental.

Se quedó unos minutos allí sentada, pensativa, y dudando si lo estaba haciendo bien o acababa de abrir la caja de Pandora. No sabía qué más hacer.

Le gustaba tenerlo todo controlado, bien atado y rematado para evitar sorpresas, y ahora sin embargo, estaba incluso nerviosa por si su precipitada acción pudiera tener un efecto catastrófico en su futuro inminente. Aunque no era su fuerte, debía serenarse y esperar que su antigua empleada fuera capaz de tomar una buena decisión por fin.

Ahora solo tenía que darle la noticia a Ashley.

Unos minutos más tarde, cuando se aseguró que Deborah abandonó la casa, seria y cabizbaja, volvió a la sala de reuniones para estar con los demás y retomar el repaso general para el concurso. Al menos esto sí que podía controlarlo, se dijo para tranquilizarse. De momento se centraría en eso; lo haría lo mejor que sabía hasta el final. Quería un éxito más en su haber, y si no podía ser por algo que no tenía el poder de contener, al menos tendría la satisfacción de un trabajo bien hecho. Quizás incluso pensar en la posibilidad de lanzar el *reality* más adelante. No era su mejor opción, pero sí una al menos.

Escuchar a su personal dirigiendo y organizando la semana siguiente era un placer para ella. Eran grandes profesionales, lo que resultaba un gran consuelo en ese momento tan frágil de su carrera. Se cruzó de brazos y permaneció en un segundo plano hasta que la reunión acabó y todos se levantaron para ir a las cocinas como un día normal. Más o menos. Ese viernes era el último ensayo, por lo que sería una jornada más ajetreada, y menos que el miércoles, esperaba, ya que todos sabían lo que esperar.

—Paloma, ¿va todo bien?

Ashley se situó a su lado y la vio sobresaltada. Había notado que algo ocurrió, sobre todo, teniendo en cuenta que la presencia de Deborah brillaba por su ausencia.

—Pues... sí, eso creo.

Paloma la vio fruncir el ceño confusa, y esta la sujetó del brazo y le dijo que tenía que contarle lo ocurrido mientras los demás iban ocupando sus puestos.

Decir que se sorprendió al oír lo ocurrido, sería una descripción muy pobre de lo que experimentó Ashley en ese momento.

Parecía que todo estaba arreglado, pero conocer las intenciones de Deborah, y lo bajo que estaba a punto de caer Leslie para hacerla sufrir, era descorazonador. Por lo menos, todo eso parecía haber acabado, y lo cierto era que después de la amenaza de Paloma, dudaba que se hablara más de ella, pero nada de eso la tranquilizaba. La gente desesperada era capaz de cualquier cosa, y mucho se temía que

podrían buscar el modo de continuar con esa guerra particular.

Oyó lo que la productora tenía que decir y al final, pudo dejar salir el aire que contuvo sin darse cuenta.

—Sé que no es ninguna garantía, pero quizás salga todo bien y, por si te sirviera en el futuro, te daré una copia de la información que encontramos.

—No me parece que eso esté bien —musitó con vacilación.

A pesar de lo ocurrido, no pensaba dedicarse a atacar a Leslie o Deborah como habían hecho con ella durante todo ese tiempo. Su vida no giraba en torno a llevar a cabo venganzas a personas que detestaba, porque eran pocas las que se incluían en esa lista, y como no se consideraba alguien rencorosa, lo mejor que se le ocurría era tratar de seguir adelante y olvidar. Hacer algo constructivo con su vida y superar el pasado.

Ese era su lema a partir de entonces.

—Confío en ti, y es menos de lo que mereces. Estoy segura de que lo usarás de una forma constructiva. Espero que no llegues a eso pero, en caso de necesidad, ya tendrás un arma para poder defenderte de esa horrible mujer —declaró esperanzada—. Ojalá no tengas que usarlo nunca.

—Ya. Estamos de acuerdo.

Ashley le dio las gracias y la abrazó con fuerza. Paloma correspondió el afectuoso gesto y sonrió.

—Gracias.

—Oh, no me las des —espetó con ironía—. Esto empeoró a causa de alguien que estaba en mi plantilla, entrevistada y empleada por mí. En todo caso, creo que te debo una disculpa.

—En esto no puedo darte la razón, lo siento —la contradujo al instante—. Lo que ha gente haga en su vida, es responsabilidad de cada uno. Por desgracia, nadie puede controlar eso —masculló con evidente disgusto—. Sin embargo, te doy las gracias por todo; creo que me has dado lo único que puede acabar



con lo que ya estaba arrastrando yo desde Miami.

Paloma la miró sin comprender.

—Leslie ha estado en mi contra desde hace años, y cuando dejé el restaurante, fue porque nuestra relación ya era imposible de sostener. Era insoportable para cualquiera. Pienso que puedo darle una...

—meditó un segundo lo que intentaba explicar— razón para que deje mi vida en paz de una buena vez.

—Aunque quizás no enseguida, seguro que lograrás sobreponerte. Eres fuerte e inteligente —dijo solo a título informativo, no pretendía hacerle la rosca, sino exponer un hecho irrefutable—. Y si bien reconozco que no te lo he dicho lo suficiente, lo cierto es que ha sido un placer trabajar contigo en este proyecto.

—Bien, ya que somos tan sinceras... al principio pensé que no sería capaz de hacerlo, y me negué a venir pero, me alegro de haberlo hecho. Quién sabe, puede que en un tiempo, nos veamos más en Estados Unidos, ¿no? —preguntó con sorna.

Paloma puso los ojos en blanco y se rió por lo bajo.

—Demasiado pronto aún.

—Puede —convino mientras echaban a andar hacia las cocinas para reunirse con el resto—.

Supongo que las mejores relaciones se construyen poco a poco.

—A fuego lento —bromeó Paloma.

Ashley se detuvo al oír sus palabras. Paloma cruzó la puerta y ella lo hizo un segundo después, con esa frase retumbando en su cabeza. Todos estaban ya en sus lugares de trabajo, y su mirada, casi por inercia, se detuvo en el de Gérard, quien también la observó con intensidad desde esa escasa distancia entre ellos.

Su corazón travieso y juguetón empezó a latir a toda prisa. ¿Podría ser eso lo que la alteraba tanto

cuando Gérard estaba cerca? ¿Podría ser algo más que la simple atracción física, lo que la había golpeado para que su interés por él no hiciera sino aumentar con el paso de los días? Algo que había germinado y crecido poco a poco, sin que se diera cuenta, sin que pudiera controlarlo en realidad. Amor.

La palabra que no creyó poder atribuirse nunca hasta este momento.

Un amor que aumentó, creció a fuego lento desde que se conocieran apenas tres semanas antes.

La bromita de Paloma tendría gracia si no creyera que era una locura, y una insensatez teniendo en cuenta que en pocos días se marcharía a casa para no volver.

Y a otro continente, por si fuera poco.

Sin duda, la razón la había abandonado, así como la negación.

¿Por qué no reconocer lo evidente? Tal vez sería más llevadero si lo aceptaba, y asumía lo que estaba por venir. Solo era una posibilidad...

Otra opción era que ese nuevo amor la desgarrara por dentro, pero al menos, lo aceptaría como una adulta.

## **Capítulo 21**

Su momento de iluminación mental se acabó en cuanto el equipo anunció que iban a comenzar a trabajar.

Las cámaras se pusieron en funcionamiento, pero ese día solo a modo de práctica, al igual que los tiempos y lo demás. Los guionistas junto con Paloma, estaban dando órdenes a diestro y siniestro, y Ashley se sentía casi como en el colegio. Haz esto, colócate aquí, ahora haz aquello...

Una odisea.

Cuando se organizó todo el mundo, Paloma se puso al frente y empezó a hablar.

—El lunes a las nueve de la mañana en punto, Donovan ya habrá hecho su presentación por separado. Cuando todos estéis en vuestros puestos, se harán unas tomas cortas de cada equipo en su puesto para crear un poco de efecto dramático para el final del programa y, pasados treinta minutos exactos, empezaremos.

Cogió un papel de la encimera de la cocina de Ashley y prosiguió.

—Igual que hoy, os encontraréis con una receta impresa que podréis ver durante diez minutos, y nada más —hizo un gesto con la mano para alentarles a ojearla y así lo hicieron los demás. Guardó silencio esos minutos y cuando acabó el tiempo, dejó la hoja de papel y dio unas fuertes palmadas—.

Ashley os indicará cuándo guardar la receta en el último cajón de vuestras cocinas, y al tiempo que prepara el plato, los ingredientes y el paso a paso aparecerá en la pantalla, donde normalmente los veis.

Os aconsejo que centréis toda la atención en la preparación, porque una vez acabada, tendréis noventa minutos para presentar dos platos con el mejor aspecto posible para los dos jueces que estarán en el video-confesionario. Por la mañana estará decorado y ocupado por ellos, porque como sabéis, en ningún momento podrán saber de qué grupo es cada plato. Acabada la valoración, se dará por terminada la jornada.

Paloma bebió agua de una pequeña botella que llevaba en la mano y les observó.

—Si tenéis preguntas, por favor —rogó de una forma insistente—, es el momento de hacerlas hoy a lo largo de la mañana, ¿de acuerdo?

Miriam fue la primera en hablar.

—¿No habrá confesionario durante la semana que viene?

—Sí, por supuesto. Al igual que estas semanas, tendréis tiempo de comer y

descansar, y a las cuatro en punto daremos comienzo a las entrevistas. En principio seré yo la que esté con vosotros.

No era extraño que ella se implicara personalmente durante esa parte del programa, de modo que nadie preguntó por el motivo. Ashley intentó no alegrarse demasiado porque Deborah ya no estuviera, pero en su fuero interno, tenía montada toda una gran fiesta con confeti y tequila. Menos mal que no era real, se dijo, o ya estaría para el arrastre. Vaya una bebida alborotadora.

Hicieron unas pocas preguntas más y no tardaron en dar comienzo a la jornada.

Ashley anunció que el postre a realizar ese día eran bizcochos de limón glaseados y enumeró uno a uno los ingredientes de memoria. Todos lo habían leído en la receta impresa, pero era un ensayo general para el concurso, de modo que debían hacerlo todo, tal y como si ya estuvieran en ese importante momento del programa. Debía salir perfecto, y todos lo tomaron muy en serio.

Los nervios y la tensión que ya se respiraba no era cosa de broma, y aunque la gran mayoría tenía muy presente el premio en metálico, también se centraron en aprender y pasarlo bien.

—El primer paso es precalentar el horno y no olvidar nuestros moldes y el spray antiadherente que evitará que se nos pegue el bizcocho. Siempre será más fácil así.

Le encantó escuchar la actividad a su alrededor, y se esforzó por no pensar en otras cosas. No era el momento de divagar sobre sus sentimientos ni nada parecido.

Respiró hondo y continuó con su tarea.

—Esta receta es muy sencilla, porque no tenemos más que pesar los ingredientes, incorporarlos poco a poco en nuestra mezcladora y comenzar a batir a velocidad baja, aumentando hasta que tengamos una masa homogénea.

Los fue enumerando a medida que los echaba en el cuenco, y repitió sus indicaciones, dándole importancia a los detalles que ya se habían explicado otros días. Con los nervios que manejarían durante las jornadas del concurso,

estaba segura de que algo pasarían por alto, y esperaba reducir eso al mínimo posible. Estaba siendo algo pesada, pero luego se lo agradecerían.

—Recordad que si os preocupan las cáscaras de los huevos, podéis romper los tres en un pequeño cuenco aparte y los vais echando a la mezcladora uno a uno. Cuanto más despacio, mejor —explicó mirando al frente, porque sabía que Olivia en especial, estaría recordando lo ocurrido el primer día.

También Gérard, se dijo. No se equivocó—, así se incorporarán más fácilmente.

Les dedicó una sonrisa y continuó.

—El trabajo en equipo es fundamental. Mi consejo, en caso de que creáis conveniente repetir algún elemento, como un bizcocho por ejemplo, es que siempre es mejor empezar de cero en ese instante. Con calma, pensad en la cantidad de sólidos y líquidos, y en la consistencia que hay que alcanzar —expuso a tiempo que detenía la mezcladora y comprobaba la suya con una espátula de silicona—. El tiempo en el horno consumirá parte de esos noventa minutos, por lo que tenéis que controlar la temperatura y el reloj.

Por el color tostado durante la cocción, y usando un palillo, comprobaremos cómo está. Si sale limpio, lo sacaremos de inmediato para dejar enfriar.

A medida que continuaba con sus explicaciones, sacó el cuenco de la máquina, echó spray antiadherente para evitar que, incluso en el molde preparado para ello, tuviera problemas para sacar el bizcocho, y lo introdujo en el horno durante veinticinco minutos.

—Bien, es el momento de ir a la segunda parte de nuestro postre. Reservamos las frutas para decorar, el azúcar glasé para espolvorear y vamos a preparar el glaseado.

Acabado el tiempo de horneado, Ashley sacó el bizcocho y lo dejó enfriar unos cinco minutos.

Después de eso lo apartó a una rejilla, y cuando pudo manipularlo, lo cortó en porciones pequeñas con un cortapastas redondo y estas a su vez por la mitad.

Tenía a punto unos platos de diseño blancos donde colocó algunas porciones para servir.

—Echaremos un poco de glaseado de crema de limón y luego ponemos encima la otra mitad del bizcocho que hemos dividido. Volvemos a poner arriba una generosa cantidad de glaseado con cuidado, y ahora decoramos con algunas frambuesas y arándanos. Espolvoreamos un poco de azúcar glasé y listo.

Dejó el plato sobre la encimera para que todos pudieran verlo desde sus puestos.

—La presentación final es importante también. Os aconsejo que los últimos cinco minutos, los dediquéis a dejar vuestros platos impecables y bonitos. No hace falta ponerles muchas cosas, pero sí que sea coherente y sobre todo, aseguráros que no haya restos de harina ni nada parecido.

Miró al frente y sonrió, y para su sorpresa, todos aplaudieron a la vez.

—Gracias —musitó un poco abrumada—. Lo haréis muy bien, así que no os preocupéis.

Sabía que era lo más natural el que estuvieran todos algo nerviosos, pero sin duda, confiaba en que harían un gran trabajo. No había más que pararse un segundo para darse cuenta de la energía y el entusiasmo que se respiraba. Era un aliciente para ella. Y la incesante actividad posterior, también.

Cada grupo ponía todo de su parte para hacer un buen trabajo, y por ser el último día, incluso el inconformista y competitivo equipo número tres, pidió ayuda en algún momento.

Ashley se dio cuenta de lo mucho que habían avanzado todos. Se sintió orgullosa de sí misma y de cada uno de ellos. No podía ser de otro modo, y menos cuando la armonía se instaló de nuevo en la cocina.

Se habían librado de una mala influencia en la casa y ese día, aunque frenético, pasó deprisa entre unas actividades y otras. Experimentó una cierta extrañeza, y se dio cuenta de que por primera vez, no temía que alguna nueva noticia sobre ella apareciera para atormentarla.

Tampoco estaba segura al cien por cien, porque una vez confiscado el ordenador y teléfono de Deborah, lo que ocurriera a partir de entonces, escapaba del todo a su control, y al de Paloma, pero tampoco iba a vivir con miedo toda su vida. Lo que tuviera que pasar pasaría, y tras lo sucedido, ¿qué más podría sorprenderla? La respuesta sin duda la asustaba, pero si no podía hacer nada para impedirlo, tampoco debía pensar más en ello. Perder el tiempo no era su hobby favorito.

A la hora de la comida, se hizo un silencio tenso cuando Noemí preguntó por Deborah. Tras ver el vídeo en el que se hablaba del programa, habían sido muchas las especulaciones y al parecer, el interés era generalizado.

Ashley no dijo nada de inmediato, porque Paloma le pidió que no diera detalles sobre su despido, sobre todo porque el tema de Gérard y ella aún era algo que podría complicarse si llegara a saberlo más gente, pero desde luego, no le importó informar que sí fue la que filtró información y por ese motivo prescindieron de ella.

Romper el acuerdo de confidencialidad era algo serio, y a partir de ese momento, supo que nadie más pondría en juego su futuro en el programa. Ashley pudo verlo en las expresiones de todos, incluidas las de Olivia y Gérard, que sorprendidos, acababan de enterarse de las nuevas noticias junto al resto.

Paloma no se pronunció al respecto, y dejó que fuera Ashley la que hablara del asunto. Sabía que ella más que nadie querría dejar el tema atrás y zanjarlo de una vez, por lo que solo le dedicó una mirada de aprobación desde el otro lado de la mesa. Donovan se limitó a seguir comiendo tras guiñarle un ojo.

Fue en ese momento de la tarde, cuando Ashley comprendió que era muy posible que todo se hubiera terminado. Casi era capaz de creerlo con firmeza. Hasta que volviera a casa, seguiría sintiendo una sombra a su alrededor, pero una pequeña parte de ella esperaba que su corazonada fuera acertada.

Era lo que más deseaba. Eso, y pasar un fin de semana tranquilo por primera vez en meses.

Durante el resto de la tarde, la gente anduvo dispersa por la casa, porque el

tiempo no acompañaba como para estar fuera o en la piscina. Pasaron por turnos por el confesionario y al acabar, algunos se fueron a sus habitaciones mientras otros pasaron el rato en la sala de entretenimiento jugando al billar, viendo películas en la pequeña sala de cine o con la consola.

Ashley se preocupó cuando no obtuvo respuesta a los mensajes que le envió a Gérard. Por la mañana lo entendió pero, durante la tarde, como se quedó en su habitación un rato para poner al día su web, esperaba que los leyera por lo menos.

Sus amigas se quedaron con ella hasta la hora de la cena, porque pensaban ir a un restaurante y luego al cine con Cristian y Leo poco más tarde.

—No tenías la obligación de decirle o explicarle nada. Si se molesta por algo así, pasa de él —

expuso Erika enfadada al verla tan afectada.

—Habla con él luego, puede que le ocurra algo —apuntó Jenna de un modo más diplomático.

Ashley miró el teléfono otra vez y no vio mensajes nuevos de Gérard, aunque sí de su hermano Franklin. Le contestó con rapidez y apagó el teléfono.

—Bien, paso del móvil. Supongo que, si está molesto por algo, puedo preguntarle a la cara.

—Eso, directa al grano —aplaudió Erika.

Jenna no dijo nada, solo se limitó a escrutar su rostro y la impaciencia que mostraba su cuerpo.

—Ashley, estás como... muy ansiosa. ¿Hay algo que quieras contarnos? Si ha pasado algo más, puedes decirnos lo que es. Somos tus mejores amigas —añadió de forma innecesaria.

Esta sonrió, pero acto seguido, se vino abajo y notó que las emociones la inundaban. Sentada en la cama, dejó el ordenador a un lado y se hizo un ovillo, tapándose la cara con los brazos para que no la vieran llorar.



Notó que se colocaban a su lado y le murmuraban palabras cariñosas para animarla y para saber qué le estaba ocurriendo.

—Lo que... ocurre es q-que... c-creo que me estoy... enamorando de él... — balbuceó entre hipidos.

No pudo ver las caras de asombro que se les quedó a las dos, y continuó abrazada a sí misma, sin responder a sus peticiones para que les dijera algo que las hiciera comprender cómo había llegado a ese punto, si apenas se conocían desde hacía tres semanas, y por si fuera poco, se habían prometido una relación exclusivamente basada en el sexo.

—Soy idiota, eso es lo que soy —murmuró sin moverse—. Nunca he sido capaz de enamorarme y

ahora, voy y lo hago de un hombre que solo quiere acostarse conmigo y que por si fuera poco, me dejó muy claro que lo nuestro solo era algo físico.

Todo lo que reprimió durante el día, le había venido en avalancha, y no pudo dejar de llorar en un buen rato, hasta que se le secaron las lágrimas de todo el cuerpo, pensó.

—¿No es posible que confundas tus sentimientos? Puede que solo sea un encaprichamiento —

sugirió Erika.

Ashley levantó su mirada llorosa hacia ella y meditó un segundo sobre sus palabras.

Ignoró sus expresiones compasivas y habló.

—Nunca he sentido algo tan fuerte por alguien e incluso... he llegado a pensar en quedarme un tiempo más en España, solo porque me apetece estar con él — confesó en voz baja.

Las dejó estupefactas y calladas a las dos durante unos segundos, y al final fue Jenna la que rompió el momento. Necesitaba aclarar algo importante, porque

la conocía, y no era normal en ella.

—¿Quieres decir que te has planteado dejar tu carrera a un lado por un tiempo? —preguntó con vacilación.

—Tal vez —musitó.

Se miraron entre ellas y concluyeron que su amiga estaba en un serio problema.

—Lo sabía, si es que por eso he evitado enamorarme hasta ahora... porque mi trabajo es lo más importante y nunca quise dejarlo en un segundo lugar —se quejó Ashley sin mucho entusiasmo.

Sus amigas no entendían cómo se sentía, porque a pesar de que Jenna estaba encariñada con Leo, sí tenía muy claro que no dejaría su vida entera de lado por él. Ni por ningún tío; al menos por ahora.

—Quizás deberías distanciarte un poco de él.

—Erika tiene razón, porque si continúas así, cuando nos vayamos, vas a acabar con el corazón roto.

—No quiero distanciarme... lo paso tan bien cuando estamos juntos —soltó con voz lastimera.

—Chica, puedes divertirte en la cama con otros tíos, no te agobies por eso —trató de animarla Jenna.

—No hablo de sexo.

—Oh —fue la respuesta de las dos a la vez.

Ashley suspiró. ¿Cómo había podido pasarle a ella? Y con alguien que no vivía ni en su país de residencia. Bueno, era medio española, pero su casa y su familia estaban en Miami ahora, y no se veía

capaz de poner tanta distancia entre ellos, a pesar de que en Madrid también tenía algunos parientes. A los que no visitó durante ese tiempo, meditó.

Cuando se enteraran de que había estado un mes allí y no había ido a verles, ni tampoco a algunas de sus amigas, tendría problemas, sin embargo, no encontró el momento de llamarles, y menos con todos los jaleos vividos, sin apenas descanso para reponerse. Con el tiempo la perdonarían, pensó para sentirse mejor.

Su cabeza andaba con otros temas ahora.

—Bien pues, aunque no te apetezca alejarte de Gérard, tal vez sí deberías tomarte una noche para ti.

Vente con nosotras al cine —propuso Jenna.

Ashley lo meditó.

—Todavía no sé por qué tanto interés, si las películas son en español —argumentó.

—Eso nos da igual. Vamos para sentarnos en las últimas filas y meternos mano —expuso Erika entre risas.

—¿Entre vosotras? —bromeó Ashley.

Jenna soltó una risa ahogada.

—Claro que no. Aunque si fuera el caso, también te invitaríamos —soltó con una risa malévola.

Su comentario provocó que las tres rompieran a carcajadas y apenas pudieran respirar.

—Venga, apúntate. Será divertido —insistió Erika.

—Creo que me quedaré. Pasadlo bien con los chicos y... sed discretas, por si acabáis en alguna web porno de vídeos caseros —las vaciló sin dejar de reír.

—Eh, que nosotras no nos lo montamos en lugares públicos. No me gustaría que mi culo acabara en internet —soltó Jenna sintiendo un desagradable escalofrío.

El tema de internet estaba siendo candente esos días, y miró con preocupación a Ashley con la sensación de haber metido la pata. Esta sin embargo, después de contarles todos los detalles de la conversación con Paloma esa mañana, se sentía un poco más tranquila, casi libre, después de la presión que fuera el hecho de que Leslie no dejara de hablar de su vida.

Habían cotilleado su perfil en las redes sociales, y ahora solo publicaba cosas propias, como que su nuevo novio que era actor de Hollywood. Al que engañaba, y con cuya infidelidad podría amenazarla para que la dejara en paz, meditó Ashley. Era muy consciente de que jamás podría caer tan bajo como ella, pero tener esa carta bajo la manga, le proporcionaba el control que perdió a manos de esa niña egoísta y vengativa. Sentaba bien estar en el otro lado por una vez. Al menos, sus preocupaciones en ese aspecto iban disminuyendo, aunque otras no lo hicieran tanto. No jugaría nunca con las intimidades de otra persona, pero eso Leslie no lo sabía, y la amenaza, la haría replantearse lo que estaba haciendo con Ashley.

Eso esperaba al menos.

Al cabo de un rato se despidió de ellas y se quedó tumbada en la cama sin hacer nada, solo pensando en lo que debería hacer con su vida a partir de entonces.

Le costaba creer que todo el tema de la prensa hubiera acabado, y ahora, al mirar atrás, le parecía un mal sueño. Una auténtica pesadilla en letra mayúscula. Aún faltaba una semana para volver, y hasta ver a Leslie en persona no iba a quedarse tranquila, pero pensaba hacerlo, y dejar las cosas claras de una vez por todas. No deseaba vivir con la sospecha de que en cualquier momento, otra bomba podría explotar cerca de ella. Ni hablar; eso se terminó.

Sus padres llamaron a los pocos minutos y les puso al día. Fue una conversación larga en la que hubo momentos de sorpresa y alegría a partes iguales. También estaban algo recelosos, pero contentos porque dejaran a su niña en paz de una vez.

Ashley les aseguró que todo iría mejor a partir de entonces, y aunque no le gustaba dar esperanzas

sin sentir al cien por cien que tenía razón, quería que estuvieran tranquilos. Lo habían pasado mal al estar lejos de ella, y sabía que también su hermano, por lo que no dudó en llamarle después de acabar de hablar con sus padres. Obtuvo la misma reacción con Franklin y su novia. Estaban contentos porque todo acabara por fin.

Cuando vio la hora que era, se despidió bajo la promesa de llamarles tan pronto como pudiera esos días, teniendo en cuenta el trabajo que le esperaba, y aceptaron sin rechistar esta vez. Todos estaban más tranquilos sabiendo que la cosa mejoraba en muchos aspectos. Claro que tanto su hermano como sus padres, estaban intrigados por saber si lo de Gérard era algo a tener en cuenta.

Siempre fue sincera con su familia y no dudó en contarles la verdad, como también lo que pensaba al respecto: solo era una aventura. Al meditar sobre ello, pensó que tal vez no fue tan franca como de costumbre, porque en su interior, algo le decía que no era tan simple.

Resopló con fuerza por la nueva inquietud en su vida, y cuando salió de su habitación, fue a toparse con el causante de ese inoportuno desasosiego. Olivia sonrió mientras Gérard la miró con cara de culpabilidad, lo que Ashley achacó a la falta de respuesta a sus mensajes.

—Ashley, ¿estás bien?

Olivia se acercó a ella y la miraba preocupada.

—Eh... sí, claro —contestó confusa por su intenso escrutinio.

—¿Has estado llorando por algo? —susurró.

Su confusión se esfumó, dando paso a una situación más vergonzosa. Gérard la observaba con gravedad, y ella pensó que estaría errando en sus conclusiones. O no tanto, porque lo cierto era que su malestar sí se debía a él. Al menos en parte.

Ashley improvisó algo para evitar esa conversación, por lo menos con los dos a la vez.

—Solo hablé con mi familia. Nada preocupante.

Mintió a medias, ya que ocultar la verdad también se consideraba una mentira por omisión, pero no se sentía capaz de hablar con franqueza sobre sus sentimientos, y menos aún, cuando eran tan nuevos para ella.

—Oh, entiendo —asintió Olivia, y le dedicó una sonrisa cariñosa—. Las cosas irán mejorando poco a poco. Y ya mismo volverás a verles, ¿no? —tanteó.

—Sí. El fin de semana que viene acabaré mi trabajo por aquí —musitó.

Sus ojos se desviaron hacia Gérard, y este parpadeó con rapidez y miró al suelo. Ashley no podía saber lo que pensaba, pero tampoco esperaba que él le pidiera quedarse o algo por el estilo. Habían dejado las cosas claras, y debía conformarse con lo que tenían. No deseaba estropearlo, ni terminarlo por ahora, de modo que se prometió guardar sus sentimientos en un rincón intocable de su mente, y aprovechar cada momento, atesorando cada recuerdo a su lado, y nada más.

—En fin, es mejor no pensar en ello, porque no quiero ponerme triste y detesto las despedidas así que... vamos a cenar —soltó con más alegría de la que sentía.

Olivia asintió y bajó a su lado, Gérard se quedó un poco rezagado, y bajó la escalera unos pasos más atrás, caminando lentamente y pensativo.

Cuando Ashley ocupó su lugar en la mesa que el catering ya tenía preparada, oyó que Olivia y Gérard cuchicheaban antes de sentarse junto a ella, pero no pudo escuchar qué decían, de modo que se centró en charlar con los demás. Esa noche solo estaban los alumnos, porque Paloma y Donovan también habían salido. A ella no le importó librarse de las parejitas, porque a veces se ponían demasiado melosos durante las comidas, incluidas sus amigas y sus chicos. No la molestaba, en realidad, pero sí la incomodaba un poco. No podía evitarlo.

Olivia empujó a Gérard para que se sentara al lado de Ashley lo más disimulada que pudo. Después



de haber hablado toda la tarde con él, y concluir que estaba enamorado de ella, lo que resultaba más enternecedor que nada, le alentó a ser sincero por completo.

Después del concurso, se marcharía de Madrid, y sus posibilidades de encontrarse juntos de nuevo, serían nulas. Haría el tonto si no aprovechaba esa oportunidad, a lo que él respondió con un no rotundo.

Ashley le confesó que su trabajo era lo más importante de su vida, sin contar a su familia, claro, y no sería él quien se interpusiera en su camino. No podía pedirle que se quedara, porque ella merecía ser feliz, y si volver a Miami era lo que más deseaba en el mundo, no se lo impediría.

Se sintió mal por no responder a sus mensajes, pero a veces sentía el impulso de vomitar todas sus palabras reprimidas, de decirle exactamente lo que deseaba de ella, y eso era, bueno, todo. Demasiado para una relación que no era más que una loca aventura con fecha de caducidad.

Notó que Ashley se tensó, al igual que le ocurrió a él, cuando sus brazos se rozaron encima de la mesa. Esta dejó de hablar con Noemí, sentada a su derecha, y le miró.

Esos preciosos ojos azules se clavaron en los suyos y el mundo pareció haberse detenido por un segundo.

Ahora sí estaba segura de lo que sentía, aunque no intercambiaron ni una sola palabra hasta ahora, pero su mente al fin aceptó lo que su corazón ya sabía: estaba enamorada, y de igual modo, perdida para siempre.

Carraspeó nerviosa y dijo lo primero que se le ocurrió para romper aquel silencio tan aplastante.

—¿Has descansado esta tarde?

Gérard rió algo tenso.

—No mucho en realidad.

—Bueno, tienes todo el fin de semana para hacerlo, y para estar listo para el concurso. Seguro que lo harás muy bien —le animó.

—Gracias —musitó.

Le dedicó una larga mirada y Ashley empezó a ponerse nerviosa. Todo su cuerpo estaba alterado debido a su cercanía, a su voz, a sus deseos más íntimos por él.

Su autocontrol estaba flaqueando de un modo peligroso.

—¿Qué?

Gérard negó con la cabeza.

—Nada, es solo que... ¿de verdad estás bien? —inquirió, denotando verdadera preocupación.

—Podría estar mejor —bromeó Ashley con tono bajo y seductor.

Vio como este se sonrojó y ella sonrió complacida.

—Lo cierto es que me gustaría hablarte de algo. Luego y, fuera.

—Hace frío para salir hoy. Parece que va a llover —especuló.

—Coge una chaqueta —sugirió ella con un leve arqueado de cejas. Gérard se rindió entonces y asintió.

—Vale. A las once.

Ashley hizo un gesto de aprobación con la mano y a partir de entonces solo charlaron de cosas del programa y de nada personal mientras cenaron.

Unas horas más tarde, cuando la gente se dispersó para descansar o divertirse un rato en la sala de entretenimiento, Ashley se quedó fuera, sentada en un sillón del jardín porque le gustaba la frescura de la noche y el olor de la



inminente tormenta.

Oyó unos pasos acercándose y todo su cuerpo se tensó. Sabía que era Gérard. No tardó en tenerle de frente, cohibido y con las manos guardadas en los bolsillos de su pantalón vaquero. Estaba de lo más sexy, pensó.

—Creí que no vendrías hasta la hora acordada.

—No podía esperar. Dijiste que querías comentarme algo y estoy intrigado.

Ashley se levantó y quedó muy cerca de él. Pudo aspirar su colonia masculina y tan sexy que le dieron ganas de asaltarle allí mismo. A duras penas se contuvo, porque cuando miró sus labios, sintió un ligero temblor en sus piernas.

—¿Paseamos?

—Claro.

Empezaron a caminar despacio. Ashley no quería estar allí quieta, y le pareció que así se distraería y no tendría que mirarle a los ojos cuando le explicara lo que deseaba decirle. No es que fuera de vital importancia, pero merecía saberlo, eso sí.

—Siento no haberte dicho lo de Deborah cuando lo supe, pero cuando Paloma me puso al corriente, fue justo antes de comenzar a rodar esta mañana, y no era un buen momento interrumpirlo todo y... ya sabes...

—¿Eso te preocupaba?

Ashley le miró, y le vio sorprendido.

—Sí aunque, eso no es todo, claro.

Siguieron caminando hasta la parte delantera de la casa y Ashley se detuvo cuando se dio cuenta de que no era una buena idea salir, por si alguien se daba cuenta de que estaban solos por los alrededores.

Menor no tentar a la suerte, se dijo, o podrían meterse en un lío los dos, y más

ahora.

Respiró hondo y lo soltó.

—Estoy segura de que no será un problema pero, debes saber que Paloma está al corriente de... lo nuestro —declaró con cautela.

Gérard abrió mucho los ojos por la sorpresa, y Ashley malinterpretó su silencio.

—Se dio cuenta cuando hablaba con ella, porque me dijo que estaba controlando a Deborah para asegurarse de que fue ella la que filtró la información sobre el programa. Pero tranquilo, ella es de fiar, y lo cierto es que se está jugando su carrera por proteger el proyecto, y a mí, a nosotros —añadió despacio al notarle aún perplejo.

Le oyó maldecir por lo bajo y pensó que estaba cabreado. Su puesto en el concurso no corría peligro, y sin embargo, estaba en su derecho el enfadarse, porque el asunto le incumbía, también, claro.

Tendría que fingido mejor, y haberlo negado en redondo pero, simplemente, no pudo.

—Lo siento mucho —se disculpó con sinceridad y un poco preocupada—. Te aseguro que esto no

será un problema, porque Paloma tiene a Deborah en la palma de su mano, y nada de esto nos va a perjudicar más.

Le contó por encima lo que descubrieron en su ordenador y su teléfono, y él escuchó entre fascinado y horrorizado, pero sin decir una palabra, lo que Ashley interpretó como que se sentía abrumado y tal vez un poco cabreado por verse involucrado en todo ese asunto.

No podía culparle; su vida últimamente no era un camino fácil y ahora Gérard estaba en medio sin quererlo.

—Comprendería si decides que esto es demasiado, y que no deberíamos volver a vernos. Puede que

sea lo mejor —farfulló al borde del llanto.

Como pudo, reprimió sus ganas de llorar porque no quería que él la viera de ese modo, y aguardó a que dijera cualquier cosa.

—Todo esto es un poco abrumador, sí —dijo de manera escueta—. Pero no quiero dejar de verte —

confesó para su sorpresa—. Si solo tenemos una semana, pues son siete días, y siete noches que no quiero desperdiciar.

Se acercó a ella de forma peligrosa, con la mirada oscurecida por la noche cubierta de nubes y por el deseo más puro, más sincero, y con una determinación que la hizo temblar.

—Lo demás no me importa mucho ahora. Y... creo que hoy mencionaste algo sobre un coche, ¿no?

La sujetó de las manos y la empujó hasta que chocó con suavidad contra uno de los vehículos del alquiler. Era un todoterreno, lo que significaba: unos asientos cómodos y espaciosos para retozar en ellos.

Al menos hasta que cayó en la cuenta sobre algo.

—Olvidé la llave en mi habitación.

—Una lástima.

Fue lo último que dijo antes de lanzarse con un hambre voraz sobre sus labios.

Ashley le correspondió con las mismas ansias y le rodeó con sus brazos para no dejarle escapar.

Por un segundo pensó en lo fácil que sería no sentir nada, sin embargo allí estaba, inundada de sentimientos que no podía controlar. Ni su deseo tampoco.

Se oyó un trueno a lo lejos y Ashley se estremeció. No le gustaban las tormentas, y menos cuando los relámpagos iluminaban el cielo de ese modo

aterrador que parecía que va a partir la tierra en dos.

—Debería ir a por la llave, o nos mojaremos —farfulló casi sin aliento entre beso y beso.

—Por favor, no te alejes de mí —susurró.

Ashley se quedó paralizada cuando oyó sus palabras, porque eran todo lo que deseaba oír de sus labios, y sin embargo, el contexto era muy distinto. Solo estaba hablando de sexo, y de nada más. Forzó una sonrisa y cogió una de sus manos para tirar de él.

Debía centrarse en la parte carnal, salvaje y lujuriosa de su relación, o se volvería loca con todos esos pensamientos de mujer enamorada a los que no estaba acostumbrada. Mejor olvidarse de ellos durante un rato, lo que esperaba que no le resultara muy difícil, y menos con esa mirada cargada de pasión que Gérard le dedicaba.

Tenía el poder de encenderla sin apenas tocarla. Todo un logro, decidió.

Sonrió de forma perversa.

—Quiero hacerlo aquí, contra el coche.

El Gérard transformado durante el sexo era como otra persona, y esa parte de él lo estaba considerando muy en serio. Ashley lo vio en sus ojos.

Estaban a un lado del aparcamiento, lejos de la fuente central ahora apagada, entre dos coches voluminosos y apenas bañados por la luz de las farolas de la calle. La verja de entrada quedaba a más de tres metros y los frondosos árboles plantados a todo lo largo de la parcela, les ofrecían un lugar oculto a posibles ojos. Nadie se detendría a ver si había alguien en mitad del parking practicando sexo, a menos que hicieran mucho ruido.

—No quiero que nadie te vea desnuda pero, creo que podremos encontrar el modo de divertirnos aquí —concluyó con una perversa sonrisa.

Ashley estaba pegada a la puerta del maletero y Gérard empezó a besarla de nuevo, de un modo lento, concienzudo, deleitándose en su dulzura, en ese olor

a canela tan afrodisíaco, en su cálida lengua juguetona. Sus manos la tocaban por todas partes, desde sus muslos, subiendo por su firme trasero hasta

llegar a sus pechos. Oyó un jadeo cuando los amasó con ternura y al cabo de unos minutos, volvió a agarrarla de sus glúteos para pegarla a su cuerpo. Ashley se contoneó contra su duro miembro como una gata en celo y, cuando quiso más, se desabrochó el pantalón para dejarle claro que le quería dentro ya. Él no se quitó el vaquero, pero sí lo abrió lo justo para liberar su pene duro como una piedra.

No perdieron el tiempo y empezaron a darse placer el uno al otro. Ashley movía su mano arriba y abajo, apretando con suavidad para darle el mayor placer, y Gérard jugueteó con sus húmedos pliegues, aprisionando su clítoris con dos dedos y moviéndolos para volverla loca de placer. Solo dejó esa deliciosa tortura para introducir un dedo en su interior, y luego otro más. La penetró una y otra vez hasta que notó que no podría aguantar mucho más. Quería sentirla por completo.

Sacó un preservativo del bolsillo trasero y se lo colocó en un tiempo récord.

—Venías preparado para la acción —musitó con sorna—. Me encanta.

—Pues no has visto nada aún —bromeó.

Ashley soltó una risita que le duró poco al sentir que Gérard sostuvo una de sus piernas para enroscarla a su cintura y se preparó para envestirla de pie. Se dieron cuenta de que sus alturas eran muy compatibles, y él apenas tuvo que moverse para tantear su sexo con la punta de su miembro.

Fue despacio en un principio, pero estaban en un lugar donde podrían ser descubiertos, y empezaron a caer gotas sobre sus tensos cuerpos, de modo que pronto se acabó la sutileza y la embistió fuerte y salvaje, hasta que los dos perdieron el control por completo. La situación era de lo más morbosa y excitante.

Ashley se olvidó de la lluvia y de los sonoros truenos, porque en su interior tenía lugar una tormenta propia que la hizo estallar en mil pedazos mientras Gérard la besaba y mordisqueaba sus labios, su mandíbula y su cuello. Gérard

la siguió casi a la vez, incapaz de resistir por más tiempo su propio placer al ver cuánto disfrutaba ella en sus brazos. Se mordisqueaba los labios para no gritar, y su expresión era lo más sensual que había visto jamás, con los mechones de pelo cayendo con suavidad por su rostro, húmedos por la lluvia, los ojos empañados por la pasión y su pecho subiendo y bajando con rapidez, al ritmo del suyo propio.

Era una locura lo mucho que la quería, lo mucho que la necesitaba... lo mucho que la echaría de menos cuando se fuera de su lado.

En cierto modo se alegraba de que no hubiera tomado en serio sus palabras anteriores, porque tan pronto como dijo que no quería que se alejara de él, se arrepintió de habérselo confesado.

No quería presionarla, y tampoco atarla a algo que ella no deseaba de corazón. Eso no sería justo para ninguno de los dos.

Se limitaría a aceptar los términos que los dos habían impuesto a esa relación. Aprovecharía cada minuto que pudiera estar a su lado y los atesoraría toda su vida. Era un pequeño consuelo para el dolor desgarrador que sentía su corazón al pensar que la perdería para siempre cuando pasaran esos siete días.

## **Capítulo 22**

Ashley tenía la sensación de que el tiempo pasaba con demasiada rapidez. Fue una locura.

El sábado salió con sus amigas a comer al centro y pasaron la tarde de compras, y por la noche, estuvieron con los demás en la casa, jugando al billar, cantando en el karaoke y pasándolo en grande.

Sería el último fin de semana que pasarían todos juntos, porque el viernes por la tarde conocerían las puntuaciones de los jueces y por la noche saldrían a cenar todos para celebrarlo.

Las horas pasaban como agua que se escapara entre sus dedos sin que pudiera hacer nada para pararlo. Era frustrante, y a la vez, descorazonador pensar que ella podría cambiarlo, pero simplemente, no se veía capaz de tomar esa

decisión.

Continuó aferrándose a su loca idea de aprovechar el tiempo que tenía con él hasta la semana siguiente, y fue justo lo que hizo. El sábado por la noche, sobre la una, le mandó un mensaje a Gérard y a los pocos minutos, tocaba a su puerta despacio, sin hacer mucho ruido para no alertar a nadie.

Abrió la puerta y lo hizo entrar de un tirón. Este mostró una sonrisa que se fue acentuando cuando la vio vestida con un conjunto de encaje violeta y un camión semi transparente del mismo tono. La sujetó por la cintura y la aprisionó contra la puerta. Empezaron a besarse sin tregua, y al cabo de unos segundos, fue ella la que le empujó para acabar en la cama. Trepó por sus piernas hasta colocarse en posición y no perdió el tiempo en quitarle la ropa. Desabrochó el pantalón para poder bajarlo lo justo, le colocó un preservativo y se montó en él con ansias. Tenerle dentro le dio un escalofrío por todo su cuerpo, y mirar esos ojos azules mientras se poseían el uno al otro, era devastador. Placentero y doloroso a la vez.

Quizás sí era mejor alejarse, pero no podía, y no quería, solo deseaba estar a su lado, de cualquier forma posible. Poder verle durante el día, charlar de nada en particular, o solo poder verle por allí, le reportaba una sensación de bienestar que no había experimentado antes con ningún hombre de su vida.

Donovan intentó hablar con ella sobre Gérard esos días, pero le quitó hierro al asunto alegando que sabía lo que hacía, que no era nada serio, pero claro, su insistencia se debía a que la conocía muy bien.

Ashley estaba segura de que lo sabía. Conocía sus sentimientos, sus expresiones, y a pesar de todo, solo acabó diciendo que tuviera cuidado.

Era su mejor amigo, le adoraba y le estaba agradecida por no atormentarla con algo que era una realidad para ella: el que acabaría sufriendo. Sin embargo, le daba igual.

Podría haberle dicho lo mismo de su relación con Paloma, pero no era la mejor consejera del mundo cuando no era capaz de aplicar la razón para sí misma, de modo que callaron, continuaron haciendo lo mismo, esperando no agrandar ese error en el que ambos estaban metidos hasta el fondo. Nadie

podría saber lo que ocurriría, y los dos se refugiaban en la idea de que el tiempo se les agotaba, y pronto la decisión no estaría en sus manos. Ocurriría sin más.

Sus amigas lo tenían mejor, ya que ninguna estaba implicada de un modo irreversible en sus relaciones con los chicos. Disfrutaban de sus aventuras y poco más. Y en lugar de amargarse pensando que pronto se iban de Madrid, lo cierto era que Erika y Jenna estaban deseando volver al trabajo, con sus familias, amigos, y fiestas. Añoraban sus rutinas, y aunque Ashley también, no podía negar que su vida había cambiado para siempre.

Lo sentía en cada partícula de su ser.

La noche del sábado, de madrugada, acabaron completamente desnudos, retozando entre las sábanas durante horas y sin poder apartar las manos el uno del otro. Pasadas varias horas, saciadas sus ansias, al

menos por el momento, Ashley se quedó tumbada de lado con Gérard justo en frente, con una mano acariciando su sedoso cabello castaño.

Su mirada era intensa, llena de posibles significados, y sintió que un nudo se formaba en su garganta.

Quería decírselo, sus ganas eran incontenibles. No podía creer que esas dos palabras estuvieran a punto de escapar de sus labios. No podía hacer algo así, y menos sin la certeza de una respuesta igual a la suya. Si después de enamorarse y decirlo por primera vez, sufriera un rechazo, no sabía cómo podría volver a ser la misma persona.

Gérard ya cambió por completo su forma de ver la vida en ese breve periodo de tiempo, y un desengaño con alguien tan especial, el único hombre que había tocado su corazón, la destrozaría por dentro para siempre.

Tuvo la necesidad de romper el momento para evitar soltar una tontería mayor.

—¿Estás pensando en un nuevo asalto?

Su profunda mirada se tornó divertida. Alzó su mano para acariciar su brazo y



fue subiendo hasta rozar con suavidad su pelo y echarlo hacia atrás para abarcar su mejilla. Sus dedos eran suaves y tiernos, y Ashley se derritió con su contacto.

—No pensaba eso aunque... ahora sí —bromeó antes de acercarse unos centímetros para besarla dulcemente.

Su cuerpo reaccionó al instante, aunque lo cierto era que se sentía exhausta.

—¿No estás cansada?

Ashley lo meditó en silencio mientras jugueteaba con la punta de su lengua y mordisqueaba con delicadeza sus labios apetitosos.

—Solo un poco... —confesó con la voz cargada de deseo—, pero también me muero por seguir con

nuestro particular maratón. Se nos da tan bien.

—Somos muy buenos en esto, sí —confirmó con satisfacción—. Pero te aseguro que contigo no consigo saciarme del todo. Solo quiero más —dijo antes de besarla de nuevo—, y más...

Entre profundos besos y caricias íntimas que recorrían mutuamente sus cuerpos, Gérard se posicionó encima y les dedicó toda su atención a sus preciosos y turgentes pechos. Bañada por la pequeña lámpara de su habitación, Ashley le resultaba un ángel seductor irresistible. Podría estar toda la vida contemplando su serena belleza, sus ondulados cabellos rubios esparcidos por la almohada y su radiante expresión cargada de deseo por él. Por él. Apenas podía creerlo.

Ella alargó la mano para coger un nuevo preservativo y tras abrirlo con cuidado con un leve tirón con los dientes, de una forma muy sensual, se lo puso con rapidez, dándole a entender lo que tanto ansiaba en ese momento. Gérard se lo dio con gusto.

Ashley estaba abierta para él, más que dispuesta, y la complació con ternura al principio, adorándola con cada envite, con cada profunda unión, y sin dejar de

tentarla con sus cálidos besos. El placer los envolvió, como una crisálida que se fuera formando en torno a sus cuerpos y los atrapara sin remedio. Y sin dejar de mirarse a los ojos, se perdieron el uno en el otro una vez más.

Aquella vez sin embargo, fue distinta. Los dos eran conscientes de que algo cambió entre ellos, pero estaban tan asustados por lo que podría pasar, que lo único con lo que se atrevían era con lo que se les daba mejor: saciar sus ansias, sus cuerpos, y nada más. Los sentimientos a los que temían, quedaban fuera de juego, porque tener miedo de la reacción del otro, no era tan grande como la certeza.

Estaban siendo cobardes, pero ni Ashley ni Gérard había dado ese paso antes. No estaban preparados ahora tampoco. Y teniendo en cuenta su situación, tal vez su oportunidad pasara de largo al cabo de unos días.



Esa noche Gérard se marchó a dormir a su habitación después de darse una ducha rápida en el baño de Ashley. No quería despertar a Olivia.

No pudo dormir hasta que la madrugada casi dio paso al amanecer, y lo mismo le pasó a Ashley, que para evitar derrumbarse pensando en lo tonta que era por no confesar sus sentimientos, se puso a ver una película de suspense que cogió prestada de la sala de cine. Después de acabarla, estaba aún más nerviosa, pero claro, el sueño la venció solo para tenerla en un estado de inquietud permanente debido a las pesadillas constantes.

Solo a ella se le ocurría ponerse a ver asesinatos macabros para ir a descansar. Acabó desconectando el teléfono para no ser molestada en todo el día siguiente y con los taponés en los oídos, logró al menos cerrar los ojos.

A las tres de la tarde emergió de la cama con un aspecto lamentable, se dio una ducha, ocultó sus ojeras con maquillaje y con su vaso en la mano, bajó a la sala de reuniones en busca de su adorada máquina de café.

El silencio de la planta principal le indicó que todos estarían en la otra parte

de la casa, manteniéndose entretenidos en el interior a causa del mal tiempo. Se quedó mirando por la ventana un momento hasta que su café estuvo listo y cuando lo echó en su taza favorita, le puso la tapa y se sentó frente a la chimenea eléctrica. La encendió con el mando a distancia y allí permaneció un rato sin hacer otra cosa que observar las llamas con su incesante vaivén. Era muy relajante. Hipnótico.

Ocupó una silla y colocó los pies encima de la mesa, lo que era una grosería, pero estaba sola, así que podía ignorar sus modales por un rato.

Encendió su teléfono y vio unos mensajes de sus amigas en los que le decían que iban a irse con los chicos a pasar el día fuera a la zona norte de Madrid. Al ver que no respondió, entendieron que estaría rota de sueño por sus horas de sexo desenfrenado, como lo describieron, y se despidieron sin molestarla.

Qué bien la conocían.

Les escribió solo para que supieran que había salido al fin de su cuarto y como no les llegaban los mensajes, supuso que la cobertura, donde quiera que estuvieran, no era nada buena.

Al cabo de un rato, abandonó su tranquila soledad y fue a reunirse con los demás. Fue una tarde de lo más entretenida en la que todos se divirtieron y desconectaron.

Nadie mencionó el concurso, ni el trabajo, sino que al fin, después de tres semanas, incluso las jóvenes Miriam y Thais se abrieron al resto y contaron cosas de sus vidas. A la hora de cenar, casi se podía decir que todos eran amigos. No exactamente, pero al menos podían estar juntos, participando de la misma conversación sin mal rollo de por medio, lo que ya era mucho. Pidieron unas pizzas y cuando las acabaron, prepararon unos cócteles para ver una película todos juntos.

—No debería tomar más de uno, porque el alcohol y yo solo nos llevamos bien cuando nuestra *compi* y amiga moderación nos acompaña —se burló Ashley de sí misma.

Gérard se limitó a lanzarle una hambrienta mirada y fue Olivia quien se rió de

su comentario. Le dio un codazo amistoso y le habló con voz socarrona. Ella también empezaba a estar achispada.

—No está mal dejarse llevar —soltó con un arqueado de cejas para nada disimulado.

Hizo un gesto para señalar a su amigo del alma y Ashley se estremeció. Dejarse llevar era lo único



que le apetecía con Gérard, y se preguntó porqué era tan estúpida que no lo hacía con una entrega absoluta.

Pensó en lanzarse a la piscina cuando sus ojos se encontraron, aunque claro, no literalmente, porque con la fría lluvia que estaba cayendo, salir fuera no estaba en su lista de tareas más inmediata.

Sin embargo, sí que tenía ganas de llevárselo de allí, a otro lugar. Eso no le provocaba el miedo paralizante que experimentaba esos días, aunque debía tener en cuenta que la discreción era vital en ese momento.

Acabó su Cosmopolitan y miró la pantalla sin verla en realidad. Solo era consciente de la cercanía de Gérard, y también de que él no paraba de mirarla. Incluso se estaba poniendo nerviosa. Algo nuevo también.

—No creo que pueda acabar de ver la película, la verdad es que estoy cansada. Mañana hay que madrugar... —dijo Olivia con una mirada intencionada—. Esta noche deberíamos marcharnos pronto a dormir.

Ashley interpretó su maniobra como un intento de echarles una mano y vio que Gérard también se removía en su asiento. Se levantaron en silencio casi a la vez.

—Es cierto, nosotros también nos retiramos ya, queremos estar despejados mañana —anunció Noemí, que junto con su marido, se puso de pie de manera silenciosa para no molestar a los que estaban intrigados mirando la película.

Ashley también se levantó.

Salieron de la sala de cine con paso lento, dejando que fueran Noemí y Lucas por delante y al llegar a la zona de los dormitorios, se quedaron unos minutos allí charlando sin prisa.

Después de unos minutos de margen, Olivia volvió a intervenir. Sonrió antes de ir hacia su puerta.

—Bueno chicos, de veras estoy cansada, y hoy creí que dormiría sola en mi habitación así que...

buenas noches. Pasadlo bien y mañana nos vemos —se despidió con un guiño y cerró la puerta tras de sí.

Al fin solos. Ashley le miró con deseo y Gérard le correspondió con una mirada igual de obscena.

—Mi cama está disponible para ti —susurró con descaro.

Gérard dio varios pasos en su dirección y el pulso de Ashley se aceleró. Caminó hacia atrás hasta el pasillo donde se encontraba su puerta y se detuvo solo para coger la llave y abrir. Tarea que no le resultó fácil cuando notó el caliente cuerpo de Gérard apretándose contra ella.

Una vez en el interior, volvió a echar la llave y no tardaron ni un minuto en estar en la cama, recorriendo sus cuerpos con avidez. Se desprendieron de sus ropas y saciaron sus más íntimos apetitos, aprendiéndose el uno al otro y sin dejar de calmar la sed de sus besos.

Solo se oyeron sus gemidos, sus jadeos de pasión, sus nombres susurrados en la oscuridad con el deseo más puro impregnando cada palabra que escapaba de sus labios sin control alguno.

Se amaron con sus cuerpos, dejándose llevar y ofreciéndose sin reservas, sin limitaciones, solo con aquellas que existían en sus mentes, y que les hacían incapaces de expresar esos sentimientos con palabras que tal vez les harían daño, les condicionarían. Cada uno en su interior pensaba del mismo modo: no

querían coartar la libertad del otro, ni pedirle que renunciara a todo sin saber si podría hacerlo también.

Estaban en una encrucijada que no sabían cómo resolver, salvo como lo estaban haciendo: enmascarando sus miedos con sexo salvaje, posesivo y ardiente.

Era solo un consuelo a medias.

El lunes por la mañana temprano, la actividad era incluso más frenética que de costumbre. Los nervios y la tensión generalizada parecían absorber todo el espacio.

Donovan se encontraba tan en su salsa como siempre; estar frente a las cámaras era natural para él, pero claro, tampoco era de extrañar que los más nerviosos fueran los alumnos, e incluso Paloma, que se hallaba en un estado de movimiento permanente. Iba de un lado a otro lanzando órdenes e instrucciones sin parar y Ashley empezaba a alterarse también.

Ese día cambió su look casual por uno más serio. Llevaba un pantalón de vestir estilo pitillo de color negro con unos botines con plataforma en marrón, una blusa blanca con un chaleco color caramelo y un pañuelo de un tono turquesa oscuro, a juego con su cinturón y sus uñas. Se había recogido el pelo en una coleta suelta menos formal y optó por un maquillaje discreto igual que siempre. Su delantal era de un tono blanco impoluto con algunas siluetas de magdalenas en color beis.

No se veía tan alegre como siempre, pero le parecía un estilo muy profesional. O eso quería dar a entender.

Desde luego, le preocupaba más enseñar bien a sus alumnos que dar una imagen determinada en el programa, y no iba a empezar a cambiar de idea ahora.

Entró en la cocina y cogió aire antes de hablar.

Todos estaban en posición, y las cámaras enfocaban su posición desde varios ángulos. Ignoró la sensación de sentirse observada y se concentró en lo

importante.

—Buenos días a todos. Como ya os ha anunciado Donovan, hoy en “Endúlzame” comenzamos con

una parte importante del programa. Vamos a dar paso al concurso que valorará los conocimientos y capacidades de nuestros queridos alumnos. Lo han hecho fenomenal hasta ahora, y aunque será difícil —

dijo con una pequeña sonrisa—, solo debéis dejar los nervios a un lado y dar lo mejor de vosotros.

Mucha suerte chicos.

Tomaron buena nota de la receta, que esta vez se trataba de unos deliciosos bollos de pan caseros, y anunciaron los ingredientes en la pantalla mientras ella se dedicaba a explicar el procedimiento.

El tiempo de noventa minutos era más que suficiente para la preparación, pero sabía por experiencia que esa receta no era nada sencilla para que el resultado fuera perfecto a la primera, sobre todo para principiantes. En su fuero interno, deseó que Gérard y Olivia no cometieran ningún error que les costara la victoria.

Acabado su trabajo en su cocina, empezaba la cuenta atrás para los demás. Volvió a desearles suerte antes de la cuenta atrás, y se marchó a la sala de reuniones con los jueces. Cristian la siguió con una cámara y les grabaron unos minutos también a ellos. Estaba tan nerviosa que no sabía ni qué decir.

Miró un millón de veces el reloj de la pared y por una vez, deseó que los minutos pasaran a más velocidad. Solo de pensar en más días como ese, le entraba la ansiedad. Qué locura de semana tenía por delante, se lamentó para sus adentros.

Salió a la calle y se paseó nerviosa hasta que llegaron sus amigas. La fuente de la entrada, con su incesante gorgoteo, la relajó un poco, pero se sentía como pez fuera del agua, aguardando. Aunque estar allí presente con los alumnos, viendo cómo se las arreglaban para cocinar sin las recetas y sin su ayuda,

sería mucho peor. No quería ni imaginar la cara de angustia que pondría si cometían algún error mientras debía estar al margen.

—Tranquila Ashley, seguro que les irá bien.

No hacía falta preguntarle a Jenna; sabía que hablaba de Gérard y su compañera de equipo.

—Ojalá se lleven el premio.

—Creo que Gérard ya se lo ha llevado —bromeó Erika con sorna.

Ashley puso los ojos en blanco y se rió.

—Tengo ganas de salir de aquí —musitó Ashley con nerviosismo.

—Respira hondo, Ashley. Recuerda que solo es un concurso —expuso Jenna con voz

tranquilizadora—; ellos hacen el trabajo en la cocina, los jueces dan su puntuación y luego, la tarde será como todas las demás, salvo que esta vez te librarás de ir al confesionario. Solo unos días más y volveremos a nuestra rutina de siempre.

—Sí, solo que... ahora mismo no sé cuál es mi rutina. Supongo que lo sabré cuando vuelva a Miami.

Aún pensativa, dejó que sus amigas la animaran contándole lo que hicieron el día anterior, poniéndola al día sobre la empresa y lo que estaba ocurriendo en su ausencia; en general, distrayéndola.

Fue muy efectivo.

La única pega que le veía a todo eso era que nadie más que los jueces y Paloma podrían ver los resultados de sus valoraciones. Ella no participaría en las grabaciones posteriores después de su sección en la cocina, porque esa semana solo se centraba en el concurso, y su lugar ahora lo ocupaban Marcelo y Paola.



No sabía qué era peor en realidad, si conocer o no las puntuaciones. De saberlo, su impulso de poner al corriente a Gérard sería irresistible. En parte se alegraba de no interferir en ello. Su trabajo esos días consistía en ponerse frente a las cámaras a primera hora, hacer la receta escogida por Paloma, y luego ausentarse para dejar que los grupos hicieran su parte en el concurso. Una vez consumidos los noventa minutos, les tocaba descansar mientras los jueces puntuaban del uno al diez y hacían las grabaciones en la sección del vídeo-confesionario.

La espera no era agradable para ninguno, pero meter más presión sabiendo cómo iba cada equipo en la carrera final, tampoco les tranquilizaría.

Acabada la jornada, los jueces se despidieron hasta la mañana siguiente. Paloma animó a los equipos a seguir haciendo un buen trabajo y no dijo ni una palabra más sobre el asunto. Hermética cuando debía serlo.

Ella estaba al cargo de las entrevistas con los equipos en el confesionario, y Ashley las siguió muy de cerca para conocer las impresiones de cada uno con el trabajo realizado. Desde luego, era interesante no estar sentada en el sillón con las cámaras enfocándola.

Algo bueno tenía que haber en medio de toda esa ansiedad que experimentaba por sus alumnos; por Gérard y Olivia sobretodo. No podía evitar ser partidaria del equipo número dos, pero al igual que les animaba y les aconsejaba, también lo hacía con el resto. No quería ser injusta con los demás, y menos cuando aún se podría sospechar que mantenía una relación con Gérard, claro.

Ashley estaba experimentando una horrible mezcla de sentimientos, por un lado tenía ganas de acabar con todo eso, pero por otro, al terminar, se marcharía del lado de Gérard, lo que le provocaba un malestar que no disminuía ni un poco. Era como mezclar varios tipos de bebidas alcohólicas: no le sentaban bien a nadie.

Así era como se sentía, como si estuviera en medio de la peor resaca de la historia.

Creía que el amor era más sencillo, menuda ironía.

## Capítulo 23

El resto de la semana continuó con el mismo patrón. Elaboraron hojaldres daneses, pastel de zanahoria, medialunas de almendras y una tarta de queso con frambuesas.

Cada día se levantaba muy animada, se preparaba y, al llegar a la cocina, sentía una mezcla de emociones agrídulce. Deseaba hacer bien su trabajo y dejar su huella en un proyecto que cada día le aportaba una gran satisfacción, aunque al principio no lo viera de ese modo.

Sin embargo, cada hora que pasaba, se sentía más descolocada por la tristeza que la embargaba.

Pronto se marcharía, y ya nada importaría más. Ni sus sentimientos, ni el resultado del concurso. Volvería a su vida, que ahora mismo estaba en un estado incierto, y buscaría el modo de seguir haciendo lo que le gustaba.

¿Todo se limitaba a eso?

Por las noches, entre los cálidos brazos de Gérard, se preguntaba qué estaba haciendo con su futuro, por qué no se atrevía a hablarlo con él, por qué no era sincera.

Y cada mañana al despertar, se encontraba con una cama vacía y un extraño estremecimiento en su corazón.

Sabía que se estaba comportando como una niña, pero no encontraba fuerzas para cambiar eso, vendarse los ojos y caminar hacia delante sin rumbo fijo.

Claro que ya mismo, poco podría hacer.

Era viernes, y solo faltaban unos pocos minutos para conocer el resultado del concurso. Se habían vestido muy elegantes, y todos aguardaban a Paloma con fingida paciencia y rostros resplandecientes.

Ashley se comió a Gérard con la mirada; este lucía un traje de chaqueta gris claro que le sentaba de maravilla, y él hizo lo mismo con ella, que llevaba un

vestido ceñido muy primaveral con estampado de flores azules. Tenía un escote cuadrado muy discreto, tirantes gruesos y la espalda al descubierto, lo que evidenciaba su falta de sujetador. Ese detalle se le quedó a Gérard en la cabeza.

Lo único que hizo al verla aparecer fue sonrojarse, y desear que se lo quitara todo excepto sus zapatos de tacón azules a juego con el vestido que solo acentuaba su esbelta figura.

Los equipos estaban en fila, aguardando la llegada de Paloma y cuando lo hizo, esta se posicionó junto a Ashley y Donovan frente al resto. Llevaba un sobre en la mano y todo el mundo clavó la mirada en ese insignificante objeto que cambiaría la vida de dos personas esa tarde.

Marcelo y Paola se quedarían solo para la revelación de sus calificaciones y luego se despedirían, y todo el equipo técnico del programa, presente también en ese momento, se quedaría para ir a la celebración esa noche. No podrían despedirse de otro modo.

—Buenas tardes, equipos —empezó Paloma con voz solemne—. Hemos llegado al final, y antes de

abrir este sobre, quiero felicitaros a todos por vuestro trabajo, vuestra dedicación y esfuerzo. Creo que tenéis un brillante futuro por delante, y espero que los conocimientos adquiridos estas semanas, os abran muchas puertas en el terreno laboral. También en el personal, ¿por qué no? —bromeó para romper un poco la tensión del momento—. Y como sé que estáis nerviosos, no lo alargaremos más —dijo a tiempo que las cámaras se acercaban a ella. Abrió el sobre y compuso una pequeña sonrisa—. El equipo ganador es el que forman... —una pequeña pausa— Miriam y Thais, el equipo número tres, y nuestras alumnas más jóvenes.

Ashley se sorprendió mucho por no oír el nombre de Gérard, y al principio se sintió un poco

decepcionada porque no se llevaran el premio, pero ella no podía hacer nada al respecto. Todos lo habían hecho muy bien, las ganadoras lo merecían de verdad, y el segundo puesto no era motivo de vergüenza para Gérard y su

mejor amiga. Lo hicieron genial. Estaba orgullosa de él, de Olivia, y de cada equipo. Ya no eran sus alumnos, pensó.

El que Gérard no ganara, significaba que nadie podría echarle en cara que le favorecía, porque de ser el caso, habría quedado el primero, eso seguro. Claro que jamás sería capaz de hacer algo así, en contra de la ética de un trabajo, pero ahora tampoco la tacharían, con o sin razón.

Paloma se abstuvo de mencionar a los que quedaron en último lugar, porque no había necesidad de que pasaran un mal rato, y porque lo que contaba era lo bien que lo habían pasado en el curso, y fue a felicitar en persona a las ganadoras.

—Enhorabuena, chicas. Os lo merecéis.

Les entregó el premio y anunció que había regalos para todos. Un robot de cocina de última generación por valor de casi mil euros. El recetario era de lo más completo, y además, cuando sacaran el libro del programa, enviaría varias copias a cada uno.

Hubo abrazos, gritos de júbilo y ninguna cara seria. Los participantes lo habían pasado de maravilla, aprendiendo y viviendo en la casa como si de un hotel con todo incluido se tratara. El premio en metálico de cinco mil euros era solo un incentivo, pero no todo por lo que habían participado. Cuando las cámaras dejaron de grabar, el equipo técnico recogió todo y Paloma anunció que tenían dos horas para arreglarse. Dos limusinas les recogerían para la gran cena de despedida en el restaurante de un hotel del centro, donde luego podrían divertirse. La productora alquiló el pub de mismo hotel, y así tendrían las instalaciones para ellos solos. O no tan solos, ya que todos y cada uno de los involucrados en el programa, desde los técnicos, guionistas, los editores, la peluquera, algunos inversores, el director, el dueño de la cadena y varios amigos íntimos de Paloma relacionados con el mundo de la televisión, estarían allí también.

Sería una celebración en toda regla.

La cena sería animada pero tranquila en comparación con la fiesta posterior, que sería de todo menos relajada, de eso se encargarían los invitados, seguro.

Ahora mismo quedaba esperar.

El jaleo se fue disipando cuando la gente se fue a sus habitaciones. Ashley aprovechó para acercarse a Gérard y Olivia y expresar su disgusto porque no hubieran ganado.

—No te preocupes, porque en realidad nos llevamos un gran regalo, y la experiencia más inolvidable de nuestras vidas, ¿verdad Gérard?

—Desde luego —dijo con una sonrisa que a Ashley le pareció forzada.

Este asintió sin decir más mientras subían las escaleras hacia sus habitaciones y se despidieron hasta un rato más tarde.

Notó a Gérard más pensativo de lo normal, y algo le decía que nada tenía que ver con su segundo puesto en el concurso. Cuando llegó a su cuarto, fijó su mirada en la maleta que ya tenía medio preparada, creyó que su estado bien podría deberse al hecho de haber terminado el programa. Había llegado el momento de despedirse. Ashley detestaba decir adiós, y ahora mismo, casi con más motivos.

Iba a echarle de menos. Mucho.

Llamó a sus padres para ponerles al día, y confirmar su llegada al día siguiente sábado a media tarde, hora local de casa, y le dijeron que su hermano iría al aeropuerto con Jada. Su ánimo cambió, y se centró en lo ilusionada que estaba por verles pronto, para evitar así entristecerse por lo que dejaba atrás: parte de su corazón. Qué viaje en avión más largo le esperaba, y no solo por las más de nueve horas hasta llegar a Miami.



Se reprendió a sí misma y trató de no pensar en nada. Colgó el teléfono a los pocos minutos y se dio una larga ducha relajante que le sentó de maravilla. Se aplicó su loción corporal, su perfume y secó su largo pelo antes de plancharlo. En el armario solo quedaba un vestido colgado que había reservado para el

último día, y esperaba que a Gérard le gustara.

Era de color rojo, con un corpiño palabra de honor y una falda con una suave caída drapeada por encima de la rodilla. Sexy y ajustado en la parte superior, y original en la parte de abajo. Junto con unos botines negros y un bolso a juego, su imagen era impecable.

Sus amigas fueron a verla para ver si necesitaba algo, pero llevaba lista un rato cuando asaltaron su habitación. Se pintó los labios de color rojo pasión y las dejó boquiabiertas, al igual que a Gérard y al resto cuando se reunieron en la entrada para esperar a los coches.

El restaurante donde iba a tener lugar la cena era muy elegante, una preciosidad; la comida fue excelente y la música de ambiente, agradable.

Ashley apenas disfrutó de todo eso porque solo pensaba en Gérard, y se lamentaba por no ser capaz de romper su billete de avión y soltar por su boca todo lo que reprimía como una tonta. ¿Por qué era tan cobarde?

Erika se dio cuenta de que parecía algo apagada, y como estaba sentada a su lado, le preguntó.

—¿Qué te ocurre? No paras de lanzarle miraditas a tu hombre...

—No lo hago —protestó, mintiendo con descaro.

—Deberías llevártelo a los baños y hacerle de todo —sugirió con voz provocadora—. Seguro que

se te pasan esos nervios con los que llevas todo el día.

—Yo no estoy nerviosa, solo... la verdad es que me da pena irme. Quiero estar con él pero, bah, es absurdo —se lamentó—. Te haré caso y nos despediremos a lo grande.

—Bien, yo siempre doy buenos consejos —dijo insegura.

Se dio cuenta de que Ashley estaba más alterada que nunca en su vida, y se preguntó si no sería mejor intervenir.

Meterse entre dos personas, y más tratándose de una buena amiga, no era una buena idea, pero detestaba verla en ese estado. Lo comentó con Jenna y ella pensó lo mismo, ya que si Ashley no deseaba complicar más las cosas, lo haría por una buena razón. Si metían la pata y luego todo se torcía, no se lo podrían perdonar nunca.

Lo mejor que podían hacer era mantenerse al margen, y tratar de apoyarla. Aún tenía tiempo para hacer algo si es que se sentía capaz. Se acercaba la hora de marcharse de Madrid pero, hasta entonces, cualquier cosa podría pasar.

Ashley tenía muy presente el tiempo que faltaba para ir a casa. Por esa razón, cuando llegó la hora de la fiesta, no lo pospuso más. Quería estar con Gérard una vez más. Y si él no le pedía que se quedara, daría por finalizada esa parte de su vida y no pensaría más en ello.

Que lo consiguiera era otra cosa distinta.

En el pub había tanta gente, que nadie se percató en su ausencia. Sus amigas estaban pasando un buen rato con sus ligues, y el resto, ingiriendo alcohol con bastante ligereza. Ella también llevaba algunas copas en su organismo, así que se sentía lo suficientemente valiente como para agarrar a Gérard del

brazo y arrastrarle fuera.

No opuso resistencia cuando vio su expresión traviesa y lujuriosa, y se dejó llevar. Hacía frío en la calle y Gérard hizo el amago de quitarse la chaqueta de su traje gris oscuro para dársela.

—Ahora te la quitarás dentro —le dijo Ashley.

—¿Dentro? ¿Dónde? —inquirió confuso.

Ashley sacó de su bolso la llave de un vehículo y cuando se acercó a la limusina que les trajo al centro unas horas antes, y que estaba aparcada a poca distancia en unos reservados, este soltó una risita nerviosa.

—Nos vamos a meter en un lío.

—Tranquilo, el chófer no dirá nada —aseguró.

Gérard no quiso preguntar con qué habría sobornado al conductor, o si este sabría siquiera si le quitó la llave.

Nunca se lo había montado en un coche, y en uno tan espacioso, debía ser toda una aventura perversa.

Ashley echó el seguro, abrió su bolso y sacó varios preservativos que dejó sobre el asiento. Se sentó inclinada, mostrándole la espalda del vestido al recogerse el pelo a un lado, y le echó una rápida mirada, toda coquetería.

—Por favor, baja la cremallera por mí.

Se acercó al asiento trasero junto a ella, y así lo hizo. Acarició con delicadeza sus frescos y suaves brazos y se inclinó para besar su cuello desde atrás.

—¿Tienes frío? —susurró junto a su oreja.

Ashley se estremeció y sintió que su piel se erizaba, pero no era de frío, sino por el deseo, por sentir su aliento contra su delicada y sensible piel.

Se echó hacia atrás y Gérard besó sus mejillas a tiempo que sus manos rozaban su vientre para ir subiendo hasta sus pechos. No perdió el tiempo; bajó el corpiño para desabrochar el sujetador de encaje rojo por delante y masajeó sus pechos con sus cálidas manos.

Su respiración se volvió superficial, y su deseo subió tanto como la temperatura de su cuerpo. No tardó en poner fin a esa deliciosa e intensa tortura a sus endurecidos pezones y se sentó sobre él a horcajadas para poder sentirle más de cerca. Sonrió con malicia cuando notó su dura erección.

Le pidió ayuda para sacar su vestido por arriba y lo tiró a un lado a tiempo que Gérard bajaba su delicado tanga rojo por sus piernas, y dada la postura, no fue muy fácil. Ashley le ayudó y aprovechó para desabrochar su pantalón y dejar libre su pene. Empezó a darle placer con su mano mientras con la otra, sujetó su corbata verde oscura con posesión para que se acercara a sus labios.

Al poco rato, él se dio cuenta de que su cuerpo estaba al límite, tenso y a punto de asaltarla de un modo salvaje. Tal como ella quería, pensó.



Ashley dejó que se quitara la corbata, la chaqueta y la camisa blanca y ella se situó de rodillas para provocarle un poco más antes de dejar que la poseyera de la forma que más le gustara. Tanteó la punta de su pene con la lengua y este dio un respingo. Le dedicó una mirada lasciva antes de introducirse su miembro en su boca con ansias.

—Joder... Ashley... —masculló él con la voz rota.

Ella se limitó a seguir con aquel juego perverso, sintiendo que se encendía y se humedecía, preparándose para él, para su inminente ataque. Succionó y paseó su lengua por toda su longitud. Era enorme, y la ponía a mil el verle a punto de explotar. Provocarle de aquel modo era muy excitante, y casi la hizo perder el juicio también.

—Nena, no puedo más —farfulló a los pocos minutos.



—Ni yo.

Alargó la mano y cogió un preservativo para ponérselo enseguida. En unos segundos, se situó encima y se empaló por completo, hasta el fondo. Gérard la sujetó con fuerza contra él y los dos empezaron a moverse para lograr el mayor placer con su unión.

Ashley asaltó sus labios con desesperación mientras gemía con cada profunda estocada que le provocaba escalofríos. Sabía que no aguantaría mucho, pero no podía alargar el momento, ni contenerse.

No quería. Esta sería la última vez, y ambos eran conscientes de ello. Se notaba en sus salvajes y desesperados movimientos, en el tono anhelante con el que pronunciaban sus nombres en medio de ese torbellino de sentimientos, de sensaciones que les envolvían hasta olvidar al resto del universo.

Juntos se perdieron en él, en el infinito donde lo único que importaba era ese instante perfecto en que eran uno solo. Ahora no tenían que pensar en nada

más.

Más tarde nada sería igual, pero Ashley atesoraría los momentos vividos juntos, y lo feliz que era cuando le sentía suyo por completo. Como ahora.

Intentó serenarse lo suficiente mientras se daban pequeños besos cariñosos en los labios y cuando sintió su intensa mirada escrutándola, se quedó allí quieta un instante, esperando esas palabras que la retuvieran en Madrid. Sin embargo, algo en sus ojos la hizo comprender que eso no llegaría. No vio más que tristeza, y algo que no llegó a comprender del todo. Y entendió que era un adiós.

Se sentó a su lado pero sin tocarle mientras se arreglaba lo mejor que podía sin la luz y el espacio que tanto necesitaba. Él hizo lo mismo y a los pocos minutos salieron del vehículo.

—¿Crees que estoy presentable?

Gérard la miró a los ojos y sonrió.

—Estás preciosa.

Ashley sonrió a su vez.

—Ni siquiera me has echado un vistazo al pelo o a la ropa —se burló.

Hizo lo que le pidió y le aseguró que estaba perfecta para seguir la fiesta.

—Solo voy a devolver la llave —declaró—. No tardaré en pedir un taxi; mañana me espera un día agotador.

—Ya, tu vuelo —meditó—. ¿A qué hora sale?

—A las doce. Tengo que salir hacia el aeropuerto un poco antes de las once.

Gérard asintió, procesando la información.

—¿Quieres que te acompañe?

Ashley se quedó paralizada. Se dio cuenta de que no podría soportar tener que verle allí mientras embarcaba y su avión despegababa para aterrizar a miles de kilómetros de distancia de él. Sería muy doloroso.

—No quiero despedirme otra vez —dijo en voz baja.

Se quedaron en silencio, mirándose a los ojos, y comprendiendo que aquello había sido una despedida definitiva. Ashley no se atrevió a ser franca con respecto a sus sentimientos, pero no era la única que los callaba, aunque ninguno conocía ese detalle.

Gérard estaba igual de asustado, y no deseaba que ella hiciera algo que no quisiera con todo su corazón. No se lo había preguntado, pero no le hizo falta, ya que en varias ocasiones le dijo lo importante que era su carrera; era toda su vida.

No sería él quien la obligara a renunciar a eso. No podía.

Con un cansancio terrible, Ashley se levantó a la mañana siguiente, acabó de hacer la maleta y se despidió de los pocos rezagados que aún había en la casa.

Toda la parafernalia técnica estaba recogida y casi no parecía el mismo lugar. Estaba desierto, y supuso que pronto volvería a parecer un hogar, aunque si el dueño se dedicaba a alquilarlo para programas de televisión, no sabría lo que haría con ese espacio a continuación, teniendo en cuenta la gran reforma que se hizo para el *reality*.

“Endúlzame” llegó a su fin, y debía reconocer, que le daba pena que se hubiera acabado.

Ni Gérard ni Olivia se veían por allí, solo estaban Camila y su amiga Karen esperando el taxi que las llevaría a casa, de vuelta a la realidad.

Igual que Ashley, todos estaban algo tristes por despedirse, incluidas Erika y Jenna, pero había llegado la hora, y pronto estarían rumbo a Miami. En cierto sentido, volver a su vida de antes, le resultaba algo extraño después de todo lo ocurrido, pero deseaba ver a su familia.

Eso la animó de camino al aeropuerto.

Donovan no iría con ellas, porque les dijo que se iba a quedar todo el fin de semana, y por la cara que puso Paloma, los dos estaban encantados por pasar más tiempo juntos.

En otro momento le preguntaría si lo suyo iba en serio, lo que sería algo nuevo en él, pero ese día Ashley solo podía pensar en que dejaba una parte de sí misma atrás. En Madrid. Con Gérard.

Intentó distraerse mientras llegaban a la terminal donde esperaba el avión, también durante el viaje de más de nueve horas, cuando llegó y su familia la recibió junto a los padres de sus amigas, e intentó distraerse de regreso a casa; y además, cuando sus padres y su hermano se despidieron hasta el día siguiente, que volverían a visitarla para conocer todos los detalles de su viaje de un mes.

Cuatro semanas fuera que se le habían pasado con una rapidez asombrosa. Apenas recordaba el momento en que allí, en su salón, había estado ojeando el dossier que Donovan le entregó. Solo pensó que era una locura, y sin duda lo había sido de principio a fin. Lo pasó en grande, conoció a personas maravillosas, padeció también algunos contratiempos y sobre todo, había experimentado lo más inesperado de todo: se había enamorado por primera vez en su no tan joven vida.

Supuso que con el tiempo todo se normalizaría. Encontraría un trabajo y tal vez conocería a alguien nuevo.

—Vaya, acabo de llegar a casa y ya empiezo a pensar que querría irme de nuevo —se quejó en voz alta.

Sus amigas se habían marchado a sus casas para reponerse y empezar a trabajar el lunes, pero ella no tenía nada que hacer más que darle vueltas a la cabeza y pensar en lo que quería hacer con su futuro.

Estaba a punto de cumplir veintinueve años en apenas dos semanas y no sabía qué haría con su vida.

Decidió que podría darse un margen de tiempo, hasta la semana siguiente, para pensar en un plan, y a partir de entonces, centraría toda su energía en ello.

Eso evitaría que tuviera esa sensación de estar perdiendo algo importante: el control sobre su propia existencia. El que el tema de Gérard no hubiera salido bien, no significaba que estuviera perdida.

Era joven, guapa y bastante conocida; podría tener el mundo a sus pies si quisiera, y pensaba aprovechar esa ventaja. Buscaría su camino, y estaba segura de que encontraría el modo de ser feliz. Querer es poder... o eso decían, ¿no?

## **Capítulo 24**

El lunes por la mañana, no pudo evitar pensar en hacer una visita al restaurante.

Llamó a Erika para preguntar cómo fue el regreso al trabajo, y cuando esta puso el manos libres de su teléfono, las tres charlaron un rato. No se sintieron muy tranquilas cuando supieron dónde pensaba ir, pero comprendieron que necesitaba hacerlo.

Quería hablar con Leslie, pedirle explicaciones para zanjar el tema de una vez. Deseaba dejar el pasado atrás y empezar de nuevo, y no podría hacerlo del todo si dejaba ese tema abierto, o nunca estaría tranquila.

Las dejó atender a sus clientas y les prometió llamar más tarde. Cogió su coche y condujo unos minutos hasta su antiguo lugar de trabajo. Había hecho tantas veces ese trayecto, que ahora, ir hasta allí solo para ver cómo otras personas lo llevaban, le resultaba doloroso. Pero cuando estuvo justo en la puerta, fue mucho peor. Estaba cerrado a cal y canto.

Bajó del coche y se tapó con su cárdigan beis. Aún hacía algo de fresco a pesar de estar ya en abril.

Sus botines marrones resonaron en la acera. Llevaba un vaquero, una sencilla camiseta de manga larga y el pelo recogido en una coleta. Parecía estar sumergida en un cuadro, allí quieta mirando la persiana bajada, con el viento

azotando suavemente los mechones sueltos que golpeaban su cara.

El olor del mar la consoló en parte.

Se sentía como si hubiera estado años fuera. Una sensación muy rara. Solo quería recuperar lo que tenía, para poder continuar con su vocación, y llevar una vida completa, con su trabajo, su familia y amigos, y sus salidas nocturnas los fines de semana.

Tuvo el impulso de coger el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón y sin pensarlo dos veces, marcó para segundos después escuchar el timbre de la llamada.

Solo dos personas podrían darle una explicación de lo que estaba ocurriendo y esperó impaciente a que respondieran. Una voz sonó al otro lado de la línea, pero no era la que deseaba oír. Era Leslie.

Pensó en colgar, pero se dio cuenta de que llamaba a su casa, y que podría ver el número. Como no era ninguna cobarde, la saludó con frialdad y le pidió que Norah se pusiera al teléfono.

—Vaya, vaya... —dijo con sequedad—. Pero mira quién llama. Si es para chantajearme como hicisteis con la pobre Deborah, olvídate —escupió con furia—. Me largo de aquí. No quiero saber nada del negocio, ni de ti.

Ashley tardó unos segundos en reaccionar.

—No era mi intención chantajearte como dices, y ya que tocas ese tema, te aclaro que solo me defendía de ti, porque hace más de un mes que haces lo posible por amargarme la vida...

Oyó una risa macabra al otro lado.

—Ya, tu vida da pena, pero la mía no —le cortó con brusquedad—. Por eso paso de perdedoras y

de seguir viviendo en un lugar que odio. Quédate Miami, que yo me voy a Hollywood a disfrutar.

—Espero no volver a verte, y que te diviertas en California, aunque lo lamento por ellos —soltó sin poder reprimirse—. ¿Puedo hablar con tus padres? —pidió de nuevo, con una nota urgente en su voz.

Se quedó en silencio y casi esperó que colgara, pero no lo hizo. Les llamó a voces y Ashley se preguntó qué narices pasaría con ellos tres, que hacía tan poco eran una familia unida, y ahora parecían de todo menos eso.

Aguardó sin decir nada, sin moverse del lugar, hasta que oyó la voz lastimera de Norah.



—¿Ashley? ¿Qué ocurre, querida?

—Norah —suspiró—, estoy aquí. En Miami, frente al restaurante.

No hizo falta decir más. Oyó algunas voces al otro lado que bien podrían indicar una pelea y, acto seguido, Norah lloraba desconsolada.

—Leslie solita se encargó de ir dejando de lado el negocio, los empleados empezaron a marcharse, y los pocos que quedaron, bueno... no estaban hechos para llevarlo ni mantenerlo sin una dirección apropiada que se hiciera cargo. Hace una semana que decidimos darlo por perdido para que no nos dé más problemas.

En lugar de disfrutar de su jubilación, estaban acarreado con conflictos familiares y profesionales, y a Ashley no le parecía justo.

—¿Podríamos vernos?

—Ahora mismo... mejor no. Pero mañana sería una buena idea, si te parece bien, por supuesto.

—Claro. Venid a casa a comer, y podremos charlar. Tengo muchas ganas de estar con vosotros un rato —dijo con el corazón en un puño.

Ashley le oyó respirar de forma entrecortada y lamentó haber llamado en un momento tan terrible.

—Os espero —dijo con suavidad—. No importa la hora. Venid cuando os apetezca, ¿vale?

—Allí estaremos —susurró con la voz rota por el llanto.

Con dedos temblorosos, colgó.

Se prometió no llorar, pero varias lágrimas traidoras escaparon para mojar sus mejillas cuando subió a su coche y puso rumbo a su casa.

Ordenó sus cosas del viaje y se puso a ver la televisión para evitar pensar en otra cosa. Pidió pizza para comer y sushi para la cena. Solo miró el teléfono por si tenía noticias de su familia, de las chicas o Donovan, pero solo vio un mensaje de este. Se interesaba por el viaje de vuelta, y solo respondió que había ido bien. Añadió varias caritas sonrientes porque sabía que lo estaba pasando bien en Madrid con Paloma y no quería fastidiar sus últimos días de descanso. Cuando volviera, todo cambiaría para ellos también. Ya que todo el mundo conocía sus secretos y sabían que no estaban juntos, no tendrían que fingir más. En breve él se marcharía a Los Ángeles para su película, y supuso que a partir de entonces, se verían solo de vez en cuando, como amigos. Nada volvía a ser igual que antes del viaje a Madrid. Nada aparte del hecho de estar soltera.

Hecho que trató de no pensar en profundidad.

Se sentía perdida, fuera de lugar, y no le gustaba nada esa sensación de desarraigo.

Estaba en casa, con su familia cerca de nuevo, con toda su vida de vuelta, a excepción del trabajo, lo cual tal vez sería el motivo de su descontento, pensó.

Paseó sin rumbo por su casa perfectamente ordenada, y sin saber qué hacer. Todo el mundo continuaba con sus quehaceres, y ella lo intentaba, pero estar con su ordenador la distraía solo a medias.



Necesitaba un nuevo propósito en su vida aparte de contemplar la bonita y colorida decoración de su hogar. Ni las vistas del mar a lo lejos, de proporcionaban la serenidad que siempre le habían hecho sentir.

Sin poder evitarlo, comparó la suya con la casa que acababa de abandonar en Madrid. No tenían

nada que ver. A ella le iba más lo rústico mezclado con lo moderno, los muebles grandes sin demasiados adornos y la calidez de cada habitación que ella misma se encargó de decorar cuando se mudó allí.

Estaba cerca de la playa, en un lugar privilegiado de Miami, pero ahora mismo todo eso no le parecía tan importante como lo fuera antes de ese dichoso viaje.

¿Qué le estaba pasando?

Antes creía que su vida era perfecta, a excepción de la parte profesional que sufrió un revés, pero era feliz y ahora sin embargo... podía decir con seguridad, que no lo era. Le faltaba algo, y no sabía, ni quería en realidad, saber el qué. No se sentía conforme con lo que poseía.

Suspiró.

Se le ocurrió una tarea que la mantendría ocupada gran parte de las horas que faltaban para encontrarse con los Kelley, lo que también le estaba causando cierta ansiedad.

Fue hasta la cocina y, en menos de cinco minutos, ya tenía la amplia encimera llena de utensilios e ingredientes. Como la habitación estaba abierta al comedor y al salón, el olor de los bizcochos inundó casi toda la casa. Hizo varias tartas de diferentes sabores, y, como no deseaba acabar zampándoselas todas, pensó que le llevaría una a sus padres, a su hermano y tal vez, invitaría esa noche a cenar a sus amigas, así evitaría caer en la tentación ella sola.

Eso sí que le resultaba triste.

Con la nevera llena hasta los topes, por los deliciosos pasteles que le

ocuparon todo el día, al final cayó rendida en su cama, y no se despertó hasta bien entrado el día siguiente. Hacía tiempo que no descansaba así, y al menos se sentía despejada del todo.

Solo el insistente sonido del portero, la hizo reaccionar y despejar su mente por completo.

—Oh, mierda. Ya están aquí —masculló medio adormilada.

Se levantó tan rápido como pudo y les dejó pasar. Como la verja se cerraba enseguida, no le dio reparo de dejar la puerta de la entrada abierta para que entraran. Fue al aseo y se arregló lo mejor que pudo en cinco minutos para no hacerles esperar mucho rato.

Cuando salió y se encontró con ellos en el salón, le dio un fuerte abrazo a cada uno.

—Me alegro mucho de veros —dijo con emoción cuando se separaron.

Norah parecía incapaz de decir una palabra, y resultaba obvio que había llorado toda la noche, por eso fue Owen quien habló por los dos.

—Estamos muy felices de verte de vuelta. Esperamos que nos cuentes qué tal tu viaje a Madrid.

Ashley sonrió y sin entrar en detalles, les contó lo que pudo sobre el programa y lo demás. Evitó mencionar a Gérard y ellos no preguntaron, lo que agradeció.

No estaba preparada para la verdad, que aquello ya se había acabado y además, no había recibido ni un solo mensaje de él.

Pasado un rato, decidió que era el momento de las preguntas difíciles.

—¿Qué ha pasado con Leslie, con el restaurante?

Norah le puso la mano en la rodilla a su marido y asintió despacio, dándose tiempo para responder.

—Ha sido un mes muy difícil como ya sabes, y ahora, ella ha decidido que detesta este lugar y su anterior trabajo —declaró con evidente sufrimiento—. No quería pasar más tiempo en el restaurante. Nos ha dicho que quiere más, por lo visto, salir en televisión y con actores guapos es lo único que le hace feliz, así que se ha marchado para siempre —añadió con disgusto.

—Lamento oírlo, y también que hayáis cerrado las puertas del restaurante para siempre. La verdad es que lo echaré de menos —expuso con tristeza.

Vio que los Kelley se miraban, como si tuvieran algo importante que decirle, y Ashley tembló por dentro. Las novedades últimamente no eran todas agradables, por lo que aguardó lo más calmada posible.



—Ayer nuestra hija, antes de marcharse en taxi, nos dijo algo que... hemos hablado toda la noche —

explicó Owen.

Ashley no dijo nada, solo aguardó con la sensación de que algo tremendo iba a ocurrir. Asintió para animarles a seguir.

—Creemos que solo hay una persona en la ciudad a la que de verdad le importa el restaurante, y en sus manos, volvería a ser lo que era. Volvería a estar en pie, y nos enorgullecería porque es nuestro legado —empezó a decir Norah con emoción—. Queremos que seas tú, Ashley Stevens, la nueva dueña del negocio que tú ayudaste a llevar a lo más alto. Es tan parte de ti como de nosotros, y si lo aceptas, es tuyo a partir de ahora mismo.

Sus ojos se abrieron mucho por la sorpresa.

Dio gracias por estar sentada, porque de lo contrario, sabía que se habría golpeado el trasero con fuerza contra el suelo. Se llevó las manos al pecho y le entraron unas incontrolables ganas de llorar.

Norah le dio un cariñoso apretó en el brazo y sonrió.

—¿Qué dices?

—Digo que... si es un sueño... no se te ocurra despertarme —bromeó.

Norah y Owen sonrieron complacidos por su respuesta.

—Los papeles están en regla, solo tendríamos que visitar a nuestro gestor para que tu nombre aparezca como único propietario, y serás legalmente la dueña.

—Si aceptas —repitió Owen.

—Sí, por supuesto —se apresuró a decir Ashley.

Su alegría se contagió y se levantó para abrazar a los Kelley a la vez. Estaba a punto de caer desmayada de la alegría, y apenas era capaz de creer que eso le estuviera pasando a ella. Como un regalo caído del cielo.

—En menos de veinte días es tu cumpleaños, así que si piensas que es buena idea, podríamos hacer una gran fiesta para celebrar las dos cosas. La nueva inauguración y tu cumpleaños.

—Es una idea maravillosa —sentenció con los ojos brillantes por las lágrimas de felicidad que no podía reprimir.

Estuvieron charlando sobre ello mientras Ashley preparaba unos sándwiches para comer y se disculpaba por no hacer nada más elaborado. Conocían sus hábitos de alimentación, y como se había hecho tarde para otra cosa, se conformaron con algo ligero.

Fue un rato de lo más agradable, lo que la hizo sentir de nuevo en casa.

Ashley llamó a sus padres, a sus amigas e incluso a Donovan cuando los Kelley se despidieron hasta el día siguiente para ir a poner los papeles del restaurante en orden. No podían evitar estar algo ansiosos, y ella también estaba nerviosa. Y no era para menos.

Al fin había encontrado su propósito en la vida, revivir el restaurante que adoraba y que ahora era suyo. Gracias, de nuevo, a la familia Kelley, ahora podría continuar su vocación en un lugar que había visto crecer, y aunque pudo

comprobar al día siguiente, que le dolía en el corazón encontrarlo vacío por completo, en pocos días podría encontrar una nueva plantilla y, con cariño, devolver su actividad diaria, su vida. Eso era música para sus oídos.

El viernes siguiente, ya tenía casi todo el papeleo y a la mayoría de empleados contratados. Al menos los camareros. Tenían que ultimar detalles para abrir al público, y abastecer todo el restaurante y la pastelería, pero después del día veinte, su veintinueve cumpleaños, podrían empezar. Ese fin de semana sería la inauguración y la vuelta al trabajo. Estaba deseando empezar.

Había llamado a todos sus amigos y conocidos, y la lista de invitados era algo más grande de lo que imaginó en un principio, porque todos estaban deseando ir, y aunque estaba más que feliz por su vuelta, lo cierto era que había un detalle que empañaba un poco ese mágico momento. Echaba de menos a Gérard, y esa tarde quedó patente ese hecho. Oír esa palabra aún le provocaba un pinchazo muy doloroso en su corazón.

—Solo falta una semana y aún no tienes chef—aludió Erika con cautela.

Jenna la miró con suspicacia, en silencio, mientras echaba los regalitos de propaganda del restaurante en unas bolsas con el nuevo logo. Eran una K y una S, las iniciales de los apellidos de los antiguos dueños, y el suyo. Se trataba de unas letras K&S con un diseño muy elegante y divertido con colores turquesa, amarillo y rosa claro, sobre una silueta con forma de tarta, y justo al lado, un tenedor y un cuchillo entrelazados como si fueran elásticos. Continuarían como antes, con la pastelería y una sección del antiguo restaurante de comida cubana y americana. Los platos eran deliciosos, y esperaba que todo fuera como entonces. Sus amigas le ayudaron con el nuevo diseño y estaba encantada con el resultado. Claro que la idea de los regalos estaba siendo dura. Había que preparar como unas trescientas bolsitas.

—He entrevistado a varios y no me convencían—se defendió Ashley mientras se distraía con los regalos.

Puso una bolsa con galletas caseras decoradas con papel comestible con el logo del restaurante y varios folletos con el nuevo menú. Lo cierto era que no habían cambiado los platos, pero sí el diseño y los colores para que todo fuera a juego. Hasta las sillas, las mesas, así como la pintura eran nuevas. Todo un

lavado de cara. Antes era precioso, pero ahora era suyo, y darle su toque personal le dio por fin la sensación de ser la dueña de todo aquello.

Estaba feliz, aunque el tema de conversación no la ayudara a mantener ese estado de ánimo.

—¿Sabes que conozco a un chef que estaría encantado de venir aquí a trabajar?

—¿Eso como lo sabes? ¿Has hablado con él, acaso? —espetó Ashley molesta.

Erika la miró con una ceja levantada. Sabía que no estaba enfadada con ella, sino más bien consigo misma, por ser una completa gallina asustadiza en cuanto a Gérard se refería.

—No lo he hecho, pero ganas no me faltan... —sentenció con sinceridad.

—Oye... lo siento —se disculpó bajando la mirada—. Él tiene su vida en Madrid, y dudo que quisiera cruzar el Atlántico para trabajar para mí.

—Contigo —matizó— sería un término más exacto —intervino Jenna.

—El tecnicismo no me ayuda. Porque sintiendo lo que siento por él, trabajar a su lado cada día sería insoportable. Y dudo que quisiera dejar su vida, y a su mejor amiga por mí. No lo mencionó cuando me tuvo delante, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

—Sabes que no es la persona más abierta del mundo, de modo que no puedes saber lo que haría —

añadió comprensiva.

—No sin preguntarle —añadió Erika con ternura.

Suspiró, sintiendo ganas de llorar.

—Encontraré a alguien para la cocina, y el fin de semana que viene tendremos un catering para la fiesta. Así que de momento nos arreglaremos así —dijo antes de disculparse para ir al baño.

Necesitaba unos minutos para respirar, porque cuando pensaba en Gérard, le resultaba difícil hasta

esa vital tarea.

Se estaba volviendo loca, y cada día que pasaba se daba cuenta de que su actitud no era la típica de una mujer adulta. Debía ser capaz de dar ese sencillo paso, porque una llamada al menos la sacaría de dudas, pero con el teléfono en la mano cada vez que notaba el impulso de lanzarse, se veía incapaz de hacerlo. Una negativa de Gérard la destrozaría. Así de sencillo.

Sin embargo, al otro lado de la puerta, en el comedor donde estaban trabajando, Erika vio el teléfono de Ashley y lo contempló como hipnotizada.

—Me pregunto si...

—No creo que sea buena idea —dijo Jenna.

—¿Por qué no? Lo único que tengo que hacer es copiar su número y escribirle. Así saldremos de dudas... porque nuestra amiga no se atreve, y es solo por miedo a sufrir.

—Si ha tomado esa decisión, debemos apoyarla.

—Y ya lo hacemos pero, empiezo a pensar que se equivoca, y que lo único que necesita es un empujón —meditó con seriedad.

—No habrá vuelta atrás si lo haces.

—Bien. Puedo con eso, pero no con lo mucho que vemos que sufre Ashley.

Cogió el teléfono y apuntó el número de Gérard. Luego en casa pensaría en qué decirle, porque le llevaría un rato, y también el tener que traducirlo al español. En menudo jardín se metía, pensó. Pero lo hacía por su amiga; ya que esta era incapaz de salir de dudas, Erika lo gestionaría por ella.

—Si me dice que no, pues nosotras le ayudaremos a buscar a alguien para la cocina. O de lo contrario, la semana que viene tendremos un problema nuevo que solucionar en el restaurante.

Jenna asintió preocupada.

—De acuerdo, que sea lo que tenga que ser.

Cuando Ashley volvió, ocupó su lugar y continuó con su tarea.

Sus amigas le dieron conversación, contándole sus intenciones de ayudarla a buscar a alguien adecuado, y omitiendo parte del plan, lograron animarla un poco.

Erika apenas pudo dormir esa noche con su dilema moral. No podía ponerse en el lugar de Ashley, porque a ella no le costó dejar atrás su pequeña aventura en Madrid, igual que Jenna, que ya tenía otro ligue con el que pasárselo bien, pero si esta se había enamorado, no le quedaba más opción que intervenir para intentar que estuviera con el hombre al que quería.

Solo esperaba que él sintiera lo mismo. No sabía si mencionar aquel detalle en su mensaje sería la mejor de sus ideas, pero si Gérard le decía que estaba dispuesto a mudarse a Miami, ya tendría su respuesta. Nadie dejaba su hogar para cambiar de continente solo por un trabajo, y menos si ya tenía uno con el que se sentía feliz.

Una vez acabado, esperó que su mensaje no hubiera sido alterado por el dichoso traductor de internet y hubiera escrito alguna barbaridad. No era la primera vez que le ocurría. Le dio a enviar y cruzó los dedos.

Al día siguiente le contó a Jenna lo que había pasado. Hablaron con Ashley por la tarde para decirle que ya tenían a un candidato para el puesto de cocinero, y le aseguraron que sería alguien profesional que se incorporaría la misma mañana de su cumpleaños.

Ya le había costado encontrar a alguien y ni siquiera preguntó de quién se trataba. Solo les agradeció con sinceridad que hubieran arreglado su problema por ella.

Tenía claro que fuera quien fuera, si hacía un buen trabajo, se sentiría tranquila. No quería pensarlo más.





Ashley estaba feliz por poder celebrar su cumpleaños con sus seres más queridos. Estaba su familia al completo, contando con su futura cuñada Jada también, sus mejores amigas, Donovan junto a Paloma, quien había anunciado unos días antes que pensaba trasladarse definitivamente a Florida con él, los Kelley, y muchos de sus conocidos. Su amiga Marlene había sido la primera en confirmar su asistencia, y se daba cuenta de que a pesar de lo sufrido esas semanas atrás, mucha gente se volcaba para apoyarla tal como habían hecho hasta el momento. Su nueva aventura laboral estaba yendo de maravilla, y teniendo en cuenta que Leslie no había dicho ni una palabra por su reciente adquisición, supo que todo eso quedó atrás por fin. Tal vez no quería el restaurante, pero ella sí.

No podía pedir más, se dijo. Quizás con el tiempo podría encontrar a un buen hombre con quien compartir su vida, su éxito, pero de momento no quería ni pensar en ello. Era algo que no se planteaba siquiera.

¿Para qué?, si aún pensaba en Gérard, y temía que ese amor no desaparecería nunca. Mejor dejarse de citas y de aventuras pasajeras hasta haberse repuesto del todo. Decían que olvidar llevaba su tiempo,

¿no? Pues ella iba a tomárselo. Era lo mejor, y por suerte, ya tenía con qué distraerse cada día. El trabajo duro no había hecho sino comenzar. Tenía mucho que hacer todavía.

Ahora sin embargo, lo único que le preocupaba era que los del catering continuaran sirviendo su maravillosa comida, que los camareros siguieran sirviendo sus espectaculares cócteles y que todos sus invitados disfrutaran de la música y la fiesta.

Ashley había recibido un montón de regalos y felicitaciones, y también elogios por lo guapa que estaba.

Había comprado un vestido muy primaveral unos días atrás, y su tono rosa claro con estampado floral en tonos más oscuros, le sentaba de maravilla. Se

había peinado con un sencillo recogido y llevaba unos zapatos con un tacón muy alto de color verde oscuro. Como complementos solo llevaba una fina pulsera de diamantes y unos pendientes de brillantes con forma de *cupcake*. Regalo de Erika y Jenna.

Las vio en la barra coqueteando con los guapos *barman* y fue a hablar con ellas.

—¿Os divertís? —preguntó con sorna.

Erika lanzó una lasciva mirada al camarero y le guiñó un ojo.

—Mucho —soltó de forma intencionada.

El chico le dedicó una sonrisa perversa y continuó con su trabajo, pero sin quitarle el ojo de encima.

—Me los estáis revolucionando —bromeó.

—Es culpa tuya por contratar a chicos tan buenorros —expuso Jenna.

Las tres se rieron y Ashley pidió un Cosmopolitan para ella.

Con su copa en la mano, fueron hasta la improvisada pista de baile y allí estuvieron disfrutando de la música durante un buen rato. Charló con sus invitados, se sacó fotos con casi todo el mundo, y avanzada la noche, les preguntó sobre una duda que llevaba rato rumiándose en su cabeza.

—Oye, chicas, ¿dónde está ese cocinero al que ibais a llamar? Creí que le conocería hoy en la inauguración.

Erika casi se atragantó con su bebida, y Jenna compuso una sonrisa culpable. Ashley empezó a mosquearse pensando que se les habría olvidado.

—Son las once de la noche —dijo mirando el reloj de la pared—. ¿Confirmó que venía?

—Sí. Lo cierto es que se ha retrasado unos treinta minutos, pero supongo que estará al caer —dijo Jenna con una expresión muy seria.

Ashley resopló.

—La fiesta comenzó a las nueve y media, ¿por qué iba a decir que llegaba una hora más tarde? A menos que viva en la costa oeste, no entiendo nada...

Vio que sus amigas actuaban de forma extraña desde que las vio llegar, y ahora estaban con los ojos muy abiertos y dirigiéndose miradas de complicidad la una a la otra. Observaban fijamente algo detrás de ella y aún con cierto recelo, se giró para ver qué las estaba trastornando tanto.

Ni en un millón de años se imaginó ver a esas dos personas allí. Se quedó pálida como el papel y sus piernas por poco no la sostenían.

Eran Gérard y Olivia. Claramente cohibidos y abrumados por la cantidad de gente reunida, y por el hecho de que muchos de los invitados eran personas conocidas en el mundo entero por sus trabajos, la mayoría en televisión.

Dio gracias por no tener nada en las manos, porque de ser así, su copa se habría estrellado contra el suelo.

—Hola, Ashley. Felicidades; nos alegramos de verte de nuevo —dijo Olivia antes de acercarse a ella y darle un cariñoso abrazo.

—Eh... vaya... esto sí que es una sorpresa —balbuceó.

Gérard dio unos pasos hacia ella pero no hizo nada. Solo se detuvo justo enfrente.

—Yo... no sabía si esto iba a ser una buena idea, pero creo que podemos intentarlo.

Ashley le miró en silencio, sin comprender nada, y vio que él la escrutaba, confuso por su reacción.

—No tenías ni idea de que veníamos, ¿no?

—Lo cierto es que no —confesó con cierta tirantez.

Desvió la mirada hasta sus amigas, y estas sonrieron avergonzadas.

—Aquí tienes a tu nuevo cocinero, Ashley —soltó Erika y, por primera vez en su vida, algo asustada.

—¿Qué?

Gérard también se veía algo nervioso, aterrado por su evidente asombro. Olivia sin embargo, estaba más que feliz de estar allí, y no le soltó en ningún momento.

—Tus amigas se pusieron en contacto con Gérard porque necesitabas un chef para tu restaurante y, he logrado convencerle para que viniera. La verdad es que hemos pensado mudarnos los dos a Miami y empezar de nuevo —explicó Olivia. Se notaba que estaba contenta.

—¿Te escribieron? Supongo que habrá sido toda una experiencia, teniendo en cuenta que no tienen ni idea de español —masculló para que solo Gérard y Olivia la entendieran.

Sus amigas no comprendieron una sola palabra, pero sí podían percibir su mosqueo por el tono de su voz.

—Esto, nosotras ya hemos hecho nuestro trabajo, así que... nos vamos a por mas bebidas —dijo Erika, y se marcharon las dos con paso rápido.

Ashley resopló.

—¿Dónde van tus amigas? —preguntó Gérard.

—A ligar —sentenció sin saber qué más decir. Aquella situación era de lo más extraña.

Gérard y Olivia se rieron por lo bajo.

—De modo que eres mi nuevo chef —musitó insegura.

—La decisión está en tus manos.

Olivia les miró y decidió dejarles a solas.

—Tenéis mucho de qué hablar —dijo de manera intencionada, mirando a Gérard fijamente.

Esta se alejó y Ashley le miró interrogante.

—¿Crees que podríamos ir a un lugar más tranquilo unos minutos?

—Claro. La playa no está lejos. Aunque me duelen mucho los pies, podríamos caminar unos minutos y... hablar —dijo con cautela.

Lo cierto era que ese término le daba miedo, y si la otra persona implicada era Gérard, más aún.

Fueron hasta la entrada, y les dijo a sus padres y a los que intentaron retenerla, que no tardaría, y que a su vuelta se comerían la tarta. Aún tenía que soplar las velas.

Aunque era jueves, había bastante actividad en la calle. Cuando llegaron al paseo marítimo, se alejaron de la zona de las terrazas, donde había mucha gente disfrutando de la noche, y fueron hasta otra con césped y palmeras. La leve iluminación de los bares y restaurantes era suficiente.

Ashley se quitó sus zapatos y se estremeció al notar la frescura y suavidad de las finas hojas del césped en la planta de sus pies.

—Mucho mejor —murmuró.

Gérard la contempló y la miró con intensidad.

—Antes de nada, quiero pedirte perdón.

Ashley frunció el ceño y se preparó para una mala noticia. Parecía muy afectado, y eso la asustó.

—No sé si me atrevo a preguntar por qué —declaró con incertidumbre.

—Quise decirte lo que sentía cuando aún estabas en Madrid, pero me pareció que no sería justo pedirte que te quedaras, que renunciaras a toda tu vida por una relación que los dos acordamos que sería temporal.

Ashley dejó caer sus zapatos y se sintió desfallecer con lo que oía. ¿Sería posible?

Gérard se acercó, cogió sus manos y las apretó con suavidad.

—Reconozco que cedí al miedo en lugar de ser valiente, pero aún ahora, temo que me digas que tú no sientes nada por mí.

Sus ojos eran hipnóticos, y su voz, sus palabras, un sueño. Pero Ashley apenas podía respirar, y mucho menos formular palabra alguna.

—Aunque este sea el caso, quiero que sepas que he cruzado medio mundo para venir a verte, porque me gustaría formar parte de tu vida, de la forma que tú decidas, y porque necesito decirte que te quiero.

Que creo que estaba enamorado de ti incluso sin conocerte, porque no era normal la obsesión que tenía contigo cuando solo te seguía por internet — bromeó con una pequeña sonrisa en sus labios, en su atractivo rostro. Notó que los ojos de Ashley se humedecían, pero continuó ahora que se sentía con fuerzas para ello—. Y solo necesito que comprendas que aceptaré el papel que me des en tu vida, ya sea como amigo, como compañero de trabajo... siempre y cuando me permitas formar parte de ella.

Ashley sentía unas irrefrenables ganas de llorar, pero aún así, hizo un gran esfuerzo por responder a esa inesperada e increíble declaración de amor.

—También siento haberme ido de aquella forma, porque fui una completa cobarde cuando cogí ese avión —confesó con la voz quebrada por las emociones que se agolpaban—. Quiero que seas mi amigo, quiero que seas mi compañero, y quiero que lo seas todo.

Su rostro se iluminó al oír sus palabras y soltó el aire que había retenido. Su corazón empezó a latir de forma alocada; se acercó a ella para que sus frentes quedaran pegadas, y sus labios muy cerca.

—Yo también estoy enamorada de ti, y es por ese motivo, que no puedo pedirte que renuncies a tu vida por mí —dijo sintiendo un dolor aplastante.

—No lo hago, créeme —expuso con determinación, con seguridad—. Mi vida estará donde pueda

hacer lo que me gusta sin que me juzguen y critiquen continuamente, y con quien pueda ser feliz, porque el lugar donde esté no me importa. No renuncio a nada, lo que estoy haciendo ahora es encontrar la mitad de mí; luchar por ella, por mi vida. Y esa, eres tú.

Ashley buscó sus labios y él respondió con intensidad, con ansias, y con devoción.

—Creo que te quiero un poquito más ahora.

Gérard sonrió ante su respuesta.

—Yo también, cariño.

Se fundieron en un abrazo desesperado mientras sus labios se degustaban como si fuera la primera vez.

Al fin acabaron los miedos, las dudas, el dolor. Ahora estaban juntos, para siempre, y nada en el mundo los haría renunciar a lo que compartían, porque al tenerse el uno al otro, se sentían fuertes, valientes, capaces de todo, invencibles. Podrían superar cualquier obstáculo que se presentara.

¿Cómo lo sabían?

Porque el amor que sentían, ese que creció poco apoco, a fuego lento, podría con todo.

Para ellos, no existía nada más fuerte.

## **Epílogo**

**20 de abril, 2018**

Un año más tarde, Ashley caminaba descalza junto a la piscina de su casa en Miami para sentarse en los escalones con un té helado en la mano. Su bronceada piel tenía un ligero y embriagador aroma con toques a canela y a

protección solar.

Se escuchaba una suave música desde el equipo de música del salón y el traqueteo de los utensilios de cocina. El mejor sonido del mundo, pensó Ashley.

Gérard preparaba algo para comer, y al pensarlo, su estómago rugió.

Tuvo cuidado de no mojar su vestido de gasa, ya que sus padres no tardarían en aparecer. Estaba tan relajada, inclinada hacia atrás sobre sus brazos, y con los ojos cerrados, que apenas fue consciente de que la actividad en la cocina se había detenido. Se sorprendió cuando oyó la suave y masculina voz de Gérard cerca de ella.

—Estás preciosa.

La suave brisa movía su pelo como si de un anuncio de champú se tratara y a Gérard le parecía una verdadera Diosa, tan perfecta y hermosa en todos los aspectos.

—Lo siento, cariño, no quería sobresaltarte.

Soltó un pequeño estremecimiento cuando se inclinó sobre ella para darle un profundo beso en los labios.

—Puedes sobre-saltarme por cualquier lado cuando quieras —soltó con picardía.

Gérard se rió con su broma, una risa ronca y muy sexy, según Ashley.

—Está bien, te tomo la palabra para esta noche, cuando acabe tu fiesta de cumpleaños en el restaurante —susurró contra su oído con voz grave, carnal —, pero ahora no es un buen momento —soltó con sorna—. . . tus padres van a llegar en cuestión de minutos. ¿Te importaría ayudarme a poner la mesa?

—Claro, ayúdame tú a levantarme —pidió.

Gérard la sostuvo por las dos manos y tiró de ella hasta que la tuvo pegada a su cuerpo.



—Eres como una Diosa griega, con ese vestido blanco vaporoso anudado al cuello —dijo repasándola con una hambrienta mirada— aunque no me gusta que ocultes tus curvas —se quejó, ocultando una pequeña sonrisa.

Ashley tocó el cinturón de pedrería y brillantes que le quedaba por la cintura y sonrió con cariño al amor de su vida.

—¿Crees que se me nota?

Él negó con la cabeza, más feliz que nunca, antes de besarla, y pasó una mano por su vientre plano.

—Es pronto, o eso creo. Olivia ha estado investigando sobre ello y dice que nos ha enviado varios libros sobre el embarazo. Supongo que para la semana que viene los recibiremos —dijo para tranquilizarla.

Hacía dos meses que sabían que Ashley se había quedado embarazada y hasta que no pasaron los

tres primeros meses, no decidieron contárselo a nadie. En breve les darían la noticia a sus padres y estaba un poco nerviosa.

No había tenido molestias ni nada parecido, por lo que guardar el secreto no fue muy complicado.

Dudaba que su familia se lo tomara mal porque no estuvieran casados, pero aún así, estaba algo preocupada.

Su hermano Franklin y Jada dijeron que querían esperar uno o dos años después de la boda que celebraron en septiembre, para tener hijos, y Ashley no pensó que ellos fueran a ser los primeros en darle nietos a Seth y Elena, futuros jóvenes abuelos, y sin embargo, sus padres iban a serlo al cabo de seis meses.

Pronto también viajarían a Francia para ver a los padres de Gérard, porque logró convencerle de que era una noticia que las familias de ambos debían compartir.

Esos meses habían estado dándole vueltas a muchas cosas.

Hablaron sobre si debían casarse antes de que el bebé llegara, pero Ashley pensó que si esperaban unos años, el niño, o la niña, podría llevar los anillos, viajar con ellos durante la luna de miel y que fuera inolvidable, un viaje en familia. Eran una pareja poco habitual. Y a pesar de que nunca pensó en la maternidad, lo cierto era que le hacía muchísima ilusión.

Pero lo más importante era que se apoyaban, durante sus largas jornadas en el restaurante todo fluía de maravilla, y la vida que empezaron juntos de un modo nada tradicional, resultó la mejor decisión de sus vidas.

Ashley empezó a tomárselo con calma para no agotarse mucho por su estado, y la cosa iba de maravilla. Su equipo era estupendo, y confiar en ellos le daba la tranquilidad que necesitaba en esos momentos.

En este instante sin embargo, se encontraba algo ansiosa por cómo se lo tomarían sus padres.

Como era natural, Erika y Jenna se emocionaron y se sorprendieron, al igual que le ocurrió a Olivia, que ahora había empezado una nueva y loca aventura junto a Marlene. Desde que se conocieron un año antes en el cumpleaños de Ashley, se habían hecho inseparables, y para sorpresa de todos, a esta no le costó anunciar al mundo que era feliz junto a una española a la que adoraba. No era para menos, porque Olivia era muy especial.

Los dos estaban orgullosos, porque fueran felices y también porque no les importara nada la opinión de la gente. Lo que contaba era lo que ellas querían.

Ahora estaban viviendo en Los Ángeles, y mientras Marlene continuaba con su famoso programa de cocina online, Olivia trabajaba como encargada en un restaurante italiano de gran prestigio.

Ashley estaba segura de que les iría bien, aunque a veces las echaba de menos, y no le hubiera importado que las dos estuvieran más cerca, para que así Gérard pudiera tener a su amiga a su lado. Aun con todo, a veces se las apañaban para viajar durante un fin de semana completo y lo pasaban juntos en Miami.

Dentro de un tiempo, no podrían viajar tanto por el bebé, pero ya se organizarían, pensó.

—Hace tiempo que no me sentía tan nerviosa... ¿qué nos dirán?

—Todo irá muy bien —aseguró Gérard acariciando sus mejillas con ternura—. La última vez que estuviste tan alterada fue... —lo pensó un instante— cuando supimos que iban a estrenar el programa,

¿recuerdas?

—Oh, es cierto. Fue una suerte que Paloma nos pasara las cintas antes. Aunque sabía que de momento solo iban a emitirlo en España, tenía miedo por cómo se me vería en televisión.

—Estabas preciosa, y a todo el mundo le encantó.

—Sí, las críticas fueron increíbles —dijo orgullosa.

Paloma, como era natural, estaba muy contenta; aunque había dejado la dirección de la productora española, ahora que trabajaba en otra gran productora de California, no veía el momento de hacer una

segunda edición del programa, esta vez en Estados Unidos.

Tal vez Donovan podría hacer un alto en su recién estrenada carrera en el cine, y se animara a ser el presentador de nuevo. Ahora que su relación con Paloma iba viento en popa, formarían un equipo, incluso más sólido que en Madrid. Al menos ya no había mentiras de por medio.

—¿Lo harías de nuevo? —preguntó Gérard.

Su curiosidad la divirtió.

—Si es contigo, mi respuesta es sí. Sería maravilloso que la próxima vez, me acompañara mi marido de verdad —bromeó.

Gérard se echó a reír.

—Oh, nena, nada me haría más feliz, te lo puedo asegurar.

—¿El qué, hacer el programa o casarte?

—Mientras sea contigo, las dos cosas, y todo lo que venga —le aseguró.

Acarició su vientre con ternura, con una sincera devoción, y las lágrimas mojaron sus mejillas.

Ashley se las limpió y dejó sus manos allí, enmarcando su dulce rostro.

—Puede que algún día “Endúlzame” tenga una segunda temporada, pero jamás podrá superar a la primera —declaró con suavidad—, porque fue entonces cuando te conocí, cuando me enamoré de ti.

—No puedo rebatir eso. Te quiero mi vida.

—Y yo a ti.

Sus labios se encontraron, y sus cuerpos se unieron en un emotivo abrazo. No podían pedir más a la vida; tenían un trabajo que les encantaba, pasaban casi todo el día juntos, y solo les quedaban unos meses para formar una familia.

Todo cuanto podrían desear, ya era suyo, y lo único que podría colmar esa felicidad, venía de camino.

Se sentían completos.

Sin duda, este cumpleaños a su lado, el segundo que celebrarían juntos, sería incluso mejor que el primero para Ashley. Tal vez su próximo deseo también se cumpliera.

Tan solo debía pedirlo con el corazón.

### **Sobre la autora**

Nació hace veintiocho años en Granada, España. Estudió en esta provincia varios cursos de Administración y Finanzas, y desde los diecinueve años ha vivido en Almería, Madrid y Cádiz.

Actualmente reside en Andalucía, cerca de sus raíces.

Le encanta leer, sobre todo novelas románticas en todos sus géneros. Y por supuesto escribir; ya que ahora es su gran vocación.

También tiene otras aficiones como el cine y la repostería.

Desde 2012 está escribiendo sin parar y ya cuenta con numerosos títulos publicados entre los que se encuentran:

- Novelas románticas: *“Nunca olvidas”*, *“Un viaje salvaje”*, *“Mi vampira traviesa”*, *“El frágil lazo del amor”*, *“Por el amor de una dama”*, *“Elsa no sabe lo que quiere”*, *“Oscuro inevitable destino”*;

*“¿Qué estás mirando?”* y su continuación: *“Mis besos para ti”*,

- Diversos relatos que recopila en un libro: *“Tus deseos: Relatos románticos y eróticos”*, y algunos de temática independiente, como: *“El instante que esperaba”* y *“Una noche de cine”*,

- Cuentos juveniles de la serie *“Las brujas de Valle Azul”*: *“Un Lago Místico”* y *“Lo que ocultas”*, Participa además, en numerosas Antologías solidarias.

Actualmente trabaja en varios proyectos que verán la luz durante los próximos meses.

Para saber más, aquí están sus redes sociales:

<https://twitter.com/OrtigosaK>

<https://www.facebook.com/misescritoscarortigosa>

[www.misescritoscarortigosa.blogspot.com.es](http://www.misescritoscarortigosa.blogspot.com.es)

[www.lasbrujasdevalleazul.blogspot.com.es](http://www.lasbrujasdevalleazul.blogspot.com.es)

# Document Outline

- [Prólogo](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Epílogo](#)
- [Sobre la autora](#)